NEW YORK TIMES BESTSELLER

STAR WARS®

DEATH STAR

MICHAEL REAVES and STEVE PERRY

La historia jamás contada del arma definitiva, creada para aniquilar mundos… ¡y esclavizar a una galaxia!

El nombre Estrella de la Muerte lo dice todo, con una precisión escalofriante. Es un mundo virtual en sí misma… dotado de un poder increíble para un único propósito brutal: destruir planetas enteros en un abrir y cerrar de ojos. Su aniquilación del planeta Alderaan vive en la infamia. Y su propia destrucción final a manos de Luke Skywalker, es asunto de leyendas. Pero ¿cuál es toda la historia y quiénes son los actores, detrás de la creación de este satélite infernal asesino de mundos?

El casi exterminio de la Orden Jedi allanó el camino para que Palpatine —senador hambriento de poder y Lord Sith— se hiciese con el control de la República, se declarase Emperador, y marcó el comienzo de un régimen totalitario y temible. Pero incluso con el temible Darth Vader para hacer cumplir su siniestra voluntad, todavía se cierne la amenaza de rebelión. Y el emperador sabe que sólo el miedo extremo —y la capacidad de castigar a la disidencia con consecuencias devastadoras—, puede asegurar su indiscutible control de la galaxia. Ahí aparece el ambicioso y despiadado oficial de gobierno Wilhuff Tarkin, arquitecto del aterrador sueño del Emperador.

Pero desde el comienzo hasta el final, la construcción sin precedentes de la Estrella de la Muerte está inundada de intrigas, agendas ocultas, revelaciones inesperadas y atrevidas apuestas de los involucrados en cada nivel. Las mentes más brillantes y egos más audaces, los más ambiciosos y corruptos, los desesperados y los taimados, todos tienen algún interés en la Estrella de la Muerte y su potencial para controlar el destino de la galaxia.
Soldados y esclavos, leales y rebeldes, espías y vengadores, inocentes y malvados… todas sus rutas y destinos se cruzan y se entrelazan a medida que la Estrella de la Muerte pasa de su viaje inaugural a su enfrentamiento final y un capítulo sombrío de la historia de *Star Wars* se ilumina increíblemente en una aventura emocionante e inolvidable.



Estrella de la Muerte

Michael Reaves
y
Steve Perry



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Death Star*

Autores: Michael Reaves y Steve Perry

Arte de portada: John Harris

Publicación del original: 2007

de 3 años antes hasta poco después la batalla de Yavin

Traducción: Bodo-Baas

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

19.05.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Deborah
—MR

Para Dianne, como siempre,
y para el nuevo nieto, Nate
—SP

AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría agradecer al equipo habitual por su ayuda y complicidad: Shelly Shapiro, Keith Clayton, Betsy Mitchell, Sue Rostoni, Leland Chee, Steve Sansweet, y a toda la gente de Del Rey y Lucasfilm. Y especialmente a George Lucas, que inventó este mundo maravilloso y nos ha permitido volver a jugar en él.

DRAMATIS PERSONAE

ATOUR RITEN; comandante de la Armada Imperial, jefe bibliotecario (varón humano)
CELOT RATUA DIL; contrabandista convicto (varón zelosiano)
CONAN ANTONIO MOTTI; almirante de la Armada Imperial (varón humano)
DAALA; almirante de la Armada Imperial (mujer humana)
DARTH VADER; Señor Oscuro de los Sith (varón humano)
KORNELL «ULI» DIVINI; capitán del Cuerpo Quirúrgico Imperial (varón humano)
MEMAH ROOTHES; cantinera (mujer twi'lek)
NOVA STIHL; sargento de guardia de los Marines Imperiales (varón humano)
RODO; portero de cantina (varón humano ragithiano)
TEELA KAARZ; arquitecta, convicta (mujer mirialana)
TENN GRANEET; oficial jefe de artillería de Armada Imperial (varón humano)
VILLIAN DANCE; teniente de la Armada Imperial (varón humano)
WILHUFF TARKIN; Gran Moff de la Armada Imperial (varón humano)

«Eso no es una luna. Es una estación espacial».
—OBI-WAN KENOBI

PARTE UNO

CONSTRUCCIÓN

1

CUBIERTA DE VUELO, DESTRUCTOR ESTELAR CLASE IMPERIAL *GARRA DE ACERO*, ÓRBITA POLAR, PLANETA DESPAYRE, SISTEMA HORUZ, SECTOR ATRIVIS, TERRITORIOS DEL BORDE EXTERIOR

La sirena de alerta sonó, un chillido agudo que no podía ser ignorado por ningún ser a bordo con oídos y pulso. Sólo tenía una cosa que decir, y lo decía fuerte y claro:

¡A sus puestos!

El teniente comandante Villian «Vil» Dance despertó de un sueño profundo ante el sonido de la alarma, se sentó, y bajó de un salto de su litera a la cubierta metálica de los camarotes de la Sala de Pilotos. Salvo por el casco, ya llevaba puesto su traje espacial, una de las primeras cosas que un piloto de TIE aprendía a hacer era a dormir con el equipo de combate completo. Corrió hacia la puerta, medio paso por delante del siguiente piloto en despertar. Tomó el casco, se precipitó hacia la sala y se dirigió a la derecha, luego corrió a la bahía de lanzamiento.

Podía ser un simulacro; había habido muchos de esos últimamente para mantener alertas a los pilotos. Pero tal vez esta vez no era así. Uno siempre podía esperar.

Vil llegó a la zona de reunión. La gravedad artificial en la cubierta de vuelo se mantenía ligeramente por debajo de una g, para que los pilotos, todos los cuales eran humanos o humanoides, pudieran moverse un poco más rápido y llegar a sus puestos un poco antes. El olor de la lubricación de lanzamiento era acre en el aire frío, y las luces parpadeantes pintaban la zona con pulsantes destellos primarios brillantes. Los técnicos se apresuraban, preparando a los cazas TIE para el despegue, mientras que los pilotos corrían hacia las naves. Vil se dio cuenta de que sólo habían llamado a su escuadrón. No debía ser un gran problema, fuese lo que fuese.

Los comandantes siempre decían que no importaba cual unidad te tocaba. Todos los cazas TIE eran iguales, hasta la última tuerca y remache, pero aun así, cada piloto tenía su nave favorita. Se supone que no debías personalizarlas, por supuesto, pero había maneras de reconocerlas: un arañazo aquí, una marca de desgaste allí… después de un tiempo, llegaba el punto donde sabías cuál caza era cual. Y no importaba lo que dijeran los comandantes, algunas eran mejores que otras: un poco más rápidas, hacían giros un poco más cerrados, los cañones láser eran ligeramente más rápidos en disparar cuando tocabas el gatillo. Vil se percató que la nave que le asignaron esta rotación era Negro-11, una de sus favoritas. Tal vez era pura superstición, pero respiró un poco más aliviado, sabiendo que esta vez, esa nave en particular tenía su nombre.

El oficial al mando en cubierta, el capitán Rax Exeter, saludó a Vil.

—Cap, ¿qué sucede? ¿Otro simulacro?

—Negativo, teniente. Un grupo de prisioneros de alguna manera logró apoderarse de una de las nuevas lanzaderas clase *Lambda*. Intentan alejarse lo suficiente para dar el salto al hiperespacio. Eso nunca sucederá mientras yo esté vigilando. Los códigos de identificación y seguimiento estarán en la computadora de tu caza. No los dejes escapar, hijo.

—No, señor. ¿Qué hay de la tripulación? —Vil sabía que las nuevas lanzaderas sólo llevaban a un piloto y copiloto.

—Se los presume muertos. Los que hacen esto son los malos, Dance… traidores y asesinos. Eso es razón suficiente para cocinarlos, pero lo que *no* queremos es que puedan escapar a contarle a nadie lo que el Imperio está haciendo aquí, ¿verdad?

—¡No, *señor*!

—¡Ve, teniente, ve!

Vil asintió con la cabeza, sin molestarse en saludar, luego se dio vuelta y corrió. Mientras lo hacía, se puso el casco y lo aseguró en su lugar. El silbido del aire en su rostro era frío y metálico mientras el sistema del traje se encendía. Se sentía muy reconfortante. El tejido de duracero y plastoide resistente a las temperaturas extremas del traje de vacío, junto con el casco polarizante de densecris, eran lo único que lo protegerían del duro vacío. Una falla del traje podía hacer que un hombre fuerte perdiera la conciencia en menos de diez segundos y muriera en menos de un minuto. Lo había visto pasar.

Los cazas TIE, para ahorrar masa, no tenían generadores de escudos defensivos, capacidad de hiperimpulsor, ni sistema de soporte vital de emergencia. Eran por lo tanto frágiles, pero rápidos, y eso estaba bien para Vil. Prefería esquivar el fuego enemigo que esperar que rebotara. No se requería ninguna habilidad para pilotar un enorme trozo de duracero; bien podría estar descansando los pies en una consola turboláser en la nave. ¿Dónde estaba lo divertido en eso?

El técnico de TIE había abierto la escotilla superior de Negro-11 cuando Vil llegó a la pasarela encima de la nave. Sólo demoró un instante en bajar por la escalerilla y entrar a la ajustada cabina del caza.

La escotilla bajó y se cerró con un silbido. Vil tocó el interruptor de encendido y el interior del TIE —llamado así por los motores de iones gemelos[1] que lo impulsaban— se iluminó. Miró los controles con un ojo rápido y experimentado. Todos los sistemas estaban en verde.

El técnico levantó la mano preguntando. Vil agitó la suya en respuesta.

—¡Listo!

—Entendido, ST-Uno-Uno. Preparado para la inserción.

Vil sintió que sus labios se torcían de molestia. El Imperio estaba decidido a borrar todos los signos de individualidad en sus pilotos, con la absurda teoría de que de alguna manera los operadores sin nombre y sin rostro eran más eficaces. Por eso los números de clasificación, los trajes de vuelo y cascos anónimos, y la rotación al azar de las naves

[1] Twin Ion Engines en inglés, siglas que sería confuso traducir. *(N. del T.)*

espaciales. El enfoque de estandarización había funcionado razonablemente bien en las Guerras Clon, pero había una diferencia importante: ni Vil ni ningún otro piloto de TIE que él conociera era un clon. Ninguno de los miembros del Escuadrón Alfa tenía ninguna intención de ser reducido a un autómata. Si eso era lo que realmente quería el Imperio, que usara pilotos droides y viera lo bien que eso funcionaba.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la pequeña sacudida cuando se empezó a mover el soporte debajo de la pasarela. La nave de Vil comenzó a moverse hacia la puerta de la bahía de lanzamiento. Vio al técnico ponerse su propio casco y ajustarlo.

Las bombas de la bahía ya trabajaban a toda marcha, despresurizando el área. Para cuando las puertas de lanzamiento estuvieran abiertas, el aire se habría reciclado. Vil respiró hondo, preparándose para la mano dura de las fuerzas-g que lo empujarían atrás en el asiento cuando los motores lo lanzaran hacia adelante.

La voz del Control de Lanzamiento crepitó en sus auriculares.

—Líder del Escuadrón Alfa, preparado para el lanzamiento.

—Entendido —dijo Vil. Las puertas de lanzamiento retrocedieron con una lentitud seductora, el *zumbido* hidráulico de su movimiento audible por conducción a través del suelo y el soporte de Negro-11.

—Lanzamiento en cinco, cuatro, tres, dos… ¡*ahora*!

Fuera de los confines del Destructor Estelar, la inmensidad del espacio envolvió al teniente Vil Dance cuando los motores de iones empujaron al TIE pasando las últimas bocanadas perdidas de aire congelado y entró a la oscuridad infinita. Sonrió. Siempre lo hacía. No podía evitarlo.

De vuelta a donde pertenezco…

Lo rodeaba la negrura plana del espacio. Detrás de él, lo sabía, el *Garra de acero* parecería reducirse a medida que se alejaban de él. Hacia «abajo» y a babor estaba la curvatura del planeta prisión. Aunque estaban en órbita polar, la inclinación axial de Despayre mostraba más del lado nocturno que del diurno. El hemisferio oscuro era casi de una negrura completa, con algunas luces solitarias aquí y allá.

Vil tocó el encendido del comunicador… aunque se encendía automáticamente en el lanzamiento, un buen piloto siempre lo activaba, sólo para asegurarse.

—Escuadrón Alfa, formación de pirámide a mí alrededor tan pronto como estén despejados —dijo—. Pasen al canal táctico cinco, repito tac-cinco, y conéctense.

Vil cambió su propio canal de comunicador al cinco. Era una banda de baja potencia con un alcance reducido, pero ese era el punto: no querías que el enemigo te escuchara. Y en algunos casos, tampoco era buena idea que el oficial de comunicaciones te monitoreara desde la nave base para enterarse de las conversaciones. Tendían a ser un poco más informales de lo que le gustaba al Imperio.

Llegó un coro de «¡Entendido, Líder Alfa!» de los otros once pilotos de su escuadrón a medida que cambiaban al nuevo canal.

Tomó solamente unos pocos segundos hasta que se lanzó el último caza, y sólo unos pocos más para que el escuadrón se formara detrás de vil.

—¿Qué sucede, Vil? —Ese era Benjo, también conocido como ST-1-2, su segundo al mando y compañero de panel[2] derecho.

—Escuadrón Alfa, tenemos una lanzadera clase *Lambda* capturada por los prisioneros. Huyen hacia el hiper. O se rinden y dan la vuelta, o los hacemos polvo.

—¿Clase *Lambda*? Esa es una de las nuevas, ¿verdad? ¿Tienen armas?

Vil suspiró. Ese era Raar Anyell, corelliano como Vil, pero no alguien que quisieras proponer como un buen ejemplo de la especie humana.

—¿Nunca te molestas en leer los paneles, Anyell?

—Estaba a punto de hacerlo, señor, cuando sonó la alarma. Los estaba mirando. Tenía las últimas notas justo en la mano. Señor.

Los otros pilotos se rieron, e incluso Vil tuvo que sonreír. Anyell era un desastre en todas partes excepto en la cabina, pero era un piloto lo suficientemente bueno para que Vil estuviera dispuesto a ser tolerante.

Su pantalla de sensores sonó, dándole una imagen de su objetivo. Alteró el curso para interceptarlo.

—Si alguien más está atrasado en su tarea, escuche —dijo—. La lanzadera clase *Lambda* tiene veinte metros de largo, una velocidad máxima de mil cuatrocientos g, un hiperimpulsor Clase-Uno y puede llevar veinte soldados con todo el equipo de combate… probablemente un par más de convictos en ropa de civiles.

»La nave lleva tres cañones bláster dobles y dos cañones láser dobles. No puede acelerar mucho y dobla más lento que un cometa, pero si te metes en su mira, *puede* convertirte en trocitos diminutos. Sería embarazoso tener que informar a sus familias que fueron derribados por una lanzadera, así que manténganse alertas.

Llegó otro coro de reconocimientos:

—Entendido, señor.

—¡Sí, señor!

—No hay de qué preocuparse.

—Anyell, no escuché *tu* respuesta.

—Oh, lo siento, señor, estaba tomando una pequeña siesta. ¿Cuál era la pregunta?

Antes de que el comandante de escuadrón pudiera responder, la lanzadera de repente creció por delante. Corría tan silenciosamente como le era posible, sin luces, pero cuando su órbita la llevó más allá del terminador saliendo del lado nocturno de Despayre, la luz del sol hizo brillar su casco.

—Ahí está nuestro objetivo, cuatro kilómetros justo al frente. Quiero un sobrevuelo rápido para que nos vean, y luego quiero una dispersión en un patrón de fuente y rizo, distancia mínima dos clics y perímetro, uno, cuatro, cuatro y dos, ya saben quién es cada uno. Yo me acercaré y hablaré con quien sea que pilote la nave robada.

—Oh, teniente, vamos, déjenos disparar también —dijo Benjo

—Negativo. Si tuvieran alguna pista sobre la nave, tal vez, pero ya que es tan probable que se disparen unos a otros como al objetivo, mantendrán el perímetro.

---

[2] Aparentemente los pilotos de TIE tienen compañeros de panel en lugar de compañeros de ala. *(N. del T.)*

Más reconocimientos, pero sin mucho entusiasmo. Él no podía culpar a su escuadrón… no habían tenido ninguna acción excepto ejercicios desde que habían sido asignados a este proyecto, pero su objetivo secundario era traer de vuelta a todos sus hombres con vida. El principal, por supuesto, era cumplir con su misión. No necesitaba de un escuadrón para eso; cualquier piloto que valiera algo debería ser capaz de lidiar con una pesada lanzadera, aunque fuera una que todavía tenía olor a nuevo vehículo en ella. El delta ve de la Lambda no era tan eficiente, pero con un impulso constante muy pronto podría salir por encima del plano solar y lo suficientemente lejos de la gravedad del planeta para activar su hiperimpulsor… y una vez que lo hicieran, nunca la encontrarían.

Pero eso no iba a suceder.

La formación en forma de pirámide pasó rápidamente delante de la lanzadera que huía, lo suficientemente cerca para que Vil pudiera ver al piloto sentado en el asiento de mando. No parecía sorprendido, claro, los habría visto venir en los sensores. Pero no podía correr más rápido que ellos, no podía esquivarlos, y no podía derribar a un escuadrón completo de cazas TIE aunque fuese el mejor artillero que había vivido, no con ese bote. Y de todos modos, Vil no iba a darle la oportunidad de intentarlo.

El escuadrón se abrió como una flor siguiendo la maniobra de dispersión ordenada, haciendo un rizo hacia fuera y alejándose a sus posiciones asignadas, mientras los rayos presores en angulo de sus matrices les proporcionaban maniobrabilidad. Vil hizo un giro cerrado de alta gravedad y dio la vuelta para ir paralelo a la lanzadera a unos cientos de metros de distancia, ligeramente por encima de ella. Observó con atención las torretas de las alas. Tan pronto como empezaron a apuntarle, se movió rápidamente a babor, luego, a estribor, bajó la velocidad, luego aceleró. Trataron de seguirle la pista, pero eran demasiado lentas por un pelo.

Vil cambió a un canal de banda ancha. Esto lo oirían desde el Destructor, lo sabía.

—Atención, lanzadera RLH-Uno. Dé vuelta la nave y proceda inmediatamente a rango de rayo tractor del Destructor Estelar *Garra de Acero*.

No hubo respuesta; nada más que el ligero silbido de la portadora.

—Lanzadera, ¿reciben mi transmisión?

Otra pausa. Luego:

—Sí, te oímos, cohetero. Ni locos vamos a hacer eso.

Vil miró su panel de control. Estaban a dos minutos de la Distancia Mínima de Seguridad, el punto lo suficientemente lejos de Despayre donde podrían intentar el salto a la velocidad de la luz con seguridad. Saltar demasiado cerca del pozo de gravedad de un planeta podía hacer pedazos a una nave. Si el tipo con el que hablaba tenía la habilidad suficiente como para volar la lanzadera, lo sabría. Su panel de control le indicaría cuando llegara a la DMS, y entonces todo terminaría. El teniente Dance habría fallado en una misión, por primera vez.

Nunca sucederá, pensó.

—Dé la vuelta, o *abriremos* fuego —dijo.

—¿Lo harían? ¿Simplemente volarnos en pedazos? ¿Esencialmente asesinar a quince hombres… y dos mujeres? Una de ellas con la edad suficiente para ser su abuela. ¿Pueden vivir con eso?

Estaba haciendo tiempo, Vil lo sabía. Los seres de ese transporte eran lo suficientemente malos como para haber sido enviados al planeta prisión número uno de la galaxia, y las cortes imperiales no se molestaban en hacer eso con ladrones de poca monta o infractores de tráfico. Su abuela no había robado bancos ni matado a nadie. No que él supiera, al menos.

—Piloto de la lanzadera, repito…

Vil vio que la torreta de babor de la lanzadera abría fuego. Se cruzó por la trayectoria de vuelo de la nave, desviándose a popa cuando el arma de estribor comenzaba a disparar. Puso sus propulsores al máximo, elevándose en medio rizo y girando para apartarse del fuego láser entrante.

Ni siquiera un buen artillero podría haberle dado con ese ángulo, y estos tipos no estaban ni cerca de ser lo bastante buenos. De todos modos, los pulsos de rayos incandescentes pasaron cerca.

—¡Teniente…! —Eso vino de Benjo.

—Mantengan su posición, Escuadrón Alfa, aquí no hay ningún problema. —Dijo tranquilo y calmado. Como si conversara acerca de lo que iban a cenar.

Movió rápidamente a Negro-11 fuera de rango.

El tiempo se estaba acabando. Menos de un minuto para la DMS.

—Última oportunidad, lanzadera. Dé la vuelta. *Ahora*.

En respuesta, el piloto giró la lanzadera hacia arriba para que sus artilleros pudieran tener un mejor ángulo. Comenzaron a disparar otra vez.

Los disparos eran imprecisos, pero siempre había una oportunidad que un rayo perdido lo golpeara, aunque fuera por accidente. ¿Y no sería un final glorioso a una carrera intachable? ¿Ser asesinado por un convicto en una lanzadera lechera?

Suficiente. Vil tocó los controles del motor y bajó el impulso a cero. Entonces apretó el impulso al máximo, se dirigió a babor y por encima, hizo un tonel y rizo y dio la vuelta, hacia el centro de la lanzadera.

Oprimió el botón de control de disparo.

Negro-11 escupió dos saetas láser desde los emisores de baja temperatura —*blip-blip, blip-blip, blip-blip*—.

Vil Dance era un tirador mejor que el promedio. Las saetas se clavaron en la lanzadera, la desgarraron por su interior, y mientras él la sobrepasaba y se apartaba hacia abajo y a estribor, la *Lambda* explotó, rompiéndose en por lo menos media docena de grandes pedazos y cientos de pequeños en medio de una nube de aire y líquidos congelados instantáneamente y desechos.

Y cuerpos que giraban velozmente.

Vil cambió a tac-cinco.

—Anyell, Lude, acérquense y busquen supervivientes. —Mantuvo la voz tranquila, sin emociones, no pasaba nada. Su pulso corría acelerado, pero ellos no tenían por que enterarse. Que creyeran que su corazón bombeada oxígeno líquido.

—Ninguno de ellos vestía traje, teniente —dijo Lude un momento más tarde—. No hay supervivientes. Lástima esa nave nueva.

—Buen tiro, Vil —dijo Benjo—. ¡Felicidades!

Vil sintió un cálido resplandor de satisfacción. Había sido un buen tiro. Y le habían estado disparando, por lo que no era como tirarle a yorks en un barril. Había sido una respuesta justa.

Volvió a cambiar al canal principal de operaciones.

—Control de Cazas, aquí ST-Uno-Uno, teniente Vil Dance del Escuadrón Alfa de cazas TIE. Misión cumplida. Pueden enviar una nave de recuperación a recoger los pedazos.

—Recibido, ST-Uno-Uno —dijo el capitán Exeter—. Buen trabajo.

—Gracias, señor. Volvamos a la base, Escuadrón Alfa.

Vil sonrió mientras esperaba a que su equipo se volviera a formar. Este era el mejor trabajo de la galaxia, ser un piloto de caza. No podía imaginarse ninguno mejor. Era joven, ni siquiera tenía veinticinco todavía, y ya era una leyenda entre sus pares… y también entre las damas. La vida era buena.

Mientras se encaminaban hacia el Destructor, Vil vio a lo lejos la estructura de la gigantesca estación de combate que se estaba construyendo en la órbita planetaria. Estaban a cien kilómetros de la estructura, y todavía era esquelética, su construcción interior sólo acababa de comenzar, pero aun así, parecía imposiblemente enorme a esta distancia. Iba a ser del tamaño de una pequeña luna cuando estuviese terminada, empequeñeciendo al más grande de los Destructores Estelares.

Era increíble pensarlo. Y si él seguía acumulando misiones como la que acababa de concluir, había una muy buena oportunidad que fuera asignado como comandante de unidad a bordo de la nueva estación.

Llevó a su escuadrón hacia la bahía de lanzamiento ecuatorial. Mirando a la impresionante base, sintió una oleada de orgullo por el Imperio y una sensación de gratitud por ser parte de la gloriosa misión de la Doctrina Tarkin. No había una denominación o designación oficial, excepto *estación de combate*, que él supiera para la visión del gran moff, pero había un nombre que utilizaba todo el mundo que él conocía, oficiales y alistados por igual.

La llamaban la Estrella de la Muerte.

2

NAVE INSIGNIA LQ *HAVELON*, EN ÓRBITA GEOSINCRÓNICA SOBRE EL PLANETA DESPAYRE

Wilhuff Tarkin —ahora Gran Moff Tarkin, con esa exaltada promoción gracias a este mismo proyecto— parado ante un ventanal de transpariacero que iba del piso al techo en la cubierta de observación, miró a su creación, y le pareció buena.

Estaba construyendo un mundo.

Es cierto, entre otros mundos, lo que estaba tomando forma a trescientos kilómetros de su nave insignia no sería tan imponente como el Centro Imperial, o digamos, Alderaan. Pero cuando estuviera terminado, sería más grande que los dos satélites de su propio planeta Eriadu, y el hogar de más de un millón de seres.

Más concretamente, mantendría a incontables mundos bajo su control, y el de *él*.

Habían pasado casi tres décadas desde que Raith Sienar pusiera a Tarkin al tanto del concepto del «planetoide estación de combate», y había tomado casi una década que la idea superara los enredos de la cinta roja y pusiera a los geonosianos a mejorar e implementar los diseños. El proyecto había sido conocido por varios nombres código —como *La gran arma*—, y los planos originales habían sido muy mejorados por el líder geonosiano Poggle el Menor. Pero había demorado años que el concepto pasara por el tortuoso laberinto de la burocracia del gobierno antes de que finalmente se ordenara el comienzo de su construcción. Todavía quedaban fallas en los planos originales, pero muchas de ellas habían sido abordadas durante la construcción del prototipo de prueba de concepto en la Instalación de las Fauces, y otras se iban corrigiendo a medida que se descubrían. Las mentes más grandes de la galaxia habían sido reclutadas o contratadas para prestar sus conocimientos a la construcción de esta arma. El brillante Dr. Ohran Keldor, el maestro de armas loco Umak Leth, la joven aunque aguda como el láser prodigio omwati Qwi Xux, el administrador twi'lek Tol Sivron… ellos y muchos, muchos otros del mismo calibre, habían sido investigados y aprobados por el mismo Tarkin. Todos eran tan buenos como el Imperio podía proporcionar, voluntariamente o no.

Además, él había reclutado a un verdadero ejército de esclavos wookiees, además de decenas de miles de presos de las humeantes selvas del planeta prisión Despayre y una plétora de droides de construcción, estos últimos la más grande colección de tales autómatas jamás reunida. Todos ellos, orgánicos y artificiales, ahora trabajaban a contra-crono, con un único objetivo en mente: la culminación de su visión.

El proyecto de nombre código Estrella de la Muerte.

Tarkin frunció ligeramente los labios. Había un dejo de melodrama en el nombre que a él no le gustaba, pero no importaba. Las palabras, junto con la realidad de la estación de combate, transmitirían ampliamente su propósito aterrador.

El Sistema Horuz había sido rapiñado para obtener materias primas; los asteroides y cometas estaban siendo cosechados de ambos cinturones, interior y exterior y descompuestos en componentes de oxígeno, hidrógeno, hierro, níquel y otros elementos; enormes embarcaciones de carga, transportes de minerales, tanqueros y transportes a granel habían sido destripadas y reconfiguradas como laboratorios, fábricas, y viviendas en órbita, todas llenas de trabajadores que producían fibras ópticas, electrónica y miles de otros instrumentos tecnológicos y materiales de construcción. Después de casi dos décadas de frustración, de falsos comienzos, conflictos sindicales, procedimientos administrativos y maniobras políticas, la construcción del dispositivo del juicio final del Imperio estaba por fin irrevocablemente en camino.

Claro que había habido problemas. Tarkin se había sentido sorprendido y molesto al descubrir que los diseños originales de Raith Sienar —los mismos que él mismo le había presentado a Palpatine, y que el Emperador había rechazado más de diez años antes—, habían sido la base para los planos que Palpatine finalmente le había dado para implementar. Bueno, quizás no fuera tan sorprendente, dados los vaivenes de la guerra y la política. Nada de lo que entraba a las bóvedas del Imperio nunca se perdía totalmente, aunque algunas cosas se traspapelaban a veces. Y conceptos rechazados cuando llegaban de otra persona a menudo se veían mejor cuando eran repensados como propios. Ni siquiera el Emperador, al parecer, era inmune a esa arrogancia en particular.

Después de que un diseño prototipo había sido construido y refinado en el corazón del enjambre de agujeros negros conocidos como el cúmulo de las Fauces, Tarkin y Bevel Lemelisk, el jefe de diseño, habían hecho mudar el proyecto Estrella de la Muerte varias veces para evitar los posibles intentos de sabotaje rebeldes, finalmente reubicándolo al sistema Horuz para mayor seguridad. Por supuesto, en un proyecto tan enorme, había pocas esperanzas de que pudiera mantenerse en secreto para siempre… pero no era lo mismo saber que existía, incluso sabiendo dónde se estaba construyendo, que ser capaz de hacer algo al respecto. La almirante Daala, al mando de cuatro Destructores Estelares clase *Imperial* e incontables naves de ataque más pequeñas, mantenía una constante vigilancia desde su posición dentro de las Fauces; cualquier nave no autorizada que entrara en la región no volvería a irse llevando cuentos a otros lugares.

Tarkin fijó la mirada en el esferoide incompleto, flotando serenamente en el vacío, extrañamente iluminado por detrás por la luz solar reflejada en Despayre. Todavía no era ni siquiera un esqueleto completo. Cuando estuviera completa, sin embargo, la estación de combate tendría 160 kilómetros de diámetro. Habría veinticuatro zonas, doce en cada hemisferio. Cada zona, llamada una expansión, tendría sus propios replicadores de alimentos, hangares, hidropónicos, bloques de detención, centros médicos, arsenales, centros de mando y todas las demás facilidades necesarias para proporcionar el servicio para cualquier misión que se considerara necesaria. En una emergencia, los centros de

mando auxiliares ubicados en cada expansión proporcionaban control completo de armas y de maniobrabilidad, para lograr una redundancia de dos docenas. En pleno funcionamiento, la estación de combate sería la fuerza más poderosa de la galaxia, por mucho.

Y Tarkin estaría al mando.

Como el comandante de semejante navío, él sería, forzosamente, el hombre más poderoso de la galaxia. Ciertamente se le ocurrió la idea de que ni el Emperador podría hacerle frente, si él escogiera desafiar el régimen de Palpatine. Por otra parte, Tarkin conocía al Emperador. Si sus posiciones estuvieran al revés, sabía que no había ninguna forma posible en que autorizara que nadie tuviese semejante poder… no sin algún tipo de respaldo. ¿Habría ya un dispositivo de destrucción integrado en algún lugar de la estación, con el botón rojo instalado a salvo en las cámaras de Palpatine? ¿Habría algún equivalente de la Orden 66 conocido sólo por ciertos oficiales y tropas de a bordo? ¿O sería algo aún más retorcido? Tarkin estaba seguro de que el Emperador tenía algún tipo de seguro contra cualquier rebelión teórica. No que el gran moff tuviera ninguna intención de seguir ese curso; no era un necio ni un suicida.

Aparte del mismo temible «superláser» destructor de mundos —que estaba basado en el Proyecto Hammertong y utilizaba una fuente de energía tomada secretamente por la Legión 501 de tropas de asalto en Mygeeto durante las Guerras Clon—, la estación montaría un complemento de naves, tanto espaciales como de tierra, iguales a las de una base planetaria grande: cuatro naves capitales, un centenar de cazas estelares TIE/In, además de lanzaderas de asalto, bombarderos, naves de desembarco, embarcaciones y vehículos de apoyo, totalizando entre todas decenas de miles. Tendría una tripulación operacional de más de un cuarto de millón, incluyendo sólo como artilleros a casi sesenta mil. La nave fácilmente podría transportar más de medio millón de tropas totalmente equipadas y el personal de apoyo —pilotos, tripulantes y otros trabajadores— sería de la mitad de ese número. La logística de todo esto era asombrosa. Oh sí, sería un monstruo temible. Pero un monstruo domesticado y bajo el control de Tarkin; un monstruo forrado en blindaje de acero de quadanio, invulnerable e impermeable.

Bueno, *casi* invulnerable. Lemelisk lo había decepcionado en esa instancia. El mayor desafío en el diseño de la estación de combate, había dicho, no era crear un cañón de rayos lo suficientemente grande como para destruir un planeta, ni construir una estación del tamaño de una luna que fuera impulsada por un hiperimpulsor clase tres. El mayor desafío era energizar a ambos. Debía haber compensaciones, había dicho. Para montar un arma de medios mundicidas, las capacidades de escudos tendrían que ser degradadas a un nivel rudimentario. La energía, había dicho Bevel, no era infinita, ni siquiera en una estación de este tamaño, impulsada por el reactor de hipermateria más grande jamás construido. Sin embargo, dadas las defensas superficie-vacío, el número de cazas, baterías turbo-láser, blásteres de partículas cargadas, cañones de riel magnéticos, bancos de torpedos de protones, cañones de iones y una multitud de otros dispositivos de protección, ninguna nave de guerra de cualquier tamaño sería ni siquiera una amenaza

remota. Una flota de Destructores Estelares clase *Imperial* —incluso una flota de Destructores Estelares clase *Súper*, si alguna vez existía tal cosa—, no ofrecería ningún peligro real a la estación de combate una vez que estuviera totalmente operativa. Teniendo en cuenta eso, un sistema de escudo que era menos que perfecto en ocasiones no era un precio tan alto que pagar por la capacidad de vaporizar un planeta.

Una vez que la estación estuviera completamente en línea, entonces la Doctrina Tarkin —oficialmente reconocida por el Imperio y nombrada como tal—, dominaría los mundos conocidos. La Doctrina Tarkin era tan simple como efectiva; el miedo mantendría en línea la galaxia. Una vez que se hubiera demostrado el poder de esta «Estrella de la Muerte», su existencia sería suficiente para mantener la paz. La Alianza Rebelde no se atrevería a arriesgarse frente a ella. Un insurgente que con mucho gusto aceptaría su propia muerte por la causa se acobardaría al pensar en todo su mundo convertido en plasma incandescente.

Tarkin se apartó del ventanal. Ya había habido sabotaje y retrasos, y se producirían más; era inevitable en un proyecto de esta envergadura. Algunos esclavos habían intentado escapar, algunos droides se habían descompuesto, y hombres que deberían haber sabido lo que les convenía habían pensado en ganar poder personal a través de maquinaciones políticas. Además de estas molestias, Darth Vader, la mascota del Emperador, acostumbraba a aparecer sin previo aviso de vez en cuando para presionar su pesada mano sobre todo el proceso. Vader, por desgracia, estaba más allá del mando de Tarkin, aunque, como el primero de los nuevos grandes moffs, él era un hombre cuyo capricho era ley en todos los Territorios del Borde Exterior. Era cierto que el tipo de función de Vader era esencialmente la misma filosofía que la Doctrina Tarkin, aunque en menor escala; aún así, era… inquietante… ver al hombre hacer que un almirante o un general al otro lado de la habitación cayera con un simple gesto como si le hubieran disparado. Vader lo llamaba la Fuerza, ese poder místico que supuestamente había sido exclusivo de los jedi y los Sith. Tarkin lo había visto desviar saetas de bláster del aire con su sable de luz —o incluso, a veces, sin más que sus guantes negros—, sin más esfuerzo que para aplastar flitterflies. Vader era una especie de enigma: los jedi estaban extintos, por lo que se decía, al igual que los Sith, y sin embargo el hombre de negro poseía una de las armas distintivas favorecidas por ambos grupos, junto con la habilidad para utilizarla. Desconcertante. Tarkin había oído decir que Vader era más máquina que hombre debajo de esa armadura. Sabía que el droide cyborg, el general Grievous había sido capaz de manejar cuatro sables de luz a la vez, así que quizás no era tan sorprendente después de todo que Vader fuera hábil con uno. Nadie podría decirlo con certeza, por supuesto, puesto que nadie, excepto posiblemente el mismo Emperador, conocía la identidad del rostro detrás del visor del casco negro.

Tarkin, sin embargo, tenía su propia teoría acerca de la vida anterior del Señor Oscuro, basada en la información que había recogido de archivos privilegiados y conversaciones privadas, así como de los registros públicos. Había oído hablar de la supuesta muerte de Anakin Skywalker, el héroe de guerra jedi, en Mustafar, y sabía que

no se había encontrado ningún cuerpo. Por supuesto, podría haber desaparecido fácilmente en uno de los ríos de lava incandescente… pero ¿era realmente una coincidencia que Darth Vader, encerrado en un traje de soporte de vida y demostrando un gran dominio de la Fuerza que supuestamente sólo era alcanzado por los más poderosos de los jedi, se había convertido en el nuevo favorito del Emperador, inmediatamente después de que Skywalker dejó la escena?

Tarkin se encogió de hombros. Quienquiera o lo que sea que fuera Vader, o en lo que se había convertido, no carecía de un gran poder personal, y era bien conocido que tenía la confianza del Emperador. Pero eso no importaba. Todo lo que le importaba a Tarkin era que la construcción de la estación de combate procedía a un ritmo acelerado. Si Vader o cualquier otro intentaba obstaculizarla, se encargaría de él, sumariamente y completamente. Su sueño definitivo *debía* hacerse realidad. Nada más era importante, en comparación con eso.

Nada.

3

NAVE DE TRANSPORTE DE PRISIONEROS IMPERIAL *GLTB-3181*, EN TRAYECTORIA SUBORBITAL HACIA LA ESTACIÓN DE PROCESAMIENTO NUEVE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Teela Kaarz estaba sentada en su asiento asignado, mirando al metal en blanco junto a ella. La lanzadera no tenía ventanas en el área de pasajeros, así que no había mucho que ver, excepto los otros prisioneros. Había tal vez trescientos de ellos, hombres y mujeres de quizás una docena de diferentes especies humanoides, dispuestos en filas apretadas en el transporte. El hedor de varios olores corporales era agrio y potente. No vio a ningún otro mirialano como ella. Sabía que había algunos de su mundo natal en el infernal mundo de Despayre, al menos, habría si todavía estaban vivos. El planeta de la prisión estaba plagado de peligros… animales salvajes, plantas venenosas, violentas tormentas y extremos de calor y frío debidos a una órbita errática. No era un lugar al que nadie de su especie, o la mayoría de las demás, iría voluntariamente, a menos que tuviera un serio deseo de muerte.

Teela no albergaba un deseo de muerte, pero lo que ella deseaba importaba poco ahora. Su derecho a desear, junto con casi todos los demás derechos, le había sido arrebatado. Ya no era una ciudadana galáctica. Desde hacía un año estándar, era una criminal y una prisionera.

Su «crimen» había sido simplemente apoyar al candidato político equivocado en una elección planetaria en su mundo. El Emperador había decidido que el hombre que se postulaba a la oficina era un traidor, al igual que sus seguidores más influyentes. Por tanto, había ordenado que montones de mirialanos de las clases acomodadas fuesen acorralados, se les diera un «juicio» rápido, y se los condenara por traición. Teniendo en cuenta la reacción del público por esta parodia de justicia, se consideró políticamente inconveniente su ejecución en ese momento, así que Teela y sus correligionarios habían sido enviados a morir en un mundo a muchos años luz de distancia… un mundo tan peligroso e inhóspito que casi parecía haber sido diseñado con el único propósito de ser un planeta prisión.

Había sido un shock estar entre los elegidos para eso. En el lapso de una sola rotación planetaria, había pasado de ser una influyente y acomodada profesional a una criminal, y había existido en este último estado durante un año estándar. Había tenido suerte —y estaba asombrada— de haber sobrevivido por tanto tiempo. Había sido una arquitecta, especializada en el diseño de arcologías encapsuladas… no era una profesión que te preparara para la supervivencia en un mundo donde todos los otros animales deslizándose por ahí te consideraban una presa, o la mitad de las plantas tenían espinas con las que un pequeño rasguño podría causar un dolor agonizante antes de que su veneno te matara.

Antes de su caída en desgracia ella había estado cerca de los mejores de su juego, una profesional muy buscada que había diseñado la Encapsulización Ralthhok en Corellia y el mundo rueda Blackstar en el sistema Sagar. Ella había sido agasajada e idolatrada, invitada de monarcas y de senadores, jefes industriales y almirantes de flotas. Había pensado que no era nada tomarse un skimmer atmosférico a mitad de camino al otro lado de Mirial a cenar con amigos en diferentes continentes para cada comida.

Ahora tener una cena que no intentara morderla era un lujo.

Había tenido suerte, pero su supervivencia no había sido en su totalidad gracias a la suerte. Su padre había sido un amante de la naturaleza, y siendo niña había ido de campamento con él frecuentemente. Él le había enseñado a trabajar la madera, y aunque las plantas y los animales en el mundo prisión de Despayre eran diferentes de aquellos en Mirial —por decir lo menos—, los principios para ocuparse de ellos eran los mismos. Si tenía dientes y garras, era mejor evitarlo. Si tenía espinas o bordes aserrados, no era una buena idea acercarse demasiado. Uno mantenía su atención firmemente en el aquí y el ahora, y no se permitía el lujo de la fantasía y la ensoñación, a menos que estuviera seguramente atrincherado detrás de paredes improvisadas construidas con blindajes desechados o con el material amañado de los campos. Y era buena idea no bajar la guardia ni siquiera entonces, porque había depredadores dentro de los complejos tanto como afuera; depredadores con dos piernas en lugar de cuatro o seis, pero igualmente mortíferos.

Un año. Y hasta esta mañana, no había habido ninguna razón para que ella pensara que nunca iba a dejar Despayre, sin importar cuanto le quedara de vida. Pero cuando los Guardias Imperiales aterrizaron fuera de la improvisada villa de chabolas que los prisioneros habían llamado Ciudad Calabozo, el rumor se había propagado rápidamente. Había un proyecto en órbita, decía el rumor, y se necesitaba más mano de obra.

—He oído que tienen veinte mil esclavos wookiee trabajando en esa cosa —dijo el hombre sentado a su derecha. Hablaba con el prisionero a su derecha, y no con Teela, pero tan cerca como estaba, tendría que ser sorda para no oír la conversación. El prisionero a su derecha era un bakurano; grueso, y declarado culpable de varios delitos, según se había jactado a su mutuo compañero de asiento: robo, tráfico de armas, asalto, asesinato. Olía a moho del limo.

—¿En serio? —El prisionero sentado a un lugar de Teela era un brigiano, un humanoide alto, de piel púrpura que Teela había visto varias veces en Ciudad Calabozo. El único brigiano en la ciudad, según ella había oído. Habló con voz suave al responder al bakurano, pero ella también había oído que había sido un asesino lo suficientemente bueno con las manos que rara vez necesitaba un arma. Corría el rumor que una vez había matado a una virevol, una especie de rata del tamaño de un lobo y dientes de sable que sólo se encontraba en Despayre, con nada más que un palo. Y luego la había cocinado y se la había comido.

Ladrones y asesinos. Agradable compañía para una mujer que, hasta que había sido arrestada por una mala posición política, ni siquiera había sido sancionada con una multa

por tráfico aéreo. No que hubiera hecho esto de conocimiento público. Cuanto más peligrosa los delincuentes en Ciudad Calabozo pensaban que eras, mayor era la oportunidad que te dejaran tranquila. Cuando alguien le preguntaba cuál había sido su crimen, Teela siempre sonreía. Eso solía hacer que el que preguntaba se pensara dos veces acerca de cuáles podrían ser sus intenciones hacia ella.

—Sí —dijo el bakurano—. Medio millón de droides, además de un montón de robots de construcción… también extrusores, conformadores, dobladores y cosas así. Lo que están construyendo es grande, sea lo que sea.

El humanoide púrpura se encogió de hombros.

—Morir en el planeta, morir en el espacio. Da lo mismo.

El transporte bajó la velocidad, luego se detuvo. Después de un momento hubo un *¡clank!* que hizo vibrara toda la nave.

—Suena como que ajustaron una rampa —dijo el brigiano—. Parece que a dondequiera que vayamos, ya llegamos.

El bakurano se volvió para mirar a Teela, mirándola lascivamente de arriba a abajo, luego le ofreció una sonrisa dientuda.

—No me molestaría tener una compañera de catre, si hay poco espacio —dijo—. Tú servirás.

—Mi último «compañero de catre» murió accidentalmente mientras dormía una noche —dijo Teela. Sonrió.

El bakurano parpadeó.

—¿Qué?

Ella no dijo nada más. Sólo siguió sonriendo.

La sonrisa del bakurano se desvaneció.

Apareció un guardia.

—Todo el mundo arriba y en una sola fila —dijo.

El brigiano estaba más cerca del pasillo, el bakurano detrás de él y Teela detrás del bakurano. Seguía mirándola atrás, miradas nerviosas y rápidas, mientras salían en fila de la nave y entraban al tubo sinuoso de la rampa presurizada.

En la entrada a un área de reunión fría y enorme, Teela vio que había miles de prisioneros entrando por montones de rampas conectadas a otros transportes. Podía oler el sudor y el miedo de los prisioneros, mezclado con el rancio olor metálico del aire reciclado. Unos guardias en puestos de escáneres monitoreaban cada fila que entraba. Cada prisionero pasaba a través de un escáner, y sonaba un tono musical.

Leyendo sus implantes, supuso ella. La mayoría de las notas eran la misma, pero de vez en cuando sonaba un tono diferente, una octava más bajo, y los prisioneros conectados a ellas serían separados de los demás y apartados del cuerpo principal hacia una escalera que iba a un nivel inferior. Tal vez uno de cada cincuenta, supuso ella.

¿Quiénes eran? se preguntó. ¿Rechazados? ¿Descartes? ¿Personas que tendrían un viaje de ida hacia la esclusa de aire más cercana?

Cuando Teela pasó por el arco del escáner, el sonido emitido fue el más bajo. Sintió que su corazón latía más rápido, contuvo la respiración, mientras que el guardia bruscamente le ordenaba salir de la fila.

Lo que fuera que significara ese sonido para los seleccionados, al parecer estaba a punto de averiguarlo.

4

CANTINA EL CORAZÓN TIERNO, SUBSUELO SUR, GRILLA 19, CIUDAD IMPERIAL, SECTOR CORUSCANT, MUNDOS DEL NÚCLEO

—¿Debo romperles los cráneos? —preguntó Rodo.

——No —dijo Memah Roothes—. Sólo échalos.

—¿Estás segura? No me molesta.

—Por más que admiro a un hombre que disfruta de su trabajo, te pido que intentes refrenar tu entusiasmo.

—Tú eres la jefa.

Detrás de la barra, donde de vez en cuando tomaba un turno mezclando bebidas, la dueño de la Cantina El Corazón Tierno observó como Rodo, el pacificador del bar, iba a atender a los clientes fuera de servicio, que se volvían progresivamente más ruidosos. Que hubiera dos soldados de asalto imperiales borrachos y preparándose para una pelea no le preocupaba. Rodo —si tenía algún otro nombre, nadie que ella conociera lo había escuchado nunca—, era uno de los humanos más grandes que ella había visto. Nacido y criado en Ragith III, descendiente de los colonos humanos que habían sido genéticamente criados y seleccionados durante generaciones para adaptarse a un ambiente de una g y media estándar, Rodo, de más de dos metros y 110 kilos, no era un hombre que querrías que se enoje contigo. Una vez alguien había estacionado un deslizador terrestre en su lugar en la calle fuera de la cantina. Rodo lo había considerado como un insulto, y había sido directo para resolverlo.

Ver a un vehículo recogido y dado vuelta sin ayuda dejaba una impresión… la gente ya no se estacionaba en el lugar de Rodo. También era extremadamente rápido y muy, muy bueno en alguna extraña especie de arte marcial, que se podía utilizar para hacer un nudo a un parroquiano borracho y beligerante más rápido de lo que podrías llamar a los guardias imperiales para que vinieran y se llevaran el problema.

La presencia de Rodo era la razón de que las cosas tendieran a permanecer bastante tranquilas en la cantina, incluso en un día de pago como esta noche. Cuando alguien se volvía demasiado ruidoso o combativo, generalmente la llegada de Rodo a la mesa era suficiente para resolver el problema.

Generalmente, pero no siempre…

Memah se dio la vuelta para finalizar una orden de bebidas. Vio —por el rabillo del ojo—, a un hombre humano, un piloto espacial a juzgar por su ropa, mirándola pensativo, sosteniéndose el mentón con una mano, mientras se inclinaba sobre su copa. No le dio ninguna señal de reconocimiento por su admiración. Como una twi'lek rutiana de Ryloth, de piel verde azulada que parecía brillar bajo las luces de espectro completo, estaba

acostumbrada a esas miradas. Su piel, por su color y tono, era uno de sus mejores rasgos, que solía a mostrar usando vestidos cortos y sin mangas.

Sabía que, para la mayoría de las razas humanoides, ella era asombrosamente hermosa; incluso sus lekku, los dos grandes y carnosos zarcillos que colgaban sobre sus hombros en lugar de cabello humano, parecían tener una atracción erótica para los humanos. Y estaba en bastante buena forma, debido a la natación y un régimen de entrenamiento zero-g diario, aunque siempre le parecía que debería perder un kilo de sus caderas.

Memah había sido administradora de este lugar por dos años, y propietaria por otros dos más, antes de que la galaxia se hubiera vuelto loca. Por supuesto que la guerra era buena para los negocios en una cantina. Los seres que estaban por embarcarse a la batalla en el medio de ninguna parte en un planeta apartado sabían que no podrían relajarse en un lugar como el suyo las pocas veces que no estuvieran matando rebeldes o droides. Esto tendía a promover una cierta actitud de al-vacío-con-el-mañana, que se traducía en beneficios considerables para ella.

El Corazón estaba lleno de gente, y le tomó a Rodo un minuto abrirse camino a los potenciales combatientes, que estaban en una mesa de dos plazas cerca de la pared este. Uno de ellos estaba de pie y el otro levantándose cuando llegó el gran portero. Era una cabeza más alto y casi tan ancho como los dos de ellos juntos. Eclipsó la luz, y ambos hombres miraron para ver lo que estaba proyectando una sombra tan gigantesca.

Memah sonrió otra vez. No había forma en que pudiera oír lo que les decía Rodo. El lugar era demasiado ruidoso con conversaciones y risas, el tintineo de copas brindando, el roce de las patas de las sillas sobre el suelo duro. Tenía dos camareras más trabajando en el bar, ambas mezclando bebidas afanosamente y vaciando los grifos de bebidas. No era un ambiente silencioso. Pero sabía esencialmente lo que el gran hombre le estaba diciendo a los dos soldados. Habían perturbado el espíritu del Corazón, y tendrían que irse… ahora.

Si eran prudentes, sonreirían y asentirían con la cabeza e irían rápidamente a la puerta. Si eran estúpidos, discutirían con Rodo. Si eran *realmente* estúpidos, uno o los dos decidirían que cómo se comportaban no era asunto alguno del pacificador, y estarían encantados de demostrarle su entrenamiento de combate imperial, ¡muchas gracias!

La respuesta de Rodo siempre se basaba en su actitud. Si eran amables, podrían volver mañana y comenzar de nuevo, sin rencores. Desde allí empezaba una escala. En este caso, los dos debieron haber decidido que el guardián no era tan duro como parecía, y merecía al menos unas palabras a elección, probablemente con respecto a su madre o hermanas y sus relaciones inmorales con ellas.

Antes de que ninguno de los soldados pudiera hacer o decir nada, Rodo agarró a cada uno por la pechera de la camisa, moviéndose increíblemente rápido para un hombre tan grande y, en una asombrosa muestra de fuerza bruta, los levantó del piso y golpeó sus cabezas entre sí. Si no estaban inconscientes después de eso, sin duda estaban lo

suficientemente aturdidos para cesar las hostilidades. Sosteniéndolos así, Rodo caminó hacia la puerta, como si no hiciera más esfuerzo que llevar dos jarras grandes de cerveza.

No le tomó mucho tiempo alcanzar la salida, todo el mundo entre él y la puerta se apartó con gran presteza, despejando un camino amplio. La sala quedó casi en silencio cuando la puerta se abrió con un siseo y Rodo lanzó a los dos a la calle.

Cuando la puerta se cerró, el nivel de ruido volvió a la normalidad y Memah volvió a su orden de bebida. Nadie salió lastimado, y por lo tanto no era necesario preocuparse por las autoridades. Y si los soldados eran lo suficientemente necios como para volver con otros como ellos, intentando explotar su estatus imperial… bueno, no había una sobreabundancia de apoyo en los niveles inferiores para tanta oficiosidad.

Memah suspiró. Cuando había empezado en esta línea de trabajo, como mesera en un local en lo profundo de Gnarlytown llamado Villynay, la mayor parte de las tropas imperiales todavía eran clones, y cada uno de ellos había sido uniformemente amable y tolerante. Es cierto que, después de tomar demasiado fermento, se volvían un poco bulliciosos, pero eso nunca había sido un problema y tampoco nunca habían vacilado en echar a cualquiera que lo fuera. Había oído que todos habían sido programados, de alguna manera, para sólo mostrar hostilidad hacia el enemigo. Fuera por la razón que fuera, había sido un placer servir a los clones.

Pero eso fue entonces… y esto era ahora. Tal vez estaba mirando al pasado a través de droptacs color de rosa, pero le parecía que muchas cosas habían cambiado. Ahora una noche en la que Rodo no tuviera que expulsar a unos borrachos obstinados era una noche para recordar.

Mientras preparaba un Bantha Bláster, revolviendo los ingredientes, Memah notó otro par de clientes. No estaban causando ningún alboroto; en todo caso, estaban demasiado tranquilos. Humanos, un hombre y una mujer, eran como gran parte de la multitud a esta hora de la noche. Ambos estaban vestidos con monos negros poco llamativos. Sostenían jarras de membrosia y estaban sentados uno frente al otro en una mesa de dos asientos en la esquina, desde la que parecían, sin ser obvios acerca de ello, estar observando la habitación.

Y aunque nunca los atrapó mirando directamente en su dirección, Memah tenía la sensación de que estaban particularmente interesados en ella.

Rodo volvió a la barra como una oruga de gravedad pesada estacionándose. Escudriñó la sala, buscando más problemas. No parecía haber ninguno a la vista por el momento.

Memah terminó el Blaster y lo puso en la barra.

—¡Ele-nueve, la orden está lista!

El nuevo droide de servicio, uno del tamaño de un bote de basura sobre ruedas cuyo modelo ella no podría recordar, rodó hasta la barra.

—Lo tengo, jefa —chirrió. Agarró la bandeja con brazos extensibles, la ancló a la placa magnética en su «cabeza» y partió a entregar las bebidas.

Memah se movió al otro extremo de la barra.

—Rodo, ¿ves a los dos de negro en la esquina?

Rodo no miró a la pareja, ni directamente a ella.

—Sí.

—¿Sabes quiénes son?

—No quiénes. Nunca los había visto aquí antes. Aunque tengo una buena idea de lo que son.

Hubo una pausa larga que Memah finalmente rompió.

—¿Quieres terminar ese pensamiento y educarme en esto?

Él esbozó una pequeña sonrisa. Rodo la quería, aunque nunca había hecho ningún avance hacia ella, y ella sabía que nunca lo haría.

—Agentes de Inteligencia Imperial.

Ella frunció el ceño, sorprendida. ¿Que haría un par de Ojos en su establecimiento? Ella tenía un bar de trabajadores, y no había muchas probabilidades de que hubiera corrupción o espionaje de alto nivel por aquí. Esto era el Subsuelo Sur, después de todo; la mayoría de los moradores del subsuelo ni siquiera podía escribir *espionaje*, mucho menos practicarlo.

—¿Estás seguro?

—Bastante. Tienen la pinta. Si quieres, puedo investigar un poco, ver qué quieren.

Ella sacudió la cabeza.

—No. No causes problemas que no necesitamos. Sólo mantén un ojo sobre ellos.

Rodo se reclinó.

—Para eso me pagas, Jefa.

5

BARRACAS DE OFICIALES, DEI *GARRA DE ACERO*, SISTEMA HORUZ

El jefe suboficial Tenn Graneet salió rodando de su litera y puso los pies descalzos sobre la cubierta de metal frío. Eso lo despertó bastante rápido. *Realmente debería conseguir una alfombra para colocar allí*. Había querido hacerlo desde que lo habían asignado a la nave, hacía ocho semanas, pero otras cosas seguían teniendo prioridad y ni a S'ran Droot, ni a Velvalee, los otros JS con los que compartía el camarote parecía molestarles. Por supuesto que los pies de Droot eran más bien pezuñas, y Velvalee estaba acostumbrado a temperaturas mucho más frías… el maldito piso podía sentirse tibio para sus pies, por lo que Tenn sabía. Esos dos tenían el turno del cementerio esta semana, así que volverían al camarote más o menos para cuando él llegara a su puesto.

Tenn se encogió de hombros mentalmente. Algún día lo llegaría a hacer. Tal vez si adulaba a esa mujer de Alderaan que tejía cuando estaba fuera de servicio, podría conseguir que le hiciera una alfombra de sintolana lo bastante grande para cubrir la cubierta… no le tomaría tanto tiempo. Siempre podía engatusar a una mujer para que hiciera todo tipo de cosas para él.

Caminó por el pasillo a la unidad sanitaria, se dio una rápida ducha sónica, se salpicó depil en la barba, y lo limpió. Luego, envuelto en una toalla, volvió a ponerse el uniforme del día.

Tenn Graneet tenía más de cincuenta, pero estaba en muy buena forma para un hombre de su edad. Tenía algunas cicatrices no revisadas de diversas batallas cuando su puesto había sido alcanzado por el fuego enemigo, o de cuando algo había salido mal y explotado, y de un par de peleas de cantina cuando había sido demasiado lento en salir del camino de una botella rota o vibrocuchilla. Sin embargo, era delgado y musculoso, y podía seguirle el ritmo a los soldados de la mitad de su edad, aunque ya no tan fácilmente como antes. Los días en los que podría estar de juerga toda la noche y luego trabajar un turno completo al día siguiente habían pasado, es cierto, pero en la carrera de obstáculos, incluso los novatos sabían que no debían ponerse en frente de él a menos que quisieran ser atropellados. Era un motivo de orgullo que, incluso después de más de treinta años en la armada, nadie en la tripulación de artillería de Tenn Graneet podía beber más, pelear más, o ser mejor con las damas que él.

Escogió su ropa de uniforme más vieja, el color gris claro se había desvanecido al color de la ceniza, y se la puso. Hoy se iba a ensuciar y oler mal de todas formas, por lo que no tenía sentido echar a perder la nueva. El rumor de los niveles superiores era que iba a haber otro simulacro de batalla sorpresa alrededor de la mitad del turno. El oficial al mando de la Estación Bláster Pesada de Babor, el capitán Nast Hoberd, era un compañero de copas del teniente coronel Luah, que era el asistente del almirante, y como resultado la

EBPB siempre obtenía un aviso cuando un simulacro o inspección sorpresa estaba a punto de ocurrir. El capitán quería que su unidad se viera bien, y como siempre sabían de antemano cuando contaba, siempre se veían bien. Al pasar un guante blanco por una superficie en cualquiera de las seis torretas turboláser o dos torretas de cañones de iones pesados, no habría ni una partícula de suciedad. Podías comer en el suelo del Control de Fuego en los días de inspección. Al encender las alarmas de batalla, y la batería de babor era la primera en reportarse lista para el combate. Siempre.

Según los rumores Hoberd quería ser ascendido a mayor, y el rendimiento prácticamente impecable de su unidad durante cada inspección y simulacro no era nada malo para sus oportunidades. No que la tripulación de bláster fueran unos vagos. No podías disparar las armas grandes a menos que tuvieras un montón de práctica de tiro con las pequeñas, y Tenn se deshacía rápidamente de cualquiera que no pudiera levantar su peso que dejaba quemaduras por fricción. Él tenía su propia reputación que mantener. El JS Tenn Graneet era el mejor jefe de artillería en esta armada de seres. Si alguien les daba un objetivo y podía ser posiblemente golpeado, su tripulación lo golpearía, tan seguro como que había pequeños seres verdes viviendo en Crystan V.

Vestido, Tenn se miró en el espejo. Una cara que era a cada centímetro un viejo y canoso jefe de la armada le devolvió la mirada. Gruñó. Había ingresado a la Armada Imperial antes de que fuera la Armada Imperial, y esperaba morir en su puesto. Eso estaba bien para él. Toda una vida de servicio militar no era una mala vida, en su opinión. Abandonó sus aposentos y se dirigió al pasillo.

El *Garra de Acero* era la novena nave en la que él había servido; en las últimas cuatro su deber había sido el de jefe de artillería. Un Destructor Estelar clase *Imperial*, el *Garra* era la columna vertebral de la flota. Tenn esperaba ser transferido, un día, a uno de los cuatro nuevos Destructores Estelares clase *Súper* que se estaban construyendo actualmente. Esos sí que eran monstruos, de ocho o diez veces el tamaño de las naves clase *Imperial*, que eran de más de un kilómetro y medio de longitud. Los SDE no parecían otra cosa que cuñas en forma de porción de pastel cortadas de un asteroide y cubiertas de armamento. Tal vez si solicitaba los favores correctos en el momento oportuno, él podría conseguir una asignación en el próximo que estaba programado para salir ponderosamente de los Astilleros de Motores Kuat. Todavía le quedaban unos buenos años, ¿y quién mejor que él para manejar la batería grande de una de esas naves monstruo? Había hecho su solicitud, y tal vez, si Hoberd obtenía su promoción, hablaría bien de Tenn antes de irse. Aunque mientras Hoberd manejara la batería, no era probable que eso sucediera. Él no quería perder al mejor JS del sector, eso decía.

Bueno, pensó Tenn, *es bueno ser apreciado*. De todos modos, sabía, bien profundo, que él no estaría satisfecho hasta que pudiera decir que había manejado la más grande y la mejor.

Venía el cambio de turno, y los oficiales y tripulación llenaban los pasillos en camino a sus puestos. Aunque solamente sería un simulacro, Tenn estaba ansioso de oír el zumbido de los generadores mientras se cargaban los condensadores, seguido por las

pesadas vibraciones y el olor a quemado en el aire cuando los cañones iónicos y láser hablaban, arrojando dura energía por el espacio vacío para destruir los objetivos de práctica. Poder llegar a cien clics o más y destrozar una nave en polvo atómico era poder *real*. Y nadie mejor en eso que él.

Tenn llegó a la matriz cinco minutos temprano, como siempre. Con cincuenta metros de diámetro, la unidad estaba en silencio a medida que se acercaba el cambio de turno. Vio al jefe Droot y le ofreció una inclinación de cabeza.

—Jefe. ¿Cómo va todo?

—Todo en orden Ge. —El gran chagriano, uno de los pocos alienígenas en alcanzar algún rango en la Armada Imperial, miró a su alrededor—. ¿Sabes que hay un simulacro sorpresa a las mil ciento treinta horas?

—Sí.

—Limpiamos las cubiertas, cargamos los conds, listos para resplandecer.

Tenn sonrió.

—Gracias, Droot. Te debo una.

—No, yo todavía estoy dos abajo… tú dejaste la estación brillante como un espejo para esa última inspección. Recibí una sonrisa del mismo almirante en esa ocasión.

Tenn asintió con la cabeza. Todo el mundo llevaba la cuenta de quién le debía qué a quién en una nave, y no dejabas que un jefe colega recibiera el fuego si podías evitarlo. Aunque no fuera tu turno, era tu puesto, y lo que hacía que uno se viera mal hacía que todos se vieran mal. Y viceversa, por supuesto.

—El puesto es tuyo —dijo Droot—. Voy a cenar algo. He escuchado que el comedor tenía cangrejos berbersianos en el menú.

—Más bien soypro modificado —dijo Tenn.

Droot se encogió de hombros.

—Sí, bueno, es la armada, no el Yuhuz Cuatro Estrellas. —Se fue, agachándose para asegurarse de que sus cuernos pasaran por la escotilla.

El equipo del turno de la mañana ya estaba en su lugar… el JS Tenn Graneet quería que su gente estuviera en su puesto con quince minutos de antelación, y si no lo estabas, lo lamentarías. Una vez, y tu grupa quedaba masticada como si un reek hambriento la hubiera roído. Dos veces, y debías buscar otro trabajo.

—Buenos días, gente —dijo Tenn.

—Buen día, jefe —llegó el eco de la tripulación.

—Pulan los botones, muchachos —dijo el jefe—. No quiero nada pegajoso por si acaso tenemos que dispararle a algo hoy.

La mayor parte de la tripulación sonrió. Todos sabían acerca del simulacro. Todos estaban listos. Ninguno de ellos quería ser el ser que decepcionara al jefe suboficial Graneet. No, señor…

FRAGATA MÉDICA *MEDSTAR CUATRO*, ÓRBITA POLAR, PLANETA DESPAYRE

—¿Capitán Dr. Kornell Divini?

Uli asintió con la cabeza.

—Sí.

—Técnico médico de clase dos Vurly, señor —dijo el hombre. Humano, al igual que Uli, o al menos lo suficientemente cerca como para que no pudiera notar la diferencia, y Uli era una especie de experto en la anatomía humanoide.

—Por aquí, señor.

El meditec lo condujo por pasillos grises y sin rasgos, más profundo dentro de la nave, hasta un complejo de oficinas. Uli marcó la ruta medio conscientemente, sabiendo que podría encontrar el camino con bastante rapidez si era necesario. Tenía un buen sentido de la orientación, aunque no era nada por lo que pudiera atribuirse el mérito: había nacido así.

Efectivamente, se encontraba en la sección de Administración Médica. Todas las habitaciones médicas de las naves parecían iguales; las mismas paredes blanco pálido, pasillos anchos, y líneas luminiscentes con códigos de colores en el piso que le llevaban a los varios departamentos. Había aproximadamente una docena de personas trabajando: secretarios, sobre todo, algunos biológicos, algunos droides. Sabía que el personal médico que hacía el trabajo estaría en otros lugares por el pasillo.

—Comandante Hotise, el Dr. Kornell Divini.

Hotise era un hombre bajo y corpulento, probablemente de setenta más o menos, con el cabello blanco y una barba recortada. Llevaba uniforme gris de oficina, y la ropa le sentaba tan bien que tenía que haber sido hecha por un sastre. Estaba revisando una lista en una pantalla plana. Levantó la mirada y ofreció una inclinación de cabeza al técnico.

—Gracias, Vurly.

—Señor —dijo el técnico asintiendo, y se marchó.

—Bienvenido a *MedStar Cuatro*, doctor —dijo Hotise—. Me alegro de tenerlo a bordo.

Uli asintió con la cabeza.

—Gracias, señor —dijo. Su aparente falta de entusiasmo debió haberse notado. El anciano levantó una ceja que tenía más pelo que una oruga de las hojas.

—¿No estás contento con esta asignación, hijo?

Eso hizo que el nuevo comandante de Uli se ganara una mirada de incredulidad.

—¿No estar contento? Mi primer periodo de servicio fue en una unidad Uquemer en un mundo pantanoso donde sus pulmones podrían llenarse de esporas en cinco minutos si usted no usaba una máscara de filtro. Emparché tal vez a mil clones, y se suponía que iba a ser rotado a mi planeta natal y licenciado como civil al final del periodo. ¿Eso fue hace… cinco? ¿seis? excepciones. He perdido la cuenta.

Hotise asintió con la cabeza.

—Oimpp —dijo.

—Correcto. —OIMPP significaba «Orden Imperial Militar de Prevención de Pérdida». Muchas personas cualificadas que habían sido reclutadas estaban hartas de los

militares después de las Guerras Clon, y cuando terminaba su servicio obligatorio, no querían nada más que volver a casa. Con la acción contra los rebeldes calentándose, el Imperio no podía permitirlo. Los médicos, en particular, escaseaban; por lo tanto, OIMPP. Una orden retroactiva que decía que, sin importar cuándo habías sido conscripto, una vez que estabas dentro, lo estabas tanto como querían… o hasta que te mataran. De cualquier manera, podías despedirte de lo que tenías planeado para tu vida.

Orden Imperial Militar de Prevención de Pérdida. Una traducción alternativa, sin duda garabateada en la pared de alguna unidad sanitaria por un ingenioso artista del grafiti, se había difundido en los últimos años: «Estoy Jodido; la Vida ha Terminado»[3]. El recuerdo produjo una tenue y sombría sonrisa en los labios de Uli.

—Lo siento, hijo —dijo su oficial al mando—. No es mi política.

—Pero usted *tiene* una carrera en la armada.

El hombre mayor asintió con la cabeza.

—Cada uno tiene su camino elegido.

—Eso no es exactamente cierto, ¿verdad? Si yo estuviera en *mi* camino elegido, probablemente usted y yo nunca nos hubiéramos conocido.

Hotise se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Yo no manejo las cosas en la civilización… sólo hago lo que me dicen. Nos faltaba un cirujano. Solicité un reemplazo. Eres tú. Si no estuvieras aquí, estarías en otro lugar donde el Imperio lo considerara necesario.

»No es el General de Centro Imperial o el Gran Zoológico, pero aquí está tranquilo. No como en una carpa de Uquemer en medio de la hierba alta. Nadie nos está disparando. La mayoría de lo que vemos es algún accidente de trabajo ocasional o desgaste normal. Podrías estar mejor, capitán, pero también podrías estar mucho peor. La guerra es fea, pero es así.

—Sí, señor.

—Puedes dejar eso. Aquí somos bastante informales. Le pediré a un droide que te lleve a tu camarote, y puedes tomarte el turno para instalarte. —Hotise miró las órdenes de Uli—. Dice aquí que eres originalmente de Tatooine, Dr. Divini.

—Uli.

Hotise lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Disculpa, hijo?

—La gente me llama Uli. Es una palabra de los Tusken, significa…

Una alarma sonó, interrumpiéndolo. Uli no necesitaba una traducción: *¡Paciente entrante!*

Un droide secretario se acercó rodando sobre su única rueda. Su giroscopio chirriaba ligeramente al borde del umbral auditivo de Uli mientras la rueda mantenía al droide vertical y estable. Se detuvo delante de Hotise.

---

[3] IMSLO = Imperial Military Stop Loss Order

IMSLO = I'm Milking Scragged; Life's Over

No voy a intentar inventar un juego de palabras que funcione en español. *(N. del T.)*

—Señor, la Nave Ambulancia Nueve está en camino al Muelle B con doce trabajadores heridos por la explosión de un tanque de oxígeno en el sitio de construcción.

Uli notó que el vocabulador del droide tenía, por alguna razón, una especie de dejo musical que encontraba agradable. Era como si el droide fuera un personaje de ópera ligera, a punto de empezar a cantar en cualquier momento.

—Debería llegar en seis punto cinco minutos —continuó el droide—. Los médicos de campo listan daños por lesiones por compresión, heridas por esquirlas, y rupturas de vacío. Cuatro en estado crítico, dos de ellos en shock; tres moderado; cinco menor. La distribución por especies es seis wookiees, tres humanos, un cereano, un ugnaught, un gungan.

Uli frunció el ceño. Esa era una mezcla interesante: ¿*seis* wookiees? ¿Trabajando para el Imperio? Eso no parecía estar bien.

—Hasta aquí llegó lo de tranquilo —dijo—. ¿Por dónde queda la Recepción de Emergencias?

—Todavía no tienes que saltar al trabajo —dijo Hotise.

Uli se encogió de hombros.

—Podría hacerlo. Es lo que hago.

Hotise asintió con la cabeza.

—Cuatromeo te lo mostrará. —Dijo señalando al droide con la cabeza—. Deja tus cosas aquí; haré que las lleven a tu camarote.

—Por aquí, Dr. Divini —dijo el droide en un agradable tenor. Su rueda chirriaba mientras rodaba por el pasillo. Uli lo siguió.

6

COLONIA PENITENCIARIA SLASHTOWN, GRILLA 4354, SECTOR 547, CUADRANTE 3, PLANETA DESPAYRE

Siendo un zelosiano, Celot Ratua Dil podía, si era presionado, vivir sólo de sol y agua… al menos por un tiempo. No conocía el origen de su especie, pero sabía que su gente tenía ojos verdes y sangre verde. Aunque nadie fuera de la especie había tenido la suficiente curiosidad para hacer análisis genéticos completos, la teoría de que había habido algún tipo de fusión única de animales y plantas en los albores de la historia zelosiana era aceptada como un hecho en su planeta natal. Con luz del sol y un poco de agua podría vivir un mes, dos meses, sin comer ni un bocado, aunque preferiría no tener que hacerlo. Preferiría comer una buena comida de filetes de bahmat y huevos de feelo, y, ya que estaba prefiriendo, preferiría *muchísimo* estar en casa en Zelos que en un mundo prisión lleno de repugnantes criminales.

Por desgracia, las cosas no eran así.

Miró en el interior de la tosca choza en la que vivía, una colección destartalada de madera local y desechos de embalajes imperiales unidos con enredaderas, alambres y trozos de cordel. No era mucho, pero era su casa. Salió del colchón que utilizaba de cama, esencialmente una manta sobre algunas ramas de hoja perenne. Cuando estaba fresca y bien acomodada, era bastante cómoda. Sin embargo las ramas ya se estaban secando; había pasado un par de semanas estándar desde que las había cambiado. Tenía que hacerlo pronto; las ramas secas no sólo eran incómodas, sino que las babosas escorpión las infestaban rápidamente, y la picadura de la cola de una babosa podía hacer que los miembros de cualquier especie humanoide estuvieran en agonía durante semanas… si tenían suerte.

Por milésima vez Ratua despotricó mentalmente contra la mala suerte que lo había traído aquí. Sí, él era un ladrón, aunque no demasiado. Y sí, había sido un contrabandista, aunque realmente nunca logró hacer muchos créditos con eso. Era un buen buscavidas, lo que le ayudaba a sobrevivir aquí. Y no sería raro en él que se aprovechara de un pobre comerciante en una operación animosa una y otra vez. ¿Pero ser levantado en un bar del puerto de Trigalis que por casualidad tenía una banda de piratas en él y ser confundido con uno de ellos? Eso estaba *mal*. Todo lo que había hecho fue parar por una jarra de fermento. El hecho de que hubiera estado regateando un poco con uno de los piratas por una seda meelweekiana que antes se había «caído» de una van flotante comercial no significaba que él fuera un miembro de la tripulación.

Los jueces, por desgracia, no habían quedado convencidos. Ratua había ofrecido someterse a un escaneo de la verdad, pero alguien tendría que pagarlo, ya que él no tenía el dinero, y los jueces no estaban dispuestos a gastar los créditos de los contribuyentes

cuando era tan obviamente culpable de algo, aunque no fuera de este crimen en particular en este mundo en particular. Y así había sido lanzado con una multitud de tipos rudos, todos ellos amontonados en una bodega de carga que no era lo suficientemente grande para la mitad de su número y sumariamente arrojado fuera del planeta.

Estar en un planeta prisión con algunos delincuentes seriamente malos no era un paseo por un parque tranquilo. Incluso sin los ladrones, asesinos, extorsionistas y cosas por el estilo exiliados, Despayre no sería la primera opción de nadie para construir una casa de invierno. La tierra era en su mayoría selva, consistía de un gran continente y un océano considerablemente más grande. El crecimiento desenfrenado era alimentado por un nivel de gravedad de menos de tres cuartos g estándar y por vendavales estacionales que rugían desde el distante océano, impulsados por las fuerzas de marea debidas a la órbita errática.

La flora y fauna de la selva había respondido al desafío ambiental de los vendavales produciendo un gran crecimiento cerrado que clavaba sus raíces bien profundo en la tierra. En algunos lugares la selva entrelazada era totalmente impenetrable. La vida animal también se había adaptado, haciéndose, en su mayor parte, sinuosa y serpentina, la mejor forma de forrajear entre los troncos y enredaderas fuertemente entrelazadas. Había crustáceos venenosos, así como unas criaturas voladoras como lagartijas aladas y cosas parecidas a mantas, estas últimas tenían un ciclo de vida interesante que comenzaba en el océano y terminaba en la selva.

Y todo —*todo*— parecía ser el más violento, salvaje y en general desagradable representante de su especie posible. No era tanto un sistema ecológico interdependiente sino una guerra biológica sin cuartel, con cada una de las innumerables especies autóctonas de Despayre aparentemente diseñada con el único propósito de atacar y destruir a todas las demás. Todo lo que se movía, al parecer, tenía colmillos que goteaban veneno, y todo lo arraigado a la tierra tenía espinas, púas, o bordes venenosos…

Y encima de todo *eso*, estaban los prisioneros.

Los guardias de seguridad en sus barcazas flotantes de patrulla, estaban allí para asegurarse de que nadie se escapara; fuera de eso, los presos podían hacerse prácticamente lo que quisieran el uno al otro, y no pasaba una noche sin que alguien sufriera una golpiza, a veces tan duro como para que terminara muerto. Aquí adentro regía la ley de la selva, igual que ahí afuera, y los grandes depredadores reinaban. Tomaban lo que querían, y si te oponías, te aplastaban. Ratua trataba de mantener un perfil bajo… si no te notaban, no era tan probable que te mataran sólo por deporte. Mantenía la boca cerrada y la cabeza gacha, y se concentraba en la supervivencia.

Se lavó la cara, usando agua bastante limpia en el domo de un generador de campo de estasis, luego salió al exterior. El sargento Nova Stihl, uno de los guardias más tolerantes, cada mañana enseñaba una clase de defensa personal cerca de allí. La mayoría de los estudiantes eran otros guardias, pero había algunos prisioneros y Ratua disfrutaba viendo a otras personas sudar. Además, era una reunión en la que se podían hacer negocios. Permutar un poco de esto por un poco de aquello, arreglárselas un poco mejor. Ratua

tenía un muy buen negocio trocando bienes y servicios, y eso ayudaba a comprar a los depredadores que lo notaban de vez en cuando. Digamos, ¿colega, qué preferirías hacer? ¿Aplastarme hasta convertirme en pasta verde, o conseguir una batería nueva para tu reproductor de música?

Entre los criminales, como entre la mayoría de las personas, la avaricia era bastante confiable.

Ratua llegó enseguida al lugar despejado donde se reunían los que practicaban defensa personal. Había unos dieciocho o veinte, además de un número igual de prisioneros y guardias mirando. Circuló entre ellos, con la esperanza de encontrar a alguien con un par de frutas de sol de más que pudiera conseguir para el desayuno.

El sargento Stihl hablaba sobre qué hacer si alguien te atacaba con un cuchillo mientras Ratua se abría camino alrededor de la reunión.

—¿Alguien sabe lo primero que hay que hacer si alguien viene hacia ti con un cuchillo? —preguntó Stihl.

—Correr como una fleetabeesta —dijo alguien.

Hubo una risa general.

—¿Ya habías tomado esta clase antes? —respondió Stihl. Más risas—. Monn tiene toda la razón —continuó el sargento—. Emprendes la retirada, tan rápido como puedas. Luchar con los miembros desnudos contra un cuchillo, hará que termines cortado, no hay excusas, no hay excepciones. Y a menos que ustedes, escoria de la galaxia, hayan sido muy trabajadores desde la última vez que miré, no tienen mucho que se parezca a un centro médico en ningún lugar cercano. Pueden recibir un corte serio y desangrarse, o podría infectarse y dejarán la fiesta por la salida lenta y dolorosa, ¿eh?

Hubo un murmullo de acuerdo. Todo el mundo lo sabía. Si perdías una parte del cuerpo, se había ido para siempre a menos que fueras un regenerador natural. El estado de la medicina local era rudimentario: algunos doctores y otros curanderos, pero sin mucho equipo ni medicinas. Por supuesto, el tanque de bacta más cercano estaba a unos 300 clics más o menos, por desgracia, la dirección era vertical en lugar de horizontal, y la mayoría de los prisioneros se hacían pocas ilusiones sobre sus posibilidades de ser subidos al centro en órbita si estaban en peligro.

—Pero si no tienes un arma y no puedes correr, entonces necesitas otra opción. Y tiene que ser una que no dependa de una gran habilidad porque no funcionará a menos que la tengas y aun así, quizás no. —El sargento Stihl miró a su alrededor—. Eh, Ratua, déjame tomarte prestado por un minuto.

Ratua sonrió. Ya había hecho esto antes.

—Muchos de los maestros de defensa personal dicen que se debe atrapar y controlar el brazo del cuchillo —continuó Stihl—. Eso, para no entrar en detalles demasiado finos, es puro mopak. Si no eres más rápido que el tipo con el cuchillo, hace que quedes destripado, no importa cuánto sepas.

Ratua entró al círculo desigual formado por los espectadores. Stihl le lanzó el cuchillo de práctica, una daga de blandoflex larga como un antebrazo. Lo suficientemente dura

como para parecer un verdadero cuchillo, pero con suficiente elasticidad que si golpeabas a alguien con ella, se doblaría sin hacer daño. La punta y los filos estaban recubiertos de una tinta roja inofensiva que dejaba una marca temporal en lo que tocara.

—Yo tengo doce años en teräs käsi —dijo Stihl—. Fui Campeón de Peso Mediano Sin Armas de la Primera Flota Naval dos años, finalista en otros dos. Mano a mano desnuda, espero poder vencer a cualquiera de mi tamaño en este planeta, sin importar su especie. Cuchillo contra cuchillo, puedo hacer duelo hasta un empate. ¿Manos desnudas contra un cuchillo? Terminaré cortado. Muéstrales, Ratua.

Ratua sonrió y caminó adelante como si no tuviese prisa. Lanzó una lenta estocada con el cuchillo. Stihl empezó un movimiento en cuclillas para agarrar su brazo, sólo que…

Ratua hizo su truco.

Mientras el sargento intentaba tomarle la muñeca, Ratua echó la mano atrás, y aunque a él no le parecía gran cosa, sabía que los observadores verían su mano *emborronarse*.

No era algo zelosiano, era algo de Ratua. No sabía de dónde había salido, pero una vez que se encendía el cohete acelerador que era él, por un corto tiempo, era más rápido que la mayoría de los seres ordinarios. *Mucho* más rápido. Algún médico que lo examinó una vez y trató de medir su tiempo de reflejos había dicho algo sobre una mutación, una respuesta de nastia anormalmente rápida en la fibra de celulosa que componía gran parte de su masa múscular. Cualquiera que fuera la causa, le había sido útil más de una vez durante su exilio en Despayre.

Mientras que el sargento continuaba moviéndose en lo que para Ratua parecía en cámara lenta, este último levantó el cuchillo e hizo tres cortes rápidos y una puñalada. Luego dio un paso atrás.

El tiempo reanudó la velocidad normal. Varias personas que nunca habían visto la demostración jadearon boquiabiertas o maldijeron.

El sargento Stihl tenía dos finas líneas rojas en el cuello, una a cada lado, otra cruzando su garganta y un pequeño punto rojo bajo la caja torácica justo por debajo de su corazón.

—¿Lo ven? —dijo Stihl, después de que los sonidos de asombro se hubieron acallado. Se volvió hacia Ratua—. ¿Cuánto entrenamiento de lucha tienes, Ratua?

—¿Contando hoy? —Sonrió—. Uh, eso sería… ninguno.

Stihl se señaló las rayas y marcas de puñaladas.

—Cualquiera de estas habría sido suficiente para matarme. Ojos Verdes no tiene entrenamiento. Soy un experto, pero si ese cuchillo hubiera sido real, estaría fertilizando las plantas… si alguien se tomara el trabajo de enterrarme. Sí, él es rápido, increíblemente rápido, pero ese es el punto: nunca se sabe contra quién o qué te vas a enfrentar, especialmente aquí en Despayre. Eso te hace parar y pensar, ¿no? Gracias, Ratua.

Ratua asintió con la cabeza y salió del círculo. Estas pequeñas demostraciones ocasionales eran otra de las formas con las que se las ingeniaba para mantenerse con vida.

Los depredadores preferían víctimas indefensas, y aunque Ratua no era un luchador —la vista de la sangre, incluso si no era verde, lo hacía sentirse mal— había muchas presas más lentas que atacar. ¿Por qué arriesgar el cuello si no tenías que hacerlo?

Stihl continuaría hablando sobre la posición y los ataques preventivos y esas cosas, pero Ratua ya lo había oído todo antes. Él estaba más interesado en encontrar una fruta de sol, y después de su momento de protagonismo, probablemente sería más fácil. Todo el mundo quería a una estrella.

La mayoría de los días, el sargento Nova Stihl sentía que él era parte de la solución y no parte del problema. Ser un guardia en un planeta prisión no era, en el mejor de los casos, un deber particularmente atractivo. De hecho, incluso en su mejor momento, podrías congelarlo en carbonita y todavía apestaba hasta una órbita alta. Preferiría mucho estar ahí afuera en el meollo de las cosas, luchando contra los rebeldes en un verdadero campo de batalla, utilizando sus habilidades duramente ganadas donde más importaba. Pero alguien tenía que estar aquí, y era lo bastante filosófico para soportar el hecho de que él hubiera sido uno de los asignados para ello. Había aprendido hace mucho tiempo a poner la mejor cara a la situación. Eso era todo lo que podías hacer si eras un soldado en el Ejército Imperial.

Recordó una cita del filósofo mrlssi Jhaveek: «Sé que soy solamente lo que parezco para mí mismo». Era un concepto engañosamente complejo, envuelto en palabras simples. Nova sonrió ligeramente mientras pensaba en la probable reacción que los otros soldados tendrían si supieran que los holos escondidos debajo de su litera no eran imágenes picantes de bailarinas twi'lek, sino disertaciones detalladas de los filósofos más finos de la galaxia acerca de las distintas escuelas de pensamiento metafísico. No que él tuviera nada en contra de las bailarinas twi'lek. Pero sus estudios, durante los últimos años aquí en su puesto, lo habían mantenido cuerdo… de eso estaba convencido.

La mayoría de los prisioneros eran de hecho lo peor de la galaxia… seres malos que habían roto las leyes más importantes y que merecían ser encerrados por el resto de sus vidas, si no eran lanzados por la parte posterior de un Destructor Estelar junto con el resto de la basura. Algunos habían sido recogidos y enviados aquí por mala suerte o por accidente, aunque sabía que la mayoría de esos tampoco eran exactamente pilares de la sociedad. Ratua era un buen ejemplo de ello, aunque Nova estaba en deuda con él por haberle conseguido los holos con sólo una ceja levantada como reacción. Pero el hombre vegetal era una excepción. Si comprobabas los datos de la mayoría, probablemente encontrarías que la mayoría de ellos se había salido con la suya haciendo algún serio daño hacia a cualquier mundo del que procedieran, así que no sentías demasiada lástima por que estuvieran aquí. No había muchos de los verdaderamente inocentes que terminaran en Despayre, aunque sabía de unos pocos; presos políticos, en su mayoría. Respaldar al candidato equivocado, hablar en el momento equivocado, no repetir la línea del partido. Nova sentía cierta simpatía por estos, aunque considerando cómo estaba la galaxia por estos días, probablemente más simpatía de la que merecían. Si eres lo suficientemente tonto para ponerte frente a un soldado antidisturbios y hacerle un gesto

obsceno, no deberías sorprenderte si te dispara. Los soldados eran personas, tenían sentimientos y en un mal día bailar frente a uno e insultarlo podría ser una muy mala idea.

Era lo mismo con la política. Cualquiera con órganos sensoriales más que vestigiales podría darse cuenta de en qué dirección soplaba el viento imperial, y había una guerra, a pesar de no haber sido llamada oficialmente como tal. La libertad de expresión a veces tenía que ser moderada por el bien de la sociedad, y lo que habría sido una discusión animada en la época en que la República estaba en plena flor ahora a menudo era considerada traición. Eso le molestaba un poco. Tal vez no tanto como debería, pero sí un poco.

Nova suspiró. A pesar de su fascinación con los interrogantes planteados por algunos de los eruditos más importantes de la galaxia, no se consideraba a sí mismo como un pensador particularmente profundo… sólo hacía lo que le decían, lo que en su mayoría consistía en mantener presos en línea e intentar evitar situaciones en las que tuviera que dispararles. Impartir clases de defensa personal era algo que hacía en su tiempo libre; ayudaba a algunos de los internos más débiles, tal vez les diera alguna oportunidad contra los verdaderos depredadores de aquí. En cualquier caso, lo hacía sentirse mejor consigo mismo. Le gustaba tener un campo de juego parejo, y aunque sus «clases» no lograrían conseguirlo, allanarían alguna protuberancia en el terreno aquí y allá. De vez en cuando oía la historia de cómo alguna persona de sus clases utilizaba lo que él le enseñó para evitar resultar herido o muerto, y eso lo hacía sentirse bien. Era bastante cuidadoso seleccionando a los prisioneros que serían sus estudiantes. Sí, todos eran tan retorcidos como serpientes de arena, pero trataba de mantener fuera a los que eran agresivos… los que tomarían lo que les enseñaba y lo utilizarían para algo distinto de la defensa personal. Tenía a un montón de los seres más pequeños como estudiantes, los más débiles, y aquellos condenados por delitos que eran sobre dinero en lugar de violencia. Absolutamente no quería hacer que un asesino de piedra fuese mejor en matar. Ya había más que suficiente de eso en la galaxia, mucho de ello aquí mismo en Despayre.

Su comunicador trinó en su cinturón, marcando el llamado al servicio de la mañana. Hora de terminar la clase y volver a la estación de guardia, registrarse, y obtener su próxima asignación. Algunos de los otros guardias pensaban que era un tonto por mezclarse con los prisioneros… no podías llevar un bláster, ni siquiera un bastón aturdidor a menos que salieras en un grupo de cuatro o del tamaño de un pelotón, por temor a que los prisioneros te atacaran y tomaran tu arma. Pero a Nova no le preocupaba eso. Los actores realmente malos de aquí sabían que no les convenía meterse con él con las manos desnudas, si sacaban un arma de rayos o proyectiles y lo mataban, sabían que las posibilidades de que estuvieran muertos antes de la siguiente salida del sol eran excelentes. Los soldados de la guardia cuidaban de los suyos, y si atacabas a uno, los atacabas a todos. Se protegían el uno al otro, pero se observaban límites por el bien mayor. Si tomabas a un guardia como rehén y tratabas de utilizarlo o utilizarla para negociar, conseguirías que tú, el guardia y cualquiera a menos de cien metros a la

redonda se convirtiera en un cráter humeante. Sin negociaciones, sin acuerdos, solo una gran y elegante bomba térmica trazando un arco desde el recinto y hasta tu posición. No podías ocultarte, porque la bomba se guiaba hacia el implante del guardia, que no se podía apagar o destruir a menos que supieras exactamente dónde estaba, y esa ubicación era diferente para cada guardia en el planeta. Tendrías que desollar vivo completamente al guardia antes de encontrarlo y aunque eso no fuera algo impensable para muchos de los internos planetarios —más bien sería de hecho un placer adicional para algunos de ellos—, el problema era que incluso si habías matado al guardia, el implante seguía funcionando e informaba de la muerte de su portador. Lo que significaba que la bomba estaba en camino, y ni un fleetabeesta con sus colas ardiendo podría salir fuera del alcance a tiempo.

Este era un planeta grande, pero no tan grande como para que no pudieran encontrarte. Saber esto tendía a mantener a muchos de los prisioneros más violentos en línea. Debido a todo esto, sin mencionar sus considerables habilidades propias, el sargento Nova Stihl no estaba preocupado por estar entre la escoria. Los seres duros se reconocían mutuamente, y nadie que lo mirara vería un blanco fácil.

Y además de todo eso, tenía el Parpadeo.

El comunicador trinó otra vez.

—¿Stihl? —vino la voz del teniente desde él.

—Sí, señor.

—¿Vas a jugar a pattycake con esos escarabajos de baba todo el día o vas a venir?

—Voy en camino, Loot.

7

DESTRUCTOR ESTELAR CLASE IMPERIAL *DEVASTADOR*, EN RUTA AL SISTEMA HORUZ

Darth Vader estaba parado en el puente de su nave de guerra, mirando por el ventanal hacia el caos caleidoscópico del hiperespacio. El efecto, incluso al moverse a la velocidad relativamente señorial de un Destructor Estelar, era como caer por un túnel sin fin ni forma, hecho de patrones de luz giratorios… la luz de las estrellas y nebulosas difuminada en manchas impresionistas por la velocidad superlumínica de la nave. Sabía que incluso los viajeros espaciales experimentados y el personal de la armada a menudo dudaba en mirar hacia él. El procedimiento operativo estándar era opacar las gruesas losas de transpariacero mientras se viajaba por el universo de dimensiones más altas. Había algo profundamente *equivocado* acerca del hiperespacio, compuesto por más de las tres dimensiones espaciales y una temporal a las que la mayoría de especies inteligentes estaban acostumbradas. Mirar demasiado al hiperespacio prometía la locura, según contaban las historias. Nunca había escuchado que alguien realmente sucumbiera al «hiper-embeleso», como se lo llamaba. Sin embargo, las leyendas persistían.

Vader disfrutaba mirándolo.

Se había, últimamente, vuelto consciente del sonido de su respiración, los impulsos rítmicos y parejos del respirador de su traje. El dispositivo mecánico que ayudaba a mantenerlo con vida era muy eficiente, y él generalmente ni lo notaba. De vez en cuando, sin embargo, generalmente en momentos tranquilos o contemplativos, se entrometía, recordándole que era por la voluntad de su maestro que se había convertido en lo que se había convertido. De muchas formas, en mucho menos de lo que había sido antes.

Y de otras formas, en mucho más…

La creación y construcción del traje habían sido forzosamente precipitadas, ya que la cosa mutilada y quemada que había sido Anakin Skywalker se estaba muriendo y no hubiera sobrevivido por mucho tiempo ni siquiera en un tanque de bacta. No había habido tiempo para adaptar todo el sistema de soporte vital específicamente a sus necesidades. Muchas de las características del traje fueron adaptadas de tecnología anterior, tal como la que había sido diseñada más de dos décadas antes para el droide cyborg, el general Grievous. No era muy avanzada. Se podría, sabía Vader, reconstruir ahora y hacerlo infinitamente mejor, más cómodo, y más poderoso. Había sólo un problema para hacer eso: ser completamente separado del traje, aunque fuera temporalmente, lo mataría. Ni siquiera la seguridad de la cámara hiperbárica —de hecho, ni siquiera su control del lado oscuro— podría asegurar su protección durante este procedimiento.

Le gustara o no, el traje y él eran uno, ahora y para siempre.

—Lord Vader —vino la voz del capitán del *Devastador* desde detrás de él. Sólo había un muy pequeño atisbo de miedo en ella, pero incluso eso era obvio para alguien iniciado en el lado oscuro de la Fuerza. Vader lo sintió como un escalofrío helado a lo largo de sus nervios, un acorde estridente que sólo él podía oír, el destello de un relámpago a través de una llanura oscura. El miedo era bueno… en los demás.

—¿Sí?

—Nos estamos acercando a la salida al espacio real.

Vader se volvió y miró al hombre.

—¿Y?

El capitán Pychor tragó saliva.

—N-nada más, mi Señor. Sólo pensé en informarle.

—Gracias, capitán. Ya soy consciente de ello.

—Sí, mi señor. —El capitán hizo una reverencia y se alejó.

Dentro del casco, Vader sonrió, aunque hacer la expresión le causaba dolor. Pero el dolor estaba siempre con él; un poco más no significaba nada. Ni siquiera era necesario llamar al lado oscuro para ocuparse de él. Era puramente una cuestión de voluntad.

La sonrisa se desvaneció mientras contemplaba el futuro inmediato. Este viaje, sentía, no debería ser necesario. El gobernador Wilhuff Tarkin —el «Gran Moff Tarkin», como había sido designado recientemente; un título ridículo, en opinión de Vader— conocía su deber. El Emperador le había encargado crear este gigante que se suponía que infundiría el miedo en los corazones de los rebeldes, y sin duda sabía lo que le pasaría si fracasaba en su deber. La filosofía de Tarkin era sólida: el miedo *era* una herramienta útil. Y la estación de combate, sin duda, sería útil, a pesar de que el poder que todo su tan cacareado armamento y naves de combate podían producir palideciera comparado con el poder de la Fuerza. Pero el Emperador lo deseaba, y así iba a suceder.

Sin embargo, había habido contratiempos —accidentes, sabotaje, retrasos—, y estos eran preocupantes para el Emperador. Y así Palpatine envió a Vader a transmitir una vez más su descontento por estos contratiempos en el proyecto favorito de Tarkin y a sugerir —fuertemente—, que el gran moff encontrara formas de evitarlos en el futuro.

Tarkin no era ningún necio. Entendería el mensaje: *Si fracasas, sufrirás las consecuencias*.

El *Devastador* transicionó del caos alucinógeno del hiperespacio a la vista más estable del espacio real. Vader se apartó de la vista, su capa se arremolinó a su alrededor. Ahora que ya casi estaban en su destino, podría pasar algunas horas en su cámara hiperbárica, libre al menos de su casco. Tiempo para reflexionar sobre sus recuerdos, de permitir que su ira y rabia se elevaran, y por un breve tiempo que el lado oscuro se alimentara de esa rabia y lo liberara del dolor constante. Aunque la curación nunca duraba. Era imposible de mantener por mucho tiempo, incluso dentro de los confines de la cámara. Tan pronto como su cólera menguaba y su concentración disminuía, volvía a ser en lo que se había convertido… en lo que Obi-Wan Kenobi, su antiguo maestro jedi, había hecho de él.

La mayoría de los jedi habían sido destruidos. Algunos de los pocos que más importaban, sin embargo, no. Algunos habían escapado, entre ellos Yoda. Esto era perturbador. A pesar de que el pequeño diablillo verde de voz quejumbrosa era un viejo, aún podía ser una amenaza.

Más importante, sin embargo, era el conocimiento de que el nemesis de Vader aún vivía. Si el viejo hubiera muerto, lo habría sentido a través de la Fuerza, de eso estaba seguro. Y esto era algo bueno, sí, algo muy bueno. Porque algún día, de algún modo, Obi-Wan Kenobi iba a pagar por lo que le había hecho a Anakin Skywalker, y sería Darth Vader el que se lo cobraría. Mataría a Kenobi como lo había hecho con muchos de sus colegas jedi, ya fueran maestros, caballeros o padawans. Finalmente lo inevitable se convertiría en realidad, y los jedi dejarían de existir.

Ese pensamiento valía otra sonrisa dolorosa detrás de la máscara de ébano.

8

CAMAROTE DEL GRAN MOFF, NAVE INSIGNIA LQ *HAVELON*

—Señor, ha habido un… incidente.

Sentado detrás de su escritorio junto al panorama de su ventanal, que ocupaba la mayor parte de la pared a su derecha, Tarkin fijó la mirada en el capitán.

—¿Un incidente?

—Sí, señor. Una explosión en la nave cisterna de oxígeno que llegaba desde el planeta. Acababa de salir del muelle principal de la cuadrisfera noreste cuando sucedió.

—¿Cuánto daño?

—Incierto, señor. Todavía hay muchos escombros volando. La nave cisterna fue destruida. Afortunadamente, la mayor parte de la tripulación era sólo de droides. Algunos seres de la armada y oficiales…

—No detalle asuntos triviales, capitán. ¿Cuánto daño a la *estación*?

—Hasta ahora, lo que sabemos con certeza es que el portal del puerto y la bahía se llevaron la peor parte de la explosión. Nuestros equipos de seguridad sólo pueden adivinar…

—Entonces hágalo.

El capitán pareció incómodo. Algunos oficiales habían sido enviados al frente por ofensas menores que entregar malas noticias, y lo sabía. Sin duda esto era por qué el almirante a cargo de la seguridad no había venido a entregar el informe en persona.

—Señor, ambos el portal y el muelle han sido demolidos. La bahía es una masa de vigas retorcidas y placas rotas. Será más fácil arrancarlos y empezar de cero que repararlos.

Tarkin habría dicho en voz alta la maldición que surgió en su garganta si hubiera estado solo. Pero por supuesto, un simple capitán no podía atestiguar tales expresiones de un gran moff.

—Ya veo —dijo simplemente.

—Los equipos de construcción de emergencia han llegado y están haciendo una evaluación —continuó el capitán—. Se emitirá un informe completo tan pronto como sea posible.

Tarkin asintió con la cabeza. Exteriormente, estaba tranquilo y compuesto. Su voz era fría cuando dijo:

—Quiero que se determine la causa, capitán. Sin demora. —Un milímetro por debajo de la superficie, sin embargo, estaba en plena ebullición de rabia. ¡Cómo se *atrevía* alguien a dañar un solo tornillo, remache o soldadura de su estación!

—Por supuesto, señor —respondió el oficial.

—Si fue una falla debido al error de alguien, quiero saberlo. Si fue un sabotaje, quiero toda la historia de vida de quien o quienes lo han causado, y el nombre del oficial de alto rango que se descuidó y permitió que ocurriese.

—Sí, señor.

—Puede retirarse, capitán.

—¡Señor! —El capitán saludó, dio la vuelta y partió, mucho más rápido sobre sus pies que cuando había llegado.

Tarkin se levantó y miró a través del ventanal a la infinita negrura, salpicada con puntos de luz. Tan frío y vacío ahí afuera. Bueno, antes de demasiado tiempo, estaría más lleno, en un grado infinitesimal, con el o los cuerpos congelados y retorcidos de quien fuera responsable de esta atrocidad. La retribución sería rápida y segura. Esa era la única forma de que hubiera aunque sea una remota posibilidad de hacer que otros posibles saboteadores se lo pensaran dos veces antes de imitar un acto tan atroz.

En momentos como este, deseaba que Daala estuviera aquí. Inteligente, hermosa, y despiadada cuando la situación lo exigía, podía ser muy divertida… un gran alivio para un hombre como él, acosado por todos lados como estaba por el peso de los problemas. Pero la única mujer almirante de la Armada Imperial todavía estaba estacionada en las Fauces con sus cuatro Destructores, protegiendo la base oculta, donde los planos y el armamento de la estación de combate estaban en continuo desarrollo.

Abruptamente, Tarkin tomó una decisión. Agitó la mano sobre el comunicador de su escritorio.

—¿Señor? —llegó la inmediata consulta de su ayudante.

—¿Está mi nave preparada?

—Por supuesto, señor. —El tono del ayudante era amable, pero con un poco de sorpresa para indicar que era una pregunta innecesaria.

—Reúnase conmigo en la cubierta de vuelo.

—Sí, señor. —Con cautela—: ¿Podría preguntar adónde vamos?

—A inspeccionar los daños a la estación de combate por la explosión. Quiero verlos por mí mismo.

—Sí, señor.

Tarkin se puso de pie, sintiendo una feroz satisfacción. No siempre había sido un comandante de escritorio. Había pasado bastante tiempo en el campo. De vez en cuando era bueno para los oficiales y soldados saber que todavía era capaz de ensuciarse las manos… incluso de mancharlas de sangre, dependiendo de la situación.

BARCAZA DEL GRAN MOFF, A 0,5 KILÓMETROS DE LA ESTRELLA DE LA MUERTE

—Mire por el ventanal delantero, señor —dijo el piloto.

Tarkin, que había estado estudiando un holograma esquemático de la estación que mostraba donde estaba el daño, se volvió y miró a través de la ventana a lo real.

De hecho era un desastre. Parecía como si una mano gigante hubiera golpeado el muelle, y luego arrancado secciones de él para arrojarlas de forma petulante al espacio. Escombros de todos los tamaños y formas giraban y chocaban sin rumbo, sin haber tenido tiempo para asentarse en ningún tipo de órbita.

La expresión de Tarkin estaba firmemente fija en la ira, pero su voz fue tranquila cuando dijo:

—Dé la vuelta y echemos un vistazo más de cerca.

—Señor. —Una pausa—. Hay muchos escombros, señor.

—Ya los veo. Le sugiero que evite chocar con ellos.

El piloto tragó en seco.

—Sí, señor.

Mientras el piloto comenzaba a girar al pequeño crucero en una gran vuelta, el ayudante de Tarkin se acercó.

—¿Sí, coronel?

—El equipo de investigación forense tiene un informe preliminar, señor.

—¿En serio? ¿Tan pronto?

—Usted indicó un deseo de celeridad, señor.

—En efecto. —Tarkin ofreció al coronel una pequeña y apretada sonrisa—. Suspenda el sobrevuelo —instruyó al piloto—. Recibiré el informe aquí.

—Señor. —El piloto pareció visiblemente aliviado por esto.

Un momento después, el holoproyector se encendió en la consola de mando en la que estaba Tarkin, mostrando la imagen a tercera parte del tamaño de un mayor de la fuerza de seguridad en posición de firmes.

—Señor —dijo el mayor, haciendo una reverencia militar.

Tarkin hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué tenemos, mayor?

El mayor alcanzó fuera de la imagen para tocar un control, y una segunda holoimagen floreció junto a él. Era la de una nave cisterna imperial. Mientras Tarkin miraba, las imágenes se volvieron más grandes y translucidas a medida que el punto de vista se acercaba. Un punto rojo parpadeante apareció cerca de la parte posterior de la nave, y el punto de vista continuó acercándose para revelar el interior del buque.

—Por el patrón de dispersión del interior y el casco de la nave, que hemos rastreado en una reconstrucción por computadora, la fuente de la explosión fue aquí… —el oficial señaló el interior del holograma, sólo su mano y dedo indicador se volvieron visibles en la imagen ampliada ante los ojos de Tarkin—… en la bodega de carga de popa. La ubicación precisa era más o menos a un metro del juego de válvulas de presión del conjunto de tanques de estribor.

—Continúe.

—Dado el tamaño de los tanques y la presión, el oxígeno está licuado, por supuesto, y el potencial explosivo y la expansión, hemos calculado que es muy poco probable que

una fuga y subsecuente ignición accidental del gas en expansión en un compartimento cerrado hayan producido el nivel de daños registrados.

Tarkin asintió con la cabeza, casi para sí mismo.

—Sabotaje, entonces —dijo—. Una bomba.

—Eso creemos, señor. —La imagen se alejó para volver a abarcar al mayor—. Aún no hemos recuperado partes del dispositivo en sí mismo, pero lo haremos.

Tarkin rechinó los dientes, sintiendo apretarse los músculos de su mandíbula. Hizo un esfuerzo por relajarse, ofreciendo al mayor otra de sus sonrisas apretadas.

—Felicite a su equipo por sus esfuerzos hasta el momento, mayor. Estoy complacido con su eficiencia.

—Gracias, señor. —El hombre sonrió.

—Pero todavía no se den demasiadas palmaditas en la espalda. Quiero saber qué tipo de bomba era, quién la hizo, quién la plantó… todo.

El mayor volvió a ponerse rígido.

—Sí, señor. Le informaremos tan pronto como tengamos nueva información.

—Ya se les está haciendo tarde —dijo Tarkin—. Continúen con sus tareas.

El holo parpadeó y se apagó, y Tarkin se quedó mirando fijo al espacio en blanco que quedó, como si buscara respuestas. El sabotaje, por supuesto, era de esperarse. Esta no era la primera vez que había sucedido, y seguramente no sería la última. En un proyecto de este tamaño, no importaba lo estricta que fuera la seguridad, era imposible mantener todo oculto. Un observador astuto podría recopilar una serie de hechos dispares de fuentes remotas —manifiestos de envío, movimientos de tropas, despliegue de naves y cosas así— y de aquello, si tenía aunque sea la inteligencia de un gungan insolado, deducir algunas ideas generales. Podría no saber exactamente qué, o precisamente dónde, pero podría adivinar que se estaba construyendo algo grande. Y con suficientes recursos, tiempo y astucia, este ser y otros como él, podrían descubrir un rastro que lo llevara a este sistema y esta estación.

Había seres astutos entre los rebeldes; Tarkin no tenía ninguna duda de eso. Y había, muy probablemente, rebeldes entre los desechos humanos abajo en el planeta prisión. Tal vez incluso traidores entre la armada o tropas imperiales.

Se mantenía un alto secreto en este proyecto. Las comunicaciones habían sido, y seguían siendo, más apretadas que un puño de duracero. Pero *alguien* había hecho estallar esa nave de carga, y no lo había hecho porque estaba aburrido y no tenía nada mejor que hacer.

Estas farsas no podían ser toleradas. Ni lo serían.

9

ANEXO DE LA OFICINA INTERIOR, SALÓN DE REUNIONES, SITIO DE CONSTRUCCIÓN BETA-NUEVE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tenía nombre: Benits Stinex, y cualquiera que supiera algo acerca de arquitectura lo reconocía. ¿Stinex? Oh, claro, el diseñador. Del que todavía escriben regularmente en la *Holorevista Seres*. El que tenía un precio que era siempre más alto de lo que uno podía imaginarse, y mucho menos pagar. Entre ellos, el personal que hacía los interiores se refería a él como «el Viejo». También era viejo… Teela suponía que triplicaba o tal vez cuadruplicaba su propia edad, y ella estaba cerca de los veinticinco años estándar. El arquitecto en jefe, el jefe de diseño y construcción de interiores, era humano, con más arrugas que el hiperespacio, y aún tenía la mente tan aguda como una vibrohoja.

Hizo un gesto hacia el holo, que brillaba en azul y blanco sobre el proyector frente a ellos, y mostraba los planos para el pasillo de la sala de asamblea terminada.

—¿Qué opinas, Kaarz?

Parada junto a él en el recientemente presurizado pero todavía frío anexo de la oficina, Teela sabía que una vez más ella estaba siendo probada. Cada vez que el Viejo estaba cerca, lo hacía. Había oído que demoraba un tiempo hasta que confiaba en ti… pero una vez que lo hacía eras de oro para sus ojos. Parecía que todo el mundo que valiera la sal en su cuerpo y trabajaba para él quería que se sintiera de esa manera.

Y ¿por qué no? Una misiva de recomendación de Stinex, aunque sólo fuera de una o dos líneas, valía cualquier tortura concebible que uno pudiera imaginar y soportar. Era un boleto para la hiperruta que podría conducir a la riqueza, la fama y lo más deseable de todo:

La libertad.

La libertad para diseñar lo que uno quisiera, para dar rienda suelta a la expresión artística, para crear algo que realmente pudiera sobrevivir en el tiempo, que pudiera…

Teela se dio cuenta de que el Viejo estaba esperando pacientemente una respuesta a su pregunta. Ella se encogió de hombros.

—Es un diseño imperial estándar; funciona lo suficiente como para servir.

El Viejo le dio una lenta mirada decepcionada.

—Pero —continuó ella—, si quieres que funcione *bien*, entonces los portales de entrada y salida deben ser reubicados. —Sacó el trazador electrónico del tamaño de un dedo de su cinturón, pulsó el botón en la goma, y lo agitó sobre el dibujo—. Aquí, aquí, y aquí —continuó—, y posiblemente, allí también. —Los portales se desvanecieron cuando ella hizo el gesto, sustituidos por las líneas del esqueleto de la pared. Rápidamente esbozó nuevas puertas—. Reposicionar estos portales, tuerce el paso, de este modo, el flujo

mejora, al menos, el veinticinco por ciento, como dice la presentación. No cuesta nada más.

El anciano sonrió y asintió, complacido.

—¿Qué hay acerca de la ventilación?

—Las especificaciones indican un anticuado Sistema Cuatro y lo que se necesita es como mínimo un Cinco. Un Seis sería mejor.

—El Imperio considera que un Cuatro es adecuado.

—El idiota que elaboró las especificaciones de ingeniería estaba interesado en ahorrar dinero… si tuviera que sentarse en esta sala con otros cuatro mil seres, cada uno emitiendo entre sesenta y ciento cuarenta vatios de calor y grandes cantidades de dióxido de carbono, por no hablar de olores corporales, mientras escucha a algún almirante de largo aliento diciendo tonterías durante dos horas, haría actualizar los intercambiadores de aire tan pronto como pudiera conseguir un formulario de solicitud.

El Viejo se rió.

—Puedo ver por qué te enviaron a prisión. La delicadeza política no es uno de tus puntos fuertes, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—La forma sigue a la función.

—La defensa de los idealistas. Voy a conceder que el Imperio es lento en aprender los conceptos de arquitectura básicos. —Indicó con la cabeza la imagen tridimensional—. Muy bien. Haz los cambios a los portales. Voy a autorizar un Cinco para los intercambiadores. ¿Qué más?

Teela no pudo dejar de sonreír. Era una presa política del Imperio, pero al menos se le permitía hacer un trabajo que ella sabía cómo hacer. Tan vasto como era el proyecto, necesitaban toda la ayuda que pudieran obtener, y ella era muy buena en su trabajo. El Viejo lo sabía, aunque seguía provocándola verbalmente cada vez que hablaban. Él mismo consentía ser un instrumento del Imperio, pero había diseñado todo desde unidades sanitarias a súper torres celestiales, ganchos celestiales para estadios deportivos, y había olvidado más de lo que la mayoría de los arquitectos aprendían en toda una vida de estudios. Ella se había formado con algunos de los mejores, y reconocía la mano de un maestro cuando la sentía. No disfrutaba ser puesta a prueba de esta manera como una estudiante de tercer año de arcología, pero también sentía una pequeña oleada de orgullo cada vez que el Viejo sonreía y asentía con la cabeza a una de sus sugerencias. Era bueno ser reconocida por alguien de su capacidad.

Mientras señalaba otras ineficiencias en el diseño estándar, sin embargo, ella lo sintió otra vez: esa pequeña punzada, ese breve momento de malestar. Estaba trabajando para el *Imperio*, algo que había jurado que nunca haría, ayudando a diseñar una nave que, con toda probabilidad, sería el arma más temible que la galaxia nunca hubiera visto. Si bien era cierto que mejorar la biometría y el patrón de asientos en una sala de reuniones no era lo mismo que idear un superláser que podría derretir lunas, de todos modos…

De todos modos, una era un factor en el éxito de algo, o un factor en su fracaso.

Trabajando para el enemigo, dijo la vocecita que a veces escuchaba en su cabeza. A menudo la visualizaba como una versión en miniatura de sí misma, sacudiendo un dedo acusador. *Eso es muy triste.*

No es como si tuviera elección, *¿verdad?*, se respondió mentalmente. *Nadie me preguntó si quería el trabajo, eh, ¿cierto?*

Podrías haberlo rechazado, replicó el avatar de su conciencia.

¿Y ser enviada de regreso a ese planeta nido de serpientes a pudrirme y morir? ¿Con qué fin?

Su ser interior quedó en silencio.

—No podemos hacer eso —dijo el Viejo ante su sugerencia de iluminación natural en el complejo—. Tengo límites.

Ella asintió. Había pensado que esa sería su respuesta, pero no había nada de malo en preguntar. El Viejo tenía un gran poder cuando se trataba de diseñar modificaciones. Teela había visto varias veces que las especificaciones eran actualizadas y mejoradas a alturas más allá de lo que ella esperaba. Este proyecto contaba con apoyo en los niveles más altos. Aunque los almirantes que controlaban los créditos siempre estaban tratando de pellizcar y aferrarse a tantos como pudieran, nadie iba a escatimar en nada que lo haría funcionar como se pretendía.

Lástima que los diseñadores originales no hubieran tenido ese mandato.

Teela no había visto todos los planos maestros —no creía que nadie por debajo del nivel del Viejo los hubiera visto todos—, pero había un montón de defectos de diseño en los planos que había examinado. Nada tan importante como para que el lugar no funcionase o se desmoronase si alguien chocaba con una pared, pero suficientes pequeños detalles y piezas aquí y allá, para ver que sin duda los diseñadores habían prestado menos atención a los detalles de lo que deberían. Uno o dos borradores más de los planos hubieran corregido la mayoría; muchos eran detectados y corregidos sobre la marcha, como el que ella acababa de ver… entradas y salidas mal colocadas, sistemas de ventilación menos que adecuados, respiraderos termales mal ubicados… las minucias habituales que aparecían en los proyectos de construcción grandes. Había más de ellos, pero claro que había más nave en donde podían ocurrir los errores, ¿verdad? Esta Estrella de la Muerte, después de todo, era tan grande como una luna clase IV, con una tripulación *mínima* compuesta por más de un millón de seres. Nunca antes se había construido nada de este tamaño… al menos que Teela supiera.

A lo que se reducía todo era que ella haría lo que ella pudiera hacer. Trabajar para el Imperio era malo, eso no se podía sortear, pero no era tan malo como vivir en una choza improvisada en un mundo que era, en su mayor parte, o selva o pantano, y cuyos habitantes preferirían matarte antes que mirarte. Después de todo, ¿qué podría hacer *ella*? La arquitectura no era exactamente el tipo de cosa emocionante e impresionante que podía convocar a la gente. Con toda probabilidad, sólo se haría matar si intentaba ayudar a los rebeldes. Pero haciendo lo que ella sabía cómo hacer, podría realmente salvar algunas vidas, o al menos hacer esas vidas más confortables. Sí, esas vidas le pertenecían

a sirvientes del Imperio, pero después de todo, no todos y cada uno de los seres aquí eran malos.

Comparada con otras racionalizaciones, esta no estaba tan mal. Su ser interior casi se la creyó.

10

FRAGATA MÉDICA *MEDSTAR CUATRO*, ÓRBITA POLAR, DESPAYRE

El droide secretario C-4ME-O estaba parado en el pasillo giroscópicamente equilibrado sobre su única rueda cuando Uli salió del quirófano. El procedimiento había sido una operación de rutina, injertarle un hígado nuevo a un esclavo wookiee herido en la reciente explosión en el sitio de construcción. Algunas de las especies esclavizadas eran consideradas prescindibles, ya que siempre había más reclutas potenciales en el planeta, pero los wookiees eran demasiado valiosos para perderlos, le había dicho un coronel. Valían tres veces lo que cualquier otro trabajador, y Uli ya había oído eso al menos diez veces desde que había llegado aquí: si quieres un trabajo bien hecho, haz que lo haga un wookiee. Podían soportar mejor las temperaturas extremas del vacío, tenían más resistencia que las demás especies y su ética de trabajo era impecable, parecían incapaces de dar menos del 100 por ciento, incluso en un proyecto para el que habían sido conscriptos. El único inconveniente era que sus trajes de vacío debían hacerse especialmente para encajar en sus formas enormes y peludas. Cuando había llegado, Uli se había preguntado por qué había visto a tantos de ellos. Pronto se dio cuenta de que al igual que él, no estaban aquí por elección.

—Dr. Divini —dijo el droide, en su agradable tenor—. ¿Cómo está?

—Tan bien como podría esperarse, Cuatromeo. ¿Necesitas algo?

—Soy bastante autosuficiente, gracias, Doctor. Pero el comandante Hotise desearía verlo cuando le sea conveniente.

Uli se quejó interiormente. Había estado prácticamente sobre la marcha desde que había llegado aquí, y ahora que su rotación finalmente había terminado, había estado esperando dormir.

—¿Sonaba urgente?

—En realidad, señor, sus palabras exactas fueron: «Tráiganme aquí el trasero de Divini, ya mismo». —El droide hizo una imitación perfecta de la voz de Hotise.

Uli tuvo que sonreír ante esto. Hotise podría ser un hombre de carrera, pero era honesto y directo en lo que decía y lo que hacía. Y sólo era un engranaje de la gigantesca maquinaria del Imperio… no tenía sentido culparlo de la situación.

Uli llevaba la bata quirúrgica azul, y no perdió el tiempo cambiándose. Aunque los protocolos de servicio estándar normalmente requerían ropas más formales para presentarse ante un oficial al mando fuera de una zona de combate a bordo de una nave, las unidades médicas eran menos estrictas. La mayoría de los médicos eran reclutas y no darían ni un patoot de Psadan por lo que la armada pensara de ellos de cualquier modo… sólo esperaban salir y volver a casa. Y al igual que él, cualquier médico digno de su bisturí láser sabía que era demasiado valioso o valiosa para ser arrojado a un calabozo por

no observar algún mísero código de uniforme. El Imperio a veces se aferraba al pasado y era lento, pero no era un completo idiota.

Cuando Uli entró, Hotise estaba sentado detrás de su escritorio, golpeando los dedos rápidamente en dos consolas de entrada diferentes. Las holoimágenes bailaban y brillaban sobre las consolas, mientras los códigos fluían. Era algo impresionante de ver, como ver a alguien capaz de escribir en dos idiomas a la vez, uno con cada mano.

—Toma asiento. Estaré contigo en un par de segundos.

Uli se estacionó en la silla, un dispositivo fluyeforma que zumbó y se ajustó a sus contornos para darle un apoyo perfecto. Sentarse fue un error, del que se dio cuenta tardíamente. Si se inclinaba hacia atrás, podría quedarse dormido más rápido que…

Hotise, fiel a su palabra, despertó a Uli de su cabezada sólo unos segundos más tarde.

—El equipo de construcción ha conseguido poner operativas a un par de estaciones médicas ecuatoriales… no son unos complejos de servicio completo, pero tienen dos salas de cirugía, pre-operatorio, salas de recuperación, y veinte camas médicas cada una. Por no mencionar las salas de tanques de bacta, estaciones de enfermería, salas de suministros, oficinas… ya sabes cómo es. Más parecidas a un uquemer, menos a un centro médico.

—¿Y…?

—Y quiero que vayas a hacerte cargo de una.

—Yo no soy un administrador —dijo Uli.

—Enséñale a tu abuelo cómo ponerse las botas, hijo. Sé que no eres un administrador, pero nos falta una docena de ellos por el momento. La construcción se está adelantando a lo previsto, al menos en nuestro campo, y recibimos personal nuevo más lentamente.

—Tú estás calificado como jefe de cirugía, y voy a enviar a Cuatromeo para encargarse de las cosas de secretaría. Necesitamos tres cirujanos y un par de doctores de medicina interna, todos con amplia experiencia en muchas especies, además de enfermeras, ayudantes, camilleros y algunos operadores de computadoras. No es peor que manejar una clínica. Los casos serán en su mayoría trabajadores golpeados, algunas infecciones, enfermedades relacionadas con la edad… el trabajo de un médico cirujano usual en un sitio de construcción. Nada que no puedas manejar. Si te quedas empantanado, puedes pedir ayuda.

No había manera de salir de esto, comprendió Uli. Aún así, no pudo resistirse a preguntar:

—¿Por qué yo?

—Bueno, francamente, hijo, no tengo a nadie más del que pueda prescindir.

¿Qué importaba? Se preguntó Uli. Aquí, allí o en algún otro lugar… todo era en realidad lo mismo. Esto no era una situación de combate, como habían sido muchas en el pasado. Sin embargo, podía sentir un pequeño gusano de intranquilidad comenzar a retorcerse lentamente en sus entrañas.

—Muy bien —dijo.

—Pensé que lo dirías… no que tuvieses muchas opciones. Empaca tus cosas, partes en la lanzadera del tercer turno.

Mientras Uli se encaminaba a su cuarto a recoger sus pocas pertenencias, consideró su vida una vez más. Habían pasado dos décadas desde su primera asignación en Drongar. Había formado parte del personal de algunos Uquemers más desde entonces, y cuando las Guerras Clon habían terminado había estado más que preparado para la práctica en el sector privado. Pero esa no era la vida que le había tocado. Y ahora, cuando debería haber estado libre desde hace mucho de su esclavitud, iba a otro puesto más… esta vez en el gigante llamado Estrella de la Muerte.

Generalmente trataba de no pensar en Drongar… aún después de todo este tiempo, recordar el pasado conducía a ciertos recuerdos que eran demasiado dolorosos. Pero no pudo evitar recordar una frase que el tosco y pequeño reportero sullustano Den Dhur usaba a menudo: *Tengo un mal presentimiento acerca de esto*.

Correcto, pensó Uli.

COLONIA PENITENCIARIA SLASHTOWN, DESPAYRE

Ratua oyó el rumor primero de Balahteez, el contrabandista de especia pho ph'eahiano. Balahteez había desarrollado, a lo largo de los años, numerosos contactos, y, tal vez no era sorprendente, que muchos de ellos habían terminado aquí. Como resultado, siempre parecía tener buenas fuentes de información. El precio que tenías que pagar para oír esa información era escuchar la triste historia del tratamiento injusto que el cruel Imperio le había dado.

El contrabando de especia por sí mismo generalmente no era suficiente para un viaje al planeta prisión a purgar una condena a cadena perpetua, pero Balahteez se había visto involucrado en un desafortunado accidente mientras que era perseguido por una patrulla imperial cerca de la luna zaharana de Gall. Al darse cuenta de que su nave pronto sería alcanzada por la cañonera de la armada que lo perseguía, Balahteez había tirado su carga ilegal. La droga, embalada firmemente en un bloque de carbonita del tamaño de un maletero, cayó al pozo de gravedad de Gall y perforó un gran agujero en el casco externo de unas barracas que albergaban una gran unidad de mecánicos de cazas TIE. El agujero fue tan grande que treinta de los desventurados mecánicos resultaron expulsados a través de él y al vacío por la descompresión explosiva, y una docena más se habían quedado sin aire antes de que los droides de emergencia y reparación pudiesen volver a cerrar el compartimento. Por no mencionar a los otros cincuenta más o menos que habían muerto en el impacto; el bloque de carbonita había estado viajando a unos dos kilómetros por segundo y dejó un cráter de treinta metros de diámetro.

Había sido un accidente, puro y simple, y las probabilidades en contra de que el bloque golpeara una estructura en un par de miles de kilómetros cuadrados de un vacío absoluto eran tan grandes que su cálculo le habría causado un dolor de cabeza a un givin. Huelga decir que el Imperio no lo había visto de ese modo.

Ratua había oído la historia tantas veces que la sabía casi palabra por palabra: el contrabandista había sido juzgado, condenado y puesto en una nave a Despayre, todo en el tiempo de menos de una semana estándar. Ratua había oído decir que los pho ph'eahianos eran grandes narradores, tan entretenidos como para mantener embelesado a su público. Y la historia del pho había sido muy interesante… las primeras cinco o seis veces que Ratua la había oído. Pero ya había perdido la cuenta de cuántas veces se la había contado. Y no se podía apresurar al pho: Ratua tenía que sentarse, sonreír y fingir estar interesado, ofreciendo simpatía, asintiendo con la cabeza, cloqueando la lengua y sacudiendo la cabeza de asombro en los lugares adecuados, o el contrabandista se pondría molesto y no revelaría lo que había averiguado recientemente. Era más bien como actuar en una obra de teatro bien ensayada: si Ratua hacía su parte correctamente, sería recompensado; si metía la pata en sus líneas, se quedaría sin su alegría.

—En verdad, has sido muy maltratado —dijo—. Es tan injusto.

Balahteez asintió con la cabeza.

—Así es, lo he sido.

—Triste. No hay justicia. —Ratua juzgó que habían llegado al punto donde ya podía preguntar—. Así que, ¿alguna novedad?

—Da la casualidad, mi frondoso amigo, que sí. He oído de una autoridad fiable que el Complejo EngSat y Sistemas de Ingeniería Dybersyne han comenzado la producción del mayor imán de enfoque jamás construido… el equivalente gaussiano del campo de una pequeña luna de hierro, por lo que dicen.

—Bueno, eso es, uh… muy interesante —dijo Ratua—. Probablemente sea lo más emocionante de este año en la Conferencia Interestelar de Ciencia Monótona y Aburrida para Imbéciles.

—Mis disculpas por cualquier rudeza inadvertida, mi joven brote, pero no sabes nada acerca de lo que hablas. —Balahteez miró al techo, pero era claramente la intención que su mirada perforara el techo y se extendiera al espacio.

»Aquella construcción, a la cual muchos de nuestros compañeros han sido reclutados para trabajos menores, junto con miles y miles de esclavos, droides, y contratistas privados, por no hablar del ejército, la armada y los ingenieros imperiales, es el destino de este colosal aparato.

—Sí… ¿entonces?

—Bueno, déjame iluminarte. Los rayos de partículas coherentes, como electrones, positrones, y similares, así como las emisiones amplificadas de fotones, a menudo se enfocan con grandes anillos magnéticos. Postulemos que uno podría, de esta manera, generar un rayo de armamento con la suficiente fuerza para volar en pedazos a un gran asteroide con una sola ráfaga.

—¿Existe tal cosa?

—En teoría, sí, a pesar de que se requiere de una fuente de energía tan grande que no sería práctica de transportarse, ni siquiera en un Destructor Estelar. Pero —Balahteez

continuó, levantando una falange para dar énfasis—, a bordo de algo del tamaño de, digamos, una luna, uno podría fácilmente instalar y albergar un mecanismo de este tipo.

—¿Estás diciendo que la estación de combate que están construyendo va a ser tan grande?

—Oh, cielos, sí. Fácilmente. Pero este no es el punto. El anillo magnético que está construyendo Dybersyne es mucho, mucho más grande de lo que sería necesario para enfocar un rayo así, incluso un rayo de un poder tan asombroso.

Ratua frunció el ceño.

—Me he perdido.

El contrabandista sonrió.

—Digamos, sólo para discutirlo, que la estación de combate en construcción es lo suficientemente grande para contener, oh, seis u ocho de esas armas, así como un reactor de hipermateria que podría energizar un pequeño planeta. Y que es posible enfocar toda esa energía en un único haz… mediante el anillo magnético más grande y más poderoso que jamás se ha hecho. —Miró expectante a Ratua.

—Maldito mopak —dijo Ratua en voz baja.

—Claro, claro. Veo que al fin comprendes. No es tan monótono y aburrido después de todo, ¿eh?

Ratua sacudió la cabeza. Eso era seguro. Si el Imperio podía hacer que algo como eso funcionase, no habría ningún lugar donde una fuerza rebelde pudiera ocultarse… la superarma podría, con una sola ráfaga, destruir continentes enteros. Tal vez incluso planetas enteros. Simplemente saber que tal cosa existía, al parecer, sería suficiente para mantener la paz. Seguramente no querrías verla venir a *tu* sistema con maligna intención…

Ratua no era del tipo político. Nunca se había preocupado por quién estaba a cargo, ya que vivía al margen de cualquier modo, y ahora que estaba condenado a pasar el resto de su vida en este terrible planeta, le importaba aún menos. Si los rebeldes de alguna manera ganaban contra el Imperio —algo que parecía más allá de las posibilidades, especialmente teniendo en cuenta estas últimas noticias—, no era probable que le ofrecieran amnistía por sus crímenes, más de lo que lo había hecho el Imperio. Claro, había algunos presos políticos aquí que podrían ser liberados, pero los ladrones, contrabandistas y asesinos no iban a ir a ninguna parte, no importaba quién ganara la guerra. Incluso aquellos que realmente habían sido condenados injustamente, como Balahteez y él, no podían esperar una conmutación. No, él estaba condenado, parecía, a pudrirse aquí en Despayre por el resto de sus días.

Pero…

Si pudiera de alguna manera arreglárselas para asegurarse un puesto en la estación, podría estar razonablemente seguro de dos cosas: una, no seguiría rondando por el sistema Horuz por mucho tiempo después de que estuviera en funcionamiento, y dos, sería uno de los lugares más seguros en toda la galaxia. Considerando todas las cosas, *allí* sería un lugar mucho mejor para estar que *aquí*.

Por desgracia, Ratua no tenía talentos particulares que pudieran hacer que un reclutador imperial quisiera elegirlo para trabajos a bordo de la estación. Probablemente el Imperio tenía pocas necesidades de un buscavidas en esa nave. Aún así, cuando se lo consideraba, en una estación del tamaño de un planetoide, un solo ser fácilmente podría escapar de la atención oficial. Una vez allí, él podría desvanecerse en las sombras y, con un poco de suerte, volverse efectivamente invisible. Tenía que haber, literalmente, millones de lugares donde esconderse allí arriba.

El problema era que, *allí arriba* bien podría significar al otro lado de la galaxia, mientras que él estaba aquí abajo. Aún así, eso podría no ser un problema insuperable…

—Permíteme traerte una taza de té —dijo Ratua—, y podemos continuar con nuestra conversación.

11

DESTRUCTOR ESTELAR CLASE IMPERIAL *DEVASTADOR*

Descansado por su tiempo en la cámara hiperbárica, Darth Vader, una vez más, contempló su destino único. Se había acostumbrado a lo que era, en su mayor parte. Era difícil, después de todos estos años, incluso visualizar la cara de Anakin Skywalker, caballero jedi. Pero así es como debía ser. Skywalker estaba muerto. Había muerto en la orilla de uno de los ríos de lava de Mustafar y el lord sith Darth Vader se había levantado de sus cenizas.

Una vez más se volvió consciente de su respiración, y el respirador por demanda se aceleró mientras él dejaba que el lado oscuro lo tomara, que lo envolviera en ira y odio. El poder de la Fuerza fluyó en él, llenándolo, alimentando su furia. Era, como siempre, su elección: podía absorber la energía oscura, mantenerla encerrada dentro de él, un condensador ya-no-del-todo-humano que podía descargarla en cualquier momento, dirigirla hacia cualquier persona o cosa. O podía dejarla fluir a través de él, no ser el contenedor sino el conducto y así encontrar un respiro momentáneo de la furia que siempre era una parte de él.

Se decidió por lo segundo.

Dejó el sable de luz enganchado a su cinturón. Normalmente lo habría utilizado para practicar con los droides duelistas que habían sido diseñados y construidos especialmente para poner a prueba su temple. Programados con el conocimiento y las habilidades de una docena de diferentes artistas marciales, y dotados de armas mortales de corte o de impacto, sí que eran oponentes formidables, y habían sido una parte integral del entrenamiento sith desde el tiempo inmemorial. Pero no todo era acerca del sable de luz. También había otros atributos, otras armas en su arsenal, que necesitaba ejercitar.

Vader inhaló, conteniendo el aire seco y ligeramente amargo tanto tiempo como sus pulmones llenos de cicatrices pudieron. Cuando permitió que el aliento saliera por el respirador, empujó la mano derecha hacia un espejo cercano.

El densecris aluminizado estalló en mil pedazos, golpeado por el lado oscuro, como por un puño de metal.

Vader fue consciente de la sustancia «irrompible» astillándose y cayendo, tintineando en el suelo, una miríada de reflejos centellando a la luz mientras parecían moverse en cámara lenta. Al mismo tiempo, la Fuerza lo alertó de la presencia de alguien en la puerta detrás de él.

—¿Sí? —dijo, sin volverse a mirar. Sabía quién era por la sensación grasosa de los pensamientos del hombre. De haber sido incapaz de percibir aquellos, el mero hecho de que el intruso hubiera venido aquí a interrumpir sus ejercicios habría sido suficiente para revelar su identidad. Nadie más se atrevería.

—Mi señor —dijo el almirante Motti—. El Gran Moff Tarkin solicita hablar con usted.

Vader se volvió, sorprendido. ¿Por qué Tarkin querría una audiencia ahora? Sí, el hombre sabía que él estaba en camino al sitio de construcción, pero romper el silencio de comunicaciones iba en contra del protocolo.

Fuera cual fuera el motivo manifiesto, era seguro que había una agenda oculta detrás de él. La tortuosidad de Tarkin podría desconcertar a una sala llena de abogados neimoidianos, reflexionó Vader. Afortunadamente, la Fuerza era una herramienta muy útil en contra de tal intriga.

Sin una palabra, Vader pasó junto al almirante y se dirigió a la privacidad de sus habitaciones. La mente de Motti no era débil, pero las emociones turbulentas debajo de la calma exterior hacían que sus pensamientos fuesen bastante fáciles de percibir: de poder hacerlo, habría matado a Vader de un golpe en ese momento. La mente del hombre era un caldero hirviente de rabia, odio y envidia, la mayoría de las cuales estaban dirigidas hacia Vader. Era una lástima que Motti no tuviera ninguna conexión con la Fuerza, reflexionó el Señor Oscuro. Podría haber resultado muy útil.

—Lord Vader —dijo el holo de Tarkin. El saludo y la leve reverencia fueron rígidos y formales. La imagen era a tamaño completo, aunque un poco transparente y difusa, ocupando el holoplato en la antesala de Vader como si el gobernador estuviese de pie ante él.

Vader estudió el simulacro. Fuese cual fuese el problema que había hecho llamar a Tarkin, no era uno pequeño. El rostro del hombre era aún más austero y saturnino que de costumbre.

—Gran Moff Tarkin —dijo Vader. No hizo ningún esfuerzo en disimular un dejo de desprecio por el título. Los militares amaban su orden jerárquico.

Tarkin no era un hombre que se demorarse en formalidades; fue directo al grano.

—Ha habido una explosión en la estación de combate: sabotaje. Daños significativos.

—¿Y…?

—Hemos determinado varios sospechosos de su causa.

—¿Y…?

—Nuestros equipos médicos aún no han recibido el primer envío de suministros de sondas mentales.

Vader asintió con la cabeza.

—Ya veo. Quiere que yo examine a estos sospechosos.

—Sí. Si necesita hacer algún preparativo, la velocidad es esencial. Es primordial que podamos determinar que causó este incidente, y por qué, y lo resolvamos vigorosamente.

—No necesito preparativos. Mi nave llegará en unas horas. Voy a hablar con los prisioneros tan pronto como aborde su nave. Téngalos listos. Yo determinaré quién de entre ellos es el responsable.

Tarkin le dio otro rápido asentimiento militar.

—Esperamos su visita, Lord Vader.

Vader hizo un gesto a la unidad de comunicaciones para desconectarla sin responder. *Sí*, pensó. *Estoy seguro que sí*.

Estas eran noticias de lo más interesantes. Si la Alianza Rebelde era la responsable —y ¿quién más podría ser?—, esta acción sin duda desmentía la imagen oficial de los disidentes como unos canallas desorganizados que no representaban ninguna amenaza real. Vader sintió una pequeña ascua de satisfacción resplandecer dentro de él. Había sabido por algún tiempo que los descontentos estaban creciendo, tanto en organización como en poder. Habían llevado a cabo incursiones guerrilleras en estaciones espaciales y almacenes de suministros, habían logrado obtener material militar y naves de guerra de industriales y diseñadores de astilleros solidarios, y se habían aliado con muchas especies alienígenas, aprovechando los resentimientos de estas por ser reducidas a un estatus de inferioridad a los ojos del Nuevo Orden. Eran más que una colección variopinta de idealistas disparatados; ahora contaban entre sus filas a ex estrategas, programadores y técnicos imperiales, y su red de espías se volvía más intrincada cada día. Eran escoria, cierto, pero suficiente escoria podría obstruir cualquier sistema, incluso uno tan complejo y prístino como el Imperio.

Habría que ocuparse de ellos, y lo harían. Esta Estrella de la Muerte de Tarkin podría ser eficaz en cierto grado, pero uno no necesitaba el uso de un torpedo de protones para aplastar una mosca de fuego.

Vader se volvió y abandonó la estancia. El lado oscuro le diría quienes eran los malhechores… se lo diría, y también se ocuparía de ellos.

12

CANTINA EL CORAZÓN TIERNO, SUBSUELO SUR, GRILLA 19, CIUDAD IMPERIAL

Memah Roothes le frunció el ceño al droide repartidor. Los sistemas climáticos locales estaban funcionando mal, y el aire estaba caliente, muy húmedo, y empalagoso, por no mencionar el olor a lubricante y un toque de descomposición de los restos de basura en el callejón detrás de la cantina. Había estado despierta hasta tarde y se había despertado temprano, ya se sentía pésimo, y sin duda no necesitaba estas últimas malas noticias.

—¿Disculpa? Creo que no te he oído correctamente. Repite eso por favor.

El droide, un modelo cargador/descargador estándar de utilidad, dijo de nuevo:

—Su envío de licor se ha retrasado. Nuestro despachador ofrece sus disculpas por el error.

—Y ¿qué se supone que beban mis clientes mientras tanto? ¿Agua?

La inteligencia básica del droide era suficiente para hacer entregas de licor; no para el sarcasmo.

—El agua es bebible por todos los seres conscientes basados en el carbono.

—Sí, y hasta aquí es *gratis* en cualquier grifo imperial.

El droide no respondió a eso. Memah sacudió la cabeza con disgusto; un manierismo humano que se le había pegado. Era inútil discutir con un droide; bien podría argumentar con los dispensadores de efervescentes debajo de la barra.

—Muy bien. ¿Para cuándo puedo esperar el envío?

—Mañana.

—Bueno, supongo que voy a tener que ingeniármelas de alguna manera, ¿verdad?

Esa pregunta, evidentemente, también estaba más allá de la comprensión del droide. Suspirando, Memah le indicó que se fuera.

Rodo, que había estado en el frente reparando la bisagra rota causada por el impacto de un parroquiano combativo, volvió al portal de entregas.

—¿Algún problema?

—Sí. El envío de hoy… no hay ninguno.

—Hmm…

Memah se volvió para mirarlo.

—¿Detecto algún tipo de significado en ese monosílabo?

—Probablemente no sea nada —replicó Rodo—. Pero vi pasar el camión aéreo de alimentos por el Mercado de Kenloo esta mañana sin parar. Ellos reciben los envíos los mismos días que nosotros.

El mercado estaba a dos edificios, al otro lado de una tienda vacía que una vez había albergado mascotas exóticas de otros mundos. Hacía siete meses se había desatado algún

tipo de peste exobiótica en los animales que tenían, y la mitad de ellos había muerto. El Imperio había puesto el lugar en cuarentena, pusieron a dormir el resto de las criaturas, y ese fue final de todo. El edificio había quedado vacío desde entonces.

Se forzó a volver al comentario de Rodo.

—¿A dónde quieres llegar?

El hombre grande se encogió de hombros.

—Parece extraño que dos negocios, uno junto al otro, con servicios de diferentes empresas de envíos, sean omitidos el mismo día.

—Una coincidencia —dijo ella.

—Cuando estaba en los Strikebirds, teníamos un dicho: Las coincidencias te pueden matar. —Rodo bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza, mostrando unos músculos que hacían que un whiphid pareciera escuálido—. Tal vez deba ir a dar una vuelta —dijo—, a ver si Chunte y Ligabow también están teniendo problemas en los envíos.

—¿Y si lo están?

Se encogió de hombros.

—Entonces significa algo.

Ella no pudo evitar el tono exasperado que tiñó su voz.

—¿Como *qué*?

Rodo volvió a encogerse de hombros.

—No sé. Podrían ser un montón de cosas. Tal vez sólo problemas con los programas de despacho. Tal vez el comienzo de alguien tratando de bajar los valores inmobiliarios para poder comprar toda la manzana. Es difícil decirlo. Podría no ser nada en absoluto.

Memah asintió lentamente con la cabeza, no muy segura de cómo tomarse el tono repentina y estudiadamente casual de Rodo.

—Sí, bueno, vamos a tener que desempolvar algunas de las existencias de reserva para contentar a la gente esta noche. Y aún así, va a ser dudoso.

Él asintió con la cabeza.

—Volveré antes del agolpamiento de la noche —dijo. Se dirigió hacia la boca del callejón, y ella volvió adentro.

Apartando las preocupaciones de Rodo, una entrega perdida probablemente no era nada de qué preocuparse, se dijo Memah. Después de todo, había una guerra, y eran de esperarse algunos pequeños problemillas, aunque la guerra nunca estuvo cerca de este planeta, excepto por algunos casos de sabotaje. ¿Y qué rebelde con medio cerebro iba a venir al Subsuelo Sur a volar algo… aquí, donde había una buena oportunidad de que alguien lo atacara y le robara todo lo que tenía, incluyendo la bomba? A menos que supieras moverte por estas partes, era riesgoso ser un turista sin un par de guardias armados. Además, no había ningún objetivo aquí que lograra un gran titular en las holotransmisiones… de todos modos, ¿a quién le importaban los tugurios debajo de las calles?

Luego pensó en esos Ojos[4] que habían estado allí la otra noche. Sí, está bien, eso había sido a inusual, pero cualquiera que fueran sus razones, no era como si estuviese pasando algo secreto…

¿O sí?

Memah resopló. Probablemente alguna computadora había eructado en algún lugar y perdió un par de archivos de enrutamiento. Con tal que fuera un error de una sola vez, ella podría vivir con eso. Después de todo, en lo que concernía al gobierno local, no era como si ella tuviera un montón de opciones estos días.

CANTINA DE SUBOFICIALES, DEI *GARRA DE ACERO*

La cantina de suboficiales estaba medio llena, los sopladores de aire trabajaban duro para deshacerse de los olores del humo y corporales, y casi tenían éxito. El JS Tenn Graneet estaba sentado a unas mesas de cuatro personas enfrente de Olzal Erne, el jefe del segundo turno del conjunto de estribor. Ambos humanos tenían los codos sobre la mesa, manos derechas enlazadas en posición de pulseadas. Sus manos izquierdas estaban unidas sobre la mesa.

Erne era más grande —doce, tal vez quince kilos más pesado—, diez años más joven y le gustaba levantar hierro, así que tenía los músculos de un levantador de pesas. Por su aspecto, no debería haber competencia, Erne claramente tenía la ventaja.

—¿Estás listo, anciano? —dijo Erne.

—Sólo un segundo. —Tenn liberó su mano izquierda, cogió su jarra helada y tomó un largo trago de fermento. Dejó la jarra, sonrió y enlazó la mano izquierda con la de Erne—. Listo cuando tú lo estés, Olzal.

Una docena de miembros de ambos equipos de artillería y un par de pulidores de cubierta se puso de pie alrededor de la mesa, viendo como ambos hombres se preparaban, los músculos en sus brazos comenzando a hincharse ligeramente. De no ser por eso, las manos entrelazadas podrían haber estado moldeadas en duracero.

—Cinco al jefe Erne, treinta segundos máximo —dijo uno de los artilleros de Erne.

—Trato hecho —dijo alguien del equipo de Tenn.

—Diez al JS Graneet —intervino uno de los portadores de protones, también del equipo de Tenn.

—¿Tiempo para eso? —preguntó una mujer.

—Tanto como sea necesario.

—Acepto esa apuesta.

—Eh, Números, ¿cuánto gana nuestro lado? —preguntó Tenn.

Números era un givin, una especie de seres que estaban, en conjunto, obsesionados con las matemáticas. Sólo un par de docenas de givins habían sido conscriptos, pero su capacidad para sobrevivir por períodos cortos, sin traje, al duro vacío, incluso más que su

[4] Aparte de hacer alusión a su trabajo de observación, en inglés, la palabra *eyes* (ojos) se pronuncia parecido a las siglas IS, de Seguridad Imperial *(N. del T.)*

aptitud para los malabares numéricos, había resultado en que el Imperio los tratara mejor que a la mayoría de los demás no humanoides.

Números tenía una asombrosa habilidad para hacer toda clase de aritmética en su cabeza, casi tan rápido como un droide. Ahora no fue la excepción. Tenn no había terminado de plantear la pregunta y la demacrada criatura respondió:

—Ochenta y cinco créditos entre nosotros. Veinte en tu bolsillo.

—¿Ya estás contando tu dinero, Tenn? Tienes que vencerme primero, ¿no?

—Oh, eso. —Con un rápido movimiento de la muñeca y una flexión del pecho y los hombros, Tenn golpeó la mano de Erne contra la mesa. Demoró tal vez todo un segundo.

Soltó la mano del otro hombre para reconocer los aplausos y vítores. Erne parecía atónito. Se frotó el bíceps.

—¡Maldito hijo de un tairn! —dijo—. ¿Cómo kark hiciste eso?

Tenn sonrió.

—Vida sana, jefe.

La verdad era otra, pero sólo él lo sabía. Hace mucho en batalla durante los últimos días de las Guerras Clon, cuando había sido ayudante de artillero en su primera asignación, algún cargador idiota había cambiado los contactos de un condensador pesado y luego olvidó poner los dispositivos de seguridad. Tan pronto como el descargador se abrió la tapa explotó y regó con metralla a la tripulación de artillería, una pieza de la cual había cercenado el tendón que conectaba el músculo pectoral derecho de Tenn a su brazo.

Había sido una suerte para el cargador haber muerto al instante; de lo contrario, aquellos de la tripulación, que todavía no estaban muertos o tullidos habrían mostrado su descontento asegurándose de que muriera lentamente.

Cuando el médico había vuelto a conectar el tendón a la parte superior del cuerpo de Tenn, no le había gustado el viejo punto de unión, que había quedado bastante maltratado golpeado por la pieza de metal caliente. De manera que había hecho un tornillo orgánico incrustado y volvió a conectar el ligamento un poco más abajo. Se veía bien, y el tornillo finalmente se reabsorbió, sin dejar nada más que una pequeña protuberancia ósea. El resultado de este esfuerzo creativo había sido de alrededor de un 25 o 30 por ciento de mejora en el apalancamiento de su brazo derecho. Con un poco de entrenamiento, el pectoral derecho de Tenn era efectivamente casi una vez y media más fuerte que el izquierdo. No lo parecía, no era más grande, pero el resultado era igualmente impresionante. Le había ganado un montón de apuestas de bar en concursos de pulseadas a través de los años.

Números deslizó una pequeña pila de créditos bajo la jarra de Tenn.

—Su parte, jefe.

—Mi anciana madre te lo agradece amablemente, hijo. —Miró a Erne—. Entonces, ¿compro la siguiente ronda?

—Funciona para mí —dijo el hombre más grande.

—No hay deshonor en ser vencido por el mejor.

El jefe sonrió.

—Dame un par de días para curarme, y podemos tener la revancha.

—Siempre me alegro de tomar el dinero de un compañero de la armada.

—Entonces, ¿qué se cuenta de la nueva estación de combate? —dijo Erne, después de que los observadores hubieran vuelto a sus propias cervezas.

—¿La Estrella de la Muerte? —Tenn bajó la voz a un nivel conspirativo—. Oigo que cualquiera que pueda golpear la pared de un resiplex desde un metro de distancia, puede tener un lugar si lo quiere. Pero si *realmente* puedes disparar, te dejarán manejar las armas grandes… incluyendo una que hará que las más grandes que tenemos aquí parezcan lanzacartuchos de bolsillo.

—¿Estás bromeando?

—Los tipos como nosotros, no tendremos ningún problema —continuó Tenn—. Todo lo que tenemos que hacer es pedirlo.

—¿Tú vas a ir a por ello?

—Ahora eres *tú* el que está bromeando. Soy un militar de carrera; ¿por qué no habría de hacerlo? Cuando esta cosa esté terminada, nada que nadie pueda desplegar en su contra ni siquiera podrá rayarle el acabado. Manejar un arma que podrá reventar Destructores Estelares como burbujas de jabón, tal vez incluso sacar una luna fuera de órbita… ¿qué clase de artillero lo dejaría pasar? —Sonrió—. Más grande *es* mejor.

—He oído que la seguridad va a ser estricta. Una vez que firmes no habrá permisos de tierra hasta después de que la estación esté en funcionamiento.

—¿Y qué tiene esto de diferente de lo que estamos haciendo ahora? Además, mira su tamaño. Va a ser como vivir en una luna… o dentro de una. *Miles* de cubiertas. Puedes equiparla y conectarla de modo que todo lo que un hombre pueda desear esté en algún lugar de ese monstruo. ¿Quién necesita un permiso de tierra cuando todo lo que tienes que hacer es llamar el turboascensor?

Erne concedió que la evaluación de Tenn sobre las posibilidades salaces de la Estrella de la Muerte tenían mucho sentido. Ambos hombres bebieron más de sus cervezas.

—Ya le he dicho a mi ejecutivo que estoy listo para firmar —dijo Tenn—. Tan pronto como tengan un arma funcionando, suficiente aire para respirar, y suficiente gravedad como para saber para qué lado es arriba, estaré *allí*.

—Hablando de todo lo que un hombre podría desear… —dijo Erne. Indicó la puerta con la cabeza.

Tenn se volvió. Ah. Un par de trabajadoras civiles de Suministros —mujeres jóvenes y de buen aspecto— estaban allí, habían venido, sin duda, para ver un lugar donde bebían los hombres de verdad.

—Me gusta la rubia —dijo Erne.

—Está bien por mí —dijo Tenn—. Todo el cabello es del mismo color en la oscuridad.

Erne se puso de pie.

—Buenas noches, damas. ¿Podríamos mi padre y yo a invitarles unas bebidas?

Las dos jóvenes sonrieron. Tenn les ofreció su mejor sonrisa en respuesta, sintiendo la satisfacción que sólo el licor y la victoria competitiva podían traer. Un buen trabajo, el respeto de la gente con la que trabajabas, y una bonita mujer sentada junto a él, en una cantina llena de un excelente fermento azul ortolano. ¿Cuánto mejor podría volverse la vida?

13

BAR DE PILOTOS, CUBIERTA DE RECREO, DEI *GARRA DE ACERO*

Vil Dance tenía una pila de monedas de una décima de crédito en equilibrio sobre su codo orientado hacia arriba, ya eran una docena. Alrededor de él, los otros pilotos estaban haciendo apuestas sobre si lo lograría.

Hasta ahora, venía bien…

Tomó otro sorbo de su cerveza. El juego era simple: Señalabas con el codo como con la mira de un arma y apuntabas delante de ti, sosteniendo el antebrazo en un ángulo de noventa grados y paralelo al suelo. Con la palma abierta junto a tu oído y enfrentando el techo, bajabas la mano rápidamente y tratabas de coger las monedas en equilibrio sobre tu codo antes de que cayeran. Cualquiera podía hacerlo con una. La mayoría podía hacerlo con tres o incluso cuatro. Una vez que pasabas las diez era más difícil. El récord personal de Vil era de dieciocho, así que una docena no era tan difícil. Era una prueba de coordinación ojo-mano, y si eras piloto, más te valía tener una buena cantidad de eso. El truco era bajar la mano ahuecada lo suficientemente rápido para atrapar las monedas mientras aún estaban apiladas juntas. Después de una caída libre de un par de centímetros en gravedad normal, la pila comenzaba a romperse, y una vez que eso sucedía no podías lograrlo. El movimiento tenía que ser rápido, pero también tenía que ser suave. La menor sacudida fuera del ángulo crearía una torsión en la pila suficiente para separar las monedas. Si eso pasaba, podrías atrapar a la mayoría, pero te faltarían algunas, garantizado.

No era como si el honor del escuadrón o cualquier cosa dependiera de él, pero Vil tenía una reputación que mantener. Sus tiempos en los ejercicios de reacción para pilotos siempre estaban entre los dos o tres mejores, y eso era lo que era esto, esencialmente. Una prueba de reflejos. Había otras especies, como los falleen, por ejemplo, que podían coger veinte o más sin problema alguno. Pero pocos humanos podían manejar incluso diez, aparte de acróbatas, maestros de artes marciales… y pilotos.

—Vamos, Dance. Eres más lento que un ronto en ocho ges. —Ese era Benjo.

—Sí, mientras seamos jóvenes —añadió Raal—. Bueno, algunos de nosotros, al menos…

Vil sonrió, bajó la mano y agarró la docena de décimos, sin problemas.

—Dinero fácil —dijo.

Hubo un momento de silencio sorprendido entre el escuadrón y, a continuación:

—Cinco a que no puede hacerlo con catorce.

—Acepto esa apuesta.

—Diez dicen que puede.

—¿Probabilidades?

—¿Probabilidades? ¿Qué, me veo como un corredor de apuestas toydariano? ¡Igualadas!

Mientras que los pilotos discutían, Vil recogió dos monedas más de una pila sobre la mesa. ¿Catorce, eh? Todavía cuatro menos que su mejor número, aunque no veía ningún sentido en mencionar eso justo…

La sirena de preparación resonó, una serie de cortos e insistentes alaridos. Los pilotos interrumpieron la charla, y dejaron cualquier otra cosa que sostuvieran con excepción de sus créditos, que metieron en los bolsillos mientras corrían hacia la salida. Vil dejó la jarra sobre la mesa y los siguió. Sólo había quedado un trago de cerveza; le habría tomado dos segundos terminarlo, pero cuando aullaba la sirena, parabas lo que estabas haciendo, *justo en ese instante* y corrías a tu puesto. En primer lugar, era lo correcto; todo el mundo lo sabía. En segundo lugar, nunca se sabía cuándo una holocámara imperial podría estar mirando, y si te atrapaba arrastrando los pies durante una llamada a tu puesto, en lugar de ser un as de los pilotos TIE, podías encontrarte transferido por un par de meses a «deberes de droide» lavando los contenedores de basura y los tanques de retención de las letrinas.

Y en tercer lugar, a Vil le gustaba volar aún más de lo que le gustaba beber.

—Tiene que ser un simulacro —dijo alguien—. No es probable que haya otra fuga de prisioneros después del último lote que cocinamos.

Vil no respondió a eso. Un poco para su sorpresa, había tenido un par de noches incómodas después de esa experiencia. Sí, habían sido escoria criminal, y era su trabajo detener dicha escoria, y le *habían* estado disparando, pero aún así no había sido una verdadera competencia. La *Lambda* no había tenido ni una oportunidad. Había destruido esa nave en el vacío y observado los restos de la tripulación girar a través de la frialdad, congelándose en nubes de sus propios fluidos corporales. Uno tendía a pensar en ello como objetivos de disparo, como en los holo simuladores, no en gente, pero ver la carnicería que había resultado de sus armas había… *Bueno, seamos honestos aquí,* se dijo a sí mismo Vil, *ya que todo queda sólo entre yo y yo.* La verdad era… que había tenido algunos sueños.

No, no sueños. Los sueños eran fragmentos inocuos de esto y aquello, cosas como no haber estudiado para un examen o volar sin una nave o estar desnudo en público. Estos no habían sido sueños.

Estas habían sido *pesadillas*.

Afortunadamente, se había olvidado de los detalles casi inmediatamente después de despertar, a excepción de una noche. Eso se había quedado con él. Uno de los cadáveres congelados instantáneamente, flotaba a la deriva a través del vacío a unos diez metros de la cabina de su caza. La cabeza y el cuerpo habían sido devastados por la metralla a tal grado que Vil no podía distinguir si había sido hombre o mujer. Él había observado, fascinado, como el cuerpo lacerado giraba lentamente, hasta que su rostro quedó a la vista. Notó que, por algún milagro de la casualidad, los ojos se habían librado de la granizada de metal…

Y entonces los ojos se abrieron[5].

Vil reprimió un escalofrío. Eso había sido lo peor. Se dijo que no era inusual, que era parte del trabajo. Que se acostumbraría.

Eso ayudaba. Un poco

Mientras Vil se acercaba al hangar, vio que el ayudante del oficial al mando en la cubierta hacía señas de apresurarse a los pilotos.

—¡Muévanse como si tuvieran un propósito, gente! ¡Una pa'lowick embarazada podría correr más rápido! ¡*Vamos*!

—AOC —dijo Vil mientras se acercaba—. ¿Quiénes volamos?

—Tú y tu escuadrón, entre otros nueve —dijo el AOC. Seguía haciendo señas a los pilotos que se acercaban, ahora sólo eran un puñado—. Escolta VIP para el Destructor clase Imperial *Devastador*.

Vil parpadeó.

—¿Viene un almirante de chaqueta arcoiris? ¿Un moff?

—No exactamente. El tipo que maneja esa nave es más de un solo tono —dijo el AOC. Al notar la mirada en blanco de Vil, agregó—: Todo de negro.

Entonces Vil entendió.

—Darth Vader.

—¿Amigo tuyo?

Vil rió. Estaban uno junto al otro en las escaleras, casi en la cubierta de vuelo.

—Nunca conocí al hombre, o lo que sea que es —dijo Vil—. Lo vi volar una vez. En la escuela TIE, de la Base Naval en la Ciudad Imperial. Contra Barvel.

No era necesario especificar que estaba hablando acerca del coronel Vindoo «El Tirador» Barvel, uno de los pilotos TIE más condecorados de la historia. Durante las Guerras Clon, Barvel había derribado a más de treinta naves enemigas confirmadas en combate de nave a nave, el doble de eso contando a las probables, y nadie sabía cuántas que ni siquiera se había molestado en informar. Vil sabía que él mismo era un buen piloto, un as incluso cuando estaba en entrenamiento, pero Barvel, que había sido sacado fuera del ciclo de combate por altos mandos nerviosos que querían asegurarse que el Imperio tuviera un héroe vivo que pudiera desfilar por las calles como reclutador, era el mejor. Aunque él sólo era capitán en ese momento, había sido puesto a cargo de la escuela de pilotos en la BNCI. Barvel podía hacer un picado propulsado contra cualquier otra nave y acertar a un blanco del tamaño de un pleeky en el camino hacia abajo a máxima velocidad, con el cañón de babor o estribor, podías elegir el arma. En las misiones de entrenamiento que había volado con el hombre, Vil se había sentido como un niño pequeño que apenas podía caminar tratando de seguir el ritmo a un campeón corredor de larga distancia.

---

[5] En realidad, la exposición al vacío no mata ni congela instantáneamente, lo que Vil imagina como una pesadilla fantasiosa, podría haber ocurrido, y abrir los ojos podría ser uno de los últimos movimientos reflejos de la víctima antes de morir por asfixia. *(N. del T.)*

Durante las maniobras para los pilotos próximos a graduarse, Darth Vader se había presentado. No tenía ningún rango militar de por sí, pero era el halcón de cetrería del Emperador y todo el mundo lo sabía. Si algo venía de la caja de voz amplificada de Vader, bien podría haber venido de los labios de Palpatine, y si discutías con él era a tu cuenta y riesgo, sin importar cuán alto fuera tu rango.

Vader había mirado durante un tiempo, luego pidió un caza TIE. Había subido, despegado, y se unió al simulacro de combate. En cuestión de segundos, sus armas electrónicas habían pintado a media docena de naves, y la cosa se había reducido a Vader contra Barvel. Vil, cuya nave había sido golpeada en un tres-contra-uno al principio del simulacro de combate, se había quedado en un patrón de espera hasta que el enfrentamiento terminara, y lo había visto todo.

Vader no había exactamente volado en círculos alrededor de Barvel, pero cada vez que El Tirador se movía para uno u otro lado, Vader estaba medio segundo por delante de él. Barvel estaba haciendo cosas que Vil no creía que fueran posibles en un TIE, y Vader no sólo lo igualaba, movimiento por movimiento, simplemente lo superaba en maniobras. Fue —no había otra palabra para ello— asombroso. Vil rápidamente se dio cuenta de que Vader podía haber derribado al comandante de la escuela de vuelo en cualquier momento… sólo estaba jugando con él.

Eso había sido tan espeluznante a su propio modo, como la pesadilla de Vil. Nunca había visto a un piloto humano moverse así. A muy pocos malditos alienígenas, dicho sea de paso.

Después de un par de pases, y lo que pareció ser una lenta, improvisada y perezosa serie de toneles y bucles, Vader dio la vuelta, clavó sus rayos de entrenamiento en Barvel, y fue el «fin del juego». Todos los pilotos que estaban ahí en el espacio tuvieron que cerrarse las bocas con la mano.

El AOC miró por el pasillo, pero ya no llegaban más pilotos. Se volvió y señaló.

—Será mejor que vayas a tu nave, Dance. —Una breve pausa, y luego—: Vader es bueno, ¿eh?

—Mejor que bueno. Si viniera contra mí, yo simplemente sobrecargaría mi motor para que explote: de esa manera podría elegir el momento en que voy a morir.

Lo que Vil no había mencionado, sobre todo porque todavía no lo creía él mismo, fue que el mecánico que había revisado después el caza TIE tomado por Vader había vuelto de la bahía sacudiendo la cabeza. Las computadoras de navegación y puntería habían estado apagadas, había dicho. La grabadora de la cabina mostraba que Vader lo había hecho *antes* de salir del muelle. Así que si se podía creer en el mecánico, no sólo Vader había vencido al mejor piloto de la armada tan fácilmente como si Barvel hubiera sido un fumigador de cultivos de algún mundo aislado, sino que lo había hecho en *manual*.

Lo que era simplemente *imposible*.

—Adelante —dijo el AOC—. Ve al vacío… no querrás llegar tarde a la fiesta.

—No, señor. —*No es que Vader necesite una escolta*, pensó Vil. *Aquí nadie podría meterse en su camino*.

Vil se apresuró hacia la cubierta, su mecánico le indicó que entrara al TIE.

—¿Estabas tomando una siesta, cohetero? ¡Sube!

Mientras Vil se aseguraba el casco y controlaba sus lecturas, tuvo un momento para reflexionar sobre el propósito de la escolta. *Darth Vader, al mando de un gran Destructor. ¿Me pregunto qué está haciendo aquí?*

Tenía que ser algo grande. Podías tener la cabeza llena de vacío y todavía darte cuenta de eso.

Las puertas de la esclusa de aire se abrieron. Vil encendió los motores y se fue.

14

CUBIERTA DE RECEPCIÓN SIETE, *HAVELON*

Tarkin frunció el ceño mientras esperaba la llegada de Vader en la cubierta de recepción. Era cierto que el Emperador podría enviar a quien quisiera, siempre que quisiera, a verificar el progreso en la estación. Tarkin no tenía ninguna razón para estar cualquier cosa menos que agradecido con el Emperador… ¿después de todo, cuántos otros grandes moffs había? ¿Quién lo había elevado hasta esa pujante posición y le dio el mando del proyecto militar más importantes de la historia galáctica?

Todo eso era cierto. Y él *estaba* agradecido a Palpatine. Pero uno se siente de manera diferente hacia el que sostiene la correa que hacia el que está en la correa.

Había algo acerca de Vader que le hacía rechinar los dientes. No era sólo el traje prótesico con su máscara y respirador, ni el hecho de que no podía ver los ojos detrás de los lentes polarizados. Vader tenía poder, a nivel personal y como la herramienta del Emperador, y la sensación que tenía Tarkin de él era que le importaba tanto la vida humana de pie junto a él, como la de una mosca de niebla alejada en los pantanos de Neimoidia. Estar junto a Vader era como estar al lado de una granada térmica gigante… podría explotar en cualquier momento.

Y el hombre de negro tenía mal genio, no cabía duda sobre eso. Hasta el momento, no lo había desatado en la dirección de Tarkin, pero Tarkin lo había visto desatado sobre otros, y aquellos que pensaban en contrariar a Vader rápidamente se daban cuenta de que era un error fatal.

No importaba cuánto la gente denunciara a la Fuerza como una superstición que no había salvado a los jedi de la aniquilación, era lo suficientemente real como para permitirle a Vader detener el corazón de un hombre o frenar la respiración de sus pulmones simplemente por su voluntad. Por no hablar de quitar saetas de bláster del aire con ese sable de luz suyo. Cierto, nada sería capaz de soportar la fuerza del armamento de esta estación de combate, una vez que estuviese en funcionamiento. Pero no estaría plenamente operativa hasta dentro de un par de meses, y si alguien era lo suficientemente fuerte y lo suficientemente tonto como para matar a Vader iba a tener que lidiar con la ira del Emperador… y *él* hacía que Vader pareciera un hugglepup iridoniano.

La escotilla de la lanzadera se abrió. Con la mayoría de los VIPs militares, habría una guardia de honor de soldados de asalto de élite o incluso guardias imperiales rojos saliendo en primer lugar. No era así con Vader. Salió por la escotilla y bajó de la rampa a zancadas solo, su capa ondeando tras él por el viento de su propio paso, sin miedo, sin preocuparse en lo más mínimo por cualquier posible peligro. Era arrogante, pero claro que tenía razón para serlo.

Tarkin esperaba, sus almirantes se movían nerviosamente inquietos detrás de él. Algunos de ellos, no podían soportar la idea de un hombre como Vader, que existía fuera de la cadena de mando y era capaz de ir y venir a su antojo, sin estar realmente sujeto a las órdenes militares. Bien, era lo que era, y no se podía evitar.

Vader se acercó para pararse ante Tarkin. Siempre parecía más grande y más alto de lo que Tarkin recordaba, una presencia oscura, una fuerza de la naturaleza.

—Gran Moff Tarkin —dijo, sin ofrecer ni siquiera la mas leve inclinación o reverencia militar. Vader no doblaba la rodilla ante nadie, excepto el Emperador, sabía Tarkin.

—Lord Vader. —No tenía ningún sentido ofrecer conversación o formalidades; Vader no tenía ningún uso para ellas—. ¿Quiere comenzar el recorrido? —le preguntó Tarkin, extendiendo una mano en un gesto que abarcaba la totalidad de la estación.

—Proceda.

—Por aquí. Vamos a tomar mi barcaza.

Vader podía sentir la hostilidad de algunos de los hombres detrás de Tarkin, pero eso carecía de importancia. Si había palabras o acciones hostiles podía y debía ocuparse de ellas, pero los pensamientos de las mentes débiles no eran ninguna amenaza. Tarkin, tan untuoso y suave como siempre, era un hombre que sabía donde estaba su mejor interés, y mientras sus propios planes encajaran con los de el Emperador, era una herramienta útil. Lo cual era bueno, porque Vader no dudaría en utilizar esa herramienta.

Los Rebeldes estaban resultando ser más problemáticos de lo que muchos habían esperado. El Emperador había sabido que sería así, por supuesto, la resistencia no había sido una sorpresa para él. El Emperador estaba completamente en concierto con el lado oscuro de la Fuerza. Era el sith más poderoso que había existido nunca.

Como Vader lo sería, algún día.

Pero eso estaba en el futuro. Ahora tenía deberes más mundanos. Había problemas con la construcción de esta estación. Cuando Vader se fuera, los problemas estarían corregidos. Volvería cuando fuera necesario para corregir más problemas, a medida que aparecieran, y también volvería en momentos cuando las cosas corrieran sin problemas, sólo para recordarle a Tarkin y sus funcionarios que los ojos del Emperador siempre estaban observándolos.

Siempre.

15

BARRACAS DE TROPAS DEL NIVEL INFERIOR, SECTOR N-UNO, ESTRELLA DE LA MUERTE

El sector N-Uno, una enorme área que equivalía a la veinticuatroava parte de un hemisferio, había sido parcialmente presurizado y climatizado, así que al menos Teela ya no tenía que usar un traje de vacío en el trabajo. Gracias a las estrellas por que estaba harta de terminar cada día fatigada por el esfuerzo de manipular articulaciones y servos rígidos, la visión limitada, y la incapacidad de rascarse… por nombrar sólo algunos pocos problemas. Había usado trajes de vacío en otros trabajos antes, y aquellas experiencias no habían sido agradables, pero este era por lejos el peor de los casos, porque el Imperio, sin duda en un esfuerzo por ahorrar costos, había ordenado el uso de los anticuados trajes de volumen constante en lugar de los diseños más recientes, elásticos y de una sola pieza.

Sin embargo, los trajes habían sido necesarios por un tiempo. En un proyecto de esta envergadura no había forma de completar la totalidad del casco, presurizar todo y, a continuación, empezar a construir el interior… la cantidad de aire necesario sería tremenda. Una vez que el buque fuera funcional, entonces, la multitud de convertidores instalados en cada sector fácilmente podría encargarse de la tarea, pero hasta que aquellos estuviesen en línea, el aire tendría que ser succionado de una atmósfera planetaria y sacado del pozo de gravedad mediante naves de carga… eso o construir una enorme planta de conversión en el espacio y llevarle agua para hacerlo, lo que sería aún más difícil. Una nave cisterna llena de agua era menos manejable que una llena de tubos de aire, y sin el debido calor acababa por convertirse en bloques de hielo cuando se descargaba, lo cual repercutía en problemas con el aumento de volumen. La magnitud del proyecto no permitiría la construcción del casco exterior completo primero.

Por lo tanto, se había razonado cerca del principio que, mientras se montaba el casco, cada uno de los sectores sería construido y sellado. Esto permitía un montón de espacio de almacenamiento, al menos al principio, para los suministros, así como hábitats para que los trabajadores permanecieran cerca de la tarea. Los cientos de miles de obreros necesitaban un lugar conveniente donde vivir… moverlos en lanzadera de ida y vuelta por cualquier distancia después de cada turno no era eficiente ni en costo ni en tiempo.

Los extrusores de placas del casco estaban a sólo un par de cientos de kilómetros de distancia, colgando en un punto orbital donde se equilibraban todas las fuerzas gravitacionales del planeta prisión, y los asteroides de materia prima remolcados a los gigantescos masticadores. El proceso era bastante simple. Un asteroide con un contenido de níquel-hierro lo suficientemente alto era transportado desde el cinturón exterior a los masticadores e introducido en sus fauces; el torbellino de dientes de duracero masticaba el asteroide en pedacitos y los mezclaba con minerales de aleación extraídos y traídos de

Despayre, incluyendo el quadanio. A la grava resultante se le añadía agua y era sometida a alta presión para formar una pasta, que luego se introducía en las tuberías que llevaban a los fundidores. Estos eran esencialmente enormes crisoles que refinaban la mezcla, quemando las impurezas. El mineral escarificado resultante era transportado a los extrusores para ser presionado formando las placas del casco, como si fuera alimento en pasta, exprimido de un tubo. Todavía quedaba un montón de escoria, pero esta simplemente era reunida, apuntada hacia la estrella local, y se le daba un fuerte empujón. Meses más tarde, estas balsas de escoria caerían al sol y se quemarían.

Teela había estado antes en proyectos que utilizaban masticadores y extrusoras en espacio profundo, por supuesto, como ganchos celestiales y mundos rueda. Sin embargo, ella nunca había visto tantas o tan grandes como las que había aquí. La cantidad de placas que se producían iba más allá de cualquier cantidad usadas nunca antes en un solo lugar.

El sector N-Uno tenía la forma de una gran media luna, como una rebanada de melón de jugo, cortada por la mitad. Tenía treinta y un kilómetros de ancho en la base, que sería el ecuador de la estación cuando estuviera terminada, reduciéndose casi a un punto de sólo unas decenas de metros de ancho en el otro extremo, y un poco más de noventa y cuatro clics de largo. La mayoría de los sectores debían ser idénticos en este hemisferio, excepto una selecta minoría, por supuesto, aquellos a través de los cuales sería construido el superláser.

Era difícil visualizar la envergadura de todo el orbe. *Grande* no empezaba a hacerle justicia. La corteza habitable solo tenía dos kilómetros de espesor, e incluía en su superficie las extensiones superficiales de ciudad, armerías, bahías de hangares, centro de comando, áreas técnicas, y alojamientos. Por debajo de eso estaría el hiper-motor, el núcleo del reactor, y las fuentes de energía secundarias… ninguna de las cuales, afortunadamente, la concernía a ella.

Lo que la concernía en ese momento era un viejo y algo malhumorado wookiee que la estaba haciendo pasar un mal rato.

El manejo de Teela del idioma wookiee era rudimentario. El problema con hablar shyriiwook no era tanto el vocabulario sino la pronunciación, el aparato vocal de un humano no podía manejar los gruñidos, gemidos y aullidos necesarios para ser entendido. Como la mayoría de las personas que alguna vez había estado alrededor de proyectos de construcción serios, Teela estaba acostumbrada a lidiar con los altos y peludos bípedos… parecían gravitar en torno a dichos sitios, incluso cuando no estaban siendo esclavizados y obligados a trabajar en ellos. Afortunadamente, en los grandes proyectos la mayoría de los wookiees entendían básico, incluso aunque no pudieran hacer que sus lenguas lo pronunciaran más de lo que los humanos podían hacerlo con el habla-wookiee. Debido a todo esto, Teela generalmente lograba comunicarse muy bien con ellos.

Generalmente.

El jefe de este turno en este subsector era un viejo wook de nombre Hahrynyar, que probablemente se habría unido voluntariamente si no hubiera sido capturado y esclavizado. Su pelaje era gris desde el hocico hasta el tobillo, era terco y obstinado, y

tenía la molesta costumbre de olvidar cómo entender básico cuando Teela señalaba algún punto indiscutible. Que era lo que estaba ocurriendo ahora.

—*Haaarrn* —dijo el wookiee—. *Aarn whynn roowarrn.*

—Entiendo que está en los planos. Lo que estoy diciendo es que no quiero que lo construyan. No tiene ningún sentido poner un puerto de escape de calor ahí. El principal puerto de escape ya está listo, y si hay alguna necesidad de uno adicional, lo que yo no creo en absoluto, hay mejores lugares para ponerlo que justo al lado del principal. No lo necesitamos en este sector, y ciertamente no *ahí*. —Señaló el holo esquemático de la trinchera polar.

—*¿Harnkk whoom?*

—Con *mi* autoridad, con esa.

—*Arrk-arn ksh sawrron.*

Teela se rió entre dientes. Eso lo había entendido bien.

—Sí, sí, voy a ponerlo por escrito.

Estos viejos dobladores de metal y golpeadores de remaches siempre pensaban que sabían más que el arquitecto cuando se llegaba a la construcción real. A veces lo hacían, lo cual estaba bien. Pero sin importar qué, se apegaban al plan aprobado como un droide preprogramado con permapegamento en las ruedas para asegurarse de no resultar escaldados por el jefe de trabajo del sector.

No podía culpar al wook por quererlo por escrito. Temprano en su carrera Teela había tomado órdenes verbales de un diseñador. No era gran cosa, sólo las especificaciones de alguna estructura interior de un resiplex que él pensaba que eran una tontería, así que le había dicho que utilizara un duracero de un grado diferente y, cuando ella pareció dudarlo, le aseguró que era lo bastante fuerte como para hacer el trabajo y mucho más barato, así que ¿cuál era el problema? Se había encogido de hombros e hizo lo que él había pedido. Cuando llegaron los inspectores y se negaron a aprobar el edificio, el diseñador había sido muy rápido en señalar que su asistente debió haber tomado esa decisión por su cuenta, porque los planos —y él mismo— solicitaban *específicamente* una estructura de grado 9095-T8511, y su asistente había utilizado 9093-T7511. Bueno, ahora no importaba que la aleación y el tratamiento térmico fácilmente pudieran resistir la carga si los planos pedían el grado superior, ¿verdad?

Él la había colgado a retorcerse en la brisa. Más tarde, cuando Teela irrumpió en la oficina del diseñador para decirle lo que pensaba, se había reído de ella. Ella necesitaba aprender a jugar en la galaxia real, le había dicho. Si te atrapaban, pasabas la culpa. Lo que ella debería haber hecho, le había dicho, era culpar al obviamente ciego y estúpido jefe de equipo de construcción que había seleccionado la aleación equivocada. Él podía leer un plano, ¿no?

Teela no podía probar nada y no era estúpida. Después de eso, ella se aseguró de que las desviaciones de los planos se anexaran a la orden de trabajo por escrito. Así que sabía exactamente en lo que estaba pensando el viejo wookiee.

—No te preocupes por eso ahora —dijo—. De todos modos, tienes que poner los intercambiadores de calor en las barracas antes de empezar con cosas insignificantes, como los puertos.

—*Arrrrnn rowwlnnn.* —Bueno, sí, Hahrynyar concedió, que esa era la forma en que un constructor inteligente haría las cosas.

—Ve, entonces. Alguien ha extraviado mi envío de cable de fibra óptica triaxial y tengo que localizarlo. Desempaquen los intercambiadores y que un equipo comience a instalarlos, y volveremos a hablar de la filosofía de los puertos de escape más tarde, ¿de acuerdo?

El viejo wookiee asintió con la cabeza y se retiró. Teela lo miró alejarse a zancadas por un segundo, luego volvió su atención al problema siguiente. Nunca había un momento aburrido, el día nunca tenía el largo suficiente, y seguro que no le pagaban lo suficiente…

Tuvo que sonreír ante eso. La paga podría no ser mucha, pero era mejor que vivir en un agujero pestilente abajo en un planeta lleno de escoria asesina. Ni siquiera el viejo cascarrabias de Hahrynyar podría discutir con eso.

MANDO DE ARTILLERÍA, DEI *GARRA DE ACERO*

Tenn Graneet metió la cabeza en la oficina del OAM.

—¿Querías verme, cap?

Su oficial al mando levantó la vista de sus flimsis.

—Pasa, Tenn.

Tenn se agachó ligeramente para pasar a través de la escotilla. La oficina del capitán Hoberd se veía, como de costumbre, como si la gravedad artificial local de alguna manera, hubiera sufrido un fuerte reflujo sólo en esta sala; había chips de datos apilados sin orden ni concierto en el suelo, los dos holocuadros en las paredes opuestas —uno era una imagen de la clase en la que Hoberd se había graduado, el otro de su esposa, Linesee, y sus dos hijos; Tenn nunca podía recordar sus nombres— estaban constantemente torcidos, y la medalla de Plata al Valor de Hoberd colgaba de la bisagra superior de un gabinete en la pared. Cada vez que Tenn entraba a la oficina del OAM, la medalla estaba colgando de una ubicación diferente: de uno o del otro de los cuadros de familia, de una pequeña escultura de alumabronze en su escritorio, incluso balanceándose ligeramente en la brisa, directamente debajo de la salida de aire… no podía recordar haberla visto jamás dos veces en el mismo lugar. Droot y algunos de los demás informaban de la misma experiencia. Nunca nadie lo vio moverla, y nadie sabía por qué lo hacía. Era solo un capricho del capitán. Aquellos que no estaban familiarizados con su registro de guerra podrían pensar que la actitud era por falta de respeto, pero nada podría estar más lejos de la verdad… al menos no en opinión de Tenn.

—¿Qué pasa? —No podía leer nada en la cara del hombre, lo que no era inusual; Hoberd, se decía, podría tener la mirada más dura que un weequay. Normalmente esto no

molestaba a Tenn, pero hoy, por alguna razón, empezó a sentirse un poco incómodo. La energía en la habitación era sutilmente diferente. Él no se dejaba llevar así por conceptos woo-woo, pero a veces no podía negarlo.

—Siéntate, Tenn. —La expresión de Hoberd no cambió. Tenn miró a las sillas, ambas estaban llenas de diversos objetos, y se encaramó en el borde de la menos congestionada—. Me temo que tengo algunas malas noticias.

Uh-oh, pensó Tenn. Tenía que haber sido esa última inspección; no podía pensar en ninguna otra posibilidad. ¿Qué había salido mal? ¿Una mala calibración? ¿No cumplía con las normas de ser impecable? ¿Qué era?

El OAM lo dejó sudar por un momento, luego sonrió.

—Malas noticias para mí, al menos, estoy perdiendo a mi mejor suboficial.

—¿Señor?

—Prepara tus maletas, jefe. Irás a la Estrella de la Muerte. Te darán el cañón grande.

Al principio las palabras no tenían sentido para Tenn. Entonces, el significado le llegó, como un sol a través de las nubes, y sonrió.

—¿No es poodoo, cap?

Hoberd sostuvo un pequeño chip de datos.

—Las órdenes acaban de llegar. —Lanzó el chip, y Tenn lo atrapó en el aire. Era consciente de que estaba sonriendo como un niño—. ¡Gracias, cap!

Hoberd frunció el ceño ligeramente.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—¿Estás bromeando, verdad?

El OAM meneó la cabeza con pesar.

—¿Cómo voy a reemplazarte?

Tenn parpadeó.

—¿Qué, no vienes?

—Yo no. Mi servicio terminará pronto, y voy a salirme. Uno de mis cuñados administra una operación industrial de buen tamaño, tengo un trabajo esperándome.

—Oh, *eso* suena interesante. ¿Hacer artefactos? ¿Mover aguas residuales? Vamos, cap. Tú y yo, tirando del gatillo del arma más…

—El trabajo paga tres veces más y lo único peligroso acerca de él podría ser si mi esposa se entera de dónde escondo a mi novia.

Ambos rieron.

—Todavía no hay armas en funcionamiento —continuó entonces Hoberd—. Sólo hay algunos pocos sectores que están al menos presurizados, pero tú eres el mejor tirador de la flota y tienen mucha suerte de tenerte. Te quieren allí tan pronto como sea posible para comenzar la orientación.

Tenn sentía que la cabeza se le partiría a la mitad si su sonrisa se volvía más grande. El OAM estaba en lo cierto: ¿quién mejor para tirar de la palanca de disparo del superláser? Esta era el arma más grande y más poderosa jamás construida. *Jamás*. Esto

era tan bueno como podía serlo. Podría disfrutar del cálido resplandor de eso durante bastante tiempo.

—Bien, ¿qué estás esperando? ¡Vete! La próxima vez que vea tu feo rostro mejor que sea escondido detrás de uno de esos elegantes visores negros que usan allí.

El JS Tenn Graneet salió de la oficina del capitán Hoberd sintiendo que algo andaba mal con la gravedad del pasillo, porque él definitivamente estaba caminando por el aire. Espera hasta que Droot y Velvalee oigan la noticia. El mejor tirador de la galaxia junto con el arma más grande… Tenn se golpeó las manos, frotándoselas con entusiasmo. No podía esperar a poner las manos en los controles.

16

CANTINA EL CORAZÓN TIERNO, SUBSUELO SUR, GRILLA 19, CIUDAD IMPERIAL

Memah estaba de pie en frente de lo que había sido su cantina, aturdida más allá de las palabras. El Corazón Tierno no era más que cenizas y ascuas, todavía calientes, el hollín y el humo giraban hacia los ventiladores de extracción en una brisa sucia.

Y no era sólo su negocio. Toda la manzana se había quemado. Los pulverizadores de supresión del fuego se habían averiado inexplicablemente, al menos de acuerdo a los informes extraoficiales, y las cuadrillas de droides bomberos habían sido enviadas a la ubicación incorrecta, así que para el momento en que llegaron y comenzaron sus esfuerzos para controlar el incendio, era por lejos demasiado tarde. Tuvieron suerte al lograr impedir que se propagara a todo el sector, dijeron.

La mente de Memah todavía no podía hacerse a la idea. Esto no era sólo un edificio reducido a cenizas. Esto era su *vida*.

Rodo llegó y se paró a su lado, con el rostro sombrío.

—Varlo Brim fue descubierto muerto en su cubo esta mañana.

Ella frunció el ceño.

—¿Quién?

—Un pirómano, un profesional. Conozco a alguien que trabaja para el médico forense. Ya habían introducido «Insuficiencia cardíaca» en el certificado de Varlo… *antes* de que su cuerpo llegara a la morgue. La orden de arriba fue que no debía haber ningún examen detallado del cadáver.

Ella apartó la mirada de lo que había sido su razón para levantarse cada día y parpadeó hacia él. El aire cargado de cenizas hacía llorar sus ojos. Parecía importante que ella entendiese lo que Rodo estaba tratando de decirle, pero, a pesar de que estaba hablando en básico, las palabras no parecían tener sentido.

—Lo que significa que… ¿qué?

—Piensa en ello. Una manzana del subsuelo arde en llamas. Los supresores, que pasaron la inspección hace menos de dos meses, de repente no funcionan. Los equipos de bomberos llegan tarde, y a la mañana siguiente un hombre que enciende incendios como modo de vida es encontrado muerto por «causas naturales» en su cubo. ¿Además de todas aquellas entregas que no se hicieron? No hace falta ser un ingeniero constructor para unirlo todo.

Memah se lo quedó mirando.

—Kark —dijo ella.

—Sí. Alguien va a cobrar un gordo cheque del seguro. ¿Qué quieres apostar a que van a empezar a construir una nueva fila de brillantes y nuevos negocios que van a ser

propiedad de algún jefe de los niveles superiores que por casualidad son los burócratas responsables de los bomberos y supresores automáticos?

—Y no podemos hacer nada al respecto —dijo ella.

—No si estaba arreglado. ¿Estabas cubierta? —Indicó las cenizas con la cabeza—. ¿Asegurada?

—No. Nunca vi la necesidad, con los supresores y todo eso.

Rodo asintió con la cabeza. Ella estuvo muy agradecida por la falta de desaprobación en su rostro y su voz.

—¿Qué vas a hacer?

Memah sacudió la cabeza.

—No tengo idea.

Había otros vagando por las ruinas, humanos y alienígenas, mirando a lo que habían sido sus tiendas, los repositorios de sus esperanzas y sus sueños. Y curiosos, droides bomberos todavía comprobando los puntos calientes, policías locales… la muchedumbre extrañamente silenciosa, entraba y salía de la neblina de humo como aparecidos, lo que hacía que todo pareciera surrealista.

Un hombre de mono negro se acercó a ellos. Su mirada abarcó el montón de cenizas humeantes, y sacudió la cabeza.

—Lamento su pérdida, Memah Roothes.

De nuevo, ella entendió las palabras, pero no significaban nada.

—¿Lo conozco?

—No. Soy Neet Alamant, reclutador del Complemento Civil de la Armada Imperial.

—Sí… ¿y?

—Tengo una oferta que usted puede encontrar interesante.

Memah soltó un ladrido de risa amarga.

—A menos que esté buscando fertilizantes para plantas… —ella hizo un gesto a las ruinas—… no tengo mucho para vender ahora mismo.

—Entiendo. ¿Tal vez podríamos hablar de esto más tarde? Aquí está mi información de contacto. Por favor, comuníquese conmigo cuando tenga un momento libre.

Le entregó un botón de información, le mostró una sonrisa patentemente falsa, y cruzó la calle hacia varias personas paradas enfrente de lo que había sido una panadería.

Memah se quedó mirando el botón en la palma de su mano. ¿Un momento libre? Claro, no hay problema. Tendría muchos de esos en el futuro. Iba a estar sentada en su habitación en la desocupación y sin nada que hacer, recordando los buenos viejos tiempos, cuando ella administraba un bar.

Miró a Rodo. Él se encogió de hombros.

Memah miró atrás, hacia las ruinas de su cantina. ¿Qué iba a hacer ahora?

CENTRO MÉDICO, SECTOR N-UNO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Uli pasó las manos por debajo del esterilizador UV, luego las secó con una toalla limpia. El droide camillero sacó flotando al paciente hacia el post-operatorio. Se habían puesto al día, no había más pacientes programados para cirugía o seguimientos hasta las rondas de la noche. Al fin un descanso.

—Debería venir a ver esto, doc —dijo Zam Stenza, uno de los camilleros.

Curioso, Uli siguió al camillero a través del área de preparación y por un pasadizo a medio terminar, que parecía más una pasarela que un pasillo. Sus botas resonaban en la rejilla de metal extendido que era el piso temporal del pasillo, y el sonido hacía un eco hueco por todo el espacio. Se suponía que esta sección estaba terminada, pero parecía sólo a medio hacer; al menos en algunos lugares. Había suficiente aire, pero había droides de construcción arrastrándose como arañas de metal por el interior del casco, soldando pernos y conectores y agregando aislamiento. Uli vio huecos sin sellar en las paredes interiores. *Espero que no se reviente una juntura en algún lugar*, pensó con nerviosismo. Estaba bastante seguro de que realizar actividades en mangas de camisa en un entorno tan precario era una contravención a varias regulaciones de seguridad, y estaba igualmente seguro de que no serviría de nada señalarlo.

Stenza se detuvo para mirar a través de la ventana a una pasarela inferior. Uli se acercó a ver qué era tan interesante.

Un grupo de peatones se desplazaba a lo largo de un ancho pasaje. Se componía de guardias, oficiales de alto rango, y un hombre de negro más alto que todos ellos.

—¿Quién es ese? —preguntó Uli, sintiendo que ya debería saberlo.

—Darth Vader —dijo Zam—. Está aquí en una visita de inspección.

Uli miró fijamente a la alta figura cubierta de negro. Había oído acerca de Vader, por supuesto. Había visto videos del hombre… si eso es lo que todavía realmente había debajo del traje, que parecía contener algún tipo de sistema respiratorio cíclico, y probablemente también prótesis biónicas, a juzgar por su modo de andar. La rigidez era sutil, pero estaba allí si sabías dónde buscar.

—¿Visita de inspección?

—Sí —dijo C-4ME-O, que había venido detrás de ellos—. Este proyecto es de interés primordial para el Emperador.

—Y, ¿cómo sabes esto, Cuatromeo? ¿Eres amigo íntimo del Emperador, verdad?

—No, pero fui puesto en servicio en Coruscant antes de que se convirtiera en Centro Imperial. Nunca me borraron la memoria, así que tengo recuerdos de ese tiempo. Los droides a veces se hablan el uno al otro, saben. Se corre la voz.

Uli asintió con la cabeza. Sí, eso era cierto. Había mucho de cierto en el viejo dicho que decía: *Si quieres saber lo que pasa, pregúntale a los droides*. Ellos ven, oyen, y no lo olvidan. Él había conocido a algunos droides que eran tan inteligentes y charlatanes como cualquier nacido natural o clon con quien hubiera estado. Había estado ese droide de protocolo allá en el Uquemer Siete en Drongar —¿cómo se llamaba?— que había sido lo suficientemente autoconsciente como para jugar al sabacc y festejar sus ganancias. Había tenido un circuito sarcástico de un clic de ancho.

Uli vio pasar a la procesión.

—Nos pasaron de largo, ¿verdad?

—Los rumores dicen que Lord Vader no es afecto a los médicos —dijo C-4ME-O—. Al parecer ha tenido algunas experiencias desagradables en esa área.

Uli asintió con la cabeza. Podía ver por qué. La única razón por la que podía imaginar que alguien estaría metido dentro de un traje pulmón con un respirador que respirara por él sería porque sus propias vías respiratorias habían sido terriblemente dañadas y, por alguna razón, no se podían clonar e implantar nuevos lóbulos y tráquea. Esa sería una extraña enfermedad en estos días, pero no era imposible. Algún tipo de problema inmunitario, tal vez. Había algunas raras personas, una en un billón, que rechazaban los implantes de tejido que igualaban su propia genética, incluso los injertos de piel. Tenía que ser algo así, reflexionó Uli… de lo contrario nadie andaría voluntariamente viéndose como Vader.

—Se supone que puede matar a un hombre con sólo mirarlo —dijo Stenza. Bajó la voz a un susurro—. He oído el rumor de que una vez fue un jedi.

Uli asintió con la cabeza. La misteriosa Fuerza era bastante impresionante cuando se manifestaba en un experto en su uso. Uli la había visto demostrada por una mujer que había sido parte del equipo en Drongar. Había sido una mirialana, una curandera jedi llamada Barriss Offee. Sólo era una padawan cuando él la había conocido; más tarde, se había convertido en una caballero jedi. Había aprendido mucho de las conversaciones con ella, acerca de los caminos de los jedi, y en términos más amplios, acerca de la vida. La Fuerza había sido intensa en ella, le habían dicho. No que hubiera sido suficiente para salvarla. Barriss había muerto en Felucia, por lo que había escuchado, cuando los clones se habían vuelto contra sus maestros jedi.

La noticia lo había afectado mucho más de lo que habría esperado. Se había dicho a sí mismo muchas veces, en las casi dos décadas desde su primer puesto en el fétido mundo pantanoso, que lo que había sentido por Barriss no había sido nada más que una calentura juvenil. Eso podría ser cierto, pero en su mente todavía podía ver su rostro, y oír su voz, sentir el poder que había vivido dentro de ella. Incluso después de todos estos años.

Tal vez no la había amado. Tal vez entonces había sido demasiado joven para saber lo que era el amor. Pero cuando se enteró de su muerte…

Tanta gente por la que se había preocupado profundamente estaba muerta a causa de esa karking guerra. Probablemente algunos de los jedi habían escapado de la muerte, pero la postura oficial era que todos habían sido enemigos del pueblo y ejecutados en consecuencia. Y toda la investigación sobre las habilidades psiónicas de las ex fuerzas de paz de la galaxia había sido sumariamente detenida. En estos días, adentrarse en esa zona valía la pena de muerte. Eso también pasaba mucho. Un mal paso y si tenías suerte ibas a prisión, y a la muerte si habías pisado demasiado fuerte con los dedos equivocados. Teniendo en cuenta todo esto, era increíble que Vader tolerara siquiera el rumor de que él era un jedi.

Suspiró. Bueno, no era asunto suyo. Él era un cirujano. La genética, el control esotérico de la mente sobre la materia, las conexiones con el infinito… esas no eran sus preocupaciones. Él sólo iba donde le decían, cortaba donde le ordenaban que corte, y esperaba que su servidumbre forzada fuera a terminar algún día, preferiblemente mientras él aún estaba en una sola pieza. Inicialmente había pensado que lo único bueno acerca de ser asignado a una estación de combate del tamaño y el poder de esta era no tener que preocuparse por que fuera a explotar. Eso fue antes de que la primera afluencia de trabajadores heridos de la sección bombardeada había llegado bajo su cuchillo. Nada era seguro, ni siquiera esta monstruosa Estrella de la Muerte.

Uli se dio la vuelta. Debía quedar tiempo suficiente para comer un bocado en la cafetería, y un par de horas de sueño, antes de su siguiente turno. A menos que hubiera más sabotaje, por supuesto.

Deseaba poder recordar el nombre de ese droide en Drongar. Sabía que iba a molestarlo todo el día.

17

SITIO DE CONSTRUCCIÓN BETA-NUEVE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Para Teela el hombre vestido de negro con el casco respirador se sentía como algo salido de una pesadilla olvidada hacía largo tiempo. Casi podía sentir el mal irradiando de él en oleadas pulsantes; sólo estar cerca de él le daba náuseas, y hacía revolverse su estómago.

Y a pesar de todo eso, ella ni siquiera era su enfoque, simplemente una entre el grupo de arquitectos y constructores de pie en el fondo mientras el Gran Moff Tarkin llegaba con su comitiva para mostrarle esta parte de la estación. No le había hablado a Vader, ni él a ella, pero aún así, se sentía como imaginaba que se podría sentir un insecto bajo un lente de aumento si miraba hacia arriba y veía un ojo gigante observándola. Vader le daba la espalda, y ella todavía podía *sentir* su atención como una especie de presión oscura, como una mano fría apoyada en su hombro.

La hacía querer irse. No, la hacía querer *salir corriendo*, llegar tan lejos de aquí como pudiera, tan rápido como pudiera. Nunca había sentido una sensación de aprensión tan fuerte. El lado opuesto de la estación de combate no sería suficientemente lejos para escapar. Pero intentar tal cosa sería un mal movimiento en la carrera de cualquiera, y más aún para una criminal en libertad condicional.

Tarkin hablaba monótonamente sobre algo que tenía que ver con la potencia de fuego, señalando los emplazamientos turboláser, y Vader parecía estar escuchando. Pero Teela, de alguna manera, *sabía* que su enfoque no estaba en el discurso del moff. Estaba sondeando las mentes de quienes los rodeaban, examinándolas, y buscando en ellas… le faltaba algo.

De pronto fue consciente de que toda su atención había llegado a ella. Por un momento, se sintió como si estuviera desnuda, tanto en la mente como el cuerpo, y que Vader, como el científico imaginario que examinaba al insecto atrapado bajo su lente, contemplaba todo su ser, lo bueno, lo malo, los defectos, los puntos fuertes… todo lo que la hacía quien era.

Instintivamente, levantó un muro mental, un escudo para evitar la intrusión, como si cerrara de golpe una puerta blindada. Lo hizo visualizando justamente eso: un pesado portal de duracero cerrándose, el reborde exterior sellándose, los pestillos deslizándose en sus cunas. Siempre había tenido una vívida imaginación, una gran razón de por qué tenía éxito en el campo que había elegido, y pudo ver en el ojo de su mente, cada junta y sello, cada soldadura y remache de la escotilla, pudo oír el eco del sólido *¡bum!* que hizo al cerrarse, incluso pudo sentir la vibración. Justo antes de que se cerrara, creyó distinguir un pequeño indicio en los pensamientos de Vader: sorpresa.

Y… curiosidad.

Pero… eso era *imposible*. ¿Cómo podría ella sentir los pensamientos de otra persona?

Tenía que haber sido su imaginación, pensó Teela. Pero un momento más tarde la alta figura se volvió y la miró directamente. Las lentes en el casco negro ocultaban sus ojos, pero no había duda: él la había marcado.

No era sólo su imaginación.

Teela sostuvo la mirada tan firme como pudo y mantuvo su muro mental.

Pasó un momento. Pareció mucho tiempo, pero no pudieron haber sido más de unos pocos latidos del corazón. Vader pareció asentir levemente con la cabeza, luego se volvió para mirar lo que fuera sobre lo que Tarkin estaba balbuceando.

La remoción de su atención fue como una burbuja de vidrio rompiéndose a su alrededor. Teela casi se cae. Jadeó, lo bastante alto para hacer que varios de sus colegas le echaran un vistazo. Se sentía sacudida hasta el núcleo.

¿Qué acababa de suceder?

COLONIA PENITENCIARIA SLASHTOWN, DESPAYRE

Ratua consideró sus opciones, o al menos las que pensaba que podrían ser, y las encontró menos satisfactorias cada vez que las enumeraba. Sólo una tenía algún atractivo, y no era para tanto.

Como él veía las cosas, podría pasar el resto de su vida en este pestilente mundo tropical, hasta que un día alguien o algo lo matara…

O podía irse.

Es decir, podría intentarlo. Las estadísticas eran tan simple como deprimentes: nadie vivía hasta una edad avanzada en el planeta prisión, y moría pacíficamente en su sueño. Nadie. O alguna horrible enfermedad local se los llevaba, o alguien quería sus botas, o algo con colmillos y garras venenosas se acercaba demasiado buscando comida, y eso era todo. Despayre era un lugar difícil, y tarde o temprano serías alimento de gusanos, aunque fueras tan rápido como Ratua.

Estaba de vuelta en su choza, solitario y melancólico. El lamentable interior estaba iluminado por una barra luminosa, que apenas daba suficiente luz para mostrar la silla sin respaldo, el gran carrete de cable que usaba como mesa, con su plato agrietado y dos jarras cachadas que no formaban un juego, y el cangrejo araña tan grande como su mano ubicado en una de las esquinas de arriba, cerca del techo. La noche había caído, y los depredadores a los que les gustaba la oscuridad habían salido a cazar. Algunos eran prisioneros, algunos animales, y ninguno de ellos era propenso a desearte lo mejor. Y sin embargo, por el camino en el que Ratua necesitaba estar, tendría que aventurarse a salir por la noche. Además, iba a tener que hacerlo muy pronto, porque la única oportunidad que tenía de salir de esta roca era el más pequeño de los vericuetos que podría cerrarse en cualquier momento. El intento le costaría todo lo que tenía —que no era mucho, y eso era parte del problema— y si fracasaba, y sin embargo sobrevivía de alguna manera, tendría que empezar de nuevo desde cero, con nada más que las ropas que tenía puestas.

Ratua suspiró, mirando a la improvisada pared de su choza. ¿Era la vida aquí peor que el riesgo de tratar de salir de ella? El que no arriesga, no gana, pero tampoco pierde nada…

Un toque a la puerta interrumpió su meditación. Agarró su condensador, caminó los dos pasos a la entrada, y miró a través de la mirilla. El condensador, recuperado de la batería gel de una cámara rota, no era un arma muy buena. Requería hacer contacto con el atacante, lo que era más cerca de lo que Ratua quería estar contra alguien con, digamos, un cuchillo, pero era mejor que nada. El dispositivo, una vez activado, alcanzaba una carga eléctrica en un par de segundos. El amperaje era bajo, pero todavía había suficiente voltaje para lanzar de espaldas a un humano de tamaño completo… suponiendo que pudieras tocarle la piel desnuda con los puntos de contacto. Su rapidez la hacía un arma un poco mejor de lo que podría ser en manos de alguien con reacciones normales, pero servía para una sola electrocución antes de ser recargada, lo que sería demasiado lento en una pelea si no podía demorar el ataque el tiempo suficiente para permitir que que volviera a acumular energía.

A pesar de ser un buen buscavidas, nunca había sido capaz de conseguir un bláster. No es que lo hubiera intentado tanto. Llevar un arma de fuego no era la mejor manera de mantenerse bajo el radar. Aún así, había veces, como ahora, cuando lamentaba no haber buscado más intensamente.

Miró a través de la pequeña lente de ojo de pez en la puerta, rescatada de la misma cámara que el condensador, y se relajó. Era Brun, el jefe del equipo de carga del turno de noche. Al que había estado esperando.

Ratua abrió la puerta, comprobó que no hubiera nadie detrás de Brun, y rápidamente cerró y trancó la puerta detrás del hombre.

Brun era humano, más o menos; parecía ser un hombre de tamaño normal que hubiera sido aplastado por algo grande y pesado. Su torso tenía la forma de un barril, y su cabeza era casi más ancha que alta. Era de algún planeta del que Ratua nunca había oído hablar antes de haberlo conocido. Brun había estado en el mundo prisión durante años, y trabajado hasta abrirse camino a una posición de cierta confianza en la que se le permitía entrar al recinto para ayudar en la carga y descarga de los suministros que llegaban a los puestos en tierra de los guardias.

La única manera de salir del mundo era en una nave, y las naves de suministros de los guardias eran el transporte más probable. Había habido motines organizados que habían capturado completamente alguna nave, pero eso era, en opinión de Ratua, estúpido, más allá del punto del suicidio. El Imperio tenía todo tipo de poder de fuego allí arriba, y no eran tímidos para usarlo si se enteraban que el transporte estaba fuera de su control. Eso había pasado hacía más o menos seis meses, y no hubo ningún sobreviviente de ese intento de fuga.

Si no podías salir furtivamente, no ibas a llegar muy lejos. Y en una pelea contra naves de guerra imperiales, ibas a perder.

Brun no era un hombre que perdiera el tiempo en cortesías.

—Krovvy me tu bit-ska, floob. M'turno revs nuna cyke.

Fuera cual fuera el mundo del que venía Brun estaba demasiado alejado en el Borde para tener un programa educativo decente, o a su población nativa realmente no le preocupaba que nadie pudiera entenderlos bien. Después de meses de conversación, Ratua podía captar suficiente del dialecto de Brun para entender la esencia de su declaración, que era algo a lo largo en las líneas de: *Cuéntame tu idea, amigo. Mi turno empieza en una hora*. El término *floob* era considerablemente menos benigno que «amigo», pero Ratua estaba dispuesto a pasarlo por alto. Señaló una de las dos sillas. Cuando Brun se sentó haciendo que la madera crujiera bajo su peso, Ratua fue al cajón de sus reservas y sacó una botella de vino. No era un gran vino, pero venía de otro mundo y no de la vendimia local, por lo que era mucho mejor de lo que estaba disponible para la mayoría de los prisioneros. Ratua lo había estado guardando para una ocasión especial, y esta era tan especial como llegaría a serlo.

La descorchó y sirvió un poco en las dos jarras, entregando una a su invitado.

—Starry —dijo Brun, al probarlo. *No está mal*.

—Quédate con la botella.

Brun asintió con la cabeza.

—¿'Shuques? —*¿Qué quieres?*

Ratua inspiró profundamente, componiéndose lo mejor que pudo. *El que no arriesga, no…*

—Quiero que me dejes entrar en la nave de suministros antes de que se vaya por la mañana.

Pasó un largo latido de silencio; entonces Brun se echó a reír, sacudió su cabeza en forma de rebanada de pan, tomó otro sorbo de vino y respondió, para sorpresa de Ratua, en básico perfectamente comprensible:

—Puedo hacer eso, pero ¿cuál es el punto? No va a ningún lugar excepto de vuelta al carguero estacionado en geo-sinc. Cualquier nave que salga del sistema será escaneada hasta los remaches, y probablemente ya has escuchado que ninguna se ha ido últimamente. No puedes *ir* a ninguna parte, Ratua. La vida en un almacén no será mejor que aquí. ¿Sabes que de vez en cuando, abren las puertas al vacío y dejan que haya mucho frío en las unidades de almacenamiento no crítico?[6] ¿Sólo para deshacerse de los, uh, parásitos?

Ratua se encogió de hombros.

—Sí, lo sé. —No iba a quedarse en el área de almacenamiento, pero no veía la necesidad de contarle sus planes a Brun. Cuanto menos supiera el humanoide achaparrado, mejor—. Deja que yo me preocupe por eso. ¿Tenemos un…?

Brun sacudió la copa.

[6] Los autores insisten con el tema de que el vacío del espacio es congelante. No, por el contrario, el vacío es un excelente aislante térmico. Aunque como se dice aquí puede tener sentido para asfixiar a «alimañas» que respiran oxígeno. Pero si el material almacenado no es dañado por la despresurización, tal vez sería más conveniente mantener un vacío permanente, disminuyendo el peso de la nave, y previniendo daños por oxidación y riesgos de incendio. *(N. del T.)*

—Espera, espera. No he dicho que lo haría. Si te pillan vivo y me delatas, estaré de vuelta con el montón, sin privilegios. ¿Por qué iba a correr el riesgo?

Ratua había esperado que él planteara precisamente eso. Volvió al cajón de sus reservas y desenterró un pequeño dispositivo electrónico, que le mostró a Brun.

—¿Sabes lo que es esto?

Brun estaba adentro por una serie de crímenes, uno de los cuales era la piratería, especializándose en remover y luego revender los electrónicos de las naves capturadas. Él asintió.

—Parece un implantador.

—Exactamente correcto. Un mataespías de un solo uso. Revísalo. —Se lo entregó a Brun para que lo examinara.

—¿De dónde sacaste esto?

—Ya me conoces; de aquí, de allá, me las rebusco.

Brun volvió a asentir. Ese era el talento de Ratua, todos lo sabían. Él podía conseguir casi cualquier cosa. Brun tocó algunos controles del dispositivo del tamaño de una mano y asintió ante la lectura.

—Está cargado. Tiene buena pinta. ¿Cuánto quieres por él?

—No está a la venta. Es tu garantía —dijo Ratua—. Te permitiré implantarme y configurar el implante con tu nombre.

Brun pareció pensativo. Con un mataespías instalado, Brun no tendría que preocuparse demasiado acerca de que Ratua lo delatara si era capturado. La unidad implantada, que tenía aproximadamente el tamaño de la uña de un bebé, descansaría inofensivamente en el cráneo de Ratua por el resto de su vida. Pero estaría sintonizada a una determinada palabra, y si esa palabra era pronunciada por Ratua y sólo por Ratua, el dispositivo explotaría. No era una gran explosión… sólo lo suficiente para freírle el cerebro hasta que quedara bien crujiente.

—Entonces, ¿qué saco yo de esto?

Ratua indicó en el interior de la choza.

—Aquí tengo algunas cosas de primera… comida, bebida, electrónicos, varitas letales. Y te daré una lista de mis proveedores. Cuando me vaya, ellos hablarán contigo; no hay nadie más. Vale un montón.

—Todo lo que va a suceder es que te congelarás hasta la muerte allí arriba.

—Ese es mi problema. ¿Tenemos un trato?

Brun se quedó allí, sus cortas y gruesas piernas apenas alcanzaban el suelo, con la copa de vino en una mano y el implantador en la otra. Ratua sabía que estaba sopesando los riesgos. Sí, habría algunos… pero si Ratua estaba muerto, no iba a señalarlo con el dedo. La avaricia peleó contra la preocupación y Ratua vio el desarrollo de la batalla en el rostro de Brun.

Ganó la avaricia.

—Muy bien. Puerta Sur, a la medianoche, y mantente fuera de la vista hasta que me veas. Si ves a alguien conmigo, mantente alejado.

Ratua exhaló el aliento que había estado conteniendo.

—Hecho.

—No empaques una bolsa grande —añadió Brun—. Ahora date la vuelta.

Ratua tomó el último trago de su vino e hizo lo que le había dicho. Brun puso la boca del implantador contra la parte posterior de la cabeza de Ratua; pudo sentir la presión fría, y luego un momento de leve dolor cuando Brun inyectó la unidad en su cráneo.

—Entonces —dijo Brun, guardándose el implantador—, ¿cómo sabes que no voy a simplemente matarte?

—Porque no eres un asesino —respondió Ratua—. Un ser razonablemente civilizado suele poder reconocer a otro.

Brun gruñó.

—Dej' sarl fiddymon —dijo. *Déjame ver las mercancías*. No respondió a la evaluación que Ratua hizo de él, pero Ratua sabía que era la verdad. No tenía que preocuparse de que el dispositivo explotara y pintara la habitación en la que estaba con su cerebro. Incluso si Brun fuera un asesino, seguía sin ser una preocupación, porque el dispositivo no estaba correctamente armado. Esa pequeña reprogramación, y la pieza necesaria para hacer que el implantador mostrara que el chip estaba armado cuando no lo estaba, le había costado una pequeña fortuna en mercancías del comercio, y habría sido barato si hubiera costado el doble. Podría saltar arriba y abajo gritando «¡Brun!» hasta que sus labios se cayeran y no pasaría nada… al menos no en cuanto a lo que se refería al implante falso. De ninguna manera se iba a pasar el resto de su vida con una bomba en la cabeza, esperando un descuido verbal. Brun no era un asesino, era cierto. Tampoco era la estrella más brillante del clúster, ni por varios órdenes de magnitud.

Si capturaban a Ratua, delataría a Brun en un latido del corazón de un jawa. Por todo lo que el pequeño humanoide iba a sacar del trato, podría correr un ligero riesgo.

Con tal de que no lo supiera.

18

BLOQUE DE BARRACAS J, PUESTO DE GUARDIA 19, GRILLA 4349, SECTOR 547, CUADRANTE 3, DESPAYRE

El sargento Nova Stihl había dormido mal. Un sueño lo había preocupado; no podía recordar la sustancia completa, sólo que había estado en peligro, sus armas vacías y sus artes de lucha inútiles. Eso era todo lo que se necesitaba para calificar como una pesadilla para un soldado.

Probablemente era el calor. Incluso tan tarde, cerca de medianoche, el aire exterior estaba cerca de la temperatura corporal, y los intercambiadores de aire de las barracas se habían descompuesto otra vez. Al parecer, había algo mal con el transformador; los técnicos no habían sido capaces de mantener las bobinas armonizadas correctamente. Cuando fluctuaban, los enfriadores no podían mantenerse, y la temperatura aumentaba rápidamente dentro de las habitaciones sin ventanas. Probablemente estaba más caliente aquí que afuera.

Por un momento, consideró sus holos —estaba a medio camino de un discurso sobre deontología ecléctica por Gar Gratius—, pero sabía que no lo volvería a poner a dormir. Se levantó y se puso un par de pantalones cortos. Tal vez había brisa en el exterior; al menos, a pesar de que sería caliente, el aire probablemente no estaría tan viciado en el patio.

Salió del edificio de barracas y entró al patio, que tenía un césped corto diseñado genéticamente que se sentía frío bajo sus pies descalzos. La cerca cargada que rodeaba el recinto emanaba un pálido resplandor, salpicado de vez en cuando por una chispa cuando el equivalente de Despayre de un insecto desafortunado chocaba contra el campo.

La noche estaba nublada, el cielo cubierto mantenía todo oscuro donde no había ninguna luz artificial y también actuaba como una manta para mantener el calor del día. En la distancia retumbaba una tempestad de truenos, siguiendo a los relámpagos de calor que brillaron tenuemente a lo lejos. Una pequeña lluvia sería bienvenida… refrescaría un poco.

Nova contó el tiempo de los destellos al trueno, para medir la distancia. Lo estimó entre quince a dieciséis kilómetros, acercándose. *Probablemente la lluvia se agote antes de llegar hasta aquí*, pensó. *Qué lástima.*

Había una zona de luz brillante en el muelle, donde la nave de suministros todavía estaba descargando. Se utilizaban a los prisioneros para eso, los droides escaseaban y tendían a romperse con el calor y la humedad tropical más rápido de lo que podían ser reemplazados. Los prisioneros eran vigilados, por supuesto, para asegurarse de que ninguno decidiera colarse en un viaje fuera del planeta cuando el transporte partiera… no

que tuvieran a donde ir, ya que el transporte era una nave para trayectos cortos incapaz de hacer el salto a la velocidad de la luz.

Nova hizo un poco de estiramientos, doblándose en la hierba fresca, rodando sobre su espalda y, a continuación, levantándose sobre los hombros, y luego dejando que sus piernas cayeran hasta que sus rodillas descansaban junto a sus orejas. Mantuvo la posición por unos minutos, luego rodó para ponerse de pie sin usar las manos.

Se sentía un poco mejor después de eso. Su turno comenzaba temprano, así que se encaminó de vuelta a la cama. Tal vez los enfriadores estaban funcionando de nuevo.

Vio algo moviéndose a su izquierda. Miró en esa dirección, hacia la Puerta Sur.

Nada. Nova se quedó inmóvil por un momento, esperando, mirando…

No vio nada fuera de lo ordinario.

¿Lo habría imaginado?

Probablemente era un flit, uno de los reptiles voladores venenosos que a veces pasaban más allá de la cerca y entraban al complejo… nadie sabía cómo. Si era un flit, entonces sería mejor que se metiera en el interior; esos bichos eran casi imposibles de esquivar en la oscuridad, y un pinchazo de sus púas dorsales venenosas podría derribar incluso a un hombre de su tamaño.

Nova se dirigió de vuelta a la cama.

SECTOR N-TRES, ESTRELLA DE LA MUERTE

—¿Dónde están los prisioneros?

Tarkin miró hacia Vader.

—¿No quiere terminar el recorrido?

Vader desestimó esta pregunta con un gesto de la mano.

—Confío en que usted puede administrar el ensamblaje sin mi ayuda. ¿Los prisioneros?

Vader podía ver apretarse los músculos en la delgada mandíbula del gobernador.

—Por aquí —dijo Tarkin. Estaba irritado, pero no dejaba que se mostrara más de la cuenta en su rostro. Y aunque su mente tal vez no era tan flexible como debía ser, no era nada débil. Era increíble, reflexionó Vader, cuantos de los oficiales navales de alto rango sí tenían mentes débiles. Eran buenos siguiendo órdenes, pero él podía leerlos fácilmente, incluso sin la Fuerza. El lenguaje de sus cuerpos contaba mucho acerca de sus pensamientos internos.

Sin embargo, no todo el mundo aquí es de mente débil. De hecho, era muy por el contrario. Uno de los arquitectos, la mujer mirialana, lo había sorprendido. Había interpuesto un poderoso escudo para cubrir sus pensamientos, a pesar de que era inexperta en aquello. No podía sentir la Fuerza fluyendo en ella —no era ninguna jedi—, pero su mente era fuerte. Más fuerte que la de ninguna mujer que él hubiera encontrado en mucho tiempo; desde…

Vader sofocó el recuerdo que amenazaba con surgir. Ya no se permitía esos pensamientos. Había hecho un aliado del dolor en las últimas dos décadas; había dejado que las pruebas físicas y emocionales a las que había sido sometido lo hicieran más fuerte, en lugar de destruirlo. Pero a pesar de que era estoico, incluso él tenía límites en lo que podía soportar.

Miró a su alrededor a la enorme sección en forma de cuña curvada, que poco a poco se iba llenando de vigas y columnas y grandes placas de duraluminio. La pasarela de observación, y la pequeña área a su alrededor, habían sido emplazadas y provistas de gravedad, al igual que varias otras cubiertas y plataformas. Vader podía ver directamente al otro lado de la cuña, con varias personas portando los tradicionales chalecos blancos y trajes grises de los científicos e ingenieros discutiendo sobre algo. Su campo de gravedad artificial local hacía que pareciera que estaban boca abajo en relación a su comitiva.

La mayor parte de la cuña, sin embargo, todavía estaba en cero-g y vacío. Vader observó a los trabajadores de construcción —wookiees, en su mayoría, a juzgar por el tamaño de sus trajes de vacío—, flotando de un nivel a otro, o soldando puntales y tirantes. Los droides de varias configuraciones y modelos también se movían en diversas diligencias. Era una imagen de la industria organizada, calculada para asegurarle que el trabajo se desarrollaba sin contratiempos y según el cronograma. Sin duda todo había sido cuidadosamente orquestado por Tarkin, pero no importaba. Vader sabía que se necesitaban trabajadores que fueran al menos competentes para dar la ilusión de un trabajo ejemplar.

Regresaría con un informe favorable para su maestro. Tarkin y sus equipos de construcción serían capaces de continuar con la construcción de la estación. No se podía permitir el sabotaje. Se encargaría de examinar a los sospechosos de tener alguna relación con la reciente explosión. Si sus defensas mentales eran débiles, extraería cada pensamiento de sus cabezas y actuaría sobre lo que encontrara. Cualquiera conectado a la perturbación pagaría el precio final. Uno, diez, o mil… no importaba cuántos. Todos lo lamentarían.

Todos pagarían.

19

CÁMARA DE INTERROGATORIO DEL CALABOZO, BLOQUE DE DETENCIÓN AA, CUBIERTA 5, ESTRELLA DE LA MUERTE

—¿Para quién trabajas?

Vader estaba frente al teniente que había estado a cargo del turno de noche en las instalaciones de producción de aire de Despayre. Tarkin observaba mientras el Lord Sith interrogaba al prisionero acerca de la noche cuando habían cargado la nave que había explotado.

—L-l-la Armada Imperial —consiguió decir el hombre, en respuesta a la pregunta de Vader.

—Creo que no. —La voz profunda y distorcionada de Vader insinuaba tanta amenaza, que hizo que Tarkin quisiera dar un paso atrás. Algunos de los oficiales detrás de él realmente lo hicieron.

El teniente, viejo para su rango, se volvió para mirar a Tarkin. El miedo en sus ojos era evidente… al igual que su desesperación. Tenía que estar desesperado si pensaba que obtendría alguna ayuda de Tarkin. Tarkin mantuvo su propia mirada tranquila y constante. El hombre ahora pertenecía a Vader.

—Mírame —dijo Vader. El teniente volvió a mirarlo—. Esta es tu última oportunidad. —Levantó la mano derecha, con los dedos separados.

—Milord, ¡*por favor*! No sé nada

Vader cerró la mano en un puño.

La voz del teniente se desvaneció a un susurro ahogado, los músculos de su garganta se esforzaron notablemente contra la prensa invisible que de repente los había atrapado.

—*Ugghh…* —Su rostro se puso púrpura, y sus ojos y lengua parecieron salirse para afuera, y después de un momento, se tambaleó y cayó a la placa de duracero del piso. No hacía falta ser médico para ver que no iba a decirle nada a nadie, nunca más.

Tarkin no dijo nada. Había visto a Vader hacer esto antes, y, como antes, no tenía idea de cómo se llevaba a cabo. No importaba si la Fuerza era alguna forma de poder telequinético o de hipnosis psico-fisiológica o algo totalmente diferente, sin duda era impresionante.

Vader se volvió hacia Tarkin.

—No tenía nada que ver con el sabotaje.

Tarkin frunció el ceño.

—¿Lo sabe?

—Su mente era débil. Fácil de leer.

—Entonces, ¿por qué matarlo?

—Será una demostración práctica para todos aquellos que vengan después.

Tarkin levantó una ceja.

—Un poco dura.

—El incidente ocurrió durante su guardia. Él es responsable. Debió haberlo sabido.

Esa era una relación de causalidad que no resistía un examen demasiado minucioso, reflexionó Tarkin. Según esa lógica, cualquiera que hubiera estado de servicio en ese momento, en cualquier punto del proceso de construcción, podría ser declarado culpable. Llevada al extremo, podría serlo incluso el mismo Tarkin. Y de alguna manera, aunque la máscara de Vader era tan impasible como siempre, Tarkin supo que el Lord Sith estaba pensando precisamente en eso.

—Voy a esperar un tiempo antes de examinar a los restantes prisioneros —continuó Vader—. Para darles una oportunidad de enterarse de la suerte de este hombre. A ver de qué se enteran «accidentalmente».

Tarkin asintió con la cabeza. Era despiadado, pero ciertamente podía ver su valor. Después de todo, ¿no era esta estación de combate el más grandioso ejemplo de la doctrina de que el miedo mismo era la más potente de las armas?

—Ahora volveré a mi nave —le informó Vader.

—Tenemos camarotes para usted aquí, Lord Vader…

—Prefiero los míos. —Con un remolino de su capa, Vader se giró y se fue.

Tarkin reprimió la molestia que sentía ante la actitud desdeñosa de Vader; no esperaba menos. Miró al hombre muerto, y luego miró a al grupo de guardias y oficiales congregados en la pequeña cámara, varios de los cuales todavía estaban, obviamente, sorprendidos por lo que habían visto.

—Lleven el cuerpo al nivel de reciclaje y deshánganse de él. Y asegúrense de que los guardias permitan que los prisioneros escuchen conversaciones sobre lo que ocurrió aquí… en detalles floridos.

Por un momento, nadie se movió. Tarkin miró alrededor de la habitación.

—¿Estoy hablando simplemente para escuchar mi propia voz?

Eso obtuvo resultados. Rápidamente, un par de guardias se inclinaron a recoger el cadáver.

Tarkin salió del calabozo, caminando a zancadas por el estrecho pasillo, flanqueado por sus adjuntos. Vader era tan controlable como un reek desbocado, pero conseguía resultados. Tarkin se sorprendería si el restante personal demorado en relación con el sabotaje no era rápido en denunciar lo que sabía después de escuchar de esto.

Si sabían algo en absoluto…

Aún así, si ayudar a evitar que esto ocurriera de nuevo costaba un puñado de prisioneros, era un pequeño precio a pagar. Había muchos otros para reemplazarlos.

PASILLO DE ACCESO A LA TERMINAL CATORCE, ESTRELLA DE LA MUERTE

El jefe suboficial Tenn Graneet estaba en el pasillo que conducía fuera de la lanzadera que lo había traído a la estación de combate cuando vio una solitaria figura caminando

hacia él, toda de negro, con una capa ondeando por detrás. Lo reconoció inmediatamente, del sinnúmero de holos de noticias que había visto de él.

Era Darth Vader, el ejecutor el Emperador.

Hijo de bantha, pensó Tenn. Había sabido que el hombre estaba aquí en una visita de inspección, pero claro que no esperaba encontrarlo caminando solo por un pasillo, sin la protección de su comitiva. Aunque, considerando todo lo que había oído acerca de la muy promocionada habilidad de Vader con ese pincha-akks enganchado a su cinturón, ¿por qué no?

Tenn siguió caminando. Vader también. El pasillo, uno de los pasadizos periféricos que llevaba desde la terminal de transbordadores, no era estrecho, pero tampoco era terriblemente ancho. Tenn comprendió que el curso de Vader era tal que la misteriosa figura con capa chocaría contra él a menos que alguno de ellos se desplazara a un costado.

Por un momento, Tenn consideró mantener su camino, sólo para ver lo que haría Vader. Era un juego común entre el personal de la armada, una prueba de voluntad y dominio, ver quién sería el que se apartaba primero, y el JS Tenn Graneet rara vez tenía que darle espacio a nadie… a excepción, por supuesto, de los oficiales superiores. Vader, sin embargo, no estaba en la armada, así que técnicamente no era superior a Tenn.

Fue tentador, pero sólo momentáneamente. Vader caminaba a un paso rápido, y Tenn no creía que el hombre de negro tuviera la intención de alterar su curso ni siquiera el grosor de un cabello. Tenn Graneet se consideraba a sí mismo tan fuerte como un cierre al vacío, pero no era estúpido ni suicida. Se permitió desviarse a la derecha, justo lo suficiente para que cuando se pasaron, sus hombros estuvieran a menos de un palmo… en realidad, el hombro de Vader pasó a menos de un palmo de la parte superior de la cabeza de Tenn. Lo bastante cerca para que el borde ondulante de la capa negra se deslizara sobre el brazo de Tenn y amenazara, por un instante, con engancharse en el crono del jefe. El material era suave, de textura sedosa, y era más fresco de lo que él hubiera pensado.

De hecho, el aire mismo parecía frío en la estela del paso de Vader.

Tenn ralentizó ligeramente el paso, sintiendo como si se hubiese rozado contra una fuerza primordial de la naturaleza; el borde de un huracán, tal vez, o un cometa helado que simplemente no podía ser detenido. Si hubiera desafiado a Vader permaneciendo en su camino, no tenía ninguna duda de que se habría arrepentido por el resto de su vida. Lo que muy probablemente no hubiera sido mucho tiempo.

El jefe resistió las ganas de mirar hacia atrás. Si Vader se había percatado de su paso, no había habido ninguna señal.

—Whoo —se dijo en voz baja a sí mismo cuando el sonido de las botas del otro disminuyó. Esa había sido una experiencia que recordaría por algún tiempo. Casi había sido el hombre que había jalado de la capa de Darth Vader.

20

COMEDOR FLUTTERBIRD, SUBSUELO SUR, GRILLA 17, CIUDAD IMPERIAL

Neet Alamant era una persona refinada, su voz tan suave como una unidad de lubricación; nunca hacía una pausa incómoda ni se quedaba sin palabras. Sentada enfrente de él en un cubículo en el comedor de estilo retro, Memah percibía del humano muy poco en lo referente a confianza o calor. Rodo estaba en el mostrador, abrumando a un taburete y no intentando demasiado parecer discreto mientras sostenía una taza de caf. Memah no tenía miedo de este oficioso y pequeño hombre, pero se sentía reconfortante tener cerca a Rodo, y que eso fuera obvio, por si acaso.

—Así que déjeme ver si entendí la esencia de su oferta —dijo ella—. Quieren que yo administre una cantina en una instalación militar, para lo cual me pagarán un bono bien gordo y un salario muy generoso, más un porcentaje de las ganancias. Esto implicaría un contrato de dos años, tiempo durante el cual se me exigiría permanecer en esta base a tiempo completo. ¿Es ese un buen resumen?

—Sí. Habrá instalaciones recreativas disponibles. Se me ha dado a entender que la instalación en cuestión estará a la par, al menos, con esta área del Subsuelo, en lo que se refiere a suministros, tráfico y condiciones laborales.

Memah parecía pensativa. Esta última afirmación no significaba mucho, pero ella había vivido en peores lugares que el Subsuelo. Ella no necesitaba lujos; en el último par de años no había tenido ocasión de visitar la superficie, más que en contadas ocasiones y podría habérselas saltado sin ninguna verdadera sensación de pérdida. Su vida prácticamente giraba en torno al trabajo en este momento.

Con todo, parecía una propuesta sencilla. Alamant no dio detalles en cuanto a dónde estaba y qué era la instalación militar, pero ella podía entenderlo. Después de todo, había una guerra, y el Imperio, no era sorprendente, protegía sus secretos. Por las pocas pistas que ella pudo tamizar de sus palabras, era probablemente una base naval en algún planeta alejado. Si era lo suficientemente grande como para justificar tener una cantina administrada por civiles, probablemente no estaba en medio de una zona de guerra caliente. Y si tenía las comodidades del Subsuelo Sur, sin los peligros concomitantes, no podía ser tan mala.

Por supuesto, este tipo era un reclutador, y podría tender a alterar un poco la verdad si eso le resultaba de ayuda. Probablemente le pagaban por cada cuerpo cálido y calificado que entregaba. Por otro lado, de nuevo, un Contrato de Trabajo Imperial tenía que decir la realidad para que fuera válido, incluso en estos días. Si estabas en el ejército o en la armada, no tenías muchos derechos, pero como civil generalmente tenías un mejor trato.

Y no era como si ella estuviera rodeada de ofertas de trabajo. Los operadores de cantinas tenían ciertas habilidades, por supuesto, pero que ella conociera no había un

curso de estudio formal en el oficio, y los otros de su tipo no eran particularmente escasos.

—¿Puedo llevar a mi propio jefe de seguridad?

—Mientras que no cuente con antecedentes penales y no haya pendientes órdenes de detención imperiales por delitos mayores. Le será proporcionado un sueldo apropiado para tal trabajo, y se proporcionarán cuartos para usted y cualquier asistente de seguridad que quiera traer, como parte del paquete. El suyo incluye una habitación individual, una suite de oficial estándar —dijo Alamant. Entonces se volvió deliberadamente para mirar a Rodo antes volver a mirarla—. Su hombre de seguridad también tendrá una habitación privada.

Ella asintió con la cabeza, todavía pensando.

—No es para forzarla a responder, pero la próxima nave de tripulación civil para esta empresa parte de Puertoprincipal en tres días. Si usted no está interesada, voy a buscar a otro para la posición. —Se deslizó fuera del cubículo y se puso de pie—. Necesito saber su decisión mañana.

Memah levantó una mano.

—Espere aquí un momento, por favor. —Ella también se deslizó fuera del cubículo y caminó hacia donde estaba Rodo.

—El caf es malo —dijo él, mirando la taza—. Sabe como agua de fregar. —Dijo meneando la cabeza.

—¿Y cómo sabes eso? ¿Bebes mucha agua de fregar?

Él se encogió de hombros y señaló a Alamant con la mirada.

—¿Qué quiere?

—Me ofrece un trabajo administrando una cantina militar… no quiere decir dónde. Tengo que firmar por dos años, sin salidas. La paga es buena, además de una porción de las ganancias, con algunos beneficios: vivienda, cuidados médicos, esas cosas.

Rodo asintió con la cabeza.

—¿Vas a hacerlo?

Memah miró deliberadamente alrededor del comedor.

—¿En medio de todas estas otras ofertas para poner un techo sobre mi cabeza y comida en la mesa? No lo sé, elegir es tan difícil. —Se sentó junto a él—. Sé que alguien como tú siempre puede conseguir trabajo… pero si acepto esto, te quiero como mi hombre de seguridad.

Rodo asintió con la cabeza una vez.

—Está bien, cuenta conmigo.

—¿Así de fácil?

Él sonrió.

—¿Una oportunidad para golpear a militares que se ponen ruidosos? ¿Por qué no? Los tipos en el campo por lo general tienen mejores habilidades que los calienta asientos. Así es más interesante. Además, te extrañaría.

Tuvo que sonreír ante eso.

—Eres un Esteta Marcado, Rodo. Ustedes no practican relaciones íntimas con mujeres.

Él asintió de nuevo.

—Ponlas en un pedestal donde pertenecen, ese es nuestro lema. Pero todo el mundo tiene que estar en alguna parte. La belleza está donde la encuentras.

Memah sintió una oleada de alivio.

—La nave parte en tres días.

—No hay problema. Puedo empacar en cinco minutos.

Asintió. Sí. Ella también tardaría más o menos lo mismo.

—Entonces le diré al hombre que vamos a aceptar el trabajo.

—Podrías hacerlo. El caf no puede ser peor. —Levantó la taza en un saludo al reclutador en la otra mesa.

21

COMPLEJO QUIRÚRGICO DEL CENTRO MÉDICO, SECCIÓN N-UNO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Cuando la única herramienta que tienes es un cuchillo, decía la vieja broma, *cada problema parece un filete*. Por lo tanto Uli, al ser un cirujano, se ocupaba principalmente de los procedimientos quirúrgicos… después de todo, si tu deslizador se rompe, no llamas al plomero. Pero había más en él que sólo operar bajo las lámparas de esterilización. Hasta que el paciente volviera a estar de pie, él, ella o eso era la responsabilidad del cirujano, y había otro viejo dicho que decía así: *Si lo cortas, lo cuidas*.

Esa era precisamente la razón por la que un cirujano tenía que saber una cierta cantidad de medicina general antes de que se le permitiera recoger un bisturí láser. Porque si tu maravilloso procedimiento cardiotorácico para reparar una aorta hinchada antes de que pudiera estallar en un mortal aneurisma era perfecto, pero el paciente fallecía dos días después durante la recuperación, eso llevaba hasta el tercer viejo y canoso refrán: *La operación fue un éxito, pero el paciente murió*.

Había cirujanos que podían separar las dos cosas y todavía dormir por la noche, pero Uli no era uno de ellos. Y así se encontraba de pie cerca de la cama de un viejo wookiee jefe de construcción que había quedado involucrado en un desagradable accidente de descompresión, que había requerido un trasplante de corazón y pulmón hacía tres días. A pesar de los mejores procedimientos estériles, a veces los pacientes desarrollaban infecciones secundarias, y al parecer algo así había ocurrido aquí.

Los habituales antivirales, antipriónicos, y antibióticos habían sido hasta ahora ineficaces, y no se habían recogido agentes patógenos. Sin embargo, el viejo wook tenía fiebre, tosía, y su análisis de sangre mostraba un extraño cambio que no era bacteriano, prional, ni viral. El paciente tenía un elevado recuento de eosinófilos, que ascendía al nivel de la segunda etapa del síndrome hipereosinofílico. Naturalmente, Uli había consultado a un experto, pero el médico había descartado a los sospechosos trans-especies de costumbre: no era kozema, leucemia, asma, enfermedades autoinmunes, ni drogas. Las únicas posibilidades restantes eran algún tipo de infección de parásitos o protozoos. Pero las IRC[7] estaban limpias, no había ningún indicio en las imágenes de las nanocámaras, ni crecía nada en los cultivos. Salvo por la elevación de los glóbulos blancos, no había otros indicadores reales. Si esto no era alguna forma previamente

[7] QRI en el original, presumo que se trata de una versión futurista de MRI (Magnetic resonance imaging), reemplazando la M de magnetic por que Q de quantum. Por lo tanto traduzco como imagen por resonancia cuántica, IRC. *(N. del T.)*

desconocida de infección hospitalaria, la única otra posibilidad parecía ser la magia negra.

El wookiee, llamado Hahrynyar, no estaba crítico, pero no parecía mejorar. Seguía tan enfermo que necesitaba permanecer en cama. Uli miró al conjunto de equipo de telemetría en la pared y estantes, y sacudió la cabeza con cansada perplejidad. Ningún cambio.

Su comprensión del idioma wookiee era rudimentaria en un buen día. Podía entender «Sí» o «No», y un par de otras respuestas médicas a preguntas como «En una escala de uno a diez, ¿cuánto le duele?», pero no iba a tener profundas discusiones filosóficas con el gran bípedo peludo. Afortunadamente, no tenía que hacerlo. Le hizo un gesto a C-4ME-O, que estaba llenando de líquido un tanque de bacta cercano. El droide fue hasta allí, listo para traducir.

—Buen día —le dijo Uli al wookiee—. ¿Cómo está?

—*Wyaaaaaa. ¿Ruh ruh?* —Los tonos dulces del droide hicieron que los gruñidos y gemidos del habla-wookiee sonaran extrañamente agradables.

El paciente gimió una respuesta, que 4ME-O tradujo como:

—Para ti, tal vez.

El viejo wook había mantenido el sentido del humor, a pesar de que evidentemente todavía se sentía bastante mal. Uli se alegraba de ver eso: la voluntad de lucha era el aspecto más importante del proceso de curación, sin importar la especie.

—Vamos a intentar algo nuevo —continuó—. Pensamos que tal vez tienes algún tipo de parásito. Probablemente ha estado latente en tu sistema durante años y se activó de alguna manera por los inmunosupresores. El equipo de medicina interna tiene un medicamento de amplio espectro, Complejo Mebendazol-Nicosamida, que parece funcionar en una variedad de parásitos ocultos de mamíferos. Si tienes lo que pensamos que tienes, esto debería curarlo.

—*¿Whuahh yun yorra ellihenn?*

—Bueno, los efectos secundarios son generalmente leves. Hay un par que podrían causar alguna incomodidad.

—*Arrn whoon urr.* —Esto era, según C-4ME-O, una frase de estructura idiosincrática que indicaba una afirmación redactada como cinismo hastiado. El droide la tradujo más o menos como: «Por *supuesto* que sí». Hahrynyar le indicó a Uli que continuara.

—Um, a veces hay una diarrea asociada. Y muy raramente, afecta las uñas de manos y pies del paciente.

—*¿Yaag?*

—Bueno, las uñas se… caen.

—*¿Whuahh?*

Oh, vuelven a crecer en unos meses, como nuevas. Y, como he dicho, es algo bastante raro.

El comentario siguiente fue uno que al principio 4ME-O pareció reacio a traducir; cuando lo hizo, Uli tuvo que ocultar una sonrisa. No había sido consciente de que los miembros de esta especie fueran tan imaginativos.

—Entiendo que esto es angustiante, pero usted no puede irse de la unidad hasta que esté mejor, y yo no puedo volver a trabajar hasta que esté seguro de que lo que tiene no es contagioso.

El wookiee frunció el ceño.

—Bueno, yo no hago las reglas, sólo trabajo aquí. Si tiene alguna queja, remítasela al Emperador.

Hahrynyar gruñó un comentario ofensivo acerca de la higiene personal de Palpatine que Uli estaba dispuesto a jurar que hizo que la piel de duracero de 4ME-O se ruborizara. Luego el gran wook accedió renuente al tratamiento.

Después de terminar sus rondas, Uli volvió a su oficina y miró su calendario. Salvo que hubiera una emergencia, no tenía nada en su agenda quirúrgica hasta mañana, y eso era un triple bypass de rutina a un oficial naval que era muy aficionado a las grasas en su dieta. El hombre estaba a sólo un pelo de ser clínicamente obeso; un kilo más y tendría que solicitar exenciones médicas para continuar sirviendo. Dada la naturaleza de la guerra, eso no sorprendía a Uli… la necesidad del Imperio por cuerpos calientes en algunas arenas era crítica, como él bien sabía. Altos, bajos, flacos, gordos, no importaba; siempre necesitaban más carne de bláster.

Se encogió de hombros. Cada vez que pensaba en ello, lo hacía enojar, pero su enojo no importaba. La guerra seguía adelante. Había momentos cuando pensaba que nunca volvería a casa otra vez, que la guerra nunca terminaría, y que iba a morir siendo un anciano en alguna triste roca abandonada en medio de ninguna parte, remendando las interminables filas de heridos.

Si tan sólo pudiera hacer algo para cambiarlo.

CENTRO DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tarkin estaba complacido. A pesar de que desconfiaba de Vader y de sus motivos, la llegada de el hombre de negro había mejorado visiblemente las funciones dondequiera que uno mirara. Nadie quería enfrentarse a la cólera del Lord Sith, y la mejor manera de evitarla era hacer su trabajo con la mayor eficiencia. Vader era un catalizador; causaba reacciones que iban mucho más allá de su esfera de influencia, a pesar de que aquella era grande. El temor que inspiraba en los demás era mucho más que simplemente la suma de sus diversas y siniestras partes. Incluso Tarkin, un gran moff, lo había percibido de vez en cuando, como una bocanada de ozono que presagia una tormenta iónica. Es extraño, reflexionó Tarkin. Su mente racional sabía que Vader era sólo los restos tullidos de un hombre, sellado por el resto de su vida en una armadura de apoyo vital. Una figura más digna de lástima que de cualquier otra cosa. Pero en persona, lo último que inspiraba era lástima. Vader tenía *poder*, y sabía cómo usarlo, no importaba si estaba supervisando el

bombardeo de un continente desde el puente de su Destructor Estelar o matando a un hombre desde el otro lado de la habitación.

Tarkin sacudió ligeramente la cabeza. Aquello que permanece oculto y misterioso es siempre más interesante que lo que se puede ver. Ciertamente él no podría competir con Vader en un nivel físico, ni querría hacerlo. Pero cuando este sueño suyo se convirtiera en una realidad de duracero frío, la tan cacareada nave insignia de Vader sería los holos de ayer. ¿Por qué perder el tiempo buscando e incinerando a las bases rebeldes en varios y diversos asteroides y lunas cuando, con un solo comando, él podía diezmar a todo un planeta?

Y muy pronto, él tendría ese poder. Las reparaciones de los daños recientes iban por buen camino, y los jefes de equipo, que dirigían tres turnos, informaban que en el transcurso de los próximos meses, alcanzarían a ponerse al día con el cronograma de trabajo original. Tarkin tenía toda la esperanza de que la actividad de la quinta columna había sido frustrada. Sin duda, cualquiera que quedara bajo la férrea mirada de Vader y que tuviera algo que ver con ella iba a ser retirado inmediatamente del tablero de juegos… permanentemente.

Esta estación de combate sería construida… y cuando lo hiciera, sería el máximo poder de la galaxia.

Tarkin podía ser paciente hasta entonces.

22

UNIDAD DE ALMACENAMIENTO DE HERRAMIENTAS MECANIZADAS ALFA-CUATRO, ÓRBITA POLAR ALREDEDOR DE DESPAYRE

Ratua no tenía ningún plan específico de cómo iba a llegar del almacén en órbita a la estación de combate llamada la Estrella de la Muerte. Pero no era estúpido. La sección en la que se encontraba estaba aparentemente dedicada principalmente a los suministros de reemplazo para una variedad de tipos de dispositivos mecánicos. No había depósitos de cocina y no había armas que fueran evidentes en su examen inicial de los locales. Las cosas no se veían particularmente brillantes para su futuro inmediato.

Sin embargo, tal vez, la Dama Fortuna había decidido por fin que Celot Ratua Dil había sufrido lo suficiente estando en el lugar equivocado en el momento equivocado, porque tres cosas muy buenas le ocurrieron pocas horas desde que se coló de la nave de transporte al almacén.

En primer lugar, prácticamente tropezó con un enorme almacén de tanques de gas, y entre estos se encontraban grandes cantidades de oxígeno y de hidrógeno. Con dos partes de este último, una del primero y una chispa —sin problemas, con todos los equipos disponibles—, podría producir agua pura, la cual, en un apuro, podría mantenerlo con vida, sin ningún alimento durante semanas.

En segundo, se encontró con un armario lleno de trajes de vacío, uno de los cuales le sentaba tolerablemente bien, por lo que en caso de que los rumores estuvieran en lo cierto y los almacenes se abrieran periódicamente a la ausencia de aire del espacio para deshacerse de las plagas que de alguna manera habían logrado abrirse camino dentro, no se congelaría o sofocaría hasta la muerte.

Y en tercer lugar, se encontró una caja de copos de granos vulderanianos deshidratados que obviamente se habían traspapelado… estaba almacenada en una estantería de repuestos de herramientas mecanizadas. Si le agregaba agua, aunque probablemente no sería la comida más sabrosa que jamás había disfrutado, y sin duda llegaría a ser muy monótona con el tiempo, iba a ofrecerle sustento.

Así que tenía comida y agua, y podía respirar. Las cosas podrían estar mucho peor.

Después de otro día de cauta exploración, Ratua se topó con una caja que contenía un droide de servicio general, y se maravilló de su continuada buena fortuna. En un tiempo lejano, había pasado algún tiempo de calidad escondiéndose en un taller de reparación de droides, evitando a las autoridades locales, debido a un desafortunado malentendido. Después de unos días sin nada mejor en que ocupar su tiempo, Ratua se había enseñado a sí mismo los fundamentos de la programación de droides. Nada pretencioso, pero suficiente como para poder cargarle instrucciones sencillas. Y los droides de servicio general a menudo eran puestos en servicio como cargadores.

Ahora tenía un plan. Todo lo que necesitaba era una oportunidad, que llegó unos días más tarde: justo después de que él había terminado con los preparativos. ¿Cuánta suerte era eso?

Un escuadrón de droides llegó en una nave de carga vacía. Al ver esto desde su escondite en un conducto de mantenimiento, Ratua activó rápidamente su droide programado y se puso apresuradamente el traje de vacío. Entonces se ocultó en una caja de embalaje, la selló por dentro, y esperó.

Ahora dependía del droide.

Lo había programado para observar a los cargadores, ver qué elementos habían llegado a buscar, y marcar rápidamente la caja que contenía a Ratua, de modo que pareciera contener los mismos elementos. Una vez hecho esto, el droide «tomaría prestada» una plataforma antigravitacional y trasladaría la caja a la nave de suministros. Nadie lo detuvo… no había ninguna razón para hacerlo. Incluso si hubiera habido un agente de seguridad viviente en la nave de carga, un ser mecánico cargando una caja de piezas de maquinaria sería lo que esperaba ver, y eso era lo que iba a ver.

Y puesto que nadie comenzó a gritar y tratar de abrir el cajón, Ratua se sintió bastante seguro de que su engaño no había sido descubierto.

La bodega no tenía aire ni calefacción, pero Ratua estaba protegido en su traje y no podía imaginarse que el viaje a la estación tomaría más que un corto tiempo. Si había conjeturado mal, terminaría por quedarse sin oxígeno, pero pocas cosas en la vida eran sin riesgos. Y así se acomodó para esperar, relajándose hasta casi dormitar para conservar el aire.

Después de algunos minutos, sintió que la nave de carga volvía a la vida y se ponía en movimiento, presumiblemente, alejándose del almacén.

Dondequiera que fuera, estaba en camino.

NAVE DE TRANSPORTE CIVIL *PORTMINIAN*, EN RUTA AL SISTEMA HORUZ

Las ventanas estaban opacadas, no había nada que ver excepto una especie de *extrañeza* impresionista y borrosa. Memah había intentado mirar al reino dimensional superior al principio del viaje, y rápidamente se había percatado de que el resultante dolor de cabeza y náuseas no eran de su agrado. Rodo, que había pasado más de unos cuantos viajes MRL, se lo había advertido, pero ella había tenido que verlo por sí misma. Memah Roothes nunca había sido de las que tomaban la palabra de otros cuando podía investigar algo por sí misma; un rasgo, se recordó con sarcasmo, que le había ocasionado más de un dolor de cabeza a lo largo de los años.

La nave, aunque no era un crucero estelar de primera clase, era lo suficientemente cómoda. Camarotes pequeños pero decentes, de cuatro pasajeros por unidad. Aparte de Rodo, había otros dos humanos de Centro Imperial en su camarote, ambos civiles contratados para servicios a las tropas… uno era un corelliano que se especializaba en

juegos recreativos, y la otra una mujer que fue algo menos explícita sobre sus orígenes, y exactamente cuáles serían sus tareas.

Nadie les había dicho cuánto iba a durar el viaje o dónde iba a acabar, pero habían estado en crucero superlumínico durante varios días, por lo menos, así que no debía ser una distancia pequeña. A menos que, por supuesto, estuvieran dando vueltas en círculos o en otros patrones aleatorios para dar la apariencia de eso. Aunque Memah no creía seriamente que ese fuera el caso. El Imperio podría estar dispuesto a invertir en combustible de motores y pago a los pilotos para confundir a los oficiales de alto rango o clientes civiles importantes, pero ¿una cantinera, un guardia, un jugador, y una «bailarina»? Lo dudaba.

Y cuando todo estaba dicho y hecho, en realidad no importaba, ¿verdad? Estaba yendo a alguna parte, y cuando llegara allí, iba a administrar un nuevo lugar y le pagarían muy bien por ello. Las cosas podrían ser mucho peores. Las cosas podrían ser —y habían sido— mucho peores. Al menos no era probable que nadie incendiara una taberna propiedad del Imperio.

23

DEI *DEVASTADOR*, ÓRBITA POLAR, DESPAYRE

Darth Vader emergió de su cámara hiperbárica, descansado en la medida que la palabra tenía significado para él. Había estado pensando acerca de los incidentes que habían dificultado la construcción de la estación de combate, y que le parecían estar mal formados y mal operados. Esto le sorprendió un poco, pues consideraba que la Alianza era una amenaza más grande incluso de lo que pensaba el Emperador. Dicho esto, sabía que la red rebelde, como cualquier gran grupo, estaba compuesta principalmente por aquellos que con suerte eran adecuados para los trabajos que se les habían encomendado. Siempre había una minoría que era experta, incluso brillante, por supuesto, y Vader estaba seguro de que había algunos entre los rebeldes que calificaban para esa descripción. Esos eran de los que había que preocuparse, porque lucharían hasta el último aliento. Algunos de los jedi habían sido muy difíciles de matar; el mismo rostro del Emperador era prueba de ello.

Antes de que el mismo Vader hubiera sido transformado, había visto a Mace Windu infligir un daño espantoso a su maestro. ¿Había eso sido una prueba, como sospechaba Vader, para ver si Anakin Skywalker se comprometería a la causa del Lord Sith? ¿Había Darth Sidious tenido el control todo el tiempo, sólo fingiendo estar perdiendo, y dispuesto a absorber esas malévolas energías puramente para demostrar un punto? Si ese era el caso, su maestro había pagado un alto precio para averiguar lo que había necesitado averiguar.

Pero fuese todo eso lo que fuese, aquí no había ningún Yoda, ni Mace Windu liderando esta insurgencia… nadie que brillara tan intensamente en la Fuerza que Vader no pudiera pasarlo por alto. Los pocos jedi que pudieran quedar en la galaxia no tenían nada que ver con este último atentado.

Eso se lo diría a Tarkin. El cadavérico administrador tenía poca imaginación, pero era tenazmente metódico, había que concederlo. Él podía mantener las cosas en su curso. El proyecto no se había ralentizado tanto que necesitara de la atención personal de Vader para alcanzar su finalización. Había venido a ver lo que necesitaba ver, había corregido el problema que había encontrado, y ahora era el momento de pasar a otros asuntos de más peso. Había una guerra, después de todo.

En el pasillo fuera de su suite, Vader encontró a un capitán.

—Encuentre al almirante y dígale que partimos en una hora.

El capitán saludó.

—Sí, milord. —Se fue a toda prisa.

Vader entró en la suite. Estaba bien equipada, pero no era lujosa; habían pasado muchos años desde que él se fijara en esas cosas. Fue a la estación de comunicaciones

para ponerse en contacto con Tarkin y contarle que había terminado aquí. Con un poco de suerte, se dijo a sí mismo Vader, no tendría que volver hasta que la estación de combate estuviera terminada.

PUESTO DE GUARDIA, COLONIA PENITENCIARIA SLASHTOWN, DESPAYRE

—¿Puede repetirlo? —pidió el sargento Nova Stihl.

—Empaque, sargento —dijo el teniente—. Ha sido transferido.

—¿A donde? —No es que le importara mucho… después de todo, cualquier lugar en este pestilente mundo era tan bueno, o tan malo, como cualquier otro. Pero para su sorpresa, el teniente señaló el techo—. A ese montón de vigas en I y placas de duracero en el cielo.

Nova parpadeó.

—¿A la Estrella de la Muerte? ¿Por qué?

El teniente suspiró.

—¿Esta insignia le parece la del rango de un moff? —Se señaló el uniforme—. El motivo no depende de usted, Stihl, lo único que debe hacer es lo que le ordenan y morir. Hay una lanzadera que parte al mediodía; sus órdenes son estar en ella y así deberá ser. Despídase de sus prisioneros favoritos y meta sus cosas en una bolsa.

Nova sacudió la cabeza con incredulidad.

—Esto no tiene ningún tipo de sentido. Estoy haciendo un buen trabajo aquí; desde que empecé las clases, los asesinatos y la violencia en la población general han disminuido en un doce por ciento.

—Sí, y todos vamos a extrañar mirarlo, sargento, pero el ejército lo quiere allí y no aquí, así que allí irá.

Nova se encogió de hombros. No se podía discutir con eso. Las órdenes eran órdenes.

En su habitación, pudo empacar su equipo en media hora; no era como si hubiera podido echar raíces profundas ni nada. Había supuesto que se iba a ir en algún momento, pero realmente nunca lo había considerado mucho. Y aquí estaba ahora, y, cuando llegaba a eso, ¿qué importaba? Ver a los convictos de aquí o trabajar en el calabozo de una estación… la misma diferencia. Extrañaría el aire libre y el sol, y la muy poca gente, ya fueran prisioneros o guardias, en quienes pensaba como amigos. Pero podría trabajar en cualquier lugar en el que hubiera un espacio suficiente como para acostarse, y siempre había podido hacer nuevos amigos.

Nova miró a su alrededor. Era sólo un lugar. Había pasado algún tiempo aquí; ahora se iba. Así era la vida. Si había aprendido algo de sus estudios, era que uno seguía la corriente.

Se preguntó qué clase de deberes le serían asignados en la estación. Tal vez podría ponerse en contacto con un par de personas que estaban en deuda con él, y tratar de averiguarlo.

Después de todo, hombre prevenido vale por dos.

24

UNIDAD DE ALMACENAMIENTO DE HERRAMIENTAS MECANIZADAS ALFA-CUATRO, TRANSPORTE DE CARGA KJB-87, ACERCÁNDOSE A LA ESTRELLA DE LA MUERTE

Lo inteligente para Ratua sería permanecer en su caja hasta que fuera bajada de forma segura y en un área de almacenamiento en algún lugar. Pero después de un par de horas, no podía soportar la falta de espacio y la monotonía, así que abrió la escotilla y salió cautelosamente.

Salvo por los droides, que estaban apagados para el vuelo, estaba solo. La nave estaba en control remoto programado, por lo que no era ningún riesgo para él espiar por una ventanilla para ver lo que había allí.

Había oído hablar de la estación de combate, por supuesto, incluso la había observado una o dos veces a través de un visor diotrópico que había logrado conseguir de un guardia. Pero no estaba preparado para esto. Aunque sólo estaba acabada por la mitad, la Estrella de la Muerte aún se cernía como un monstruo esquelético. No tenía idea de cuan lejos estaba; la falta de atmósfera para difuminar los objetos distantes los hacía verse claros y vívidos, aparentemente tan cerca como para tocarlos. La escala era increíble, y no habría sido capaz de notar lo grande que realmente era si no fuera por los Destructores Estelares y enormes buques de carga que flotaban sobre el sitio de construcción, y parecían juguetes de niños en comparación con la propia estación.

Increíble.

Ratua pensó: *No debería haber ningún problema para encontrar un lugar donde perderse en algo de ese tamaño*.

Volvió a su caja, volvió a cerrarla por dentro, y comenzó a masticar algunos copos de granos.

NAVE DE TRANSPORTE CIVIL *PORTMINIAN*, ACERCÁNDOSE A LA ESTRELLA DE LA MUERTE

Rodo silbó.

—Mira eso —dijo.

Memah fue hasta al lado del humano mucho más alto.

—¡Vaya!

—*Gran* sodder —convino Rodo. Señaló—. Eso que se mueve allí es un Destructor Estelar, ¿lo ves?

—¿Qué es? ¿Algún tipo de transporte de tropas?

Rodo sacudió la cabeza.

—Mi suposición es una estación de combate. Demasiado grande para ser un transporte de tropas; probablemente podría meter un par de millones de soldados de asalto en esa cosa con espacio de sobra para toda una flota de naves de guerra, una vez que la terminen… más de lo que necesitaría para cualquier base rebelde.

—Pero ¿por qué es tan *grande*?

Él se encogió de hombros.

—No sé. Me imagino que carga un montón de poder de fuego.

—¿Crees que *ahí* es hacia dónde vamos?

—Te apuesto muchos créditos contra chork hervida a que sí.

Memah se quedó mirando al enorme esferoide inacabado, ya repleto de armamento. Una vez completado, probablemente sería capaz de moler naves, asteroides, tal vez incluso lunas completas hasta convertirlas en grava cósmica. Sintió que sus lekku cosquilleaban de anticipación nerviosa.

Bueno, ella había esperado un lugar seguro donde ejercer su oficio, ¿verdad?

—Ten cuidado con lo que deseas —murmuró. Rodo la miró, pero no dijo nada.

La estación, que ya era enorme, seguía haciéndose más grande, a medida que el transporte se aproximaba.

LANZADERA MILITAR NGC-1710, ACERCÁNDOSE A LA ESTRELLA DE LA MUERTE

Nova había visto las holograbaciones, pero ni siquiera comenzaban a mostrar la envergadura real de la obra. ¡La maldita cosa era *enorme*, grande como una luna! Había oído los cuentos, naturalmente, las habladurías militares estaban llenos de ella: la Estrella de la Muerte iba a llevar una armada de naves, tendría más armas que una flota imperial, había armas súper secretas que podrían reventar destructores como burbujas de jabón, quemar un continente hasta el lecho rocoso, desencadenar erupciones solares y así sucesivamente. Pero había supuesto que la mayor parte de ese ejercicio de mandíbulas no valía el aire necesario para repetirlo. Ahora, sin embargo, al ver el lugar mientras la lanzadera se acercaba, revisó su opinión. El Imperio de ninguna manera iba a invertir esta cantidad de esfuerzo y dinero si esta cosa no pudiera hacer un gran truco.

Una cosa era segura: prometía ser mucho más emocionante que pastorear prisioneros en un pestilente pozo tropical como Despayre.

Parecía que las cosas se pondrían interesantes por delante.

25

NAVE DE TRANSPORTE CIVIL *NORDIEUS*, ACERCÁNDOSE A LA BAHÍA HANGAR 1271, ESTRELLA DE LA MUERTE

El comandante Atour Riten —un rango que no significaba nada para él— se recostó en su asiento y miró en la pantalla integrada en el mamparo junto a él. *Rayos*, pensó. *Sí que… es grande…*

Por supuesto, ya lo sabía. A pesar de todo el secreto relativo al proyecto, y aunque él no tenía acceso a los niveles más altos del Imperio, lo había sabido. Uno no pasaba cuarenta años trabajando para la Biblioteca Galactica sin darse cuenta de cómo leer entre líneas.

Así que sí, esta estación de combate era enorme. Lo había sabido, intelectualmente, pero la realidad de ser capaz de verla con referencias que daban una idea de su tamaño era algo enteramente diferente. Había sólo una docena, más o menos, de secciones de la misma lo suficientemente terminadas para ser habitadas con normalidad, pero incluso esas porciones eran excesivamente grandes.

Atour se encogió mentalmente de hombros. No importaba cuán grande fuera, sólo que la biblioteca en su interior valiera la pena. Y ésta sin duda lo hacía, si lo que le habían dicho era cierto. No era tan grande y exhaustiva como, digamos, la Principal de Centro Imperial, pero era mucho más completa que muchas bibliotecas planetarias… o al menos lo sería cuando él terminara con ella.

—Un mamotreto grande, ¿verdá? —El hombre sentado junto a él era una especie de trabajador de la construcción, un contratista que se especializaba en conductos de contención magnética, un tema que había llegado peligrosamente cerca, durante el curso del vuelo, a romper la creencia de Atour que nada era aburrido, siempre que la persona que hablara de ello lo entendiera correctamente. ¿Flujos, gauss, partículas-m y cambios de gravitones? Incluso con su conocimiento general no despreciable, los detalles técnicos eran solo suavemente interesantes como máximo.

Aún así, Atour Riten creía firmemente que no había excusa para la descortesía, y así asintió con la cabeza.

—En efecto. —Por desgracia, esto fue tomado como un estímulo por su compañero de asiento que se lanzó a una entusiasta descripción de los requerimientos de energía, en megajulios, que se necesitaban para hacer funcionar una estación tan grande.

Atour lo dejó balbucear mientras esperaba a que el procedimiento de acoplamiento comenzara y consideraba los caprichos del destino que lo habían traído aquí, tan tarde en la vida. Que la biblioteca fuera posiblemente una buena había sido un regalo inesperado, porque no había sido enviado aquí como ninguna especie de recompensa. Lo habían

hecho a un lado a esta asignación en un mundo alejado como una forma de deshacerse de él, al menos en cierta forma de hablar.

Había sido, en cierto sentido, por su propia culpa: Atour Riten admitía no siempre ser circunspecto cuando se trataba de temas polémicos —política, gobierno, relaciones personales— y como resultado había un buen número de personas que odiaban sufrir sus opiniones. Afortunadamente para él, aquellos con suficiente poder para hacerlo matar con un chasquido de los dedos rara vez tenían un prístino pasado. Los archivistas, por regla general, sabían cómo excavar en los bancos de datos y encontrar casi cualquier cosa, incluyendo cuerpos que se pensaba que estaban enterrados seguramente hacía mucho tiempo. Y los viejos y prudentes archivistas sabían cómo configurar interruptores de hombre-muerto de modo que si morían de repente, sin importar cuán natural pudiera parecer, las ubicaciones de esos cuerpos —muchos, muchos cuerpos— salieran a la luz. A veces eran cuerpos literalmente; en su mayoría eran piezas de información dañina, a menudo ilegal, que podría causar una gran consternación en los altos niveles del gobierno si llegaban a aparecer en las holonoticias diarias.

Había un montón de gente que no quería que eso sucediera, y algunos de ellos eran más que inteligentes, lo suficientemente inteligentes como para, al menos, darse cuenta de que ascender a Atour Riten a comandante y enviarlo al medio de la nada a administrar una biblioteca y archivo militar, era mucho más seguro que eliminarlo. Y así que eso fue lo que había pasado.

A decir verdad, él no estaba infeliz con la solución que habían encontrado. Sus días de gloria de modernización e innovación habían quedado atrás. Las semanas cuando podría permanecer despierto y alerta durante tres o cuatro ciclos de sueño y arder en una fiebre de trabajo habían pasado hace mucho. Todavía podía montar un buen sistema de estanterías tan bien como cualquiera —falsa modestia aparte, mejor que la mayoría—, pero en estos años demoraba más que antes. Estaba mucho más cerca del final de su camino que del principio. Y con todo, tenía pocos remordimientos.

Suspiró suavemente. Por mucho tiempo había sido una espina en el pie de quienquiera que estuviera en el poder. Este último cambio en realidad no importaba mucho: República, Imperio, era seis para uno, media docena para el otro. Significaba poco para la persona media que luchaba por salir adelante en su vida. Cualquiera de las dos formas de gobierno podría hacer que el mag-lev llegara a tiempo, y ambas pisoteaban los derechos individuales mucho más de lo que deberían. Por lo que concernía a Atour, el mejor gobierno era el que gobernaba menos. Algo un paso o dos por encima de la anarquía sería lo ideal.

Ahora había un Emperador hambriento de poder manejando las cosas. Tanto la historia como la experiencia personal le habían enseñado a Atour que en tan poco como unos pocos años, o tanto como un par de siglos, vendría la evolución —o la revolución— y esto también pasaría. Los nuevos gobernantes comenzarían llenos de promesas, esperanza y buenas intenciones, y gradualmente se asentarían en la mediocridad. Un rey benevolente pero inepto era tan malo como un déspota.

Sonó la campana de advertencia, y la caja de voz del piloto dijo:

—Atención a todos los pasajeros, el acoplamiento se completará en cinco minutos. Por favor, compruebe y asegúrese de tener todas sus pertenencias antes del desembarque.

Atour Riten se rió en voz baja. Esa era una palabra que no se escuchaba muy a menudo. *Desembarcar*[8], del bajo frusoise antiguo, que significa «salir de un pequeño barco de vela secundario». ¿Quién a bordo sabría eso, salvo él mismo y tal vez el piloto?

Probablemente nadie. Y probablemente a nadie le importaba en lo más mínimo. Cuando llegabas a tener la edad de Atour, tenías que divertirte con lo que pudieras. Especialmente con un compañero de asiento que seguía parloteando sobre reacciones de hipermateria.

CANTINA DE NIVEL MEDIO, CUBIERTA 69, SECTOR N-UNO, ESTRELLA DE LA MUERTE

El *tamaño* de la estación era alucinante. Memah todavía no podía hacerse a la idea. Su pequeña parte de ella, que iba a convertirse en una cantina funcional, era una vez y media del lugar que se había incendiado hasta el pavimento allá en el Subsuelo, y le habían dado bastante libertad para amueblarla y administrarla. Al menos, hasta ahora. Le habían asegurado que, mientras no se volviera loca e intentara equipar el lugar con grifería de platino o cosas así, el Imperio cubriría el costo.

Si seguía recibiendo noticias como esa, ella podría tener que revisar su opinión sobre el nuevo régimen.

Rodo pasó junto al escritorio donde estaba sentada llenando un formulario de pedido de refrescos y bebidas alcohólicas. Si existía una bebida fermentada, infusionada, o destilada que no había en stock, ella aún tenía que encontrarla. Había cervezas, vinos, licores, maltas, brandies, aguardientes… tanto genéricas como de marcas. Los químicos que podían ser legalmente ingeridos, inhalados, absorbidos por la piel, o consumidos de otra forma estaban igualmente disponibles en todas sus formas. Todo lo que tenía que hacer era llenar el complicado formulario de pedido imperial y luego esperar la entrega. Era evidente que quienquiera que hubiera preparado esta estación había planificado de antemano este tipo de cosas.

Levantó la vista de su tarea y miró a Rodo.

—¿Qué?

—El contratista está en camino para instalar las mesas y las sillas. Dice que son dos días de trabajo, máximo.

—Sí, claro. Y el Emperador lleva un sable de luz.

—Al parecer, hubo una visita reciente del enviado favorito del Emperador. —Él ahuecó las manos sobre su boca e hizo una meritoria imitación del sonido del respirador

---

[8] *Debark* en el original, una palabra algo más extraña en inglés, por lo que Atour suena un poco menos arrogante que en español. *(N. del T.)*

de Darth Vader—. Desde que se fue, las cosas han funcionado con *mucha* fluidez. Creo que el contratista es sincero.

El comunicador de la computadora pitó. Memah respondió.

—¿Sí?

—Con Memah Roothes, por favor.

—Al habla.

—Este es el droide de planificación de la estación Médica del Sector. ¿Cuándo sería conveniente para usted reunirse con uno de nuestros médicos para completar su examen físico de admisión a la estación?

—Odio tener que señalarlo, pero llegué aquí hace varios días. Además, me hicieron el examen estándar antes de despegar de Despayre.

El droide cortésmente reconoció el error, citando la escasez de personal y el exceso de problemas de horarios; sin embargo, el procedimiento de operaciones estandarizado requería un examen físico. Memah podía ver que no iba a poder librarse; el droide era tan firme e inflexible como sólo una máquina podía serlo. Concedió hacerlo el día siguiente, a las mil cien horas.

—Tiene un turno para ver al capitán Dr. Divini. Por favor traiga todos los registros médicos que tenga con usted. ¿Necesita una llamada de recordatorio en el turno de la mañana?

—No, puedo recordar algo con tanta anticipación, gracias.

Apagó el comunicador y miró a Rodo. Él le dio otro encogimiento de hombros.

—Yo fui ayer. Al parecer no soy portador de ninguna enfermedad transmisible y, por tanto soy considerado apto para habitar.

—Bueno, si yo fuera Sal Fiebre Sangi, esto sería un día demasiado tarde y una docena de créditos menos —dijo Memah—. Ya podría haber infectado a cientos de personas. Habría cuerpos cayendo como bichos pintados al calor del sol.

—El Imperio trabaja lenta pero concienzudamente —dijo Rodo—. Y, como dijiste, revisaron a todo el mundo antes de subir al transporte en tierra, así que ¿por qué hacerlo de nuevo? No hay ninguna posibilidad de que te hayas contagiado de algo en el camino.

—Así es el gobierno: todo y todo el mundo tiene que pasar a través del Departamento de Redundancia Redundante[9]. —Memah volvió a mirar al formulario de solicitud—. Así que mañana voy a ir a ser auscultada y sondeada por los médicos. Fíjate si no puedes conseguir que venga también el tipo que hace los extractores de ventilación y el tratamiento acústico, mientras yo no estoy, ¿de acuerdo?

Rodo asintió con la cabeza, pero algo ausentemente; tenía la mente obviamente ocupada en otra cosa. Memah pensó en preguntarle qué estaba pensando, pero decidió no hacerlo… ya lo mencionaría cuando estuviera listo. Mientras tanto, tenía que tomar una decisión: ¿cerveza corelliana o fermento zabrak?

---

[9] «*Department of Redundancy Department*» en el original, en ese caso la palabra redundante es «*Department*». Tanto «*Department of Redundancy*» como «*Redundancy Department*» se traducirían como «*Departamento de Redundancia*» *(N. del T.)*.

26

CUBIERTA 92, SECTOR N-UNO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Ratua no tenía ninguna conexión con la religión… él no se suscribía a ninguna de las doctrinas o dogmas, de las más que unas cuantas a las que había sido expuesto durante su vida. Sin embargo, si había alguna que prometía un paraíso para los ladrones, tal vez no sería demasiado diferente de esta estación de combate.

Al principio había temido que tendría que merodear por los pasillos exteriores, manteniéndose en las sombras, tomando los tubos y escaleras de servicio para evitar ser detenido por la seguridad de la estación. Pero había pasado junto a guardias decenas de veces, tímidamente al principio, luego con menos preocupación y, finalmente, sin nada más que confianza. Hasta donde podía ver, nadie ni siquiera había levantado una ceja en su dirección. Nadie lo detuvo y le preguntó qué estaba haciendo ahí; nadie le pidió una identificación, mientras permaneciera lejos de los pasillos y salas claramente marcadas como fuera de límites para el personal no autorizado; en resumen, nadie parecía reparar en él en absoluto. La actitud prevaleciente parecía ser que si estabas en la estación, entonces debías pertenecer aquí, y mientras no estuvieras haciendo nada que pareciera sospechoso, eras libre de ir y venir como quisieras.

Ratua no había llegado hasta el punto donde merodeaba por ahí como si fuese el dueño del lugar, pero ahora sí se movía con cierta confianza que desmentía su verdadero estatus, y que, sin duda, lo hacía aún más invisible. Iba a las cafeterías públicas, seleccionaba comida y bebida, y comía tranquilamente. No era necesaria ninguna identificación para eso; la comida era gratis. Incluso se había colado en un almacén de suministros y, usando su modo rápido, había «tomado prestadas» ropas frescas, unos monos de un controlador de transporte básico.

Los primeros días que había estado en la estación, había encontrado unos conductos de basura vacíos que no parecían ser utilizados, donde un ser inteligente podría aparejar un par de soportes atravesados y acampar fuera de la vista. Por supuesto que había que tener cuidado que alguien no abriera el conducto y descargara la basura en tu vivac improvisado, pero eso sólo había ocurrido una vez. De todos modos, había sido lo suficientemente incómodo para enviarlo en busca de lugares más agradables donde ocultarse… eso y la sospecha por los sonidos y olores de que había cosas que vivían en los niveles de la basura. Cosas grandes.

Después de eso, encontró toda clase de espacios de almacenaje que estaban vacíos o casi, y para un ser con sus habilidades, deslizarse en éstos cuando no había nadie alrededor era un juego de niños. Podía dormir allí sin mucha preocupación.

Alimento, refugio, ropa… tenía todo lo básico. Y después de que había descubierto la disposición del lugar, un poco de búsqueda ingeniosa le había proporcionado artículos básicos para el trueque.

—Eh, soldado. ¿Conoces a alguien que podría necesitar una batería D-nueve en muy buen estado? Sucede que tengo una y me encuentro un poco corto de monedas hasta el día de pago. Vale fácilmente diez c, pero puedo dejártela por siete…

En menos de una semana tenía una cantidad bastante buena de mercancías de comercio ocultas en un contenedor de almacenamiento de una estación de reciclaje, suficientes créditos para comprar artículos pequeños que no pudiera conseguir gratis o «tomar prestados» y una línea a un par de oficiales de suministros que estaban haciendo un pequeño adicional en los mercados gris y negro.

No importaba adonde ibas, la gente era igual. Había honestos, deshonestos, generosos, codiciosos, todo el espectro, y si prestabas atención podías darte cuenta de cuál era cuál y utilizarlos en tu beneficio. Si había aprendido algo al vivir en un planeta prisión, era a prestar atención.

Mediante la creación de una identi-tab falsa se convirtió en Teh Roxxor, un inspector contratado por un contratista civil que fabricaba contenedores de almacenamiento para las estaciones de reciclaje, lo que le daba una razón para estar en esos lugares. No parecía necesario; la única vez que un guardia lo había visto entrar audazmente en uno de sus espacios de almacenamiento, Ratua sólo había sonreído e inclinado la cabeza hacia él, y el tipo le había agitado la mano en respuesta y siguió con sus asuntos.

Increíble. Si seguía así, en un año estaría manejando esta estación de combate…

27

SALA DE REC 17-A, NIVEL 36, ESTRELLA DE LA MUERTE

El teniente Vil Dance miró alrededor del interior de la sala de rec. Era de diseño básico —techo alto, espejos a lo largo de una pared, una extensión de suelo acolchado— y estaba vacía excepto por siete u ocho personas, todos humanos menos uno, un rodiano alto con una cicatriz de vibrohoja en el rostro. No se veían a muchos de ellos en el ejército —no se veían a muchos alienígenas en absoluto, dado lo generalmente xenófobo que era el Imperio— pero Vil había oído que algunos de ellos eran muy buenos cazarrecompensas. Debido a esto, podía entender por qué el rodiano podría estar aquí. También ayudaba a explicar la cicatriz en su rostro.

Vil comprobó su crono. La clase debía empezar en cinco minutos.

La mayoría de los demás parecía estar en bastante buena forma, lo que no era inesperado. No muchos de los vagos se molestarían en traer sus traseros y probar algo que requiriera de esfuerzo físico. Conocía a un montón de pilotos que, aparte de la gimnasia requerida, hacían la mayor parte de sus ejercicios caminando a la nevera para buscar otra botella de cerveza. Vil se mantenía razonablemente en forma por su cuenta; no estaba aquí por el ejercicio, ni siquiera por el conocimiento, sino por la posibilidad de que pudiera obtener alguna pequeña ventaja como piloto. En la Academia, alguien había hecho algunas investigaciones y encontró que las personas que estudiaban este tipo de cosas obtenían puntuaciones ligeramente mejores en los simuladores de vuelo debido a la disminución del tiempo de reacción. Nunca había tenido la oportunidad de probarlo antes. Él ya era, sabía, un piloto excelente, pero cada poquito que pudiera añadir era digno de ser comprobado.

La puerta se abrió. Un hombre en ropas de ejercicios gris entró en la habitación. Tenía un andar fluido y muscular, una gran sonrisa y aparentaba poco más de treinta años. No era particularmente grande ni impresionantemente musculoso, pero había algo en la forma en que se movía, la economía de sus movimientos, que le decía a Vil que este tipo sabía sus cosas.

—Soy el sargento Nova Stihl —dijo—, y me imagino que casi todo el mundo aquí me supera en rango. Pero vamos a dejar esto en claro desde el principio: no me importa si eres un basurero o un almirante, esta es *mi* clase. De lo que vamos a hablar es teräs käsi, un arte marcial diseñada para trabajar de cerca. Manos, pies, codos, cuchillos, palos. Espero conocer más sobre estas cosas que cualquiera de ustedes, lo que yo diga se hace. Si no pueden vivir con eso, salgan ahora. A menos que, por supuesto, alguien pueda demostrar que es mejor que yo, en cuyo caso, voy a tomar lecciones de esa persona. —Hizo una pausa—. Así que ¿tenemos algún luchador aquí?

Vil sentía que podía manejarse razonablemente bien cuando los muebles comenzaban a volar, pero no había forma de que fuera a ofrecerse ante ese tipo de comentario. No era el tipo de invitación que nadie en su sano juicio aceptaría a menos que estuviera razonablemente seguro de cuál sería el resultado final.

Miró a su alrededor. Un par de los hombres parecían ser soldados de infantería, fornidos con suficiente músculo para ser peligrosos. Había un tipo, un poco más pequeño que la mayoría, que tenía un brillo salvaje en los ojos. Vil tenía la impresión de que no querría tenerlo detrás de él en un pasillo oscuro. Y estaba el rodiano, pero no sabía lo suficiente acerca de los rodianos para juzgar a este.

Uno de los hombres que él había etiquetado como soldados de infantería dijo:

—Yo puedo manejarme bastante bien.

Stihl le dio una sonrisa de bienvenida. El soldado de infantería era más alto y más pesado, y se veía como un hombre que no querrías que se enoje contigo. Sin embargo, Vil tenía la sensación, que eso no iba a hacer mucha diferencia con el sargento Stihl.

—Está bien —dijo el instructor—. Ven y muéstrame algo. Derríbame, y voy a comprarte las bebidas por el próximo mes.

El soldado de infantería sonrió ante eso.

—¡Ahí voy, sargento!

Vil pensó, *Esto será interesante*… y antes de que su mente pudiera finalizar el pensamiento, todo había terminado. El gran soldado de infantería se acercó, lanzó un puñetazo que hubiera abollado una placa de quadanio, y un segundo más tarde yacía sobre su rostro.

Vil no tenía ni idea de lo que había hecho el sargento para causarlo. Él sólo había hecho algún tipo de rápido paso al costado y lo que pareció un saludo con las manos, y *¡bam!* el atacante golpeó el suelo tan fuerte que Vil pudo sentirlo vibrar.

Ay…

Hubo un murmullo de sorpresa de los demás, que indicaron que tampoco sabían lo que había hecho Stihl. *Apuesto a que la próxima clase será* mucho *más grande una vez que se corra el rumor de esto,* pensó Vil.

—¿Alguien más quiere hacer el intento?

Muchos pies arrastrados, inspección de uñas, y un repentino interés en el techo. Aparentemente, nadie.

—Bien. —Stihl extendió una mano hacia abajo y ayudó al soldado de infantería a ponerse en pie—. Entonces comencemos.

CENTRO MÉDICO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Debido a que no había suficientes médicos o droides, Uli se encontró, para su fastidio, haciendo los exámenes físicos de rutina a los recién llegados a la estación. Utilizar un cirujano para dicha labor era bastante parecido a usar un droide de protocolo para

manejar un convertidor de agua: la tarea sería cumplida, de manera rápida y eficaz, pero sin duda no sería el uso más efectivo del tiempo y la habilidad del droide.

Dio un vistazo al resultado del escaneo recién terminado del diagnosticador mientras su último paciente se vestía. El hombre era humano, originalmente de Corellia, pero había estado viviendo una existencia sombría en Despayre durante los últimos cuatro meses. En ninguna parte de su expediente se mencionaba la razón por la que había sido desterrado a ese agujero pestilente. ¿Por qué debería? No tenía sentido malgastar píxeles en un hombre que, para todos los propósitos, ya estaba muerto.

Las estadísticas no eran sorprendentes: niveles elevados de nitrógeno en la orina, sistema inmunológico comprometido, deficiencias de vitaminas y minerales, escorbuto incipiente… en definitiva, al borde de la malnutrición. El hombre estaba tan delgado como un givin, sin exceso de grasa para redondear las articulaciones y musculatura. Había logrado sobrevivir, pero si no hubiera sido recogido en uno de los barridos regulares en busca de más trabajadores, no habría durado mucho más tiempo. Ahora, sus problemas habían terminado, por el corto plazo al menos. Ya no tendría que subsistir de peras nudosas hervidas y murcierratas asadas; las raciones producidas en masa que eran la dieta de los trabajadores podrían no ser especialmente sabrosas, pero serían lo suficientemente nutritivas para mantenerlo vivo y trabajando para el Imperio.

Hasta que, muy probablemente, fuera explotado hasta la muerte.

Después de que el corelliano se había ido guiado por un droide médico, Uli se frotó los ojos y preguntó:

—¿Quién sigue?

—Memah Roothes, mujer twi'lek rutiana, de Ryloth, llegó a la estación hace nueve días desde el Centro Imperial —dijo C-4ME-O.

—Coruscant —Uli corrigió al droide—. Siempre odié ese cambio de nombre. —Miró el crono de la pared. Casi las mil ciento cuarenticinco horas; había estado en pie desde las dos mil trescientas.

—Memah Roothes es una contratista civil, cuya designación es RSW-Seis, subgrado dos, Entretenimiento y Servicios Misceláneos.

—¿Y eso qué significa?

—Fue contratada para administrar una cantina en este sector.

Uli no pudo evitar sentirse un poco molesto con el droide.

—¿Por qué no dijiste eso en primer lugar?

—Lo hice, capitán Dr. Divini. Si usted hubiera estudiado el *Manual de Designación Imperial*, no podría haber llegado a ninguna otra conclusión.

—No necesito que un droide me diga que lea el manual, muchas gracias.

C-4ME-O hizo un sonido de resoplido.

—¿Qué fue eso?

—Condensación en mi vocabulador. Necesitaba limpiarse.

Uli sonrió y meneó la cabeza.

—Dame la planilla.

En la sala de examen, la mujer twi'lek estaba sentada en la mesa con una bata desechable, sus pies descalzos colgaban sobre el borde. El tono de su piel era verde azulado, y a primera vista, se veía bastante saludable.

—Memah Roothes, yo soy el Dr. Divini.

—Doctor. —Un saludo frío y neutral.

Él miró la pantalla plana.

—Dice aquí que es originalmente de Ryloth, y pasó por Coruscant.

—Pasé por un montón de lugares.

—No hay registro de enfermedades o lesiones graves.

—No. Tuve fiebre de las cavernas cuando era niña, soy del Lado oscuro, pero eso era bastante común. La mayoría de los niños se contagian tarde o temprano. Aparte de eso, nada que mencionar.

Uli asintió. Había pasado mucho tiempo desde sus rotaciones médicas y nunca había visto a tantos twi'leks, aunque había abierto a algunos desde entonces. Su planilla indicaba cosas bastante estándar. Comprobaría sus reflejos, escucharía su corazón y dejaría que el diagnosticador revisara el resto, incluyendo un chequeo amplio en busca de cualquier posible enfermedad transmisible pan-especies; no que importara mucho, ya que ella ya había estado aquí por una semana y media. Todo según el manual; cualquier estudiante de medicina de tercer año podría hacerlo. Fue a la mesa de instrumentos y se puso un auscultador en los oídos, entonces se volvió a ella, diciendo:

—Bueno, vamos a escuchar su corazón. Le importaría…

Se detuvo cuando ella bajó deslizándose de la mesa, se abrió la bata y la arrojó sobre la mesa, todo en un único movimiento suave. Luego, se enfrentó a él.

Uli llevaba su expresión profesional.

—Iba a decir, ¿le importaría inspirar profundo?

Ella se encogió de hombros.

—Ya iba a pedírmelo en algún momento.

Uli no estaba seguro de en qué contexto debía entender su comentario, y no tenía mucha prisa por averiguarlo. Roothes era, sin duda, una mujer atractiva, no había otra opinión; sin embargo, él era un doctor. Había visto antes a más de unos pocos seres desnudos, de varios sexos diferentes. Todo era parte del trabajo.

Palpó, escuchó y examinó, no encontró nada notable, y observó eso en la planilla de la pantalla plana. Era una mujer twi'lek bien alimentada y fuerte, parecía un poco más joven que su edad registrada y estaba dentro de los parámetros normales para un ser de su especie, al menos de acuerdo al examen físico a la vieja usanza.

—Póngase enfrente del diagnosticador, por favor.

Ella lo hizo. La máquina zumbó cuando percibió su presencia en la almohadilla de examen. Una luz brillante destelló, y en un instante fue pesada y medida, sus diversos sistemas corporales —digestivo, respiratorio, nervioso, circulatorio, y musculoesquelético— fueron escaneados. La máquina corrió una batería de más de un centenar de pruebas en un latido del corazón, tanto genéricos como específicos de su

especie, y envió los resultados a la pantalla plana. Constataban que Memah Roothes era normal, saludable y libre de enfermedades. Ninguna sorpresa.

—Puede vestirse —le dijo.

Ella lo miró.

—¿Así que pasé?

—Sí. Todo está en orden.

—Dos horas de mi vida que nunca voy a recuperar —murmuró ella, mientras comenzaba a vestirse.

Uli salió de la habitación, suprimiendo una sonrisa. Sabía exactamente cómo se sentía.

28

CUBIERTA DE MANDO CENTRAL, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tarkin se encontró una vez más deseando que Daala estuviera aquí. Le sorprendía cuánto extrañaba su compañía. Ella tenía responsabilidades militares en la Instalación de las Fauces, por supuesto, pero la verdad era que la naturaleza de esa zona del espacio, en la que una diversidad de agujeros negros se orbitaba el uno al otro en una elegante y complicada danza, hacía la aparición de un transeúnte casual algo raro en extremo. Y si eso no fuera suficiente, los cuatro Destructores Estelares apostados allí serían más que capaces de desalentar cualquier nave errante, rebelde o no.

Y ahora que la estación estaba siendo construida aquí en el sistema Horuz, la importancia de la labor en las Fauces era algo menor de lo que había sido. Es cierto que los otros proyectos de Qwi Xux —el Triturador de Soles, los Devastadores de Mundos, y otras potentes superarmas— todavía estaban en desarrollo allí, así como que la instalación estaba llena de valiosos científicos y técnicos, pero si Daala fuera a ausentarse por una semana o dos, no habría ningún problema en absoluto con que sus capitanes mantuvieran la seguridad en su lugar.

Por supuesto, Daala había recibido oficialmente órdenes expresas de mantenerse en su puesto hasta ser relevada, ya que debía haber alguien con el rango de almirante a cargo. Pero había órdenes y había órdenes y ya que ambos tipos provenían de Tarkin, él podría alterarlas según lo considerara necesario. Como el único gran moff de la galaxia, tenía amplia libertad para administrar su porción de la armada. Nadie podría cuestionarlo, excepto el Emperador, y mientras cumpliera con si trabajo, al Emperador no le importaba mucho lo que hacía para lograrlo.

Tarkin miró por el ventanal a la estación de combate parcialmente ensamblada y pensó.

Los protocolos vigentes en la Instalación de las Fauces no estaban abiertos a la interpretación. Si una nave no-imperial pasaba y lograba evitar ser tragada por una de las muchas singularidades que la rodeaban, la nave debía ser capturada y la tripulación interrogada para determinar cómo y por qué estaban allí. De no poder capturarla, sólo quedaba una sola opción: la nave debía ser convertida en átomos. No había excepciones, y cualquier mono de cubierta con un cerebro rudimentario podría seguir aquellos protocolos. No había necesidad de que Daala estuviese detrás de los artilleros repitiendo lo que ya todos sabían.

Abruptamente, Tarkin tomó la decisión. Fue a su camarote y encendió la unidad de holo-comunicaciones personal, entonces se sentó y esperó la conexión. No tardó en llegar.

—¡Wilhuff! ¡Qué bueno verte!

La imagen de Daala sobre el holoplato era de tamaño natural, y la resolución muy alta… no era lo mismo que si ella estuviera aquí, pero el holo lograba captar lo suficientemente bien sus expresiones faciales, así como su fría y altiva belleza. Al igual que él, ella estaba sentada en una silla de mando.

Estaba feliz de verlo, se notaba, y eso lo complacía.

—Y a ti, Daala. ¿Cómo van las cosas en la Instalación?

Ella hizo un gesto desdeñoso.

—Menos que emocionantes. ¿Tú tienes novedades?

Debido a la naturaleza secreta de los experimentos que se realizaban en las Fauces, las comunicaciones al exterior estaban, por la mayor parte, prohibidas. Con la excepción de este circuito, Daala y su tripulación estaban aislados del resto de la galaxia excepto por el mismo Emperador, y tal vez Darth Vader. Tarkin podía justificar este contacto por razones de seguridad… y, si no se podía confiar en un gran moff, entonces, ¿quién sería digno de confianza?

—Nada que concierna a tu comando —dijo él—. Estamos ganando la guerra.

—Por supuesto —dijo ella con una sonrisa de complicidad.

Él le devolvió la sonrisa.

—Hemos tenido algunos pequeños problemas aquí. Pero han sido rectificados, afortunadamente, con la ayuda de un cierto representante imperial al cual sin duda ya conoces.

Daala asintió con la cabeza. Sin duda ella sabía a quién se refería, a pesar de que no iba a mencionar el nombre de Vader en voz alta. Se suponía que esto era un circuito seguro, la señal estaba codificada y encriptada en ambos extremos, pero ni Tarkin ni Daala confiaban en eso. Vader tenía oídos en todas partes, y lo que un técnico podía ocultar, otro podría descubrir.

—Sin embargo —continuó Tarkin—, necesito darte un… informe personal, y para ello, te pido que nos hagas una visita.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Cuando tus «deberes» lo hagan conveniente.

Ambos sonrieron ante esto. Los dos sabían que, en este punto, sus «deberes» eran casi tan emocionantes como un plato de leche de droat cortada. Las tripulaciones podían hacer simulaciones de desastres y de puestos de combate en sus sueños.

—Bueno —dijo ella—, espero poder liberarme empezando a… ¿qué hora es?

Él se rió entre dientes. Daala era la única persona en la galaxia que podía hacerlo reír. Aparte de su belleza, ambición, y cerebro, era una de sus más entrañables características.

—Avísame cuando partas. Espero verte pronto, almirante Daala.

—Y yo a ti, Gran Moff Tarkin.

Después de que se desconectó, Tarkin sintió algo surgir en su pecho. ¿Felicidad? Seguro. Pero también algo más, algo que no podía determinar. Daala era una mujer excitante en muchos aspectos, y su atractivo físico no era el menor de ellos. Pero también

le atraía su impiedad. Era la mujer de más alto rango de la Armada Imperial… debido en gran parte a las maquinaciones de él mismo, por supuesto, pero Tarkin no dudaba que ella hubiera llegado a ascender por su propia cuenta. Cuando la gente no sabía que era una mujer y la juzgaban basándose sólo en sus puntajes de rendimiento, podía competir contra casi cualquier oficial hombre del servicio… y lo había hecho.

Tal vez no habría llegado tan lejos, ni tan rápido, sin su ayuda, pero sin duda una mujer de sus habilidades y talento no iba a quedarse atrás. Él no se sentiría atraído por ninguna mujer menos capaz. Si un hombre no podía tener a una igual, como compañera, al menos era bueno encontrar a una que pudiera correr con él[10].

Miró alrededor de su camarote. ¿Estaba un poco polvoriento aquí? Haría venir a los droides de limpieza y poner todo en brillante orden inmediatamente. Después de todo, iba a venir Daala. Las cosas debían estar perfectas o él tendría que saber el motivo.

Sonrió. Le llamaban viejo detrás de su espalda, pero todavía quedaba fuego en él. Estaba seguro de que sus subordinados se sorprenderían si supieran lo caliente que ardía ese fuego.

---

[10] Aparte de mostrar su admiración, los pensamientos de Tarkin parecen una admisión de que no se siente atraído hacia su esposa, una mujer con la que se casó por conveniencia y que, al parecer, no considera su igual. Lady Thalassa Tarkin (un personaje poco conocido de un viejo cómic con guión por Russ Manning publicado originalmente en los diarios de *Los Angeles Times Syndicate* titulado *Princess Leia, Imperial Servant*, y luego recopilado por Dark Horse en *Classic Star Wars: The Early Adventures 5*), ni siquiera es mencionada de forma indirecta en este libro. *(N. del T.)*

29

CAMAROTES VIVIENDA DE CIVILES, SITIO DE CONSTRUCCIÓN SECTOR DELTA, ESTRELLA DE LA MUERTE

Teela había llegado a la conclusión de que a su jefe le gustaba lanzarle los problemas a ella, sólo para ver su reacción inicial. Este era más fácil que algunos, más difícil que otros, y en general otra tarea que hubiera preferido no tener que hacer.

Stinex la miró con expectación.

—¿Qué te parece?

—Me parece que debes obtener algún tipo de placer perverso atormentándome.

Él se rió.

—Cuanto más viejo te vuelves, más difícil es encontrar cosas divertidas para hacer. ¿Tu solución?

—Temde. O eso, o umg.

Stinex rió de nuevo, más fuerte. *Temde* venía de TMD, que era el acrónimo de Tirarle Más Dinero; *Umg* venía de UUMG: Usa Un Martillo Más Grande. Ambos eran términos que a los constructores y a los mecánicos les gustaba lanzar en conversaciones. Un montón de problemas se podían resolver si uno tenía suficientes créditos para comprar lo que fuera necesario para corregirlos. Y la fuerza bruta también tenía su lugar. Ninguna de las dos era viable aquí y ella lo sabía, pero le gustaba hacer reír al Viejo.

—En serio —dijo.

Teela se puso de pie y caminó hacia el holo de los dormitorios propuestos. De cerca, no se parecía a ninguna otra cosa aparte de un ataúd, y sabía que ella no era la única a quien le daría esa impresión. Hizo un gesto, y apareció una línea de estadísticas y dimensiones luminosas.

—Vamos, jefe —dijo—. Tú conoces las estadísticas tan bien como yo. Si tratamos de meter a quinientos civiles que no han tenido el entrenamiento ni aclimatación a dimensiones fobiaespaciales en cosas como estas, los cuidadores los tendrán saliendo por sus orejas. Sobrecargamos la sección médica, los civiles no hacen el trabajo… no hay ningún lado positivo.

Él asintió con la cabeza.

—Sin embargo, tenemos que encontrar una manera, y como yo estoy a cargo, puedo a hacer que esa sea tu tarea.

Teela murmuró una maldición particularmente vil.

La dificultad era que había una X cantidad de espacio dentro del cual hospedar un número Y de seres vivos. Era bien conocido por los constructores a lo largo del espacio galáctico que muchas especies, sin suficiente espacio para vivir, se volvían claustrofóbicas, a menudo de forma violenta. Los humanos eran particularmente

susceptibles a esto, lo que era un problema, porque algo así como el 95 por ciento de la tripulación proyectada de la Estrella de la Muerte eran humanos o genéticamente muy similares. Hay formas de entrenar a los soldados humanos —combinando hipnosis, drogas, y períodos de aclimatación—, para compensar esto, así que el problema no iba a ser una epidemia entre el contingente militar, pero los civiles generalmente no tenían este entrenamiento. Si pones a la gente a dormir en un espacio del tamaño de un ataúd, un gran número de ellos rápidamente desarrollará problemas psicológicos. A algunas especies alienígenas, tales como gamorreanos y trandoshanos, no se las podía meter voluntariamente a esos lugares, sin importar qué.

No querías que alguien soldando una unión crítica de una articulación crucial en una línea de suministro de aire estuviera medio enloquecido por la falta de sueño debido a que su miedo a los espacios reducidos lo había mantenido despierto durante varios ciclos.

Podrías pensar que en una estación tan grande, el último problema que tendrías sería el espacio de alojamiento. Y, sin embargo, algún idiota que había creado los planos iniciales años antes había pensado que una cámara que midiera un metro por un metro por dos era suficiente espacio para alguien de tamaño humano, si todo lo que ella o él iba a hacer era dormir[11]. Que es todo lo que uno podría hacer allí; no había espacio para hacer ninguna otra cosa. Había que entrar a gatas por la ranura y, una vez dentro, no podías sentarte o ni siquiera dar la vuelta. Si entrabas con los pies por delante, salías con la cabeza y viceversa.

Así que la pregunta era: ¿Cómo dar más espacio a los inquilinos? Por lo menos, uno necesita un cubo de dos metros de lado, para que la mayoría de los ocupantes pudieran pararse sin chocar la cabeza contra el techo, o estirar los brazos sin golpear las paredes, y aun así era marginal. Necesitabas cuatro veces el espacio actualmente asignado. El problema era, ¿de dónde iba a salir? El espacio disponible en los sectores civiles ya había sido designado para otros usos.

Stinex lo sabía tan bien como ella. Y probablemente ya tenía una respuesta en mente. Pero siempre era una prueba con él. No era como si él quisiera que ella fallara; no lo creía en absoluto. Pero sabía que él se deleitaba cuando a ella se le ocurrían soluciones y cuanto más novedosas, mejor.

Ésta, sin embargo, no iba a ocurrírsele muy pronto. Tendría que pensar en ello.

Se lo dijo. Él asintió con la cabeza. Era de la filosofía de medir dos veces, cortar una, y sabía que era mejor que ella considerara el problema con la debida seriedad en lugar de sólo decir impulsivamente lo que le viniera a la mente.

—Tienes hasta mañana —dijo—. Cero ochocientas.

BARRACAS G-12, SECTOR N-SIETE, SITIO DE CONSTRUCCIÓN, ESTRELLA DE LA MUERTE

[11] Probablemente estoy señalando una obviedad, pero como se menciona en el capítulo 2, los planos iniciales fueron hechos por geonosianos. *(N. del T)*

Nova esquivó el tosco golpe, cogió el brazo del guardia atacante y lo hizo girar hacia el soldado detrás de él. Ambos hombres cayeron, pero no tenía tiempo para alegrarse… había otros que venían por él, un montón de otros. Se lanzó hacia un par de guardias y los golpeó a ambos con el mismo puñetazo doble instantáneo, aplastándoles las narices, luego bajó y barrió, derribando a otro, y antes de que ese golpeara la cubierta se había vuelto a levantar disparando una patada lateral a la barriga de otro…

Era consciente de que alguien estaba luchando a su lado, un humano como él, pero enorme, y tan buen luchador como él. Su aliado sin nombre agarró a un guardia por su frente, lo levantó y le dio un cabezazo al hombre, arrancándole el casco, luego lo tiró, giró y dejó fuera de combate a dos más con una patada giratoria.

—Ahora nos estamos divirtiendo, ¿verdad? —dijo el hombre grande. Se rió.

Nova no tenía idea de dónde estaba o por qué estaba aquí, luchando contra toda una falange de soldados de asalto. No sabía quién era su misterioso aliado. Sólo sabía que iban a perder. Habían sacado de combate a un gran número de guardias, pero todavía quedaban siete u ocho de ellos en pie, y la única razón por la que Nova y el grandote todavía no habían sido asados, era debido a que la lucha había sido de demasiado cerca para que los guardias usaran los blásteres. Aunque eso estaba a punto de cambiar. Los guardias estaban retrocediendo, mientras buscaban sus armas. El juego estaba a punto de terminar.

Nova sintió el miedo acumulándose dentro de él. No por sí mismo; sabía que era un hombre muerto luchando. ¿Dos contra quince, los últimos armados con blásteres? No se podía ganar con esas cartas. Pero era de vital importancia que prolongara la lucha tanto como pudiera, para darle a los demás…

¿Para darles qué? ¿Para darles qué a *quiénes*?

No lo sabía. Todo lo que sabía era que este iba a ser su último baile, y que quería que fuera lo mejor que pudiera. Enfrentando probabilidades imposibles, caer luchando, utilizando lo que sabía.

Había muchas peores formas de irse.

Vio al soldado agacharse y desenfundar, vio la boca del bláster apuntando a su cabeza, sabía que nunca podría alcanzarlo a tiempo…

Nova despertó, sentándose empapado en sudor, con el corazón martillando.

¡Maldición!

El resplandor de los monitores de soporte de vida bañaba la pequeña habitación en tenues luces azul y verde, lo suficiente para ver que Mantologo, el otro suboficial que también estaba fuera de turno, estaba durmiendo como los muertos, roncando ligeramente. Estaban sólo ellos dos; los otros dos sargentos que compartían la habitación estaban trabajando.

Nova se sentó en el borde de su litera, luego se deslizó a las planchas frías del suelo. Caminó a la unidad sanitaria, una pequeña unidad que tenía un lavabo, un inodoro y una estrecha placa de ducha sónica. Se salpicó agua tibia sobre la cara, la secó con una toalla, se miró en el pequeño espejo sobre el lavabo.

El mismo sueño.

Esta era la cuarta vez que lo tenía desde que había sido transferido a la estación de combate. Había ligeras variaciones en él… a veces luchaba solo; a veces había más guardias, a veces menos. La última vez que lo había tenido había sido calcinado por la energía del rayo láser y «murió». Eso había sido malo.

Tal vez debería hacer que los médicos me revisaran, pensó.

Sí. Claro. ¿Y cómo se vería *eso* en mi expediente? ¿Pesadillas? *¿Qué clase de tipo duro experto en artes marciales eres, Stihl, ir a ver al médico por un sueño?*

Negó con la cabeza. No. Él no iba a hacer eso en ningún momento pronto.

Además, no ocurría tan a menudo. Por lo general podía volver a dormir, y nunca tuvo una repetición del sueño en la misma noche. Nova se encogió de hombros. Lo más probable es que fuera algo que los filtros eventualmente limpiarían del aire. Nada por lo que alterarse. Empezó a practicar una de las meditaciones para limpiar la mente que sabía antes de ir a la cama. Eso podría ser de ayuda.

Si no, bueno, podría aprender a vivir con ello. Pero claro que no sería su primera opción.

30

CANTINA, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

—¿Ya se te ha ocurrido un nombre? —preguntó Rodo mientras miraban el interior terminado de la cantina.

—Creo que sí. —Oficialmente se le iba a dar un número de cubierta, área y habitación, pero extraoficialmente a la gente le gustaban los nombres descriptivos. Su establecimiento en el Subsuelo Sur que se había quemado había sido «el Corazón Tierno». Este nuevo, aunque ella no era la dueña, era suyo para administrarlo, y dado el lugar donde estaba y los parroquianos que iban a frecuentarlo, Memah pensó que una variación del antiguo nombre podría encajar.

—Voy a llamarlo el Corazón Duro.

Rodo asintió con la cabeza.

—Funciona para mí.

Los droides de construcción y un par de supervisores wookiee habían trabajado de forma rápida, pero hasta donde ella podía ver habían hecho un buen trabajo. Rodo había inspeccionado algunos detalles y parecía satisfecho. El diseño básico era el modelo de bar/cantina militar estándar que había visto en docenas de lugares por todo lo que ahora era el Espacio Imperial. El salón principal era más o menos cuadrado, con la barra que recorría casi la longitud de la pared este. En la esquina noreste había un pequeño escenario, en caso de que tuvieran la suerte de conseguir algún talento en vivo de comedia o música, o en caso de que algunos de los parroquianos más borrachos se sintieran motivados a representar conmovedoras versiones de sus canciones favoritas. Las unidades sanitarias unisex/uniespecie estaban situadas en la pared noroeste, y una oficina de administración junto a aquellas. Había tres entradas, una en cada una de las paredes sur y norte, además de una salida de emergencia en la pared oeste detrás de la barra.

Veinte mesas llenaban la habitación, atornilladas en ranuras insertas en la cubierta, cada una con media docena de taburetes de respaldo bajo y altura regulable. Si venía un grupo numeroso, se podían unir hasta cinco mesas en cualquier fila para formar un módulo más grande. Los taburetes también se podían mover, pero normalmente se mantenían en su lugar con trabas eléctricas controladas por el cantinero desde detrás de la barra. La gente podría ajustar los asientos según lo necesitara para su tamaño o número, pero una vez que todo estaba en su lugar el cantinero podía mover un interruptor y bloquear los taburetes. De esa manera, si la multitud se volvía ruidosa, no podría usar los muebles el uno contra el otro. No que tal escenario fuera probable con Rodo en el trabajo, pero mejor es prevenir que llenarse de basura.

Los consumibles estaban todos detrás de la barra, en los estantes de la pared o debajo del mostrador: licor, aperitivos, comidas. La comida en general eran platos

autocalentables; podías vivir de ellos, pero eso era todo. Una cantina no era el lugar para una cena fina.

El techo y las mesas tenían sopladores y aspiradores integrados, y las unidades de las mesas podían ser controladas ya fuera desde las mesas o por el cantinero o los otros servidores en el bar. Si los muchachos de la mesa seis estaban fumando hierbarrancia en escabeche y producían nubes ondulantes, fragantes y embriagadoras de humo azul, podían ajustar las aspiradoras para que no volaran, como niebla sobre las chicas en la mesa siete, que estaban lamiendo espirales de polvo-kik, o a los bebedores en la mesa cinco que bebían jarras de cerveza andoana. Los depuradores de aire no llegaban al 100%, por supuesto, pero eran lo suficientemente eficaces.

La droide camarero, SU-B713, también conocida como Eseú, vino rodando, de aspecto era muy similar a una gran lata con cúpula. Eseú había sido programada con un vocabulador femenino:

—Las existencias están a tope, jefa. Estamos listos para zarpar y echar humo.

Memah sonrió. Quienquiera que hubiera programado a SU-B713 debió haberse divertido haciéndolo.

—Bien. Ejecuta una comprobación final de la interfaz de crédito, asegúrate de que todos los lectores están en línea.

Una matriz multicolor de luces destelló en la pantalla de computadora de la droide.

—Entendido, los lectores de dinero están verdes y maliciosos. Voy a correr una comprobación de los sistemas internos y luego defragmentar, para mantener mi disco vivo.

—Los comediantes profesionales se mueren de hambre en el circuito de EHR y tenemos una droide mesera principal que hace stand-up —dijo Rodo después de que la droide se fué.

—Eh, si eso hace felices a las tropas.

—Sí, pero ¿cómo voy a hacer mis entrenamientos si todos los parroquianos se portan bien?

Ella sonrió.

—Vamos, puedes ayudarme a ajustar el purificador de gases en el cubículo sobredimensionado. Si tenemos un par de hutts o un drack allí, no queremos que la circulación de aire sea abrumada.

Con las últimas tareas realizadas, estaban tan listos como podían, decidió Memah. Todo en lo que podía pensar se había dispuesto lo mejor que se podía, pero todavía estaba un poco nerviosa. La apertura de una nueva cantina te revolvía las tripas en el mejor de los casos. Cierto, era sólo una cantina, nada enorme en el esquema cósmico del Imperio Galáctico, pero cuando era *tu* cantina, querías que saliera bien. Una estación como esta estaría ahí por décadas, y una buena reputación desde el comienzo nunca era mala para los negocios. Ella obtendría, después de todo, al menos una pequeña porción de la acción, y cuanto mejor fueran las cosas, más podría sacar.

DEI *GARRA DE ACERO*

—Todos los informes de sistemas están normales, almirante.

Motti asintió con la cabeza. Este tedioso asunto en la nave tenía que hacerse, por supuesto, pero quería que terminara rápido y volver a la estación. Sentía una preocupación casi supersticiosa cuando estaba fuera por mucho tiempo. Sí, Tarkin era el moff, y él estaba a cargo, pero la administración real de la estación recaía en Motti… como debería. Ningún hombre en la Armada Imperial tenía un interés e inversión mayor en la «Estrella de la Muerte» que el almirante Conan Antonio Motti.

El capitán que informó saludó y se marchó, y Motti miró el crono integrado en la pared del puente. En una hora podía irse, tomar una lanzadera de regreso a la estación, y volver a las funciones importantes. Porque, aparte de las supersticiones, también había razones prácticas, del mundo real, para que Motti estuviera intranquilo en las largas ausencias forzadas de la estación. Siendo la mayor que no confiaba en el general Bast ni en el general Tagge.

Ambos eran oficiales del contingente del Ejército Imperial, y técnicamente ambos superaban en rango al almirante Motti, a pesar del hecho de que la estación era una parte de la armada. Tarkin, por supuesto, como gran moff, estaba por encima de las pequeñas distinciones de las ramas de servicios. Él los superaba a todos.

Motti temía sobre todo a Tagge. La Casa de Tagge era una vieja y rica familia, muy respetada en los pasillos del poder allá en Centro Imperial. Tagge tenía influencia con el Emperador, y sabía cómo usarla. La había utilizado para alcanzar su posición actual como asesor de Tarkin.

Bast, subordinado de Tagge, también era un foco de preocupación. Aunque no poseía ningunas aspiraciones personales más allá de servir al Imperio, era leal a Tagge y Tarkin, y podría convertirse en un obstáculo en algún punto del futuro.

En pleno funcionamiento, la estación de combate sería la fuerza más poderosa de la galaxia, por mucho. Era cierto que el Emperador y Vader supuestamente tenían esa mística conexión con la Fuerza, y Motti recordaba bien, cuando era joven, que fue testigo de primera mano de algunos de las asombrosas hazañas de los jedi durante las Guerras Clon. Pero ni siquiera las habilidades sobrehumanas podrían enfrentarse a un arma que podía volar un planeta en pedazos.

En cualquier caso Tarkin o no había captado las sugerencias o, más probablemente, sí, pero había optado por mantener sus opciones abiertas… y para sí mismo. No importaba. Si Tarkin quería fingir lealtad al anciano marchito que estaba sentado a la cabeza del Imperio, eso estaba bien, por ahora. Motti conocía los entresijos de la estación mejor que nadie. Y había desarrollado una cierta fidelidad entre los oficiales de alto rango. Finalmente, llegaría el momento. Si Tarkin no estaba con él, entonces sería para el infortunio del gran moff. Los riesgos eran altos, pero también lo era lo que estaba en juego. Ser el máximo poder de la galaxia… ¿tal vez del universo? ¿Quién podía negarse a eso, dada la oportunidad de tenerlo?

31

A MEDIO SEGUNDO-LUZ DEL MUELLE UNO-A, TRINCHERA ECUATORIAL, ESTRELLA DE LA MUERTE

—¡Elévate, Kendo! —dijo Vil Dance. Esperaba un reconocimiento, pero no parecía que estuviera por llegar ninguno—. Teniente Kendo, ¿te has quedado sordo?

El TIE del propio Vil vibró mientras él se inclinaba hacia el giro brusco, hacia babor y «arriba», acelerando con fuerza para evitar a los drones robóticos de práctica agrupados en una formación apretada a sólo seiscientos clics por delante de él.

—Subiendo, señor —dijo finalmente Kendo. A través del comunicador, la voz del hombre sonaba… ¿qué? ¿Lacónica?

No, más bien… *aburrida*.

Vil observó a la nave de Kendo apartarse del curso que la habría estrellado contra los drones en otros dos latidos. *Por un pelo es tan bueno como por un parsec*, rezaba un viejo dicho de los pilotos, y aunque eso pudiera ser cierto, seguir las órdenes era más importante.

Un hecho que el nuevo recluta, el teniente Nond Kendo necesitaba mucho aprender.

El resto del escuadrón esperaba atrás a un par de cientos de clics, viendo al novato Kendo y al veterano Dance mientras hacían la primera pasada de calentamiento contra los objetivos. Casi no conversaban, porque no hacía falta un procesador de petahercios para ver que su jefe de escuadrón estaba listo para arrancarle la cabeza de un mordisco a alguien y escupirla a mitad de camino hasta el Núcleo, dado el rendimiento de este novato.

Cuando llegaban, todos pensaban que ellos eran los mejores pilotos que nunca pusieron las manos sobre una palanca de control, cada uno de ellos. Vil había sentido lo mismo. Pero había aprendido rápidamente que cuando el líder del escuadrón decía que hicieras algo había motivos, y si decidías que tú sabías más sobre el vuelo que él, te podía costar. Severamente.

No había manera de que fuera a tener nada menos que actuaciones perfectas en sus primeras semanas en su nuevo cargo. Había sido enviado del *Garra de Acero* a la Estrella de la Muerte sólo un par de semanas antes, y quería asegurarse de que los superiores no tuvieran ninguna razón para reconsiderar su decisión.

Este era un simple ejercicio de entrenamiento; cada uno de los miembros del escuadrón tenía ataques solitarios contra los drones objetivo, con el teniente comandante Dance detrás de ellos, mirando por encima de sus hombros. La primera pasada era para comprobar el rango y la distancia. En la segunda, era sólo láseres de puntería… pintabas al objetivo, se te asignaba el derribo electrónicamente, y el líder de escuadrón puntuaba tu ataque. Sólo en la tercera pasada podías disparar de verdad. Los drones —viejos

cargueros reacondicionados para ejercicios navales— estaban fuertemente blindados, y se necesitaría mucho más que un disparo de un único TIE para dañarlos gravemente, por lo que una docena de escuadrones podría dispararles antes de que tuvieran que ser reparados; así la Armada Imperial se ahorraba un par de créditos. Dónde colocar tu disparo era importante, y aprendías a hacerlo con ataques a velocidad real y potencia de armas real, pero sólo siguiendo los pasos y las instrucciones.

Vil había visto los láseres de puntería de Kendo chispear hacia el dron líder, y el tiro de práctica le había parecido bastante bueno. Comprobó la grabadora de su nave sobre la finalización de la pasada, y confirmó su opinión mientras doblaban para la tercera y última pasada.

Bueno, sí, el muchacho disparaba bien. Lo que no mejoraba su imagen a ojos de Vil… todavía era una reacción supercrítica potencial.

—Escucha, Kendo, y presta mucha atención. Tienes cinco segundos, apunta a la matriz de sensores de popa, y desvíate *inmediatamente*, ¿entendido?

Hubo una pausa de dos segundos y, a continuación:

—Ah, entendido, Líder de Escuadrón. Solicito permiso para disparar al puerto de piloto de popa. Puedo darle con cualquiera de las armas… dígame usted.

—Estoy seguro de que puedes, teniente, pero esa no es la *asignación* que te he dado, ¿verdad?

Otra pausa.

—No, *señor*.

—Bien. Al menos se te puede enseñar. Ahora da la vuelta y vamos a hacerlo al pie de la letra.

—Entendido.

La última palabra tenía un inconfundible dejo de desprecio. Era como si toda la arrogancia de un piloto joven, lleno de sí mismo, entrenado en simuladores estuviera comprimida en ella. *Eh*, decía, *¡yo puedo hacer esto! ¡No necesito que algún viejo comandante de escuadrón sin agallas alrededor del que puedo volar en círculos me lleve de la mano!*

No pudo evitar sonreír. Sólo le llevaba tres años a Kendo; sin embargo, a veces se sentía como treinta años mayor que los novatos. No respondió, simplemente desaceleró a cero y observó a Kendo girar en un cerrado y bien ejecutado medio tonel mientras se alineaba para su ataque. El muchacho podía volar. Pero ¿podía hacer lo que le decían?

Por delante, los seis drones navegaban serenamente a través de la negrura. Estaban programados para activar armas defensivas: rayos de baja potencia que eran suficiente para sacudirte los dientes si uno acertaba a tu caza, pero no tan fuertes como para causar un daño real. Cualquiera que prestara atención podía esquivarlos, pero requería práctica. En el mundo real, incluso un carguero podría tener suerte y volarte en el vacío, y para eso es que estaba el entrenamiento, para enseñarte cómo evitar estos percances. Los TIEs eran rápidos, pero no tenían ni soporte de vida ni blindaje; un tiro sólido de cualquier arma real podría dejarte tan crujiente como un buñuelo de mantillo.

Kendo aceleró… un pelo más rápido de lo necesario, pero Vil se contuvo de indicárselo. *Vamos a ver lo que puedes hacer, muchacho…*

El novato zumbó hacia el objetivo. Vil comprobó su señal doppler. Siete segundos. Seis… cinco…

—Dispara —dijo Vil.

No hubo respuesta.

—Kendo, ¡dispara y elévate!

Pero Kendo mantuvo el curso, acercándose al dron líder.

¡Estúpido mopak! ¡Va al puerto del piloto!

—¡Elévate, teniente! ¡Es una orden! ¡Elévate, *ahora*!

El dron disparó sus armas de babor. La luz estroboscópica atenuada dio en el caza de Kendo. No fue suficiente para hacerle daño, pero debió haber sido suficiente para sobresaltarlo. Disparó, se desvió a babor…

Demasiado tarde.

Si giraba un cuarto de segundo antes lo habría esquivado, pero como sucedió el panel solar de estribor del TIE golpeó el morro del dron. El impacto arrancó el panel del caza, desentrañando espasmódicamente las bobinas de recolección de energía, como una serpiente decapitada; las líneas de energía lanzaban chispas al frío vacío mientras se arrancaban. El soporte se quebró y el impacto hizo girar a la nave en tumbos descontrolados.

Vil empujó la palanca, sintió las fuerzas-g abofeteándolo con fuerza, sabiendo que era demasiado tarde para hacer cualquier cosa salvo mirar.

—¡Corta la energía! ¡Corta la…!

El tanque de combustible se separó del casco. El sello resistió, pero la línea de combustible se estiró, se estiró… Vil pudo verlo suceder, lentamente, como si el tiempo se hubiera detenido…

La línea se rompió, arrojando el gas radioactivo en una repentina nube hacia la nave que daba tumbos. Algo —una placa de circuito rota, tal vez— lanzó una chispa. Hubo un *destello* silencioso, que hería la vista…

—¡Maldición! —gritó Vil—. ¡Maldición, maldición, *maldición*!

32

CANTINA EL CORAZÓN DURO, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

La identificación de Ratua no era a prueba de bombas, pero con excepción de un análisis destructivo, pasaría cualquier inspección casual de cualquiera… no que, se maravilló una vez más, a nadie pareciera importarle un trasero de braz molestarse en solicitar verla. Por el aspecto de esta estación, una vez terminada, sería inexpugnable a un ataque exterior; nadie iba a ser capaz de tirarle suficiente de nada como para causar ningún problema real. Y sin embargo aquí estaba él, caminando por ahí como si fuera su nave personal, aparentemente un contratista. Si hubiera sido un saboteador rebelde, podría haber estado ocupado haciendo un mundo de problemas absolutamente sin ser detectado durante semanas. ¿Cuán irónico era eso?

Por supuesto que no era un rebelde de ningún tipo. Él no tenía mucho uso para la política, nunca lo tuvo, no podía ver que lo fuera a tener alguna vez. Para un hombre de su, ah, profesión, quien estuviera a cargo —Imperio, Alianza, o su querido viejo tío Tunia— no importaba. A menos que el Sol Negro lograra asumir el control, quienquiera que manejara el espectáculo querría encerrar a Ratua en una celda en algún lugar.

Pero no estaba en una celda ahora; de hecho, estaba en una situación bastante cómoda. Un montón de créditos escondidos aquí y allá, una identidad falsa que nadie ponía en duda, incluso una legítima habitación semi-privada, cortesía de un soborno a un pobre empleado con un leve problema con el juego. Todo lo que un hombre podría desear.

Bueno, casi todo. Le gustaría un poco de compañía femenina, y estaba trabajando en eso. Una nueva cantina acababa de abrir a un par de niveles de donde se alojaba. Había oído hablar del lugar, y sonaba divertido, por lo que iba en camino para verla. No solía usar químicos, pero no le molestaba tomar una cerveza de vez en cuando para alegrar una tarde aburrida.

La cantina, que tenía un pequeño cartel luminoso que decía EL CORAZÓN DURO sobre el portal doble, parecía bastante ocupada. Atravesó el aire y captó los olores de un pub funcionando: humo fragante, bebidas calientes, algunos olores corporales de parroquianos que debieron haberse duchado antes de venir. La mayoría era de la armada, algunos contratistas, más varones que mujeres, lo que no era de extrañar. La mayoría de los clientes eran humanos o humanoides lo suficientemente cerca que era difícil notar la diferencia. La iluminación era lo suficientemente baja como para permitir algún tipo de privacidad, pero no tan tenue como para no ofrecer un espectro útil. Su especie podía ver un poco más en el ultravioleta que algunas, pero no tanto en el infrarrojo como otras. Aún así, no iba a chocarse con las paredes aquí.

Las mesas estaban en su mayoría llenas, pero había unos pocos espacios vacíos en el bar, que iban sobre todo por la pared derecha, desde donde había entrado. Ratua pasó entre las mesas atestadas, con cuidado, con una facilidad nacida de una larga práctica, de no chocar a nadie ni meterse inesperadamente en el espacio de nadie. Si sorprendías a algunas personas disparaban sin pensárselo dos veces, y los militares eran más rápidos con el gatillo que una gran cantidad de civiles.

Pero parecía que eso no sería un problema aquí. Notó un signo sobre el espejo detrás de la barra: D. Significaba «desarmado». Eso era una buena idea. Los tipos de la armada parecían disfrutar de llevar un arma dondequiera que iban; si se emborrachaban y se enojaban, los disparos bláster perdidos podrían ser un problema. Ya era bastante malo si molestabas a alguien hasta el punto en que estaba listo para sacar su arma y cocinarte; aún peor si te ocupabas de tus propios asuntos y recibías un tiro dirigido a otra persona.

Ratua logró llegar a la barra. Había un par de droides meseras recorriendo el piso, una detrás de la barra, y una muy atractiva mujer twi’lek con una hermosa piel de color verde azulado que mostraba en todas partes donde su mono de mangas cortas la dejaba descubierta… lugares que sumaban un número satisfactoriamente grande.

—¿En qué puedo servirle? —dijo una de las droides.

—Cerveza de la casa —dijo.

—Dos créditos. ¿Su número de débito?

—Efectivo. —Ratua dejó caer dos monedas en el cajón de dinero de la droide, que extrudió de su torso para recibirlas. Después de un momento, la droide le alcanzó una jarra de cerveza de color ámbar con un centímetro de espuma por encima.

—Gracias —dijo Ratua. La cerveza estaba fría, era sabrosa, con una pizca de algo agrio por debajo. Excelente.

Se volvió ligeramente, con la jarra en la mano, y observó la habitación.

En la pared del fondo, justo a la derecha de la segunda entrada, había un humano grande. Estaba vigilando a los parroquianos sin mirar a nadie en particular. Ratua sintió la mirada del hombre tocarlo y seguir adelante. Esa sería la seguridad interna y por su aspecto, no era un tipo con el que quisieras discutir. Ratua había visto a muchos hombres violentos en muchos planetas, muchos de los cuales eran simplemente malos por naturaleza, y algunos que tenían cierto aspecto competente en ellos que hablaba de entrenamiento y capacidad. Este tipo era uno de esos. Si dabas un paso torcido aquí, te encontrarías desplazado sin contemplaciones al pasillo exterior. Si empezabas un verdadero escándalo, claramente, pronto desearías no haberlo hecho.

—Ese es Rodo —dijo una voz femenina desde detrás de la barra—. No muerde. No lo necesita.

Ratua miró. Ahí estaba la mujer twi’lek, sonriéndole. Él asintió con la cabeza, y la saludó con su cerveza.

—Y supongo que una persona sensata tendría cuidado de no ser objeto de la irritación de Rodo.

—En eso, estarías en lo cierto. Soy Memah Roothes. Administro el lugar.

Ratua asintió otra vez. Él consideró darle su identidad falsa, pero por alguna razón que no pudo comenzar a entender, fue en cambio con su verdadero nombre.

—Celot Ratua Dil —dijo—. Me gustó el lugar cuando entré y me gusta incluso más ahora que nos hemos conocido.

—Oh, un galán. —Su voz sonaba divertida, pero también había un dejo de interés. Al menos, él lo esperaba.

—Yo no, Memah Roothes —contestó—. Sólo alguien que aprecia la buena cerveza y a las mujeres hermosas.

—Bienvenido al Corazón Duro, Celot Ratua Dil. ¿Eres un contratista?

—En realidad, recientemente escapé del planeta prisión. Intento abrirme camino a base de engaños.

Ella levantó una ceja agradecida.

—El sentido del humor vale mucho por aquí.

Él miró a su alrededor, observando los colores brillantes y decoraciones que suavizaban pero no disfrazaban completamente los ángulos duros y la severidad general de la arquitectura. A pesar de lo impresionante que era la nueva arma del Imperio, no iba a ganar ningún premio de diseño.

—Ya lo veo. Supongo que hay más de una razón para llamarla la Estrella de la Muerte. Y —añadió—, llámame Ratua, por favor. —Sonrió y volvió a levantar su jarra—. ¿Puedo comprarte una bebida?

—Demasiado pronto para empezar en este turno —dijo Memah Roothes—. Pero si sigues aquí dentro de más o menos una hora, tal vez te acepte la oferta.

Ratua sonrió.

—Ni una manada de banthas salvajes podría alejarme de aquí.

Ella se apartó para servir a un nuevo cliente, y él la miró, admirando sus flexibles movimientos. Oh, sí, definitivamente iba a pasar algún tiempo de calidad aquí.

33

SALA DE OPERACIONES, CENTRO MÉDICO, ESTRELLA DE LA MUERTE

La cirugía no iba tan bien como debería. Uli se estaba frustrando.

—Pon un compresor en esa hemorragia, rápido —dijo.

El ayudante quirúrgico, un droide MD-S3, era una unidad estacionaria integrada al conjunto. Utilizó un brazo delgado y flexible para cerrar un lector de campo sobre la vena cortada; el flujo de sangre se detuvo. El droide limpió diestramente con una esponja la sangre en la cavidad.

—Esponja cuatro —dijo en voz alta, retiró la esponja de la incisión endoscópica y tiró la prenda empapada en la bandeja de desechos.

—Limpia —dijo Uli.

El droide utilizó otro de sus múltiples brazos para pasar un paño estéril sobre la frente de Uli, limpiando el sudor que amenazaba con caerle en los ojos. Había películas anti-sudor que podían pulverizarse para mantener temporalmente a raya la transpiración, pero a Uli no le gustaban; la mayoría le daban comezón.

Abrir humanos y humanoides generalmente no era ningún problema para él… podía hacer cirugía de clones en sus sueños, realmente podría haberlo hecho en un par de ocasiones cuando estaba en el campo, trabajando largos turnos y remendando decenas de heridos cada día. Pero la genética natural a veces te lanzaba un desafío, un cuerpo que no estaba construido exactamente del mismo modo en que la mayoría de esa especie en particular normalmente estaban construidos. El mayor de la armada que estaba aquí sobre la mesa de operaciones era uno de esos desafíos, y si Uli no averiguaba lo que necesitaba saber, y rápido, el mayor podría convertirse en una estadística interesante.

Tres horas antes, un hombre humano del planeta Bakura de cuarenta años se había presentado a examen médico quejándose de náuseas, pérdida de apetito, fiebre baja y dolor en el abdomen. Los síntomas eran clásicamente consistentes con un apéndice inflamado. El médico que lo examinó realizó el diagnóstico y envió al paciente a cirugía.

Normalmente un droide cirujano se habría ocupado de una operación como ésta, rápida y eficientemente. Pero la estación de combate aún estaba escasa de personal y equipo. Así que Uli se encogió de hombros y se lavó las manos. Debería haber sido una apendicectomía de rutina, el tipo de cirugía aburrida que cualquier residente de primer año podría hacer con una sola mano. Excepto que cuando Uli metió un endoscopio en el mayor para encontrar el apéndice inflamado, se encontró con un pequeño problema:

No estaba allí.

Por lo menos, no estaba donde se suponía que debía estar. Esto era imposible, pero Uli no perdió el tiempo cuestionando la imagen en la pantalla.

—Haz una exploración tomográfica axial y encuentra ese apéndice —le dijo al droide MD.

—Sí, doctor —respondió el droide. Sus escáneres de imágenes zumbaron. Una delgada línea verde apareció y se movió desde la ingle al pecho del paciente, mapeando la longitud y la anchura de la exploración—. Exploración TA completa.

—Muéstrame.

Una proyección holográfica a tamaño natural, apareció sobre el paciente, flotando en el resplandor azul pálido de las lámparas de esterilidad ultravioleta del quirófano.

Uli miró.

—Todavía no… oh, ahí está. ¿Qué frip está haciendo allí?

Era una pregunta retórica, pero el droide la contestó de todos modos.

—Una comparación cruzada con mis archivos de datos indica una anormalidad anatómica, doctor.

—Brillante. —Uli meneó la cabeza. Que el destino lo salvara de los droides de mente literal. Pero no había tiempo para molestarse con el MD-S3. El apéndice estaba hinchado a lo que parecía ser cuatro veces el tamaño normal, aunque su inusual ubicación lo hacía difícil de ver a pesar de que ya sabía donde estaba. Su mente consideró varias opciones. Tenía que abrir un poco más al hombre, o hacer que un brazo endoscópico cortara y pegara… sí, eso sería lo mejor. Lo menos invasivo.

—Extiende un endoscopio números seis con una pinza de SS y sella ese apéndice.

—Sí, doctor.

Otro apéndice delgado serpenteó desde su lugar en el droide. Éste tenía una horquilla de dos puntas. La superior era una lente de cámara autolimpiante, mientras que la punta inferior, cinco centímetros más larga, sostenía abierta una pinza de acero quirúrgico. El droide hábilmente introdujo el brazo en el paciente. El holo apareció sobre el hombre, mostrando el avance de la horquilla.

Infaliblemente, el droide colocó la pinza en la base del apéndice inflamado y luego la cerró rápidamente. Un segundo brazo, un endocortador, se deslizó al interior y, con un flash actínico de luz láser, quitó el apéndice. Un accesorio aspiradora succionó cualquier posible contaminante. El droide removió los brazos quirúrgicos y el tejido.

Uli respiró más fácilmente.

—Haz una exploración del apéndice en busca de patógenos y ordena los antígenos eficaces para lo que encuentres.

—Sí, doctor.

—Envíame una copia del trabajo de laboratorio y las recetas.

—Sí, doctor.

—Muy bien. Ciérralo y que el camillero lo lleve a la sala.

—Sí, doctor.

Uli se apartó del paciente. Antes de cosas como las exploraciones axiales y los droides cirujanos de precisión, podrían haber perdido a este paciente, excavando en busca de un apéndice perdido que iba a reventarse. Pero el mayor sobreviviría y probablemente

seguiría adelante para masacrar a cientos o quizás miles de personas más antes de que terminara la guerra.

No era difícil ver la ironía de todo esto.

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, SECTOR THETA, ESTRELLA DE LA MUERTE

—¿Y qué te parece, jefe? —Mekkar Doan le dio una palmada a la consola de control principal.

Tenn Graneet sonrió a su compañero suboficial.

—Oh, es de primera clase, muy cierto.

Los dos hombres estaban de pie en una pequeña cámara de nexo con vista a los ocho tubos aceleradores de partículas de radiación diseñados para alimentar el rayo del superláser. Las paredes estaban cubiertas con lecturas de medidores, monitores de gráficos de barras fluctuantes, bancos de los controles y otros equipos. Mucho de todo eso estaba más allá del conocimiento del JS Tenn Graneet, pero eso estaba bien. Él no necesitaba saberlo todo acerca de *cómo* funcionaba. Sólo tenía que ser capaz de hacerlo funcionar.

El jefe Doan se rió.

—¿Crees que podrás dispararlo, una vez que todo esté conectado?

Tenn le dio una falsa mirada atónita.

—*Tú* la disparaste, ¿verdad? Cuando no pueda darle a cualquier cosa que tú puedas, me retiraré.

—¿Has leído las especificaciones?

Tenn asintió con la cabeza.

—Sí. Podría ser un rompeplanetas, si funciona como se supone.

—Los ingenieros dicen que lo hará.

—Ingenieros. —Tenn puso una cantidad considerable de sarcasmo en la palabra.

—Sí, eso he oído. Pero están retirando todas las trabas en este bebé. —Frotó la mano sobre la consola de control—. A cualquier problema que tuvieran, le lanzaron dinero suficiente para enterrarlo hasta los rieles. Vamos a tener la energía, por eso no hay que preocuparse.

—Y si alguien no se olvidó de ajustar un tornillo, tal vez no volemos todos al otro lado del Borde.

—Eh, te lo digo, se cuenta que hasta la peor pieza de equipo de esto todavía tiene redundancia triple.

—Tenía un sobrino que era ayudante de cubierta en el *Lanza de batalla* —dijo Tenn.

La sonrisa de Doan se desvaneció.

—Sí. Yo conocía a un par de tipos en él. Fue un accidente inusual.

—Tal vez. Una explosión prematura podría sobrecargar el reactor de HM y también convertir a esta estación en polvo radiactivo.

Doan meneó la cabeza.

—Nunca ocurrirá. En este caso tienen al mismo Emperador mirando sobre sus hombros. No lo van a fripar.

Tenn se encogió de hombros. Tenía poco sentido preocuparse por fallas del equipo. Si la cosa funcionaba, probaría que la Estrella de la Muerte era, como dijo Tarkin en uno de sus muchos discursos inspiradores a la población de la estación: «El máximo poder en la galaxia». Si no funcionaba… bueno, el reactor de hipermateria era capaz de generar una emisión de energía equivalente a la producción semanal total de varias estrellas de secuencia principal; si cualquier cosa se torcía, era probable que él no estaría ahí el tiempo suficiente para darse cuenta. Ni nadie más.

—Sí, bueno —contestó—, si pueden construirla de modo que se mantenga unida, la dispararé.

—Déjame mostrarte cómo funciona. Tú y tu equipo van a practicar en el simulador hasta que la real esté en línea.

Mientras Doan explicaba los entresijos de los relés de secuencia, Tenn encontró algo difícil concentrarse en lo que estaba diciendo el otro hombre. No estaba seguro de porqué. Después de todo, había soñado con este momento durante meses: el día en que finalmente estaría parado en la cámara de control del superláser y se le diera oficialmente el mando de la misma. A pesar de que la construcción aún no estaba terminada, desde aquí no se notaba. Escuchó el susurro de los tubos de klystron y los acopladores de termistores, olió el aroma astringente del lubricante de aislamiento, sintió la respiración del aire acondicionado ajustado a unos constantes veinte grados y se preguntó por qué no estaba conforme.

Sólo había una razón que parecía remotamente factible.

El *Lanza de batalla*.

Su sobrino, Hora Graneet, había sido un marinero de la armada en el Destructor Estelar clase-*Imperial* Mark II, que había sido seleccionado para el viaje crucero de prueba de uno de los prototipos mejorados de reactores de hipermateria. Tenn no conocía los detalles de lo que había sucedido, y no sabía ni cerca de la matemática necesaria para entenderlos de todos modos. Sabía que la hipermateria solamente existía en el hiperespacio, que estaba compuesta de partículas taquiónicas, y que los taquiones cargados, cuando eran comprimidos por las dimensiones inferiores del espacio real, producían energía casi ilimitada. No sabía cómo esta «energía de punto nulo» se había vuelto inestable. Sólo sabía que había sido lo suficientemente potente como para convertir un DEI-II y su tripulación de 37 mil personas en volutas de gas ionizado flotante en un microsegundo.

¿Entonces? No me digas que estás asustado*, Graneet. Conocías los riesgos. Esto es una guerra, declarada o no. Las guerras tienen bajas*.

No. No era eso. Ni siquiera era que Hora había sido su sobrino preferido, o que el Graneet más joven había admirado tanto a su tío que se había alistado, lo que hacía que Tenn sintiera una cantidad considerable de responsabilidad por su muerte. Era la idea de

tanta energía y la posibilidad de que se volviera incontrolable. Tenn volvió a sorprenderse a sí mismo. Nunca antes se había preocupado mucho acerca de la tecnología falible. Él no buscaba la razón por qué, él era el hombre del gatillo. Y le estaban entregando el arma más grande de la galaxia… sin seguro.

¿Pero era él capaz de blandir sabiamente ese poder?

¿Lo era alguien?

34

BAHÍA DE ENBARQUE 6, SECTOR ALFA, ESTRELLA DE LA MUERTE

Daala bajó por la rampa con aspecto de almirante imperial en cada centímetro. Ella no sólo caminaba, *arrasaba*, y fue una alegría ver su paso. Fuerte, inteligente, ambiciosa, dedicada, divertida, *y* hermosa… ¿qué más podría un hombre desear en una compañera?

Bueno, sería bueno un poco más de proximidad. Pero ambos eran criaturas del deber, y Tarkin sabía que no estaba dispuesto a cambiar en el corto plazo; seguro que no hasta que la estación de combate estuviera terminada y lista para la acción. Tal vez ni siquiera entonces. Él sabía que Daala lo miraba con mucha preferencia, pero la relación siempre había sido secundaria a su carrera. Él lo entendía. Más; lo admiraba. No querría una mujer que pensara menos de sí misma. Esa era la máxima paradoja, por supuesto.

—Gran Moff Tarkin. Me alegro de verlo otra vez, señor.

Tarkin mantuvo su sonrisa bajo control. Uno tenía que actuar de forma apropiada con tales cosas a plena vista.

—Almirante Daala. El placer es mío. ¿Confío en que su viaje transcurriera sin incidentes?

—Sí, señor. Ningún inconveniente en absoluto.

—Excelente. Permíteme guiarte a tu camarote. Tu suite, da la casualidad, está justo al lado de la mía.

Vio un destello de anticipación cruzar por su rostro apenas suficiente para notarlo estando justo en frente de ella.

—Qué conveniente, Wilhuff —dijo ella, en una voz muy baja y sin mover los labios.

Él no pudo evitar sonreír, a pesar de sus esfuerzos.

—Por aquí, almirante. —Extendió una mano para mostrarle la dirección.

Ella le dio un asentimiento militar, y dejaron atrás la guardia de honor. Mientras caminaban, ella miró alrededor del hangar, impresionada.

—Sabía que sería enorme, pero la realidad es más de lo que había imaginado.

—Guarda tu asombro para cuando esté terminada y operativa. Lo que ya será muy pronto.

—La Alianza Rebelde no sabrá lo que les golpeó.

—Oh, lo sabrán, querida. Todo el mundo lo sabrá. Esa es la idea.

Ella se había cortado el cabello más corto que la última vez que estuvieron juntos. Le quedaba bien, pero claro, él nunca la había visto con un peinado que no le quedara bien. En realidad no había ninguna regulación sobre como debían vestirse o arreglarse las mujeres almirantes… Daala era la única, después de todo, y ¿quién se atrevería a regularla?

Ella había subido sólo por mérito, pero sin duda su ascenso en los rangos de comando había causado algunas especulaciones sobre su relación con Tarkin y cómo eso podría haberle allanado el camino. Nadie especulaba sobre aquello donde él pudiera oírlo, por supuesto. Ya no, porque las cenizas de los pocos tontos que lo habían hecho habían sido esparcidas a los cuatro vientos solares. Tarkin no había alcanzado el rango único que tenía siendo compasivo con sus enemigos. Sí, Daala había sido su protegida, y sí, él le había abierto algunas puertas un poco antes de lo que ella habría podido hacerlo por su cuenta, pero ella había llegado a comandante insignia sin su ayuda. Había un montón de almirantes hombres que no eran aptos ni para pulir sus botas.

Pronto llegaron a la puerta de su camarote.

—¿Pasamos a discutir esto más a fondo? —le murmuró.

—Desde luego, Gran Moff Tarkin.

Antes de que la puerta terminara de cerrarse deslizándose tras ellos, ella estaba en sus brazos.

BIBLIOTECA Y ARCHIVOS, CUBIERTA 106, SECTOR N-UNO, ESTRELLA DE LA MUERTE

La biblioteca de a bordo de la estación de combate no era ni de cerca la más grande que Atour hubiera visto. Había sido aprendiz en los Archivos Baobab en Manda, aunque en estos días no consideraba exactamente prudente destacar ese hecho en su currículum. Y de allí había pasado a ser archivero de estos repositorios como el Ateneo Dorismus en Corellia y el Holorepositorio en el mundo rueda Arkam 13. Este último era conocido por tener la mayor colección de la historia en la Antigua República fuera del Templo.

La de un archivista no era la más emocionante de las vidas, pero era una que a él le sentaba bien. No siempre había sido, como muchos suponían, introspectivo y estudioso; de joven había luchado para Janissariad en la Guerra Civil Baldurana. La experiencia le había dejado un mal sabor de boca acerca de cualquier y todas las formas de gobierno centralizado. Disgustado con la política, Atour Riten se había retirado, en alma si no en cuerpo, al brumoso pasado. Fue una decisión que nunca había lamentado.

La Biblioteca de la Estrella de la Muerte —como su mente insistía en nombrarla— se suponía que rechazaba el uso de hololibros, cintas, y holocrones, y en su lugar confiaba en el almacenamiento de entramado fonónico. Esto permitiría el almacenamiento de una enorme cantidad de información en un espacio muy pequeño. Supervisar a los droides que convertían la información de otros medios a la forma de entramado era parte de las responsabilidades de Atour en este nuevo trabajo. Incluso en algo del tamaño de la Estrella de la Muerte, el espacio era limitado… por lo menos para las cosas tales como el almacenamiento de datos.

Aunque había visto más grandes y mejores, la cantidad de datos acumulados era impresionante. Los archivos eran extensos, los sistemas de recuperación contaban con una gruesa memoria para acelerar las descargas, y los circuitos de difusión para el lector

eran de primera. Era una lástima que la mayoría de la gente ya no fuera a las bibliotecas, no cuando podía sentarse en la comodidad de sus propios camarotes y acceder electrónicamente a los archivos.

¿Quieres leer la nueva novela interestelar de moda, o el último número de la holorevista *Seres*? Ingresa el nombre, toca un control y *zas*… ya está en tu cuaderno de datos. ¿Necesitas estudiar la historia de las especies inteligentes con alas? No es más difícil que introducir parámetros de búsqueda, luego buscar en las referencias bibliográficas y elegir un lugar por donde comenzar.

Por supuesto, había seres anticuados que todavía realmente iban hasta donde estaban los archivos. En algunos mundos las bibliotecas más antiguas tenían libros —verdaderos volúmenes encuadernados de páginas impresas— alineados prolijamente en los estantes, y los lectores podían caminar por los pasillos, tomar un volumen, oler el olor a moho polvoriento en él y luego llevarlo a una mesa para leerlo tranquilamente.

No quedaban muchos de aquellos lectores, y cada vez eran más raros… esto Atour lo sabía por experiencia. Pero había algunos que todavía sabían cómo pasar de página… y para aquellos que todavía estaban dispuestos a hacerlo, las recompensas podrían ser muy grandes.

Por supuesto que Atour no era ningún anticuario ludita que renegaba y vituperaba contra el mundo moderno. Por el contrario, había sido elogiado por los expertos como un cortacódigos de excelente calidad. Y más de una vez le había sido muy útil tener conocimiento que se suponía que no debía tener. Uno normalmente no pensaba que el negocio de almacenamiento de datos y recuperación de información era particularmente despiadado, pero había que recordar que, en el Imperio de Palpatine, cada negocio era despiadado. Y si uno era el bibliotecario y archivista principal, este tipo de archivos era accesible, incluso sin autorización de alto nivel. No se había pasado la vida entre las pilas sin aprender uno o dos trucos.

Así fue como Riten se encontró buscando un conjunto de planos de esta estación de combate, también conocida como la Estrella de la Muerte. No era ningún ingeniero para entender todos los esquemas, y los documentos estaban llenos de jerga técnica, pero cualquiera con incluso un puñado de educación general podría ver la maravilla del lugar. Era un monstruo en tamaño, y en intención —así como en capacidad de matar—, o lo sería una vez que estuviera montado todo el armamento y estuviera operacional.

Un material fascinante…

Durante más de unos pocos años, cuando Atour Riten descubría esos archivos interesantes y potencialmente útiles, los copiaba y registraba en una carpeta personal cuyo código era prácticamente imposible de cortar. Además de las mejores protecciones militares y cortafuegos, la carpeta también estaba protegida por un número aleatorio generado por una computadora cuántica, dicho número era de cuarenta y siete dígitos. Por otra parte, el programa cambiaba cada dígito a una cifra inferior o superior cada seis horas estándar, y sólo alguien con el código de acceso al programa en ejecución podría hacer un seguimiento de este cambio… había que conocer la fecha y la hora en que el

programa generaba el número con el fin de seguir la secuencia. Era un proceso lento y difícil de manejar, poco conveniente para los archivos que necesitaban ser accedidos con alguna frecuencia, pero factible para él.

Una vez que los archivos se copiaban, necesitaba un lugar seguro donde mantenerlos. Durante algún tiempo, desde que había administrado la biblioteca de la base militar allí, él había enviado los archivos a Danuta, un planeta de ninguna gran importancia o valor salvo por su ubicación ligeramente estratégica. Era bastante fácil hacer que la información codificada viajara a cuestas de un mensaje de comunicaciones imperial o incluso de una holocomunicación… otro truco que había aprendido en sus años de acceder a secretos militares.

Algún día, si vivía lo suficiente, Atour pretendía escribir una historia de los tiempos que habían comenzado con las Guerras Clon y pasando por el actual conflicto entre el Imperio y la Alianza Rebelde. Por supuesto que tendría que esperar y ver quién ganaba antes de poder llegar a esa parte, pero siempre estaba buscando material de investigación. Los planos de esta estación de combate, que bien podría ser un punto de inflexión de la guerra en curso, sin duda parecían dignos de un lugar en esa investigación. Tendría que escribir ese recuento bajo un seudónimo, por supuesto. No importaba qué lado ganara, querrían tener unas palabras con el autor de tal tomo, que sostendría ambos lados bajo una luz brillante que no adularía a ninguno. Probablemente la información sería suprimida, pero eso no importaba. Siempre habría copias de ella flotando, y seres que deseaban conocer su contenido. El conocimiento era así… una vez que se sacaba a la luz, era difícil, si no imposible, devolverlo a las sombras.

Atour se reclinó en la silla fluyeforma, que ofrecía un ajuste silencioso a sus contornos. Tenía que reconocer que el Imperio… cuando quería, podía proporcionar ambientes de primera clase. Su oficina era testimonio de aquello.

Hizo un gesto a la cámara de la computadora, moviendo los dedos en un patrón que decía: *Limpiar todos los registros de este acceso*. El holo parpadeó una vez, y estaba hecho. Ahora necesitaba encontrar una señal de comunicación saliente de la estación, y enlazar y poner en camino a sus archivos robados con ella. Las comunicaciones estaban restringidas en esta base, por supuesto, pero si ibas lo suficientemente alto en la cadena de mando, siempre había alguien que podía hablar con alguien más. Y dado que cualquier oficial tan tonto como para arriesgar su carrera robando un uso de las comunicaciones de un oficial superior probablemente no habría sido asignado aquí en primer lugar, los técnicos muy probablemente ni se molestaban en mirar muy de cerca los mensajes que se estaban generando. Y aun si lo hicieran, no verían la adición de Atour si no sabían exactamente dónde y cómo buscar.

La rendija en la armadura de los seres poderosos era que creían que el poder los hacía más inteligentes, así como a prueba de blásteres. Según la experiencia de Atour Riten, ninguna de esas cosas era cierta.

Tejió un complicado patrón a dos manos frente a la cámara de la computadora, que comenzó el rastreo de frecuencias de comunicación, en busca de un viaje. Con el tiempo encontraría uno. No había ninguna prisa.

Mientras tanto, era hora del almuerzo.

35

SUITE DE EJERCICIO, NIVEL EJECUTIVO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Motti se enorgullecía de mantener la forma. Desvestido hasta la ropa interior deportiva y bañado en su propio sudor, estaba ejercitando en la habitación de gravedad pesada de ejecutivos, a la que había configurado a un tirón de tres g. Sólo permanecer de pie en un campo así era un esfuerzo. Cada movimiento requería tres veces la energía de lo que lo hacía normalmente. Incluso saltar era arriesgado… un aterrizaje en un mal ángulo y podrías romperte un tobillo. Si tropezabas y caías, el impacto podría romperte fatalmente el cráneo.

Motti recogió un trío de bolas de entrenamiento de densoplástico, cada una del tamaño de un puño. En cualquier otro lugar en la estación pesarían alrededor de un kilo cada una; en la sala de GP eran tres cada una. Hacer malabarismos con ellas hacía que sus músculos ardieran rápidamente. Sus hombros, brazos, manos, espalda… todos protestaban por el esfuerzo mientras tiraba y cogía las bolas. Podía hacer los tres patrones más básicos: la cascada, que era el más fácil; la cascada inversa, un poco más difícil; y la ducha, en el que todas las bolas hacían círculos en la misma dirección. Si se le caía una era por lo general durante el patrón de la ducha, y lo primero que había aprendido al hacer malabarismos en la sala de GP era apartar los pies si se le caía una pelota. Tres kilos en movimiento tres veces más rápido de lo normal podrían fácilmente romperle los huesos o aplastar los dedos del pie.

Hoy, a pesar del ardor en sus músculos, era una máquina, moviéndose a la perfección, y las bolas se mantenían en el aire, moviéndose en sincronía sin ningún defecto. Era consciente de que un par de oficiales superiores lo estaban observando desde una esquina de la habitación, y sonrió para sí mismo. Estar en forma era importante. Ser físicamente más fuerte que los hombres a tu alrededor hacía que te miraran con el nivel más básico de respeto: *Hazme enojar, y puedo partirte a la mitad*. Él no era, ni nunca sería, un oficial gordo y fuera de forma de escritorio que jadeaba y se quedaba sin aliento si tenía que subir un tramo de escaleras.

Comenzó a hacer malabares con las tres bolas pesadas más rápido, acortando los arcos, trayendo los codos más cerca de su cuerpo, apretando el patrón. Las bolas, que habían estado volando por encima de su cabeza, se establecieron más abajo, y la persistencia de la visión y hacía que casi se vieran como si fueran una rueda girando sobre un eje en frente de él. Pronto iba a ser capaz de añadir otra al círculo y hacer malabares con cuatro. Podría parecer algo trivial, pero no lo era. Era una metáfora de cómo vivir la vida. Un hombre podía hacer casi cualquier cosa que quisiera, si lo quería lo suficiente.

CANTINA EL CORAZÓN DURO, ESTRELLA DE LA MUERTE

El sargento Stihl no pasaba mucho tiempo en los bares o cantinas. De vez en cuando iba, sobre todo para mostrar que era un soldado regular que no le importaba tomar un par de cervezas con los otros hombres, pero no tan a menudo. Una tarde que pasaba en una cantina era una en la que podría haber estado ejercitando sus artes marciales o leyendo algún tratado epistemológico. Además, las sustancias que alteraban la mente le hacían cosas malas a tus habilidades motoras, y era difícil vencer la inercia de un par de cervezas o algún químico embota cerebros una vez que terminabas. Entonces resultaba mucho más fácil, quedarse sentado en una silla suave y ver los holos de entretenimiento que salir a trabajar, lo que no era, definitivamente, el camino hacia la maestría.

Sin embargo, uno de los soldados de su unidad se había comprometido, y el turno tenía una excusa para celebrar, así que Nova los había acompañado, ya que el hombre también era alumno suyo.

Era un buen lugar. Limpio, bien ventilado, la multitud era ruidosa, pero no demasiado. Obviamente era el lugar donde ir fuera de servicio en este sector, ya que sólo había sitio para estar de pie. Y la cerveza estaba fría.

Notó un hombre de seguridad vigilando las cosas, y después de unos minutos de verlo subrepticiamente mirar a la multitud, Nova lo marcó como a un jugador. Su cabeza y hombros sobresalían por encima de la mayoría de la gente, pero no era dependiente sólo de su tamaño… eso era obvio. El hombre era un luchador. Nova no sabía qué arte practicaba o qué tipo de movimientos de combate tenía, pero definitivamente había algo allí. Después de tantos años de bailar el baile, uno podía notarlo, sólo por la forma en que un hombre se mantenía de pie o se apoyaba contra una pared. Era sutil… había una atención especial al equilibrio y la postura, una forma de cambiar el peso que, si se sabía dónde buscar, era fácil de ver. Este tipo podía cuidar de sí mismo y también de cualquier otro de aquí que quisiera darle problemas.

Excepto por el sargento Stihl, por supuesto.

Sonrió a su cerveza. Sólo era la segunda en dos horas, y aún quedaban tres cuartas partes del líquido púrpura. Ya había quemado el alcohol de la primera jarra, y no tenía intención de continuar bebiendo lo suficiente para embotar su ingenio. Sus días de recibir golpes en público habían pasado… ¿qué sentido tenía tener habilidades en un arte marcial si estabas demasiado borracho para utilizarlo cuando surgía la necesidad? Una vez había visto a un jugador bunduki, un tipo que había ganado combates de nivel superior, ser molido a golpes en una cantina durante un descenso a tierra. El jugador se había metido en una discusión con un local, y como estaba borracho le habían pateado el culo bastante fuerte, a pesar de su habilidad. Nova no iba a encontrarse a sí mismo en esa posición, no si podía evitarlo. Y no iba a cantinas para pelear… eso era simplemente estúpido. Nunca sabías quién tenía una vibrohoja escondida en el bolsillo, o un par de amigos que iba a saltar inesperadamente para ayudarlo cuando le sacaras ventaja.

Nova se preguntaría después, si realmente había algo de cierto en la teoría metafísica que pensar esos pensamientos les daba una mayor probabilidad de ocurrencia. Tal vez si

hubiera estado pensando en lavar la ropa o llevar a los trabajadores al comedor, el tipo que pasaba caminando no se habría tropezado en ese momento. Tal vez. O tal vez tenía algo que ver con el Parpadeo.

Parpadeo era su nombre privado para una habilidad que tenía de anticiparse a las cosas, especialmente los movimientos de los oponentes. Muchas veces, durante una pelea, él sabía de alguna manera, *antes* de que comenzara el movimiento, adonde el otro tipo iba a lanzar un codazo o una patada. Por supuesto, ser capaz de anticipar el próximo movimiento de tu rival era la esencia de la buena lucha, pero el Parpadeo iba más allá de eso. Ni siquiera los años de práctica podían decirle, por ejemplo, si un antagonista estaba a punto de activar un confundidor portátil oculto, un dispositivo que alteraba los sentidos y podía hacerte perder el equilibrio. O si otro luchador venía girando la esquina como respaldo al primero. Pero estas cosas y otras, le habían pasado a Nova. Y lo había sabido. De algún modo.

Fuera cual fuera la razón, vio al hombre, que llevaba una bandeja de jarras de cerveza que había recogido en la barra, enganchar su bota en la pata de un taburete, y como el taburete estaba trabado, la pata no se movió. El tipo comenzó a caer directamente hacia Nova que, sin pensarlo, se puso de pie, extendió la mano izquierda y empujó suavemente el hombro del hombre que caía, desviándolo hacia el costado para que en lugar de tirar la bandeja de jarras en el regazo de Nova, el hombre pasara de largo y cayera medio metro a la derecha.

Las jarras volaron, lanzando gotas de cerveza espumosa en todas direcciones. La bandeja golpeó el piso delante de su antiguo dueño, que logró detener su caída con las manos. Entonces, grande, borracho y muy irritado, se levantó del piso y giró para enfrentar a Nova.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó Nova.

—¡No, *no* estoy jodidamente bien! ¿Por qué me hiciste tropezar?

Nova meneó la cabeza.

—No lo hice. Enganchaste el pie en ese taburete de ahí.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Sólo diciéndote lo que vi.

—Me hiciste tropezar, ¡y luego me *empujaste*!

—No. Sólo evité que cayeras encima de mí. Lo siento. Fue un reflejo.

El hombre cerró las manos en puños. Su rostro, se puso aún más rojo de lo que ya estaba. Nova suspiró. Conocía las señales. En cualquier segundo ahora…

El hombre dio un paso y lanzó un golpe fuerte de derecha hacia la cara de Nova. Nova giró la cabeza, levantó la mano izquierda para desviar un poco el puño y con la palma abierta de su mano derecha golpeó al atacante en la sien izquierda, haciéndolo tambalear. Antes de que el hombre pudiera hacer más que parpadear, Nova cambió las manos de posición y golpeó la base de su mano izquierda en la sien derecha del hombre. El hombre volvió a caer, no inconsciente, pero no muy lejos de estarlo.

—¿Has terminado, sargento? —vino una voz suave detrás de él.

Nova había presentido, más que visto, al gran hombre de seguridad acercarse por su derecha.

—Creo que sí. —Nova se volvió para encontrar al portero irguiéndose ante él.

—Teräs käsi —dijo el portero. No era una pregunta.

—Sí.

El hombre más grande asintió.

—Línea alta, herramientas en espejo. Muy bueno. Soy Rodo.

—Nova Stihl.

Pasaron un par de latidos del corazón.

—Fuiste un poco lento en llegar —dijo Nova.

—En realidad no. Te vi reaccionar. No pensé que necesitaras ayuda. —Rodo miró al hombre aturdido.

—Y querías ver.

Rodo se encogió de hombros.

—Claro. ¿Tú no?

Nova sonrió.

—Oh, sí.

La sonrisa de Rodo igualó la suya.

—Yo invito la próxima cerveza.

—Creo que ya he terminado de beber.

—Sí, por eso la ofrecí. —Hizo una pausa, luego agregó—: Hay un tipo que da clases de teräs käsi en los niveles inferiores.

—Ese soy yo.

—¿Tal vez yo podría pasar a ver?

—Eso me gustaría. Serás bienvenido cuando quieras

Rodo se inclinó y, casi sin parecer esforzarse, puso al hombre todavía confundido de pie.

—¿Qué te parece si terminamos por esta noche y volvemos a casa, eh, amigo?

El hombre asintió.

—Sí. Estoy muy cansado. ¿Que pasó?

—Te tropezaste.

—Oh, vaya.

Nueva Stihl esperó hasta que Rodo tuviera al borracho firmemente agarrado antes de volver a sentarse. Se dio cuenta de que los demás soldados en las mesas lo miraban con una cierta cantidad de… algo… en las caras. ¿Sorpresa? ¿Asombro? ¿Respeto? ¿Miedo?

Todos los anteriores, probablemente.

—Yo invito la próxima ronda —dijo Nova—. Para celebrar la unión del sargento Dillwit y su pobre y desafortunada prometida.

Los hombres rieron, y con eso terminó todo.

Memah Roothes estaba preparando una bebida que se componía de diez capas de líquidos de diferentes colores, y requería de cierta precisión para evitar que los fluidos se

mezclaran el uno con el otro. Había vertido las primeras siete en un vaso cilíndrico tan largo y grueso como el antebrazo de Rodo. Las tres últimas capas eran las más difíciles, pero mientras ella mantuviera una mano firme, lo conseguiría. Manipular las varias densidades era un dolor de glúteos, pero el brebaje, que alcanzaba para cuatro, salía por cincuenta créditos, así que valía la pena los cinco minutos que tomaba. Cuando acabó, Memah se hizo atrás y lo miró. Perfecto.

Rodo apareció al final de la barra mientras la droide mesera recogía la bebida, llamada, por alguna razón que Roothes nunca había entendido, «Un paseo por el bosque phelopeano», y se alejó rodando.

—Buen trabajo —dijo él.

—Gracias. Tú también ¿Vi que no echaste al sargento?

—No. Defensa propia pura. Yo habría hecho lo mismo.

—Cayó bastante rápido.

—Sí. El tipo es muy bueno, un luchador de clase sistema, fácilmente. No esperaba encontrar alguien así aquí en medio de ninguna parte.

—¿Por qué no? Es una nave de guerra, ¿verdad?

—Sí, pero los realmente buenos o están en los campos de matanza *usando* lo que saben o en la civilización enseñando a los reclutas. Lo primero está bien, lo segundo es un desperdicio. Aquí, es simplemente inusual.

Memah sacudió la cabeza.

—Hombres. Siempre con la violencia. Quieres ir por un par de rondas con este tipo, ¿verdad?

Rodo sonrió.

—No me molestaría. Si quieres permanecer en forma, tienes que afinarte contra los mejores que puedas encontrar. Sólo una competencia amistosa. Nadie saldrá herido… bueno, no demasiado herido.

Memah volvió a sacudir la cabeza.

Rodo se alejó.

A pesar de que estaba ocupada, captó un vistazo de Ojos Verdes sentado en la esquina tomando una cerveza. Ese sí que era un hombre interesante. Un zelosiano, había dicho; no era una especie con la que nunca se hubiera encontrado antes. Había navegado un poco en la HoloRed buscando datos generales sobre su especie y encontrado asombrosamente poco. Parecían ser una extraña mezcla genética de plantas y animales, incapaces de mestizarse con otros humanoides, no que estuviera muy preocupada acerca de eso, no tenía una necesidad urgente de niños en su futuro.

Lo encontraba extrañamente atractivo. Sí, tenía una sonrisa fácil y unos modales relajados, y no era desagradable a la vista, pero era más que eso. Había una especie de… resonancia, si era la palabra indicada. Como si se hubieran conocido mutuamente durante mucho tiempo, a pesar de que se habían conocido recientemente.

Él fingía ser un contratista de éxito moderado, pero lo que fuera que sea, él no era eso. Le había pedido a Rodo que también hiciera una pequeña investigación sobre él, y en

cuanto concernía a esta estación, no existía ninguna persona llamada Celot Ratua Dil. Lo que significaba que era un truhan de algún tipo, trabajando en los ángulos, y su corazón dio un vuelco cuando ella se había enterado.

Sacudió la cabeza mientras llenaba media docena de tazas de puré de algas negro mon calamari y se preguntó, no por primera vez, la pregunta: ¿por qué no podría ella encontrar a un hombre decente, trabajador y normal que quisiera que envejecieran juntos? ¿Por qué era que siempre la atraían los chicos malos, los que no tenían ni dos créditos honestos que juntar, ninguna perspectiva real?

Memah suspiró mientras preparaba otro trago. Ah, bueno… si no fuera por besar chicos malos, ella nunca habría besado a nadie en absoluto. No que hubiera tenido mucho de incluso eso últimamente.

Dejó los tragos.

—¡La orden está lista! —dijo.

La droide mesera vino a recoger la bandeja.

Bueno, iba a estar atascada aquí por otro año y pico antes de que terminara su contrato. Tal vez Ojos Verdes podría hacer que el tiempo pasara más rápido.

36

SIMULADOR DEL SUPERLÁSER, SECTOR THETA, ESTRELLA DE LA MUERTE

Al jefe suboficial Tenn Graneet le habían asegurado que la reproducción de la sala de control de la batería del superláser era una réplica exacta de la que aún estaba inacabada, hasta el último remache. Cada función que se encontraba en el arma definitiva pronta a entrar en funcionamiento estaba replicada en el simulador. El equipo de artillería iba a pasar largas horas de entrenamiento en las consolas simuladas, programando en sus cerebros el complicado procedimiento de disparo, de modo que cuando la verdadera sala de control se pusiera en funcionamiento, el cambio a la cosa real sería tan fácil como caerse de un bantha.

Lo que era bueno, porque la batería superláser no era una instalación simple. Era, de hecho, mucho más compleja que cualquier control de armas en una nave de la Armada Imperial que Tenn nunca hubiera encontrado. Había bancos de interruptores iluminados codificados por color para cada uno de los ocho sub-rayos tributarios; una doble fila de monitores alrededor de la pared que mostraba cada una de las funciones del reactor y generador de hipermateria; lecturas de sensores desde el corazón del reactor a los amplificadores e inductor de campo, el eje del rayo… tomados en conjunto, hacían que el arma más grande de un destructor pesado pareciera un juguete para niños. Cada componente tenía que ser precisamente afinado y enfocado. Si el imán de enfoque del haz principal estaba desviado un nanómetro, los rayos tributarios no se unirían, y había una buena posibilidad de explosiones de desequilibrio en el eje del rayo, si los tributarios no se pulsaban *exactamente* en el momento adecuado y en la secuencia apropiada. Los técnicos e ingenieros tendían a desestimar esa posibilidad como demasiado pequeña como para preocuparse. Era una posibilidad entre cien millones, decían. Tenn no se iba a tragar eso. Cuando se trataba de algo tan potencialmente mortal, no había probabilidades lo suficientemente remotas. Era cierto que había dispositivos automáticos a prueba de fallos, pero Tenn —ni ningún jefe digno de la sal en él— confiaba en ellos tanto como podía pasear en el duro vacío. Algunos de esos ingenieros vivían en ganchos celestiales tanto más arriba de las nubes que se habían olvidado de cómo era el suelo. Si un diseñador de armas no estaba dispuesto a estar a su lado cuando era probada, bueno, Tenn tampoco veía ninguna razón para estar allí.

Disparar un monstruo como este no era como tirar del gatillo de un bláster. El tiempo óptimo sería de quince o veinte segundos desde recibir la orden de fuego hasta que el haz principal estaba listo para ser desatado, y todavía no habían conseguido llegar ni cerca de eso. La mitad de las veces durante las simulaciones de fuego no podían equilibrar los armónicos de fase lo suficiente para disparar el haz primario. E incluso si el anillo magnético era precisamente estabilizado, todo lo que haría falta era que uno de los

tributarios se saliera tanto como un microhertz fuera de fase, y el resto también se desincronizaría. El resultado sería una explosión por retroalimentación a lo largo del eje del rayo y hasta el reactor principal que a su vez convertiría a la estación de combate en una nube de plasma incandescente en menos de un solo latido, y el Imperio daría las gracias a sus familias por su sacrificio.

Eso no iba a suceder mientras él estuviera cargo, juró Tenn. Para cuando la verdadera batería estuviera en funcionamiento, Tenn esperaba que su equipo ejecutara el programa tan suave como lubricante en una placa de densecris pulido. Pero todavía no estaban allí. Ni siquiera a menos de un parsec de distancia.

Afortunadamente, había un montón de tiempo para la práctica. La tripulación, la mitad de los cuales Tenn había traído de su antigua unidad, con la ayuda de su nuevo comandante, estaba lo suficientemente afinada, pero se requerían doce personas para hacer que la batería encendiera correctamente el gran cañón y lo hiciera disparar, y cada uno de ellos tenía que hacer su parte perfectamente. No había margen para el error. Hasta el momento, en la primera docena de ensayos, habían sido capaces de disparar el haz primario cinco veces en un minuto de la orden. Una vez habían demorado dos minutos, y cuatro veces no habían sido capaces de enfocar correctamente todos los afluentes, lo que resultó en un completo fracaso del disparo. Una vez la computadora había registrado una ondulación menor del rayo que habría dado lugar a una parada automática de la alimentación de energía primaria para evitar daños, lo que significaba que habría tomado una hora antes de volver a levantar la secuencia de encendido. ¿Y no habría sido *ese* un trabajo encantador, recalibrar todo mientras las baterías de tierra de una base rebelde te arrojaban dura energía?

Además de los problemas reales, habían hecho la simulación de un fallo mayor de ejecución con múltiples ondulaciones de rayos y desarmonía de fases. En teoría, la computadora podría haber apagado eso a tiempo, pero Tenn creía que ese informe era optimista. En una situación real, con un arma completamente energizada, era más probable que eso hubiera convertido a un montón de seres, equipo y todo lo demás en iones siseantes corriendo hacia los bordes de la galaxia.

—Bien, chicos, vamos a ver si podemos hacerlo bien esta vez. Quiero que todo sea al pie de la letra y limpio. Si mueven el interruptor equivocado, estarán en patrulla de cocina por una semana. Si son demasiado lentos en equilibrar las fases, mejor que se consigan unos tapones para la nariz, porque *van* a fregar los compactadores de basura hasta que brillen. Si se cae una lectura de los inductores, se encontrarán paleando los corrales de animales hasta que huelan como el extremo sur de un reek que va hacia el norte. ¿Está claro?

—¡Sí, jefe! —vino el coro de respuestas.

—¡Repitan, que no los he oído!

—¡Sí, *jefe*!

Sonrió bajo el casco protector, luego hizo una mueca cuando un riachuelo de sudor le entró en un ojo. El maldito casco sería menos que inútil si les salía el tiro por la culata,

pero sería un genial dispositivo de tortura para interrogar a los verdaderos espías. Cierto, era política de la armada que los artilleros los usaran, pero quienquiera que había diseñado estos cubos negros no tuvo que pasar todo un turno en uno. Sólo hacían el trabajo más difícil al restringir la visión periférica y esencialmente garantizar que pasabas la mayor parte del turno golpeándote la cabeza contra tubos, puntales, mamparos y similares. También eran calientes y sofocantes. Tenn estaba bastante seguro de que alguna cabeza de bota los había diseñado por el aspecto y no la función. Cuando nadie estaba alrededor, dejaba que los hombres y mujeres se quitaran los cascos y respiraran un poco, pero dada la naturaleza de esta simulación de batería, algunos oficiales que querían hacer las cosas al pie de la letra siempre caían a mirar asombrados.

—Tenemos la orden de comenzar la ignición primaria —dijo—. Comenzando… ¡*ahora*!

Tocó el control del temporizador y vio pasar los segundos mientras comenzaba el coro de informes:

—Nivel del reactor de hipermateria al cien por ciento. La alimentación de los tributarios del uno al ocho está despejada…

—El amplificador de energía principal está en línea…

—El amplificador de campo de disparo está en verde…

—Estamos listos para la alimentación del generador de inducción de hiperfase…

—Los campos de rayos tributarios están alineados…

—El generador del campo de objetivo está iluminado…

—El imán de enfoque del rayo primario a tope de gauss…

Tenn miró el temporizador. Hasta ahora, todo bien. Pero entonces:

—Tenemos una contención en el tributario cinco. Repito, tenemos *naranja* en T-5. Desarmonía en el subenrutador.

—¡Arréglalo, soldado! —dijo Tenn. Volvió a mirar al temporizador. Veinticuatro segundos—… ¡Arréglalo *ya mismo*!

El sudoroso técnico del T-5 tocó botones, movió deslizadores y pivotó palancas.

—Rearmonizando… la ondulación se aplana… en cinco, cuatro, tres, dos… T-5 está limpio, ¡estamos *listos* en T-5!

Tenn revisó su tablero. La última luz anaranjada se apagó y todo estaba en verde. Apartó el protector de seguridad de la palanca encima de su cabeza y tiró de ella hacia abajo.

—Ignición primaria alcanzada con éxito —dijo la computadora.

Hubo un festejo de la tripulación, y Tenn sonrió.

—Treinta y ocho segundos. Es un nuevo récord, incluso con la falla, pero podemos hacerlo mejor. —Se quitó el casco—. Reinícienla. Si superamos los treinta segundos antes de que el cambio o el tercer turno lo haga, yo voy a comprar la cerveza.

Festejaron, y volvieron al trabajo con más voluntad. Una vez más, sonrió. Nada parecía motivar a un equipo tanto como el señuelo de la cerveza gratis.

37

SIMULADOR, SECTOR DELTA 7, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vil Dance volaba como un hombre poseído por un espíritu libre, tan bien como siempre había pilotado un caza TIE, realmente agudo, lo sabía… y sin embargo no era lo suficientemente bueno. ¡No importaba cómo zigzagueara o frenara de golpe o se zambullera, el atacante seguía justo detrás de él! No podía sacudírselo… la otra nave era como alguna sombra imposible, imitando cada uno de sus movimientos.

Vil hizo una caída con potencia, pero el perseguidor se quedó justo detrás de él como si estuviera soldado al TIE de Vil. Rodó, se puso vertical y la cola todavía estaba allí. No había disparado ni un tiro.

—Muy bien —murmuró entre dientes—. Vamos a quemar algunas g, amigo. Forzó al TIE en un giro de casi noventa grados a estribor, casi desmayándose por el irresistible tirón de la gravedad que se elevó al menos a cuatro g. Y el misterioso caza negro no sólo lo igualó, sino que lo hizo parecer fácil. Vil, casi podía oír a su némesis detrás de él bostezando. Si pudiera sacudírselo el tiempo suficiente para girar, al menos podría lograr una maniobra desesperada que los pilotos llamaban LDM: Los Dos Morimos. Se llevaría al hijo de un raitch con él.

Pero ya era demasiado tarde para eso. Abruptamente los cañones de iones de su contrincante refulgieron. Una luz blanca llenó la cabina, y mientras lo cegaba, Vil escuchó:

—Su nave ha sido destruida. —No se suponía que la voz del simulador de vuelo tuviera ninguna inflexión, pero Vil estaba seguro de que escuchó un petulante tono de *¡te atrapé!*

—Apagar simulador —dijo Vil. Estaba disgustado consigo mismo. La holoproyección se apagó, y él se inclinó hacia atrás en la silla fluyeforma de control y suspiró.

Había pensado —esperado— que las cosas de artes marciales que había estado estudiando harían una diferencia. Después de un par de meses de clases, sentía que se había vuelto un poco más agudo. Y era cierto, se había dado cuenta al mirar las lecturas; los temporizadores habían comprobado su tiempo de reacción. *Era* más rápido.

Pero no lo suficientemente rápido como para superar al simulador.

Desde que el novato Kendo había muerto, más de un mes atrás, Vil sentía que estaba fuera de su juego. No era nada dramático… todavía podía volar mejor que cualquiera en la estación de combate, sin lugar a dudas. Pero todavía se sentía menos que óptimo.

No había sido *su* culpa. El muchacho había sido imprudente. Terminó masticando vacío por ello, y no había nada que Vil pudiera haber hecho.

Pero había sido uno del Escuadrón Alfa, y como tal, Vil se sentía responsable. Nunca antes había tenido una muerte en su escuadrón. Sentía que él debía hacer algo más que el servicio conmemorativo obligatorio, las expresiones de condolencias a la familia través de un holo. Pero no tenía ni idea de qué.

Habría sido una cosa si Kendo Nond hubiera muerto en el fragor de la batalla. Pero irse en algo tan tonto como un ejercicio de entrenamiento… era tan *sin sentido*.

De hecho, había veces cuando a Vil todo le parecía bastante sin sentido. Y estos pensamientos, estas sensaciones, lo perturbaban… casi tanto como la muerte del muchacho.

Él había firmado para ser piloto de combate del Imperio; se había imaginado que estaría volando como un cohete a través del cosmos, disparándole a los malhechores en nombre de todo lo bueno en la galaxia. Pero hasta el momento, las únicas muertes que había visto eran las de un variopinto grupo de convictos escapados que habían robado una lanzadera y un muchacho demasiado engreído para vivir.

No era exactamente cómo lo había visualizado.

—¿Tiempo de lucha? —preguntó.

—Dos minutos, catorce segundos —dijo la computadora.

Las cejas de Vil se levantaron ante esto. No había parecido tanto tiempo durante el combate. Ese era un mejor tiempo personal contra el simulador del coronel Vindoo Barvel, el único hombre que había aguantado aunque fuera algunas respiraciones contra Darth Vader. Vil se preguntó cómo le iría contra un simulador de Vader. No es que alguna vez fuera a descubrirlo; le gustaría conocer al tipo lo bastante loco y tonto como para pedirle al hombre de negro que permitiera que lo analizara y grabara en holo mientras que fingía pilotar un TIE. Para bien o para mal, lo más probable sería que Vader le cortara la cabeza al hombre con esa extravagante espada láser que usaba.

De todos modos, él había aguantado sus dos segundos más que nunca antes. Tal vez estas cosas mano a mano que enseñaba Stihl tenían algún mérito, después de todo. Se sentía un poco mejor.

—¿Dónde estoy en el ranking general?

—Entre los pilotos imperiales en servicio, usted está actualmente en el puesto diecinueve de esta simulación.

Hmm.

—¿Entre cuántos?

—Doscientos treintaicuatro mil ciento doce.

Bueno, así que no era *demasiado* malo. ¿Sólo había dieciocho pilotos por delante de él, entre casi un cuarto de millón? Ciertamente no era nada de lo que avergonzarse…

Vil suspiró. Se inclinó hacia atrás en la fluyeforma.

—Prepárala otra vez —dijo.

—Comienzo de la simulación en diez segundos. Nueve… ocho… siete… seis…

Vil respiró hondo y agarró los controles.

BIBLIOTECA Y ARCHIVOS, CUBIERTA 106, ESTRELLA DE LA MUERTE

Atour había estado trabajando en un problema de recuperación de datos durante casi una hora cuando se dio cuenta que alguien estaba parado detrás de su silla. Frunció el ceño y se dio la vuelta, listo a regañar a quienquiera que fuera por entrometerse en el santuario de su oficina.

Pero las palabras murieron sin pronunciarse. De pie detrás de él, lo bastante cerca como para tocarlo, había un droide, uno de los nuevos modelos bibliotecarios. No había tenido la oportunidad de ver uno antes, aparte de en holocatálogos y material de ventas. Era algo parecido a un droide de protocolo estándar bípedo, salvo por que su color era azul metálico en vez de dorado, con un resplandor azulado en sus fotorreceptores. La cabeza también era un poco más grande, lo que reflejaba su capacidad de memoria aumentada.

—¿Sí?

—Buen mediodía, señor. Me han ordenado presentarme a usted para mi asignación.

¿Qué era ese acento? Sonaba como alto coruscanti. Muy sucinto y elegante. Nunca había oído a un droide afectar un acento antes, y la sensibilidad de clase alta que transmitía hizo que Atour ocultara una sonrisa.

—¿En qué capacidad?

—Señor, soy bibliotecario. Estoy aquí para ayudarle con cualquier cosa que pueda requerir[12].

Requerir. No era una palabra que uno soliera escuchar del vocabulador de un droide. O cualquier otra persona, para el caso. A veces Atour pensaba que era el último hombre con educación clásica en la galaxia.

—¿Enviado por quien?

—El almirante de sector Poteet, señor.

—Ya veo. ¿Y tu nombre?

—Soy modelo P-RC-tres.

—No no, no tu número de modelo. Tu nombre.

—No tengo nombre, señor. —El tono pulido sonaba de alguna forma desaprobador—. Soy un droide.

—¿Quién te programó?

—Mi programación principal fue instalada por Lord Alferon Choots Bemming, el dueño y director de operaciones de Sistemas Bibliotron.

Ah.

—En el Centro Imperial.

—Sí, señor. —Otra vez el subtexto sutil, que esta vez logró dar a entender, *¿dónde más?*

---

[12] *... in whichever way you deem felicitous* en el original, más palabras rebuscadas en inglés, que Atour vuelve a festejar, como ya había hecho en el capítulo 25. *(N. del T.)*

Atour, por supuesto, había oído hablar de Lord Alferon, el inventor amateur y heredero de la fortuna de Envíos Bemming. La familia poseía una de las mayores bibliotecas privadas de copias impresas de libros en la galaxia, más de siete millones de volúmenes, algunos que se remontaban a la Edad de Oro. Lord Alferon supuestamente era tan rico que podría comprar un planeta, cubrirlo hasta las rodillas de metales y joyas preciosas, y luego utilizar la rumoreada arma del juicio final de esta estación de combate para volarlo en átomos sin hacer un hueco notable en su erario. También era una especie de experimentador, y era dueño de una empresa de diseño de droides donde pasaba una gran parte de su tiempo personal. Atour pensó con nostalgia en la biblioteca del hombre rico. Había gente que mataría por trabajar allí, y él estaba en primera fila entre ellos. Siete millones de libros. Suspiró. Eso hacía doler el corazón de uno.

—Está bien, entonces. De ahora en adelante, responderás al nombre de «Percé». ¿A menos que tengas alguna objeción?

—Ninguna objeción, señor. —¿Era el tono del droide ligeramente más frío? Bueno, si era así, era una lástima.

—Bueno —dijo Atour—. Ahora ven aquí y haz algo útil. Hay un cuello de botella en este sistema de acceso, aquí… —señaló en la holopantalla—… y lo quiero eliminar. Encuentra una manera.

—Muy bien, señor. ¿Será eso todo por ahora?

—Eso es suficiente, me imagino. ¿Cuánto tiempo estimas que tardarás?

El droide se adelantó, tocó varios controles en la holoconsola, y vio como un montón de palabras y números se desplazaban hacia arriba tan rápido que ningún humano podría leerlas. Después de unos segundos tocó un segundo control. Los caracteres alfanuméricos se detuvieron y el droide se quedó allí parado en silencio.

Atour contó lentamente hasta cinco.

—Ibas a darme una estimación del tiempo necesario para eliminar el cuello de botella.

—Innecesario, señor. El problema ha sido solucionado.

Atour parpadeó.

—¿En serio?

—Por supuesto, señor. ¿Hay algo más?

Atour sonrió. ¡Un asistente competente! ¡Qué maravilla! Mejor un solo droide que sabía lo que hacía que cualquier número de torpes seres orgánicos.

—No, creo que es todo por ahora. Muchas gracias, Percé. Te lo agradezco.

—Es mi función, señor. ¿Le gustaría un té mientras determina mi próxima tarea? He comprobado las alacenas de la cocina y puedo ofrecerle la opción de Jaspe Manellano, Kosh, Kintle Fruta Azul…

Ahora Atour Riten rió a carcajadas. Tal vez este puesto no sería tan oneroso después de todo.

38

BAHÍA DE ACOPLAMIENTO 35, DESTRUCTOR ESTELAR CLASE IMPERIAL *INTRÉPIDO*

El almirante Motti estaba complacido de que el almirante Helaw hubiera hecho tan buen trabajo con el *Intrépido*. Era una vieja nave, en la línea durante una década antes que cualquier otra en este cuadrante y a pesar de eso, brillaba como una refulgente moneda de un crédito nueva. Todos los sistemas estaban en orden, y Helaw, que iba a retirarse tan pronto como se terminara este proyecto, era de la vieja escuela, un hombre que se había ganado su rango en el frente de una docena de grandes batallas. Cuando las armas comenzaban a funcionar, querías a un hombre como él cuidándote la espalda… recibiría el rayo en su propio pecho antes de permitir que te golpeara por detrás.

Mientras los dos hombres caminaban por el pasillo a la bahía de acoplamiento donde esperaba la barcaza de Motti, su charla era fácil e informal. Se conocían desde hacía mucho, Helaw había sido capitán en el *Tormenta de iones* cuando Motti había conseguido su ascenso a primer teniente. Que Motti finalmente hubiera pasado por los escritorios en Centro Imperial y hecho contactos que le permitieron elevarse más allá de su antiguo comandante hablaba de su ambición e inteligencia en la materia. Helaw nunca había disfrutado de la política, a pesar de que Motti había tratado de interesarlo. Al hombre de más edad no le importaba… lo único que quería hacer era tomar su nave y calcinar al enemigo, y era tan bueno en eso como cualquier hombre en la armada. Asignarlo a un escritorio hubiera sido un desperdicio, Motti lo sabía, a pesar de que habría sido un formidable moff, si hubiera querido ir por ese camino. Mucho mejor que Tarkin, cuyas habilidades políticas eran superiores a las del propio Motti, pero cuya comprensión de estrategia y tácticas de trabajo era muy inferior a la de Helaw.

—¿Así que crees que esta estación que parece un gran tanque que Wilhuff está construyendo está saliendo bien?

—Lo está. Y ahora que yo estoy a bordo, lo hará aún más rápido.

Helaw rió.

—Nunca te falta confianza en ti mismo. Conan[13].

Motti le devolvió la sonrisa.

—Ya sabes lo que dicen: A veces equivocado, pero nunca con dudas.

—Todavía creo que es poner demasiados huevos en una sola canasta.

---

[13] *Zi* en el original. Este era el nombre de pila que los autores habían pensado para Motti, pero poco antes de que se publicara el libro, George Lucas dijo en una entrevista con Conan O'Brien que el nombre completo del personaje era Conan Antonio Motti. A pesar de que era en parte una broma, el nombre fue adoptado oficialmente, y se cambió en otras partes de este libro, pero aquí había una omisión a esos reemplazos. *(N. del T.)*

—Vamos, Jaim, has visto las especificaciones, a pesar de que se supone que no debías. La estación es una fortaleza. Tiene más armas que una flota y un arma que casca mundos como si fueran nueces wuli maduras. Nada que los rebeldes puedan lanzarle podrá ni siquiera ralentizarla un metro. Nada que *nosotros* tengamos va a hacerla dudar. Wilhuff puede ser muchas cosas, pero sus ideas sobre esto son sólidas. Los rebeldes no podrán correr lo suficientemente rápido, y ¿si podemos explotar un planeta de debajo de ellos, dónde podrán ocultarse?

—Tal vez.

Estaban casi en la cubierta. Motti se volvió para mirar a su antiguo comandante.

—¿«Tal vez»?

—¿Alguna vez te conté sobre el teniente Pojo?

—No lo creo.

—Hace treintaicinco o cuarenta años, Kan Pojo era el instructor de tiro y armas de mano en la nave escuela *Manifiesto*. Era el campeón de la flota con cualquier tipo de armas que pudieras llevar: carabina, rifle de francotirador, pistola. Podía utilizar una pistola bláster para matar las moscas de una pared a diez pasos. Nunca vi a un hombre que pudiera disparar tan bien como él. Era asombroso.

—Ajá. —Motti resistió las ganas de bostezar. Admiraba y respetaba a Jaim Helaw como a pocos hombres, pero el viejo soldado se tomaba su tiempo haciendo girar el ovillo.

—Nos encontramos con unos pequeños problemas en los Vergesso… unos piratas habían tomado el control de una luna. Nos enviaron a enseñarles que su camino estaba equivocado.

Motti asintió con la cabeza.

—¿Y?

—Pojo quería entrar en la refriega. Había mucho a corta distancia: la única ciudad en la luna estaba en un domo… estamos hablando de un laberinto de calles estrechas y callejones. Nadie podría utilizar armas grandes, porque cualquier cosa más grande que un rifle bláster podría romper el domo. De modo que el OAM pensó: ¿Por qué no?

»Yo estaba haciendo una gira como complemento de la armada, como teniente segundo, y Pojo fue asignado a nuestro escuadrón. Así aterrizamos, entramos al domo, y empezamos a cazar piratas. Eran un grupo andrajoso, tal vez cien, ciento veinte de ellos, pero desperdigados.

»Nuestra escuadra se encontró con un grupo de ellos, unos veinticinco hombres, y comenzó el tiroteo. Pojo estaba derribándolos, izquierda, derecha y centro, como dianas en una galería. Lo único que he visto en mi vida para compararlo es ese viejo holo de Phow Ji matando mercenarios. ¿Lo has visto alguna vez?

Motti asintió con la cabeza. ¿Qué soldado no lo había hecho?

—Así que Pojo mata a la mitad del grupo antes que cualquiera de nosotros ni siquiera pueda sacar nuestras armas, usando nada más que su arma de mano: una pistola pesada

modificada con un condensador de alta potencia para disparar más tiros que el modelo estándar.

»Los sobrevivientes se dispersaron y corrieron, y comenzamos a perseguirlos. Pojo y yo íbamos tras un grupo de cuatro… tres hombres y un rodiano, creo. Pojo sonreía como un gato de arena sobrealimentado; esto era para lo que había nacido.

»Los piratas no podían disparar muy bien, así que se separaron. Yo fui tras los dos primeros, y dispararon hasta que sus armas quedaron secas, momento en el que acabé con ellos. Entonces di la vuelta hasta donde estaba Pojo. Tenía acorralados a los dos últimos, ellos habían agotado sus blásteres, y él había enfundado el suyo.

—¿Enfundó su bláster?

—Sí, para darles una oportunidad. Estaban a seis, ocho metros de distancia. Pojo dice: «Bueno, muchachos, éste es el trato: Aléjense, y si yerro, son libres».

Motti sacudió la cabeza. Increíble.

—Así que los dos, pensando que eran hombres muertos de todos modos, cargaron hacia él. Pojo saca ese bláster modificado más rápido de lo que puedes creer… su mano, la pistola, eran solo un borrón… esos tipos no habían dado ni dos pasos. Prepara un tiro y le da al maldito de la izquierda justo entre los ojos, *¡zap!* Entonces apunta al segundo pirata, que seguía corriendo hacia él y tira del gatillo.

—Déjame adivinar: ¿erró?

—No. El bláster hizo un cortocircuito. *Silbido, estallido, crujido*. El condensador debió haberse sobrecargado, y la pistola se incendió. Pojo la tiró, buscó su respaldo… ningún teniente de artillería llevaría solo un arma, pero en ese momento, el pirata ya estaba en su rostro. El maldito tenía un cuchillo. Sólo una hoja de baja tecnología, ni siquiera una vibro, un paso por encima de un cuchillo de pedernal.

—Para cuando yo pude apuntar y dispararle al pirata, él había enterrado ese cuchillo en la garganta de Pojo. Los médicos no pudieron llegar a tiempo.

Motti sonrió.

—Una estación de combate de miles de millones de créditos no es exactamente un bláster aparejado chapuceramente, almirante.

—Cuanto más compleja sea un arma, es más probable que tenga defectos —dijo Helaw—. Kan Pojo era el mejor pistolero que nunca he visto, entonces o después, pero fue asesinado por lo que esencialmente era una roca afilada cuando su arma de tecnología de vanguardia falló.

—No estoy demasiado preocupado por los piratas con cuchillos, Jaim.

—Deberías estarlo, hijo —dijo el viejo y canoso almirante—. Deberías preocuparte por *todo*.

BARCAZA DEL ALMIRANTE MOTTI, DOSCIENTOS KILÓMETROS DEL PUERTO DE POPA DEL *INTRÉPIDO*

¿Tenía el viejo un punto válido? se preguntó Motti. Era difícil ver cómo. La Estrella de la Muerte era un verdadero acorazado, un gigante entre enanos. Por supuesto, todas las fábulas sobre gigantes solían terminar con que los enanos triunfaban de alguna manera. Tal vez no sería una mala idea, una vez que volviera a bordo hacer una inspección detallada de la superestructura y los planos. Mantenimiento iba a protestar, pero eso no importaba. Después de todo, Motti no había llegado a su rango por asumir que todo era como debía ser. Lo más probable era que el viejo estuviera siendo paranoico. Pero en situaciones como estas, con el destino de la galaxia literalmente dependiendo del resultado, era difícil ser demasiado paranoico…

Motti todavía estaba meditando acerca de la historia de Helaw cuando el Destructor Estelar *Intrépido* repentinamente dejó de ser la nave de línea más antigua en el cuadrante detrás de él.

Con un brillante y silencioso destello incandescente el *Intrépido* explotó.

39

CUBIERTA DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

—Usted estuvo allí —dijo Tarkin.

—Yo no la hice explotar —replicó Motti.

Tarkin contó en silencio hasta diez. Detrás de él, a una discreta distancia, estaba Daala, fingiendo no escuchar su conversación.

—¿Qué pudo haber sucedido?

—Podría haber sido un accidente —dijo Motti.

—Realmente no cree eso.

—No más que usted, señor. El almirante Helaw era tan buen comandante como cualquiera de la Armada Imperial y mejor que la mayoría. No me imagino que un accidente de esta magnitud pudiera ocurrir en una nave que él manejaba.

—El *Intrépido* era una nave vieja.

—Aún así.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Me temo que estoy de acuerdo. —Hizo una pausa—. Sería mejor si *hubiera* sido un accidente.

Motti no dijo nada, pero Tarkin sabía que el hombre no era ningún tonto. Lo entendía.

—Se supone que la reciente visita de Darth Vader había eliminado la amenaza de sabotaje —continuó Tarkin.

—Eso entiendo. Al parecer no lo hizo.

—Si ese es el caso, podríamos, espero, contar con otra visita de Vader en el corto plazo. No es lo peor que nos podría pasar, pero sin duda es otra carga que no necesitamos, con la construcción de la expansión casi completa.

—Uno debería esperar tal visita, sí.

—Mientras que si fuera un accidente, en una nave vieja… una fuga en la válvula de contención de hipermateria, tal vez… eso sería lamentable, pero comprensible, y no habría necesidad de que el representante del Emperador viniera todo el camino hasta aquí de nuevo.

Motti frunció el ceño más profundamente.

—Sería una lástima, sin embargo, que semejante «accidente» fuera plantado a los pies de Jaim Helaw, sería una mancha indeleble en la memoria de un hombre con un registro por otro lado perfecto.

—*Sería* una lástima. Sin embargo, con Jaim muerto, eso en realidad no va a molestarle, ¿verdad? Y no tenía familia.

—La armada era su familia —dijo Motti.

—Precisamente. Y Jaim era leal hasta el hueso. Él no desearía que su «familia» sufriera, ¿verdad?

A Motti no le gustaba, eso estaba claro, pero Motti también era leal. No había necesidad de que Tarkin le recordara su deber. El almirante inclinó la cabeza, un movimiento preciso y militar.

—Muy bien, entonces: un desgraciado accidente, y un único punto negro en una carrera por otra parte brillante.

—Una desgracia, así es —respondió Tarkin—. Y todos seguimos adelante.

Después de que Motti se había ido, Daala se movió hasta quedar junto a Tarkin.

—¿No es eso un poco arriesgado?

—En realidad no. Motti es ambicioso, y sabe que esta estación es su transporte a la grandeza. Va a ser promovido a moff tan pronto como los rebeldes sean vencidos, y sería una necedad de su parte levantar un alboroto acerca de esto. A él le gustaba el viejo… yo también le tenía cierto aprecio… pero nada que podamos decir o hacer va a traerlo de vuelta, y mejor que su muerte nos sirva en lugar de interponerse en nuestro camino. Por lo tanto, fue un terrible accidente. Estas cosas pasan.

Ella asintió con la cabeza.

—Pero eso no resuelve todo el problema, ¿verdad?

Él suspiró.

—Tienes razón, almirante. Todavía tenemos a un traidor entre nosotros que de alguna manera se las ingenió para vaporizar un destructor estelar. Tenemos que encontrar a los responsables, antes de que los rebeldes puedan atribuirse el mérito de esta acción atroz. Y cuando digo *tenemos*, me refiero…

—A mí —terminó ella—. ¿Crees que eso es prudente? Yo debería estar volviendo a mis deberes en las Fauces.

—Aguantarán. Yo te necesito aquí más de lo que ellos allí.

Daala asintió con la cabeza.

—Bueno. Supongo que si ese es mi deber, ¿qué se le va a hacer?

Ella le ofreció una sonrisa. Él se la devolvió.

—Empezaré de inmediato —dijo.

Tarkin se aclaró la garganta.

—Tal vez no inmediatamente. Me parece recordar que había algunos otros asuntos que teníamos intención de discutir.

—¿En la privacidad de tu camarote?

Él volvió a sonreír.

—Precisamente.

CANTINA EL CORAZÓN DURO, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

Teela Kaarz no era una gran bebedora. Claro, tomaría un poco de vino con la cena, una bebida social de vez en cuando, pero era una borracha demasiado feliz, demasiado

dispuesta a hacer cualquier cosa que cualquiera le pidiera sólo por el gusto de hacerlo, y eso la había metido en problemas más de un par de veces. Mejor mantenerse sobria que tener que lidiar con los remordimientos más tarde… ya tenía bastante de aquellos.

Pero aquí estaba, en esta cantina, escuchando a una joven en el pequeño escenario tocando un instrumento de cuerda, algo clásico y tranquilo, apenas audible sobre los sonidos de gente que bebía, reía y hablaba. Estaba allí porque había ganado una apuesta: uno de los otros arquitectos había puesto en duda su capacidad para rediseñar un comedor debido a un cambio de especificación requerido de repente porque alguien había traducido mal un sistema de medición. Mientras que dichas especificaciones decían que la planta de la habitación debía ser de novecientos metros cuadrados, quienquiera que había escrito el plano de alguna manera había utilizado el metro trogano en lugar del metro imperial estándar, y la diferencia no se podía hacer encajar en el espacio disponible, ya que había una variación de 25 por ciento en las medidas.

Cuando había estado estudiando, semejante error hubiera sido impensable, pero la diferencia de la academia a la construcción real era de la noche al día. Sucedía todo el tiempo. Apenas la semana pasada una nave de suministros automatizada se había incrustado en un almacén en Despayre, destruyendo por completo la nave y la mitad del edificio que golpeó, porque alguien había puesto la velocidad de desaceleración del piloto automático en *centímetros* por segundo en lugar de *metros*. Si impactas a cien veces la velocidad que se suponía, hace alguna diferencia.

Vishnare, el arquitecto que había propuesto la apuesta, levantó la jarra a modo de saludo, al igual que las otras cinco personas de su grupo de trabajo, y ella levantó su propio vaso en reconocimiento.

Un grupo ruidoso entró a la cantina justo entonces, ahogando cualquier brindis que Vishnare quisiera ofrecer, junto con la música. Teela miró los recién llegados: media docena de hombres humanos todos vestidos con ropas informales de pilotos.

Sorbió un poquito de su bebida y bajó la jarra. Los pilotos eran ruidosos, llenos de sí mismos, rezumaban arrogancia y exceso de confianza. Una vez ella había salido con un ex-piloto militar que había dejado el servicio y tomado un trabajo volando transportes comerciales en su mundo natal, pero no había dejado atrás la actitud. *Mírenme*, decía, *yo soy mucho mejor que todo el mundo. ¡Puedo volar!*

Esa relación no duró mucho tiempo. Estar seguro de lo que hacías era bueno, pero ¿ser odioso acerca de ello? No tanto.

Los pilotos tomaron una mesa, y una droide fue a tomar sus pedidos.

Teela miró su crono subrepticiamente. Tenía que quedarse un tiempo más sólo para ser cortés, pero como no era muy conversadora, se quedaría allí sentada, sonreiría y sostendría la bebida hasta que pudiera excusarse e irse. Tenía algunas revistas que quería leer, y las habitaciones ruidosas y llenas de gente nunca habían sido sus espacios favoritos. Sin embargo, necesitaba ir a la unidad sanitaria, y mientras que ella prefería hacerlo en su propio cubo, cuando tenías que ir, tenías que ir.

Sonrió, se puso de pie y se abrió camino hacia la unidad sanitaria.

Estaba en camino de regreso a su mesa cuando un tipo grande vestido del verde de los trabajadores de almacenamiento decidió que le daría la oportunidad de disfrutar de su compañía. El hombre se puso de pie y bloqueó su camino.

—Eh, preciosa, ¿por qué vas tan apurada? ¡Déjame comprarte un trago! —Estaba al menos medio borracho, por el olor de su aliento y sus movimientos inestables.

—Gracias, pero ya tengo una bebida. Tengo que volver con mis amigos de allí. —Teela indicó su mesa, cuatro metros detrás de donde el almacenero se tambaleaba sobre pies inestables.

—No, no, te vas a divertir *mucho* más aquí en *mi* mesa, es cierto. —Eructó, y un miasma contaminado de ron flotó más allá de su nariz.

Teela era consciente que ella no era poco atractiva, y en los años desde que la pubertad había re-esculpido su cuerpo, había aprendido cómo lidiar con la atención no requerida. A veces podías rechazarlos con una sonrisa, a veces tenías que poner un poco de acero en la voz, y la mayoría de las veces tenías que decirles abiertamente que no estabas interesada. Los borrachos no siempre captaban las pistas sutiles, entonces fue directa:

—Lo siento. No me interesa.

Se desvió para pasar alrededor de él. Él se deslizó al costado para seguir bloqueándole el camino.

—No sabes lo que te pierdes, preciosa. ¡Soy de *primera*!

—Bien por ti. Díselo a alguien que le importe. —Se dio la vuelta, con la intención de volver por donde había venido y dar la vuelta…

Él la agarró por la muñeca mientras empezaba a alejarse.

—¿Me estás diciendo que no? —Su tono era definitivamente menos amable ahora.

Teela torció la muñeca, tratando de zafarse, sabiendo de antemano que solo serviría para hacer que el almacenero la aferrara más fuerte. Estaba en lo cierto.

La conversación en las mesas que los rodeaban se volvieron más lentas, cuando los parroquianos, la mayoría hombres y la mayoría tan o más borrachos que su aspirante a novio, miraron con interés amodorrado. El almacenero era tan grande como estaba borracho, lo que lo hacía absolutamente formidable. Teela dejó de forcejear, porque en esta etapa era lo que su agresor quería. Había oído que el portero de la cantina era rápido y fiable. Esperaba que sí, porque sabía por experiencia lo rápido que una situación podría volverse realmente fea…

—Oh, mira —dijo una voz de hombre.

Teela se volvió. Era uno de los pilotos. Parecía de alrededor de veinticinco años, y también parecía que, si trabajaba duro y comía sus cereales cada mañana, algún día podría tener un pecho tan grande como el cuello del almacenero.

Genial, pensó. *Un héroe. ¿Dónde está el maldito portero?*

—Te duele la espinilla —continuó el aviador, sonriendo al gran borracho tan inocentemente como un clon recién decantado.

El almacenero frunció el ceño.

—¿La *qué*?

El piloto pateó, un movimiento corto y bajo, y el borde interior de la suela de su bota impactó en la pierna del hombre más grande, justo por debajo de la rodilla. Arrastró el pie abajo por la pierna del hombre más grande y pisó el empeine del almacenero.

—Au… ¡*feke*…!

El piloto puso la mano derecha en el pecho del gran borracho y empujó. Puesto que el otro estaba saltando en un pie, agarrándose la pierna atacada y gritando, requirió muy poco esfuerzo moverlo hacia atrás, donde se sentó pesadamente en su asiento.

Antes de que pudiera hacer más que parpadear de sorpresa amodorrada, apareció como por arte de magia un hombre *muy* grande directamente detrás del almacenero y puso una mano del tamaño de la garra de un wampa en el hombro del hombre sentado.

—¿Hay algún problema aquí? —preguntó con una voz tranquila. Era una voz agradable, sin ningún enojo en ella, pero sin embargo hizo pensar a Teela en la envoltura que cubre el filo de una navaja.

—No —dijo el piloto—. Aquí nuestro amigo se ha pasado un poco de su límite y se sentía inestable sobre sus pies. La dama y yo sólo estábamos ayudándolo a volver a su asiento.

El portero parado detrás del almacenero sonrió.

—Ah. Bueno, entonces, disfruten del resto de la noche. —Bajó la mirada al aturdido almacenero—. Y tú ya te ibas, ¿verdad?

—¿Whuh?

—Bien dicho. Déjame acompañarte a la salida.

Cuando se habían ido, Teela le dijo al piloto:

—No quiero parecer descortés, pero eso no fue necesario.

—Cuando un hombre le pone las manos encima a una mujer que no lo desea, creo que lo es. Es descortesía en el mejor de los casos; brutalidad, en el peor. —Sonrió—. Soy el teniente Vil Dance, por cierto.

Ella tuvo que admitir que su sonrisa era atractiva. *Tranquila, chica*, se advirtió a sí misma, pero a pesar de eso no pudo negar el cosquilleo que había comenzado en su estómago.

—Teela Kaarz —contestó ella—. Y aprecio el sentimiento, teniente, aunque no esté de acuerdo con él.

—El aprecio, incluso sin acuerdo, es mejor que un golpe en el ojo. ¿Me permitirías comprarte una bebida?

—Gracias, pero no. No soy una gran bebedora.

—Yo, tampoco, en realidad. Preferiría estar en mi cubo estudiando revistas técnicas.

—¿En serio?

Él volvió a sonreír.

—En realidad, no. Pero espero que si crees que yo soy un tipo serio, tal vez pensarás mejor de mí.

Su sonrisa era contagiosa. Teela no pudo evitar sonreír en respuesta.

—¿Eso te funciona a menudo?

—¿Fingir ser estudioso?

—No, fingir traicionar tu frase seductora.

Ahora él rió.

—Oh, me gusta una mujer inteligente y divertida. —Atenuó un poco la sonrisa—. Déjame comprarte un caf o una sucosa. Aunque sea agua. Siéntate y visítame un rato.

—No lo sé… —Lo que era una mentira; ella sabía muy bien lo que quería hacer. En el ojo de su mente, la pequeña proyección mental de su conciencia y sentido común jadeó de incredulidad. *No puedo creer que estés contemplando seriamente esto*, la regañó.

—Vamos. Estamos en guerra, soy un piloto, mi número puede salir en cualquier momento. ¿No te sentirías mejor sabiendo que salí a encontrarme con mi destino sonriendo por tu recuerdo?

Acabas de escapar por un pelo de una situación peligrosa con un hombre, dijo el avatar de su conciencia, *y aquí estás dejándote engatusar por otro*.

Teela se rió por la línea de Dance.

—Los pilotos y sus lenguas de platino. Muy bien. Supongo que no va a doler.

Su conciencia levantó las manos con resignación y se retiró a los grises pasillos de su cerebro.

Cuando se acercaron a la mesa, vio a los otros pilotos mirándolos. Más de uno miró dos veces, o con más atención, y todos quedaron abiertamente impresionados. Se pusieron de pie.

—Eh, Vil —dijo uno de ellos—. Tenemos que irnos. Nos vemos en las barracas.

Dance lo miró.

—¿Estás seguro de eso?

—Oh, claro. Um… —El aviador estaba evidentemente incómodo, y las sonrisas ocultas de los demás, sin dejar de mencionar la mirada que Dance le estaba dando, no le hacían las cosas más fáciles—. Claro. Tenemos que, uh… revisar nuestras especificaciones técnicas. En el hangar.

Los cinco pilotos se fueron. Teela le dio a Dance una mirada moderada.

—Tenías una apuesta con tus amigos —dijo ella. No era una pregunta.

Él se encogió de hombros.

—Por supuesto. El primer hombre que regresa con una mujer gana la mesa. Van a ver si las probabilidades en el pub del nivel seis son mejores. Uno no necesita un montón de compañeros obstaculizando su ataque si se tiene suerte.

—No vas a tener *tanta* suerte, teniente. No esta noche, al menos.

Él le mostró otra vez esa sonrisa de alta potencia.

—Eres demasiado aguda para mí, Teela Kaarz. Me gusta mucho una mujer que me hace tener que esforzarme.

Ella suspiró. De ninguna manera iba a tener ninguna cosa remotamente seria con un piloto de la armada. De ninguna manera.

Pero una taza de caf no podía hacer ningún daño…

40

CANTINA EL CORAZÓN DURO, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

Memah Roothes era consciente de que se estaba —bueno, para no ponerle un punto demasiado fino— acicalando. Esa era una mala señal, lo sabía, cuando empezaba a preocuparse por lo que un nuevo hombre pensara de su apariencia. Las acciones en sí mismas no parecían gran cosa: un ligero ajuste de su postura, un pequeño retoque sobre la frente para suavizar un poco el maquillaje, un rápido vistazo a su reflejo cuando pasaba frente a un espejo para comprobar la posición de sus lekku. Nada importante. Pero ella lo sabía. Quería verse bien, y quería que Ratua notara que lo hacía.

No era demasiado vieja, fea, ni gorda, y no era estúpida. A él ya le gustaba… no podías manejar cantinas por tanto tiempo como ella sin ser capaz de sentir el calor proveniente de un hombre cuando te miraba. Aún así, la sensación de agitación que sentía, la aceleración de la frecuencia cardíaca y la respiración… todas esas eran malas señales. No tenía necesidad de una nueva complicación en su vida ahora mismo.

Y Ojos Verdes definitivamente lo era. Por un lado, él no existía, de acuerdo a lo que Rodo había encontrado —o no había encontrado— en su búsqueda en la HoloRed, y eso significaba que era un chico malo de algún tipo. Podría ser un chico malo legal… digamos, un agente *sub rosa*[14] del Imperio. O podría ser un espía rebelde. O algún tipo de criminal…

Pero él la hacía reír, era rápido e inteligente y esos ojos… ella nunca antes había visto ningunos de ese color exacto. Eran como esmeraldas líquidas, brillantes y alertas.

Por lo tanto, se acicalaba.

En el extremo de la barra, un par de JS estaban hablando de un rumoreado escape de prisión en el área de detención. Memah alcanzó a oír e uno de ellos decir:

—Según escuché, se escaparon nueve tipos, uno de ellos un jedi.

El otro JS se echó a reír.

—Odio señalarlo, pero los jedi son realmente escasos en estos días.

—Sólo te cuento la historia, Tenn.

—Sí, yo también la he oído. Sólo que yo oí que eran cincuenta tipos, todos rebeldes capturados, dirigidos por cinco jedi. Y asumieron el control del superláser y empezaron a hacer estallar destructores estelares. Por supuesto que el arma grande ni siquiera está operativa aún. Si alguien lo sabe soy yo. Pero, eh, ¿por qué permitir que los hechos se entrometan en el camino de una buena historia?

El primer jefe se rió y sorbió su cerveza.

[14] Sub rosa es una expresión latina que significa «bajo la rosa» y se usa para denotar secreto o confidencialidad. La rosa era el emblema del dios Horus del Antiguo Egipto. Más tarde, griegos y romanos consideraron a Horus como el dios del silencio. *(N. del T.)*

—Casi suena como un simulacro, ¿verdad? Un simulacro realmente loco.

—Para cuando termine la guerra, te apuesto a que esa historia tendrá a un ejército rebelde casi destruyendo la estación —dijo el segundo JS—. En cada acción en la que he estado, surgen historias como esa. Un floob escupe en la acera, y al final del ciclo se convierte en una unidad de avanzada de los rebeldes asaltando una fortaleza.

El primero de ellos se echó a reír otra vez.

—Sí. Luego van a decir que hizo falta que viniera la Quinientos Uno para acabar con ellos.

Ambos hombres rieron.

Memah sonrió. Ella también había oído algunas de esas historias. Por qué la gente sentía la necesidad de embellecer la verdad, o incluso fabricar algo totalmente diferente, cuando demasiado a menudo la realidad era absolutamente fantástica, estaba años luz más allá de su entendimiento.

Ella estaba por casualidad mirando la puerta cuando Ratua entró caminando como si fuera el dueño del lugar. Atrapó la mirada de ella, sonrió y se dirigió a la barra. Una vez allí, la miró de arriba a abajo con franca apreciación.

—Tú —le dijo—, pareces la razón por la que comenzó el motín.

Ella se dio cuenta para su asombro que se estaba ruborizando.

—Bueno —respondió—, *tú* pareces alguien al que le sentaría bien una bebida. ¿Qué será?

Él se rió.

—Tomaré lo inusual.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Sorpréndeme. Algo exótico. Lo suficientemente caro como para justificar que yo esté aquí sentado y ocupando tu bar y tu atención.

—No creo que tengamos nada que valga tanto.

—Me lastimas. Justo aquí. —Se puso una mano sobre el corazón, o al menos donde estaría el corazón de un humano—. Aquí estoy, buscando santuario, tratando de mantenerme fuera de problemas…

—Creo que tú *eres* problemas, Ratua —dijo Memah—. Probablemente sería mucho mejor para mí si me mantengo tan lejos de ti como pueda.

—Probablemente —convino él, en un tono más serio—. Pero ¿dónde está la diversión en eso?

Le preparó un trago, uno sencillo, con una gran cantidad de alcohol y algunos edulcorantes y colores. Era uno potente. Hasta ahora nunca lo había visto borracho… al menos, no que pudiera notarlo. *Debe tener el metabolismo de un hiperpropulsor*, pensó.

Apoyó el vaso, luego plantó ambas manos en el mostrador de madera de pleek y se inclinó hacia él.

—La diversión comienza con la verdad. ¿Quién eres?

Él suspiró y no dijo nada durante un par de segundos.

—Siempre he encontrado que la verdad, está muy sobrevalorada.

—Sin embargo…

—Está bien. —Tomó un fortificante sorbo de su bebida, y luego dijo—: Soy Celot Ratua Dil, segundo hijo del Primer Consejero Nagat Keris Ratua y su Esposa Terciaria, Feelah Derin. Últimamente, residía en el planeta Despayre, donde estaba encarcelado por un crimen que en realidad no cometí… aunque para ser equilibrado, no puedo decir que soy un ciudadano respetable.

—¿Así que lo de antes no era una broma?

—No.

—¿Cuál fue el crimen?

—Culpable por asociación. Estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

—¿Y cómo llegaste aquí?

—Me escapé.

—En serio. ¿Así de fácil?

—Bueno, no quiero aburrirte con los detalles…

—Oh, por favor… abúrreme. Me aburro tan pocas veces en estos días.

—¿No te molesta que sea un fugitivo?

Memah se volvió a erguir y se cruzó de brazos.

—Estabas bastante seguro de que no, ¿verdad? O no me lo habrías dicho.

—Tenía la esperanza. Y tú me pediste la verdad.

—Lo hice. Y me pregunto cuando voy a conseguirla.

Ratua estudió la bebida por un momento, luego la miró, y ella tuvo que tensarse físicamente para resistir la sinceridad en aquellos admirables ojos.

—Bueno, si tú lo deseas.

—¿Qué has hecho para que pudieras haber merecido ser encarcelado?

—Era contrabandista. Entre otras cosas. Nada violento.

—Eso es bueno. —Ella le volvió a llenar la copa. Él le sonrió a la copa, luego a ella.

Sonríe y usa esos ojos tanto como quieras, pensó ella. *Si tengo que entregarte, lo haré*.

—Piensa bien antes de decir nada más, Celot Ratua Dil. Si eres culpable de delitos contra el Imperio, entonces yo podría estar poniendo mi cantina en peligro al hablar contigo. Podrías preferir dar la vuelta y salir de aquí ahora mismo, porque si tu presencia es un peligro para mí y mi medio de vida, vas a encontrar de dónde salió el nombre de este lugar.

Él la miró.

—Creo que eres el tipo de persona que haría algo así.

Memah asintió con la cabeza.

—Lo soy.

—Bien —dijo Ratua—. Si no lo fueras, no estaría hablando contigo.

41

SALA DE REC 17-A, ESTRELLA DE LA MUERTE

El sargento Nova Stihl estaba cansado. Las clases de lucha que enseñaba no eran parte de sus funciones regulares, y ahora que el rumor se había extendido él daba cuatro sesiones, con cerca de veinticinco alumnos por clase. Cada una de estas duraba una hora y media, y tenía dos sesiones cada noche después de que terminaba su turno. Él no comía hasta después de la segunda clase, después de lo cual volvía a su cubo, se duchaba, y se iba a dormir.

Semejante horario hacia que sus ciclos de luz y oscuridad estuvieran llenos.

Se mantenía en forma, pero no había estado durmiendo bien. Las pesadillas que había tenido a veces en el planeta prisión, se habían vuelto más frecuentes en la estación de combate, y algunas de ellas eran muy realistas y violentas. Más de un par de veces había despertado de un sueño para encontrar su corazón latiendo rápidamente y las sábanas empapadas de sudor.

No entendía por qué estaba ocurriendo. Había considerado la posibilidad de pedir a los médicos que le hicieran un chequeo, para asegurarse de que no hubiera algo mal en su cerebro, pero seguía esperando que los ataques en sueños se aliviaran. Le daría un poco más de tiempo, y luego iria a ver a los médicos, se dijo a si mismo. Tal vez había algo en el aire, trazas de algunos elementos que los filtros no estaban limpiando.

Además, ¿cuándo tenía tiempo para ir a ver a un médico?

La mayoría de los estudiantes clasificaban como principiantes; aunque algunos de ellos podían luchar bastante bien, tenían que aprender el sistema de teräs käsi para superponer a lo que ya sabían. No había patrones de movimientos razonados, principios, leyes, y estos eran más importantes que cualquier técnica en particular. No importaba si tenías un golpe que podría derribar una pared, si no podías asestarlo, y para hacer eso, necesitabas un sistema que te lo permita hacer con frecuencia.

Incluso a pesar de que sus estudiantes eran novatos, Nova siempre sentía como si hubiera aprendido tanto de ellos como les enseñaba. Si tenías que explicarle algo a un ser que no sabía nada acerca de eso, tenías que entenderlo bastante bien. A veces salían palabras de su boca que no se esperaba… palabras que de repente sonaban como una verdad esencial… florecían de repente, como una flor del desierto después de una repentina lluvia. De vez en cuando ni él mismo podía creer algunas de las cosas que había dicho. ¿De dónde había salido eso? No había sabido que estaba allí hasta que se había oído a sí mismo decirlo.

Se dio cuenta de que alguien estaba de pie delante de donde estaba sentado, con las piernas cruzadas, en la estera del piso.

—Divo, ¿tenías una pregunta?

El estudiante, un operador de elevador de baja estatura que parecía lo suficientemente fuerte como para levantarse a sí mismo con una mano, asintió con la cabeza.

—Sí, sargento. Lo de la distancia. Estoy un poco confundido.

Generalmente había un estudiante que hacía la mayoría de las preguntas, y aunque los demás a veces desviaban sus miradas hacia el techo y se veían aburridos, el interrogador solía hablar más que por sí mismo, o sí misma. Esa era la razón por la que Nova siempre respondía a las preguntas de forma tan completa como el tiempo se lo permitía.

—En mano-a-mano, hay cuatro rangos —dijo. Los fue contando con los dedos—. Patadas, puñetazos, codazos, agarre. No se puede agarrar de manera efectiva en rango de codazos, no se puede golpear con el codo en rango de puñetazos, y no se puede dar puñetazos en rango de patadas.

»Si se añaden armas de impacto, las distancias se modifican. Un bastón extiende los puñetazos a rango de patadas. Un cuchillo extiende el rango de codazos a puñetazos. Si el maldito tiene un cuchillo en la mano, no lo quieres a más de un paso y medio a menos que le estés haciendo algo, dentro de eso, está demasiado cerca. Te alcanzará con ese cuchillo la mayoría de las veces, y sólo se necesita una vez para arruinarte el día.

»Así que, permíteme mostrarte otra vez el paso adelante para robar esa distancia crucial…

Las prácticas continuaron. Los estudiantes practicaron los movimientos con Nova caminando alrededor, haciendo correcciones, ofreciendo instrucciones, diciéndoles cuando se habían equivocado y cuando lo habían hecho bien. Le gustaba pensar que era un profesor alentador. Siempre parecía desarrollar un núcleo de habituales, a pesar de que la deserción entre los novatos generalmente era bastante alta: un montón de gente quería ser capaz de matar a alguien con las manos desnudas, pero no querían hacer los meses o años de trabajo necesarios para desarrollar las habilidades.

El aire de la habitación de rec pareció cambiar, repentinamente y sutilmente. Nova pudo sentirlo sin tener que mirar.

El peligro había entrado en la habitación.

Sin hacerlo evidente mientras ayudaba a un estudiante a encontrar la posición apropiada de la mano para un golpe, se volvió ligeramente.

Parado dentro de la puerta estaba Rodo, el portero del Corazón Duro.

Nova sonrió levemente, y captó la sonrisa del otro en respuesta. La clase terminaría en cinco minutos, y sabía que la sincronización de Rodo no era un accidente. Su sonrisa se volvió más amplia, así como un poco triste. Estaba cansado, tenía hambre y no lo había estado esperando… pero así es como sucedía siempre, ¿verdad? Esas eran las condiciones para las que uno se entrenaba.

Él había conseguido su Adepto de Primer Nivel después de una agotadora clase de dos horas que había involucrado una gran cantidad de trabajo de suelo, giros atléticos y lucha cuerpo a cuerpo. Ese tipo de cosas te agotaba con bastante rapidez. Su maestro había esperado hasta que terminó la clase y los estudiantes se dirigían a las duchas

sónicas para llamar a Nova a un lado. «Creo que es hora que tomes la prueba», le había dicho.

La repentina subida de adrenalina se había apoderado de Nova, limpiando brevemente su fatiga. «¿En serio? ¿Cuándo?»

«Ahora».

Nova sonrió al recuerdo. La prueba había tomado casi cuatro horas. El anciano lo había puesto patas arriba y lo de adentro hacia fuera; lo había desarmado como a un droide con mal funcionamiento. Y había estado en su derecho de hacerlo. Después de todo, un bandolero en la calle no iba a esperar hasta que te sintieras mejor. Tenías que estar listo en cualquier momento para luchar hasta la muerte, si era necesario. De lo contrario, las enseñanzas no valían la pena ser conocidas.

Al final de la sesión, Nova despidió a sus estudiantes, muchos de los cuales estaban, obviamente, preguntándose qué estaba haciendo aquí el portero del Corazón Duro. Nova fue hasta donde Rodo estaba sosteniendo la pared. *Es lo suficientemente grande como para sostenerla*, pensó.

Sería mejor ir al grano, él no iba a volverse menos cansado.

—Así que, ¿quieres ir un par de rondas? —dijo.

Rodo se encogió de hombros, sus hombros se movieron como placas tectónicas.

—No me molestaría. Por supuesto que si el baile con tus casos de caridad te ha cansado…

—Gracias por tu preocupación. ¿Lucha ligera?

Rodo asintió con la cabeza.

—Por mí está bien.

Cuando Nova había sido un principiante, generalmente había dos clases de combates permitidos. La lucha pesada requería la colocación de voluminosos trajes acolchados de biogel. A pesar de que el gel era relativamente ligero, te añadía cinco kilos como mínimo, sin dejar de mencionar la ralentización del tiempo de reacción y la considerable reducción del rango de movimientos. Un atacante con traje podría aguantar unos golpes que dejarían en la cubierta a un luchador sin cobertura y seguiría adelante.

Al principio de su formación Nova aprendió a responder a la pregunta *¿lucha ligera o pesada?*, con lo primero. Por supuesto, la única diferencia entre las dos era el traje: se golpeaba igual de fuerte en la «lucha ligera», pero dado que sabías que podrías resultar seriamente dañado si cometías un error, eras más cuidadoso.

Nova cerró la puerta y puso la llave.

—¿Necesitas calentar?

Rodo sacudió la cabeza.

—No. ¿Necesitas una siesta?

Nova sacudió su cabeza y sonrió. Fue hasta el centro de la habitación acolchada y se enfrentó a Rodo.

El teräs käsi tenía media docena de posturas básicas, y Nova estaba cómodo con todas, habiéndolas practicado miles de veces. Pero cuando Rodo caminó hacia él, no

cambió los pies a una de las plantas de defensa de TK. Permaneció en una postura neutra, con los hombros relajados, los pies a la distancia de los hombros, el pie izquierdo un pelo por delante del derecho. No tenía sentido dar a su rival ninguna pista sobre su estilo hasta que comenzara la lucha.

Nova sabía que comenzaba en desventaja. Incluso más allá de su cansancio, estaba el simple hecho de que Rodo lo superaba por más de veinte kilos y era casi una cabeza más alto. Con todo lo demás igual —y hasta ahora, Nova no había visto nada que indicara que las habilidades de lucha de Rodo fueran mejores que las suyas—, la ventaja recaía siempre en el hombre más grande.

Pero Rodo no sabía sobre el Parpadeo de Nova. Probablemente los igualaba.

Probablemente…

Rodo se detuvo justo antes de su propio paso y medio, ligeramente más largos que el rango de Nova. Una posición a dos pasos era demasiado lejos para atacar; el defensor tendría tiempo suficiente para prepararse. A un solo paso era demasiado cerca.

Nova se mantuvo en el lugar.

Rodo giró en círculo hacia su izquierda.

Nova se volvió, cambiando ligeramente su peso sobre la parte delantera de sus pies y pivotando sobre ambos de forma incremental. Dobló un poco las rodillas, hundiéndose un poco más bajo.

Rodo movió las manos, dando vueltas a una posición alta y baja, izquierda sobre derecha, las acercó a su cuerpo, inclinándose un pelo hacia atrás y se acercó un paso más.

Fue un buen amague. Ese movimiento de la parte superior del cuerpo te haría pensar que Rodo había retrocedido cuando en realidad se había acercado.

Nova dio un paso neutral a una postura de lado y utilizó el ángulo para recuperar el medio paso, manteniendo la distancia. Rodo asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo.

Nova dio un paso cruzado atrás, con el pie derecho detrás del izquierdo, dando a Rodo lo que parecía un objetivo desequilibrado y desmañado. El hombre más grande sacudió la cabeza.

—Tal vez no.

Nova avanzó en círculo a su izquierda, se detuvo, y pivotó, poniendo su costado izquierdo delante, a unos cuarenta y cinco grados.

Rodo reflejó el movimiento y bajó su centro de gravedad un par de centímetros. Dado que era más alto, si Nova llegaba a su rango de ataque, Rodo ya estaría allí. El portero era un hombre grande, y eso sin duda tendía a favorecerlo en la lucha a distancia. Pero también trabajaba en una cantina, donde los encuentros serían de cerca.

Rodo comenzó a oscilar ligeramente, girando las caderas. Nova reprimió una sonrisa. ¿Pensaba el otro hombre que podría ser atraído como un rikitik frente a una naga? No podía ser engañado tan fácilmente. Sabía que si agarraba a un tipo mucho más grande y más fuerte que él, tendría que tener el ángulo, el apalancamiento, y una base, o iba a perder. Eso no era una cuestión de habilidad sino de simple física…

Rodo cargó, y Nova apenas pudo salir de su camino a tiempo. Se maldijo a sí mismo por tonto incluso mientras se agachaba y hacía un rápido barrido con la pierna. Había perdido el enfoque sólo por un instante, y eso fue todo lo que había hecho falta para que casi perdiera la lucha. Si no fuera por su capacidad para sentir los movimientos del otro, Rodo lo habría vencido. El hombre grande era *rápido*.

Sus espinillas se golpearon, chocando como tablas, pero Rodo era más flexible de lo que aparentaba. Saltó, frustrando el barrido, pero al hacerlo tuvo que dar un paso lo suficientemente lejos como para no poder golpear con el puño al pasar. Nova dio un pasito, se interrumpió, y se metió dentro del rango. Atacó con un triple puñetazo, alto, bajo, alto. No había manera de bloquear los tres, pero Rodo no retrocedió; en su lugar, avanzó y lanzó un codazo horizontal. Nova percibió eso antes de que Rodo lo empezara, lo bloqueó, con la mano abierta, y trató de hacer una llave. Rodo contrarrestó con otra, se alejó un paso, y se volvió…

Y estaban de nuevo donde empezaron.

Rodo se rió entre dientes, y en un momento se convirtió en una carcajada, y Nova se le unió. Ambos hombres se enderezaron de sus posturas de lucha y se relajaron. Nova estimó que la lucha real había sido de treinta segundos o menos.

—¿Hemos terminado? —dijo Rodo.

—Eso creo —dijo Nova. Realmente no tenía sentido continuar; estaban muy igualados. Aquí no había ningún macho alfa.

—Tienes algunos movimientos espectaculares, amigo —le dijo al portero.

—Tú sabrás —dijo el hombre más grande. Extendió la mano, igual que Nova.

—¿De dónde sacaste ese amague con la cadera? —preguntó Nova.

—Combate de matorrales changa. ¿Qué hay del barrido? Eso no es teräs käsi clásico.

—Sera Plinck, cuchillo jalinés.

Rodo asintió con la cabeza. Se habían dado a cada uno nuevos movimientos. Un intercambio valioso.

Nova se dio cuenta de que su cansancio se había ido. No había tenido la oportunidad de practicar con un luchador tan bueno en años. Era raro, en estos días, encontrarse con alguien lo suficientemente capacitado para aprender de él.

—¿Alguna vez has visto algo de boxeo velanariano? —preguntó.

—Sí, la versión transversal. Conocía a un tipo que hacía un poco. Es difícil hacer los movimientos cuando sólo tienes dos brazos, pero… —Se encogió de hombros—. Tengo que volver al trabajo. Vamos… yo invito las bebidas.

Este, se dijo Nova, podría ser el comienzo de una gran amistad.

42

OFICINA DE ARQUITECTURA, NIVEL EJECUTIVO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Teela Kaarz parpadeó mirando al hombre frente a ella.

—¿Dónde está el jefe wookiee? ¿Hahrynyar?

——Está enfermo —dijo el hombre—. Tuvo que ir a la clínica, aún no está lo suficientemente bien como para volver a trabajar. Yo estoy dirigiendo este turno.

—¿Y fue tu idea construir este puerto de escape? —Hizo un gesto al holo ampliado de los planos de la estación. El muy debatido puerto, cerca de el «polo norte» de la trinchera meridional, era claramente visible.

—No, no fue mi idea. Está en los planos.

—Hablé con el wookiee acerca de eso.

El hombre, de barba gris, un palmo más bajo y cincuenta kilos más pesado que ella, se encogió de hombros.

—¿Sí? Bueno, lo siento, pero no me pasaron lo que le dijiste. Los planos pedían un puerto de escape y eso es lo que me pagan para hacer, seguir los planos. A menos que tú, uh, ¿tal vez tengas una excepción y la hayas dejado por escrito?

Disgustada consigo misma, Teela sacudió la cabeza.

—No tuve ninguna posibilidad de llegar a hacerlo.

Él se encogió de hombros de nuevo.

—No es mi culpa.

Ella asintió. Eso era cierto, no era su culpa.

—De acuerdo —dijo—. Lo hecho, hecho está. ¿Qué hay acerca de los intercambiadores de calor en los niveles de barracas?

—Completo al noventa y ocho por ciento, hasta los enrutadores y condensadores, y vamos a tenerlos en línea en un par de turnos, no hay problema.

Eso era bueno, al menos.

—¿Las escaleras mecánicas de las pasarelas Seis a Siete?

—Hecho. Podemos ponerlas en marcha en cualquier momento.

—¿Y dónde está el parque de bolsillo del Nueve?

—Preparado, todo el césped sembrado, los grandes árboles y el follaje plantados, las bombas y tuberías instaladas, y los canales y estanques moldeados y fraguados. Lo único que falta es que Hidrología entregue el agua y encender la luz.

Teela miró su registro de datos. Todo se estaba completando a tiempo, y algunas cosas, como el pequeño parche de vegetación del Nueve, iban en realidad adelantadas al cronograma. El sustituto de Hahrynyar sin duda mantendría impecable la reputación del wookiee. De acuerdo, pusieron un puerto de escape de calor que no era realmente necesario. No había ralentizado ninguna otra cosa, y sin duda no haría ningún daño por

estar allí. De hecho, dado el tamaño del reactor y el calor que podría generar a plena potencia, era probablemente mejor tener demasiados respiraderos que demasiado pocos.

Siempre era una buena idea errar por exceso de seguridad.

—Muy bien —dijo ella—. Sólo mantenme en el circuito.

—Por supuesto.

Después de que él se fue de su oficina, Teela volvió a revisar el cronograma. Su parte de la construcción estaba en tiempo y en presupuesto, es cierto, pero no era la única arquitecta del proyecto, y como a veces sucedía, los buenos sufrían por los errores de los malos. Esperaba una llamada de su jefe en cualquier momento, diciéndole que ella iba a tener que reducir costos o aumentar la velocidad… o ambas cosas. Lo que no era justo ni correcto, pero si podías llevar tu carga, entonces a menudo te pedían que ayudaras a alguien a llevar la suya.

—¿Teela Kaarz?

Teela levantó la mirada. Su droide recepcionista se encontraba en la puerta de su oficina.

—¿Sí?

—El Gerente de Proyecto Stinex te envía sus saludos y te solicita que vayas a su oficina cuando te sea conveniente.

Teela asintió con la cabeza. Bien, allí estaba, tal como ella esperaba.

—Informa al GP que iré en una hora, si eso le parece bien. —No se podía evitar. Así era como funcionaban las cosas.

Notó que el droide todavía estaba allí.

—¿Qué?

—Tienes una llamada entrante de un teniente Vil Dance.

Teela sonrió.

—Pásamela. Y cierra la puerta al salir.

A pesar de su resolución, el elegante piloto de TIE la había cautivado. Era divertido, inteligente, y no tenía mal aspecto. Dado su trabajo y su libertad condicional, no era como si ella tuviera mucho tiempo para la recreación, y un hombre que la hacía reír valía algo.

Su pantalla floreció con la imagen de Vil Dance. Él le arrojó un ligero saludo, con dos dedos en la frente.

—¿Buen turno, Dama Teela?

Ella sonrió.

—No demasiado mal hasta ahora, teniente. Espero que el tuyo vaya bien.

—Acaba de mejorar un mil por ciento.

Muy suave, pensó. Tan suave como la superficie de una estrella de neutrones.

—¿A qué debo el honor de esta llamada?

—Ah, bien, da la casualidad que conozco a alguien que conoce a alguien que es un amigo del cocinero del nuevo restaurante melahnés que acaba de abrir en el patio de comidas de la Cubierta de Rec. ¿Te apetece un fodu en salsa de fuego verde?

—Es una de mis favoritas.

—Pensé que tal vez te gustaba la comida picante. Puedo conseguir una mesa, turno noche. Yo invito.

—¿Cómo puede un teniente permitirse este tipo de cocina exótica? Me han dicho que es muy caro comer allí.

Le ofreció un encantador encogimiento de hombros.

—No hay mucho para quemar créditos por aquí —dijo—. Y puesto que en cualquier momento podría tener que salir en una misión de la que no voy a regresar, me imagino que bien podría gastar el dinero en algo, en alguien, que valga la pena.

Ella rió.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir ordeñando esa rutina?

—Puedo ver que voy a tener que probar con otra cosa, ya que eres una mujer de corazón frío que no es afectada por la perspectiva de mi posible muerte. Entonces… ¿cena?

Ella pudo ver a su conciencia en el ojo de su mente, sacudiendo la cabeza. *Lo lamentarás…*

Al espacio con eso, le dijo a su yo interior.

—Bueno, tengo que comer —dijo en voz alta—. ¿A qué hora?

Él le mostró esa sonrisa de gigavatios.

—¿Mil novecientas?

—Te veré allí.

—Acabas de alegrarme el día, Teela.

—Hacemos lo que podemos para mantener feliz a la tropa.

Después de que se desconectaron, se reclinó hacia atrás en su silla, sintiéndose un poco desconcertada con ella misma.

Nada podía salir de ningún amorío entre ellos, no a largo plazo. Él era un piloto y —a pesar de su irónico bravado— era probable que explotara en el vacío tarde o temprano. Y ella era una prisionera que podría conseguir algo de consideración después de que la estación fuese construida, pero tampoco había ninguna garantía.

Sin embargo, había una guerra en curso, y tenías que tomar tus alegrías de donde pudieras encontrarlas. Cuando estuviera construida, esta estación de combate sería a prueba de armas, y ella podría ser autorizada a permanecer en la asignación después de que el diseño básico estuviese terminado… tal vez, incluso después de que esta cosa estuviera lista para salir y aplastar cualquier resistencia en su camino. Aún habría cambios, que tendrían lugar tanto en su diseño y construcción. El hecho de que estaba trabajando para el enemigo todavía la atribulada de vez en cuando, pero lo había racionalizado, por la mayor parte. Y de todos modos, un trabajo y un lugar para dormir no eran las únicas consideraciones en la vida de una mujer. Era mejor, en las circunstancias actuales, tomar un día a la vez y disfrutar de cada uno lo mejor que pudiera.

Y sonaba como que el teniente Vil Dance sabía cómo hacer la vida disfrutable.

PASILLO PRINCIPAL FUERA DE LA CANTINA EL CORAZÓN DURO, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

Este nuevo trato que tenía en mente, si lo conseguía, dejaría a Ratua muy bien sentado. Era técnicamente ilegal —lo que no significaba mucho porque, dada su situación, todo lo que él hacía era técnicamente ilegal—, pero en este caso, no haría daño a nadie. El Imperio estaba vertiendo créditos en este proyecto como agua en un incendio forestal; nadie extrañaría un par de cubos aquí y allá, y lo que no llegaban a notar arreglaría las cosas para que no tuviera que trabajar por un tiempo.

Se estaba sintiendo muy bien, con todo, mientras caminaba con confianza por la curva suave del pasillo hacia la zona de recreo. Meditó sobre sus planes en camino a ver a Memah Roothes, la mujer más hermosa e interesante que había encontrado en, bueno… toda la eternidad. La cantina estaba justo delante, a un centenar de metros por el pasillo, cuando el guardia de seguridad, Rodo, salió. Ratua empezó a llamarlo y saludar, pero entonces, a medio paso por detrás de Rodo, un segundo hombre salió de la cantina. Le tomó un segundo ubicar al segundo tipo, el contexto y el entorno eran completamente diferentes de donde Ratua lo había visto por última vez. Cuando lo hizo, un escalofrío se apoderó de él como un chorro de nitrógeno líquido.

Era el sargento Nova Stihl, el mismo hombre para el que solía participar en demostraciones de artes marciales en Slashtown.

Sin perder un paso Ratua giró en la próxima entrada, una tienda de ropa de mujer, resistiendo el impulso de encender la postcombustión. Fingió examinar las estanterías de selecciones y mirar a los holomaniquís. Mientras lo hacía, podía sentir el miedo hirviendo en su vientre como uno de los dianogas que se rumoreaba que infestaban los niveles inferiores. Stihl era un hombre decente, pero no cabía duda de dónde estaban sus lealtades, y no era con los presos fugados.

Un droide se acercó, rodando giroscópicamente equilibrado sobre una única rueda.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

¡Cálmate!

—Busco, eh, algo, eh, festivo para una amiga.

—¿Especie?

—Twi’lek.

—¿Tono de piel?

—Um, verde azulado.

—¿Cuán festivo, señor?

—Oh, ya sabes. Muy festivo.

—Por aquí. Tenemos una selección de ropa twi’lek en las coordenadas de color correcto. ¿Algo en seda-hisp, tal vez? ¿Camisones? ¿Microprendas?

Ratua siguió al droide a la parte trasera de la tienda. No había ningún otro cliente ni personal que pudiera ver. Había una ventana en el frente de la tienda y lo único que quería era asegurarse de darle la espalda. Prestó escasa atención al droide que sostenía algo diáfano y casi transparente para su inspección.

—Sí, sí, es lindo. ¿Qué más tienes?

Su mente daba vueltas. No había esperado ver a nadie que conociera aquí. No era probable que ninguno de los demás prisioneros anduviera vagando solo por la estación, y ¿cuáles eran las probabilidades de que uno de los pocos guardias que lo habían conocido personalmente en el mundo prisión fuera transferido aquí?

Al parecer mucho mayores de lo que esperaba.

Cuando pensabas en ello, tenía sentido. Se necesitarían guardias en la estación, porque en un lugar tan grande como este se estaba volviendo, definitivamente aparecerían delitos, aunque no fueran más que tripulantes emborrachándose y creando desorden. Y ese no sería el único problema. Si ponías a un millón de personas en un espacio cerrado, incluso uno tan grande como la Estrella de la Muerte, ibas a encontrar un buen número de huevos podridos. No era lo más fácil vivir bajo la disciplina militar, además estaban todos los contratistas civiles. Sí, definitivamente necesitarían centros de detención y guardias y ¿quién mejor que tipos que tenían experiencia en un planeta lleno de verdaderos criminales?

Bueno, así que era razonable. Pero eso no era el problema, ¿verdad? Si lo veía Stihl, estaba perdido, no había otra alternativa. Y eso sin duda iba a ser una dificultad en su capacidad para cortejar a Memah. No podía arriesgarse a entrar en la cantina si, como sospechaba, Rodo y Stihl se habían convertido en amigos. No era algo muy sorprendente, dado su común amor por la violencia cuerpo a cuerpo, era inevitable que o se volvieran amigos íntimos o enemigos mortales. Sin embargo, su potencial romance terminaba antes de…

Alto, alto, espera un segundo. Le había contado quién era a Memah. Tal vez por segunda vez en su vida, había ofrecido la verdad. Ella sabía que era un fugitivo, y —hasta ahora, al menos—, no había hecho nada. Simplemente podría contarle sobre esto. Podrían pensar en algo…

—¿Qué le parece este artículo?

Miró al droide. Sostenía una pieza de seda carmesí que él podría ocultar fácilmente en la mano, y le sobrarían dos dedos. La imagen mental de Memah vestida solamente con eso llenó sus pensamientos, desterrando momentáneamente al sargento Stihl. Oh, *cielos*.

—Me llevaré eso. Y también aquella otra cosa.

—Muy bien, señor. ¿Código de débito?

—¿Qué tal dinero en efectivo?

—Eso estaría bien, señor. ¿Quiere que se lo envuelva para regalo?

—Eh, sí. Eso sería bueno.

Ratua salió de la tienda llevando los paquetes, en un estado de ánimo mucho más sobrio que con el que había entrado unos pocos minutos antes. Tenía unos bonitos regalos para Memah, aunque podrían ser un poco prematuros, dada la naturaleza de su relación. Los guardaría por un tiempo y esperaba verla usando alguno, algún día pronto.

Y cuando pensaba en ello, tal vez Stihl no sería una amenaza tan grande después de todo. El hombre era militar, por lo que su horario de trabajo tenía que estar en alguna

parte en la computadora de la nave. Esos archivos podrían ser accedidos por alguien con suficiente experiencia… y con suficientes créditos, tal experiencia podría ser comprada por una persona cuidadosa. Si sabías cuando y donde alguien iba a estar una gran parte del tiempo, podrías evitar encontrarte accidentalmente con él.

Se sintió relajarse un poco. Las cosas no estaban tan mal. Una vez más, la suerte había estado de su lado. Casi estaba llegando a creer que vivía una vida de ensueño.

43

BIBLIOTECA Y ARCHIVOS, CUBIERTA 106, SECTOR N-UNO, ESTRELLA DE LA MUERTE

—Quédate quieto, Percé.

—Estoy inmóvil, señor —dijo el droide.

Atour Riten frunció el ceño. Si eso era verdad, entonces sus manos debían estar temblando un poco. ¿Era realmente tan viejo?

—Ya casi termino aquí —dijo—. Un poco más de paciencia…

—Tengo paciencia infinita, señor, soy un droide. Sin embargo, estoy obligado a señalar que sus acciones actuales parecen estar en violación del Código Legal Imperial, Sección Catorce, Subsección Nueve, Parte C-guión-uno, que prohíbe la alteración de la función autónoma de un droide sin permiso oficial.

—Así podría parecer. Pero yo tengo permiso. —Insertó el cable fotónico y lo giró hasta que encajó en su lugar.

—No encuentro ningún registro de tal permiso, señor.

—Entregado en mano esta mañana —dijo Atour—. Sólo para mis ojos, muy secreto.

—¿En serio, señor? Esto es muy inusual. Siento que debo verificar…

El último comentario del droide fue interrumpido cuando Atour tocó el botón de transferencia en su palillo de datos, y el programa contenido comenzó a descargarse a la memoria de Percé. El droide se derrumbó ligeramente, y sus fotorreceptores se atenuaron.

El sustrato de personalidad seguiría siendo el mismo; Atour no quería alterar las capacidades del droide, la buena ayuda era tan difícil de conseguir. Había sólo dos elementos que se modificarían sustancialmente. En primer lugar, el software espía de Percé, que lo obligaba a controlar su ambiente de trabajo e informar sobre cualquier actividad que pudiera ser remotamente ilegal de acuerdo con los estatutos imperiales, en breve sería desactivado. En segundo lugar, su módulo de lealtad básica, creado para poner el bien del Imperio en la parte superior de su pirámide de función tal como fuera definida por su programador imperial, estaba siendo alterado para cambiar esta lealtad a Atour personalmente.

Percé, en unos segundos más, iba a convertirse en el sirviente de Atour Riten en primer lugar, y cualquier cosa que viera o escuchara hacer a su amo a partir de ahora, la mantendría para sí mismo. Cualquier manipulación de su chip de memoria en un intento de eludir la nueva programación resultaría en un borrado total de memoria, hasta los nodos primarios. Lo que quedara no sería capaz de caminar, hablar, o hacer cualquier otra cosa. Después de todo, un asistente que pudiera consciente o inconscientemente, traicionarlo a las agencias imperiales, ya fuera en forma abierta o encubierta, no era muy útil.

Atour había sido capaz de acceder a algunos materiales maravillosos a lo largo de sus años de archivo y catalogación. Este programa para alterar droides había sido uno de sus mejores hallazgos. Lo conectabas, cargabas, y *¡zip!* Así de fácil, tenías un nuevo mejor amigo que haría cualquier cosa para protegerte de cualquier daño. Cualquiera que consultara a Percé iba a obtener una garantía razonable de que el comandante Atour Riten era como un príncipe, tan honesto como de grande era la galaxia, y eso seguiría siendo cierto, sin importar cuán insistente fuera el interrogador. Si iban más allá de un cierto punto, Percé sufriría una descomposición de firmware y, cualquier cosa que alguien pudiera llegar a sospechar, no podría encontrar nada que indicara sedición.

La memoria de la transferencia en sí misma también sería borrado de la mente de Percé. El droide no tendría ni idea de que se había hecho alguna alteración, o que era diferente cuando salió de la oficina que cuando había entrado.

Se oyó un *¡ping!* cuando la descarga terminó. Atour desenganchó y, a continuación, quitó el cable; todo el proceso había tomado sólo un par de segundos. Contó hasta diez.

En el tiempo justo, los fotorreceptores del droide se iluminaron.

—¿Desea algo más, señor? —preguntó Percé.

—No, creo que eso es todo por ahora. Verificación de sistemas.

—Todos mis circuitos, módulos, y mecanismos tienen un funcionamiento óptimo, señor —respondió el droide, sin ninguna demora perceptible.

—Bueno, bien —dijo Atour. Hizo un amplio gesto de despedida—. Puedes retirarte, entonces.

Después de que el droide se fue, Atour se sintió mejor. No había forma de que él pudiera hacer muchas de las cosas que estaba acostumbrado a hacer con un droide chismoso mirando por encima de su hombro y transmitiendo todo a la computadora de seguridad local. Las posibilidades de que alguien alguna vez interrogara a Percé hasta volarle un circuito eran muy escasas, pero aún así, la suerte favorecía a las formas de vida mejor preparadas.

Había un grupo de nuevos bibliotecarios subordinados que vendrían para una orientación más tarde en el día, y un montón de cosas a hacer antes de que se presentaran. Sus archivos personales eran a prueba de que cualquiera de ellos tropezara por accidente o intencionalmente con cualquier cosa secreta. Asumía como algo seguro de que uno o más de ellos tenía que ser alguna clase de espía imperial. Ese era generalmente el caso en cualquier organización, y aunque no lo fuera, era mejor hacer esa suposición y estar equivocado, que no hacerla y ser arrojado a la cárcel por subestimar a los poderosos. Un hombre no llegaba a ser de su edad y estatus por ser completamente temerario, aunque ciertamente había traspasado la línea una o diez veces. En su guerra de toda la vida contra la autoridad, había ganado más batallas de las que había perdido, incluso si no lo sabían.

Hay mucho que hacer, se recordó a sí mismo, y poco tiempo para hacerlo. Será mejor empezar a moverse.

44

CAMAROTE DEL GRAN MOFF TARKIN, NIVEL EJECUTIVO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Daala salió de la ducha, una bocanada de vapor del agua caliente la siguió. Tarkin sonrió mientras ella se secaba con una esponjosa toalla negra hecha de algodón virgen de los campos de Suliana y se ponía una bata haciendo juego. Se paró bajo los chorros de aire y secó su corto cabello, entonces entró en al dormitorio y se sentó a los pies de la cama.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Tarkin.

—Mucho. Es mucho más agradable tener agua caliente que las sónicas.

—Sí. El rango tiene sus privilegios. ¿Tienes novedades para mí?

—Así es. No te van a gustar.

Él se sentó y la miró.

Ella fue a la mesa, abrió un cajón y sacó un disco de información. Marcó el encendido de la terminal de computadora.

—¿Tienes mis códigos de acceso? —Ahora él se levantó de la cama, la seda de su ropa de dormir provocó electricidad estática mientras se movía a través de las sábanas. Su túnica crepitó y se le pegó al cuerpo, pero la ignoró mientras caminaba hacia donde estaba ella.

Ella le sonrió.

—Por supuesto.

—¿Yo te las di?

—¿No lo recuerdas? Bueno, si no lo hiciste, sé que tenías intención de hacerlo.

Tarkin no estaba seguro si esta evidencia de audacia de Daala debía hacerlo enojar o excitarlo. Antes de que pudiera decidir, un holograma se encendió con un parpadeo. Mostraba filas de contenedores sellados, las cajas de everplástico blanco apiladas a tres de profundidad, con pasillos entre ellas para permitir el acceso. Parecían unidades estándar de dos puntos-cinco metros, pero era difícil decirlo solo con mirarlas.

—Cámara de seguridad —dijo ella—. Bodega de carga de popa en el *Intrépido*.

—¿Una cámara de seguridad que no fue destruida en la explosión?

—Oh, explotó con el resto de la nave. Pero estaba conectada para enviar una señal a un receptor. Obtuve la grabación.

—¿Cómo?

—Un momento. Observa.

Había un indicador de fecha y hora en la esquina inferior derecha de la imagen, los segundos parpadeaban al pasar…

Una figura entró en la imagen. Tarkin frunció el ceño. Todavía era difícil juzgar el tamaño sin algún tipo de escala.

Como si leyera sus pensamientos, Daala movió la mano sobre un sensor y apareció una cuadrícula superpuesta a la imagen. La figura era de un poco menos de dos metros de altura. Eso aún no le decía mucho. Con la capa y capucha que la ocultaba, podría haber sido de cualquiera de un centenar de especies.

El misterioso ser caminó a lo largo de la hilera de contenedores. Alcanzó uno en el medio campo de la cámara y tocó el teclado en la puerta con un dedo enguantado.

—¿Por qué no tenemos también bioescáneres? —Preguntó Tarkin, molesto—. Tendríamos datos sobre especies, sexo, edad…

—Shh —dijo ella—. Tuvimos suerte de haber conseguido esto. Ahora observa.

La puerta se abrió enrollándose y la figura entró en el contenedor.

Pasaron treinta segundos. La figura salió, cerró la puerta detrás de él —o ella— y salió fuera del campo de vista de la cámara.

Daala apagó la grabación. Lo miró, esperando.

Tarkin no era ningún tonto.

—El artefacto explosivo estaba en el contenedor de carga y listo. Todo lo que el agente tuvo que hacer fue activarlo.

—Sí. No trajo nada consigo, así que ya tenía que estar en su lugar.

—¿Y?

Ella se volvió a los controles de la consola. Apareció otra imagen, éste era un manifiesto de enrutamiento.

—El número de identificación del contenedor amañado no es visible en la grabación, pero sí el de que está a ocho posiciones, por lo que es simple cuestión de averiguar el que queremos.

Cierto, pensó Tarkin. Los droides cargadores no eran conocidos por su creatividad. Apilaban los contenedores en orden.

—Se puede ver que este contenedor vino del buque de carga *Omega Gaila*, que a su vez provenía de los almacenes de municiones del Área de Aprovisionamiento Naval Regional cerca de Gall. El contenedor llevaba explosivos de alto poder, por lo que es lo que mostraría en una exploración… si alguien se molestó en hacer una.

Ella esperó otra vez.

Tarkin pensó en ello.

—El AANR en Gall es una instalación de alta seguridad. Muy estricta. Nadie entra o sale de la base sin autorización superior, ni siquiera los cargadores.

—Sí.

Frunció el ceño. Sacudió la cabeza.

—No es posible.

—Sin embargo alguien se metió en un contenedor y le puso una bomba lo suficientemente potente como para destruir a un Destructor Estelar. Y no era un tiro en la

oscuridad, con la esperanza de golpear algo, porque se necesitaba a alguien en el otro extremo para armar el artefacto.

—Así que sabían a dónde se dirigía —terminó por ella—. No pueden tener agentes en cada posible destino. Una vez que llegó a nuestras instalaciones de almacenamiento, podría haber ido a cualquiera de varias naves.

—O a esta estación —dijo ella—. Fue cuestión de suerte que el *Intrépido* necesitara munición antes que nosotros.

—Así que está siendo dirigido por alguien más alto que un cargador. Por lo menos, tenía que haber alguien de Enrutamiento involucrado y una conspiración que pudiera colocar o ponerse en contacto con un agente que ya estuviera aquí. Estamos hablando sobre un espía rebelde en la Armada Imperial con más que un poco de alcance.

—Precisamente.

—Probablemente podamos determinar quién cargó el contenedor, y lo enrutó.

—Lo cual es bueno, pero tampoco impide que algo similar vuelva a suceder si el próximo envío procede de un origen diferente.

—Correcto. Necesitamos encontrar a quien maneja los agentes aquí —dijo él.

—Concuerdo.

Él la miró.

—¿Cómo planeas hacer esto?

—Estoy suponiendo que el agente no haya decidido suicidarse. Tenemos el día y la hora cuando se activó el dispositivo. Habría tenido que llegar antes de esa hora, y salir antes de la explosión. Los registros de operación del *Intrépido* estaban respaldados en la computadora de la estación, la última entrada llegó justo antes de la destrucción de la nave. Podría tomar algún tiempo, pero podemos acceder a aquellos y reducir las posibilidades.

—Bien —dijo Tarkin—. Hazlo de inmediato.

Ella sonrió y se ajustó el cuello de la bata.

—¿De inmediato?

Él no le devolvió a la sonrisa.

—Sí. Hay momentos para coquetear, y momentos para la acción. Quiero un informe para las cero quinientas horas.

Daala asintió con la cabeza y comenzó a vestirse rápidamente.

45

CENTRO MÉDICO, SECCIÓN N-UNO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Uli miró a su comandante con incredulidad. Desde que Hotise había llegado y se instaló en la estación, no se habían visto tanto el uno al otro, y Uli no estaba feliz de estar viéndolo ahora.

—¿Qué? —dijo Hotise—. Pareces pensar que yo personalmente administro esta guerra, doctor. Créeme, si lo hiciera, lo haría un poco mejor. Tal como están las cosas, hay cosas que simplemente escasean. Los médicos, para no hablar de psiquiatras, son difíciles de conseguir, aún con la gran luz verde. No te matará cubrir el hueco de vez en cuando. Hiciste rotaciones en ambas disciplinas durante tu residencia.

—Por supuesto que sí. No me estoy quejando acerca del trabajo. Pero soy un cirujano, no un doctor de medicina interna. Mis habilidades están un poco oxidadas fuera de mi especialidad.

—Bueno, tienes robóticos de alta tecnología para respaldarte, así como los más avanzados diagnosticadores en la galaxia. Un estudiante de primer año de medicina o un droide competente podría hacerlos y dar en el blanco, el noventa y cinco por ciento de las veces.

—Estás sosteniendo mi argumento, doctor. —Uli levantó las manos—. Estas son para cortar, no golpear rodillas y tratar de dolores de cabeza. No es el mejor uso de mis talentos.

Hotise se encogió de hombros.

—Hacer el mejor uso del talento nunca ha sido la misión de los militares, hijo. Cambian tan rápido como muda de piel un gusano espacial. Si quieren hacer que un médico cave trincheras en el campo de batalla, lo harán hacer precisamente eso… porque pueden.

»Si los exámenes físicos de rutina se meten en el camino de la cirugía, entonces podrás dejarlos de lado. Pero mientras no estés cortando y pegando, no tenemos suficiente ayuda para que puedas esperar sentado a que aparezca otro cuerpo que abrir. —Se inclinó hacia adelante, poniendo las manos sobre el desordenado escritorio de Uli. Se veía, pensó Uli, unos veinte años mayor que hacía unos meses, cuando había asignado sus funciones a Uli. Uli también podría oler un leve tufo a alcohol en su aliento.

»En algún momento —continuó Hotise—, vamos a tener todo el personal, pero hasta entonces, tenemos que extendernos por todas partes.

—¿Y si nos extendemos demasiado para el bien de los pacientes?

Hotise se enderezó.

—Tendrás que aguantar, Dr. Divini. Hay una guerra, después de todo.

Uli suspiró y asintió con la cabeza. Realmente no había esperado otra cosa. Y cansado o no, borracho o no, el hombre tenía razón. Un cirujano acostado en un sofá podría fácilmente estar tratando bultos y golpes de rutina.

Aunque eso no significaba que tuviera que gustarle.

—Tienes pacientes que ver —dijo Hotise—. Así que voy a dejarte tranquilo. Que tengas un buen turno.

El hombre mayor salió de la oficina, y Uli miró la espalda de Hotise mientras se marchaba.

—No estoy familiarizado con todos los matices del comportamiento humano —dijo C-4ME-O—, pero creo que es seguro decir que usted no salió ganando en ese intercambio.

—Eres el segundo droide sabiondo que he conocido. Si nunca conozco a otro, mi vida no va a sufrir ni un poco.

—Aquí está la planilla del siguiente paciente, doctor.

—Ve a buscar algo útil que hacer antes de que decida que necesitas ser reprogramado como limpiador de letrinas. Podemos hacer eso en el ejército, sabes. Tomar un droide médico y darle ese uso.

—Las amenazas vacías no le sientan bien, Dr. Divini.

Uli sonrió a pesar de sí mismo y miró la planilla. Describía la queja de un tal sargento Nova Stihl, un guardia, que estaba teniendo…

¿Pesadillas?

Genial. Maravilloso. Sabía menos sobre males psicológicos que sobre la gripe rodiana.

En la sala de examen, el paciente estaba sentado en la mesa vestido con una bata desechable. A primera vista, parecía en forma y musculoso; en apariencia, no parecía estar acosado por ninguna de las principales psicosis. Su ánimo era calmo.

—Sargento Stihl. Soy el Dr. Divini. ¿Cuál parece ser el problema?

El hombre le dio un encogimiento de hombros y pareció avergonzado.

—Problemas para dormir.

—Ya veo. ¿Aquí dice que has estado teniendo pesadillas?

—Sí. Odio hacerte perder el tiempo con pequeñeces, doc, pero estoy empezando a quedarme dormido en el trabajo. ¿Tal vez puedas darme una pastilla o algo?

—Eso no es problema, tenemos todo tipo de medicamentos para dormir. Pero probablemente deberíamos tratar de averiguar la causa antes de tratar de curarla.

Stihl volvió a encogerse de hombros.

—Tú eres el médico.

—¿Cuánto tiempo ha estado pasando?

—Es difícil decirlo. Solía tener una mala noche de vez en cuando en mi último puesto, pero ha empeorado desde que fui transferido aquí. Se ha vuelto más frecuente.

—Ajá. ¿Algo de estrés en tu trabajo?

Stihl se rió.

—Soy un guardia. Trato con malditos encerrados en centros de detención que no quieren estar allí, la mayoría de los cuales hizo algo ilegal para llegar allí. El estrés va con el territorio.

—¿Has estado haciéndolo desde hace un tiempo?

—Desde que me uní. Once años estándar.

—De acuerdo. Entonces ¿cómo es el nivel de estrés de ahora? ¿Mayor, menor, igual?

—Un poco menor, en realidad. Antes estaba destacado en el planeta. Hay algunos casos realmente serios en Despayre, la mayoría de ellos más locos que un shistavaneno rabioso. Los tipos detenidos aquí en la estación suelen ser militares o contratistas civiles que se volvieron demasiado juguetones o codiciosos. No son muchos los criminales de carrera. Son más fáciles de tratar, porque tienen más que perder.

—Muy bien. ¿Recreación?

—Hago artes marciales.

—¿Te han dado más golpes en la cabeza de lo habitual?

Stihl se rió.

—Al contrario. Soy el maestro… no me pegan, mucho.

—¿Algo nuevo o diferente lo que respecta a la dieta? ¿Alcohol? ¿Alojamiento? ¿Relaciones?

—Nada notable. Me llevo bien con mi unidad, como lo mismo que solía comer, no me paso el tiempo bebiendo. Los camarotes básicos son los mismos en toda la galaxia; comparto un cubo con varios otros suboficiales; que no causan ningún problema. Tiendo a seguir una monogamia serial y no estoy viendo a nadie ahora mismo.

El análisis subjetivo parecía normal.

—Podría ser una alergia. Hay una gran cantidad de desperdicios de construcción y polvo microscópico flotando antes de que los filtros puedan atraparlo. Vamos a hacer un examen físico, para asegurarnos de que todos tus sistemas están en línea, ejecutar algunos análisis de sangre y orina y esas cosas, hacer una exploración magnética. Si encontramos algo que podamos arreglar, lo arreglaremos. Si todo está bien, tengo medicamentos que te noquearán como si te golpearan con un mazo, y garantizan que duermas sin sueños durante seis horas.

—Suena bien.

Uli hizo un examen físico, que no dio resultados llamativos. El hombre estaba en tan buena forma como había supuesto al verlo, al menos para el ojo entrenado. Hizo que C-4ME-O llevara al paciente a la matriz del diagnosticador y corriera la batería estándar de pruebas, cubriendo todos los sistemas principales. Las máquinas eran rápidas; los primeros resultados empezaron a llegar antes de que comenzara la segunda tanda de pruebas.

No había nada fuera de lo ordinario. Stihl estaba en gran forma para un hombre de su edad, mejor que la mayoría de los humanos veinte años más jóvenes. La mioconducción, escaneo cerebral, EEG, MEG, función de dendritas, estaban dentro de los límites. Las

velocidades aferente/eferente eran ligeramente mejores de lo normal; corazón, pulmones, riñones, hígado, bazo, páncreas, reproductor, digestivo…

Uli miró la lectura de la composición sanguínea. Las plaquetas bien, recuento de glóbulos blancos normal, hematocrito, hemoglobina, todo normal.

Excepto…

El recuento de midiclorianos era de más de cinco mil por célula.

Uli parpadeó. Eso era inusual. El rango humano normal era de menos de la mitad de eso. No sabía mucho sobre midiclorianos; ya nadie lo hacía… la mayoría de la investigación sobre el tema se había hecho en la Academia Jedi por sus propios curanderos, y sus registros ya no estaban disponibles para el estudio. Una lástima. Todos los jedi se habían ido…

Como Barriss…

Sacudió la cabeza. No quería lanzarse por ese carril espacial en particular, gracias. Cuando conoció a Barriss, había estado en su primer periodo de servicio en el campo, joven e idealista. Ahora Barriss se había ido… y también su idealismo.

Esta maldita guerra…

Se forzó a volver a la tarea a la mano. ¿El alto conteo de midiclorianos sería de alguna manera responsable de los sueños del sargento? Si los jedi estaban en lo cierto, estos eran los componentes vitales de la vida que lo conectaban todo con la Fuerza. Y había oído que a veces la Fuerza podía causar sueños extraños, incluso prescientes. Parecía tener sentido, dado que era la única anomalía en los exámenes.

—¿Qué sucede, doc?

Uli le explicó las estadísticas. El sargento puso una mirada en blanco.

—¿Mini qué?

—Midi. Clorianos

—¿Y crees que ese podría ser el problema?

—Francamente, no lo sé. No es mi especialidad. Voy a consultar y te aviso, pero en cualquier caso no debería ser algo peligroso a tu nivel. No va a matarte.

Stihl pareció aliviado.

—Al menos eso es algo.

—Voy a darte unas tabletas que deberían permitirte descansar.

—Gracias, doc. Te lo agradezco.

—Sólo hago mi trabajo —dijo Uli.

Después de que el sargento se había ido, Uli accedió a la biblioteca médica de la estación. No fue una sorpresa que no hubiera nada más de lo que ya sabía sobre los midiclorianos.

Tal vez había un médico con conocimientos de biología celular en la estación, o asignado a alguna de las naves de guerra en la zona. Comenzó a publicar una consulta en la Red Médica, pero luego se detuvo. ¿Era una buena idea?, se preguntó. El Emperador ordenó una prohibición total de cualquiera y cada uno de los datos que tenían que ver con los jedi y la Fuerza. Tan profundo había sido el revisionismo que ahora, apenas dos

décadas después del heroísmo jedi de las Guerras Clon, casi cada referencia en cada banco de datos de la galaxia había sido purgada de todos los asuntos e información relativa a la orden. La mayoría de los seres nacidos desde entonces sabían muy poco, si sabían algo, acerca de esos personajes míticos cuyos nombres habían estado una vez en boca de todos y los mayores eran lo suficientemente prudentes como para no hablar sobre el tema. La prohibición, hasta donde Uli sabía, todavía estaba en efecto. ¿Realmente quería poner una consulta en un foro público sobre un tema tan altamente sensible? Después de todo, el sargento Stihl no parecía en peligro, ni inmediato ni a largo plazo. Nunca había escuchado que los midiclorianos estuvieran asociados a ninguna patología. ¿Su juramento de curar se extendía hasta ponerse en peligro al pedir información sobre un tema prohibido, especialmente cuando el paciente no parecía estar en peligro?

Sí, decidió renuentemente. Si había la más mínima posibilidad de que los midiclorianos estuvieran causando, o tuvieran el potencial de causar, problemas de salud en Nova Stihl, seguir todos los cursos de investigación era el deber de Uli como sanador.

C-4ME-O entró.

—Su próximo paciente está listo, doctor.

Mientras entrevistaba al próximo paciente, Uli se dio cuenta de que, aunque había resentido inicialmente la imposición de Hotise de trabajo adicional, ahora estaba contento con ella. Le sacaba la mente del embrollo moral en que se había convertido la galaxia.

46

DEI *DEVASTADOR*, SECTOR ARKONIS[15], BORDE EXTERIOR

—¿Lord Vader?

—¿Qué sucede, teniente?

El teniente prácticamente apestaba a miedo. Normalmente era de esperarse y no era un problema, porque el miedo era una herramienta útil. Pero, en ocasiones, podía consumir tiempo.

—No tiene miedo —dijo Vader, uniendo los dedos para concentrar la Fuerza.

—No tengo miedo —repitió el teniente. La tensión en su rostro y cuerpo se relajó, un poco.

—¿Tiene algo para mí?

—Sí, señor. —El teniente levantó una copia impresa en flimsi—. Una de sus banderas de advertencia se ha disparado. Un cirujano de a bordo de la estación de combate ha solicitado información sobre midiclorianos en la Red Médica local.

—Muy bien. Déjela aquí. Puede retirarse.

—Señor. —El hombre se fue. A pesar de ser un idiota de mente débil, al menos no estaba temblando en sus botas.

Vader leyó el despacho de noticias con interés. Consideró el conocimiento que contenía. ¿Por qué alguien en la estación de combate estaría buscando información sobre midiclorianos?

Vader sabía todo acerca de los midiclorianos, por supuesto: él, personalmente, tenía el mayor número por célula jamás registrado, más de veinte mil. Más que Yoda, y sabía que más que su antiguo maestro, Kenobi. Lo que significaba que, potencialmente, podría tener una conexión más fuerte con la Fuerza que nadie. Ya que la mayoría, si no todos, los jedi ya no existían, lo que era muy bueno, aunque Vader estaba convencido de que Obi-Wan había permanecido oculto todos estos años, al igual que Yoda, suponiendo que este último no hubiera finalmente muerto por causas naturales. Después de todo, Yoda había sido muy viejo, y la derrota y muerte de los jedi no pudieron haberlo ayudado a envejecer más fácil. Podría estar muerto. Pero era imprudente hacer tales suposiciones sobre un maestro jedi tan poderoso.

Volviendo al tema en cuestión. Sería bueno hablar con este médico y ver lo que estaba haciendo. Los midiclorianos no figuraban normalmente en el tratamiento de la mayoría de seres. Esto era inusual.

---

[15] No se conocen otras referencias a un sector Arkonis, ni está entre los sectores detallados exhaustivamente en El Atlas Esencial. Probablemente se trata de un error tipográfico en el original, por el sector Arkanis. Ver nota en la Wookieepedia. *(N. del T.)*

Aunque no lo suficientemente inusual como para que suspendiera su actual misión y fuera a investigar. Muy pronto tendría una razón para volver a la estación de combate. Trataría con este doctor y su extraña petición cuando fuera.

Por ahora, era hora de volver a su cámara hiperbárica, para descansar y recargarse. Había mucho que hacer al servicio de su maestro y nunca había suficiente tiempo para hacerlo todo.

OFICINAS DE ARQUITECTURA, NIVEL EJECUTIVO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Teela vio las flores en su escritorio cuando llegó para su turno, un ramo de siemprelirios, rojos, florazules y pasiones púrpura, artísticamente arregladas por alguien que sabía cómo mezclarlas y combinarlas para mejorar el atractivo más visual. Podía oler el aroma especiado y picante de los rojos flotando en las corrientes de aire de oficina cuando se acercó más.

La tarjeta con el arreglo, decía, ¿ADÓNDE VAMOS DESDE AQUÍ?

Esa, pensó, *es una buena pregunta*.

No había ningún futuro real para ellos. Él era un piloto de cazas TIE imperiales en servicio de guerra, y ella era una criminal convicta que trabajaba en libertad condicional en la estación de combate más grande jamás diseñada y construida. Sus antecedentes eran demasiado diferentes, y sus lealtades demasiado apartadas. Si bien era cierto que ambos irían adonde el Imperio les dijera que fueran y harían lo que les ordenaran, Teela lo hacía porque no tenía ninguna opción real, mientras que Vil se gloriaba en su trabajo.

La construcción de la estación seguía volviéndose más rápida ya que los equipos aprendieron de las primeras secciones construidas y fueron capaces de construir otras nuevas con un menor desperdicio de esfuerzo. Algunas partes del proceso habían sido tan optimizadas que el trabajo fue casi dos veces más rápido que el anterior. El ejército de droides de construcción trabajaba incansablemente, día y noche; una estructura interior que normalmente tomaría meses en terminarse con trabajo orgánico a menudo se terminaba en pocos días. Era increíble y, para una arquitecta, más que gratificante ver estas construcciones aparecer como por arte de magia. Los únicos que estaban cerca de alcanzar la velocidad de los droides eran los wookiees. Teela recordó un viejo refrán que decía: dale un cuchillo a un wookiee y envíalo a un bosque por la mañana y por la tarde habrá tallado una mesa para cenar… y una casa donde ponerla.

Estaban al día en muchas áreas, adelantados en muchas más y atrasados en sólo algunas pocas. Teela sentía emociones encontradas ante esto. Después de que la estación estuviera terminada, iría a luchar con los rebeldes y ayudaría a destruir la insurrección y Vil estaría en medio de todo eso. ¿Y dónde estaría ella? Probablemente de vuelta en el planeta prisión por el resto de su vida.

Por otra parte, la vida siempre era incierta. Podías ser atropellada por un autobús flotante al cruzar una calle. Había innumerables enfermedades que te matarían en poco

tiempo. Alguien podría olvidarse de soldar un sello y una explosión descompresiva podría escupirte al frío vacío, donde estarías muerta y congelada antes de que nadie viniera a recogerte, si se molestaban en hacerlo. No te levantabas cada mañana esperando que esas cosas sucedieran —ese era el camino a una depresión tan profunda como el mismo espacio—, pero tenías que saber que la vida era corta y no había garantías.

Por lo que en este momento ella tenía un ramo de bellas flores en su escritorio que probablemente costaba el salario de un par de días y la atención de un hombre que no era poco atractivo y quería pasar su tiempo y gastar su energía con ella. Hoy, mañana, un mes, un año… nadie sabía cuánto tiempo tenía, así que ¿por qué no aprovechar el momento y disfrutarlo tanto como fuera posible?

Su yo interno concedió que eso tenía algo de sentido. *Ve por él, chica*.

Movió la mano a la consola de su escritorio y encendió el comunicador. Después de un momento, apareció el holo. Vil le sonrió.

—Hola —dijo.

—Hola, a ti también. Las flores son encantadoras. Gracias.

—¿Todavía vamos a cenar esta noche? —preguntó él.

—Sí. Pero apuesto a que puedo hacer un fogu mejor que cualquier restaurante a bordo. ¿Por qué no vienes a mi cubo y me dejas cocinar para ti?

PARTE DOS

VUELO DE PRUEBA

47

PASILLOS ADYACENTES AL BLOQUE DE DETENCIÓN AA, NIVEL CINCO, ESTRELLA DE LA MUERTE

—¡Sargento Stihl, hay intrusos! Hubo un escape en el Nivel Cinco, Bloque de Detención AA-Veintitrés. ¡Tome un equipo y valla allí!

Nova se quedó mirando al teniente con incredulidad. ¿Intrusos? ¿Un escape? ¿Cómo era eso posible?

—¡Sargento!

No hay tiempo para preguntarse acerca de eso ahora.

—Entendido, señor, ¡en camino! ¡Bretton, Zack, Guión, Alix, Kai, conmigo! ¡Mahl, Cy, Dex, Nate, en la punta! ¡Vamos, muévanse!

La escuadra salió rápidamente de las barracas al pasillo, el sonido de su armadura traqueteaba con el movimiento. Los pasillos estaban extrañamente desiertos, lo que Nova contó como una suerte. Menos gente significaba menos víctimas civiles.

—¿A quién nos enfrentamos, sargento? —eso vino de Dash.

Nova no lo sabía. ¿A quién se enfrentaban?

Bueno, kark, los reconocería cuando los viera.

—Sólo dispárale a quien yo te diga —le dijo al soldado. Luego levantó la voz para incluir al resto de la escuadra—: ¡Vamos, más rápido!

Corrieron por los pasillos grises y negros, siguiendo a los cuatro guardias en la punta, sosteniendo las armas hacia arriba, con los dedos fuera de las guardas de los gatillos, como decían las regulaciones. Los techos y los pisos estaban cubiertos con absorbital a prueba de bláster, así si alguien disparaba accidentalmente no iba hacer ningún daño. Si llevabas tu arma apuntada al suelo, sin embargo, en una multitud había una buena oportunidad que le volaras el pie a alguien, y las paredes y rejas de ventilación tampoco eran tan robustas.

El pasillo se bifurcaba por delante. Mientras se acercaban, Nova estaba tratando desesperadamente de recordar cuál conducía a la Unidad D cuando una saeta bláster pasó chisporroteando por el pasillo que cruzaba por delante. Los cuatro guardias en la punta frenaron patinando, luego avanzaron lentamente hacia la intersección para mirar alrededor.

Nova de repente se dio cuenta de que todo esto le resultaba familiar. Era como si ya hubiera estado aquí antes, visto los acontecimientos que ahora tenían lugar. Sabía, sin saber cómo, que en los próximos segundos un escuadrón de soldados de asalto iba a…

—*¡Aaahhhh!* —Gritó alguien más allá de la curva en el pasillo, y un momento después media docena de soldados doblaron corriendo la esquina de la intersección del pasillo, en dirección a Nova y sus hombres.

Estaban siendo perseguidos por un solo hombre con un bláster, que gritaba como un berserker mientras corría. El hombre —Nova vio que estaba vestido como un piloto espacial sin suerte— se detuvo, dándose cuenta que de repente las probabilidades en su contra eran abrumadoras. Entonces se volvió y corrió atrás en dirección opuesta, acelerando al máximo mientras desaparecía girando la esquina.

—¡Tras él! ¡Vamos! —Nova lideró la persecución, seguido por su escuadra y los demás. Una vez alrededor de la curva, vio que al piloto se había sumado un wookiee, y ahora ambos disparaban hacia sus perseguidores mientras huían. Una saeta bláster derribó al hombre junto a Nova. Intentó en apuntar a los corredores, pero fue golpeado por alguien desde atrás; su saeta quemó la chapa justo detrás de los dos fugitivos. El humano les lanzó otra ronda.

El tiempo pareció detenerse. La saeta se arrastró hacia ellos, increíblemente lenta. Pero a pesar de su lentitud, Nova se movía aún más lento… la mortal ráfaga de energía iba a golpearlo, y no había nada que pudiera hacer para detenerla.

La saeta bláster se estrelló contra él, penetrando fácilmente la placa pectoral. Atravesó el pecho, quemó su corazón, y él cayó, muriendo…

Nova se sacudió en la cama, su pulso estaba acelerado, cuando uno de sus compañeros de cubo le gritaba:

—¡Eh, Stihl! ¡Despierta frip, estás gritando dormido otra vez! ¡Algunos de nosotros tratamos de descansar un poco aquí!

—Lo siento —jadeó Nova. Ralentizó su respiración, usando técnicas que había aprendido con los años para calmarse. Sintió que su frecuencia cardíaca caía, se sintió calmarse.

Pero no lo bastante calmado. Nova se volvió a acostar, mirando el techo. Los medicamentos para dormir no lo estaban ayudando.

CENTRO DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tarkin consultó los datos de la pantalla, complacido. La estación estaba casi operativa… al menos lo suficiente como para que pudieran comenzar maniobras básicas. El superláser estaba funcionando sólo parcialmente, cierto, pero ya era lo suficientemente caliente como para probarlo, y él tenía algunas ideas acerca de cómo hacerlo.

Con todo, las cosas sí que iban muy bien.

Había habido algunos problemillas. Daala no había sido capaz de encontrar a los responsables de la destrucción del *Intrépido*. Había regresado a las Fauces, pero volvería otra vez, pronto. Tarkin esperaba su próxima visita.

Un informe de inteligencia acababa de llamarle la atención. Ha habido algún tipo de infiltración y robo en una base militar apartada en Danuta. Aunque normalmente esto hubiera sido de poco interés para Tarkin, los agentes que investigaban habían oído algunos datos de inteligencia —nada más que un rumor, en realidad—, de que uno de los archivos robados era un conjunto de planos de esta estación de combate. Tarkin frunció el

ceño. A primera vista, parecía poco probable, ¿cómo habrían llegado los planos a ese planeta remoto en primer lugar?

Por otra parte, los secretos militares eran notoriamente difíciles de mantener, y un archivo se podría transmitir a través de toda la galaxia, si se le daba suficiente potencia a la generación de la señal. Algún funcionario de bajo nivel, en algún momento, podría haber encontrado los planos y decidido copiar un juego. Podría haber varias razones para hacerlo… el conocimiento era poder. ¿Cuánto valdrían los planos para la Alianza Rebelde? Una fortuna, sin duda; mucho más que el pequeño riesgo de ser descubiertos.

Y si había aunque sea una remota posibilidad de que tal cosa hubiera llegado a pasar, si esos planos habían caído en las garras de los rebeldes, eso podría ser malo. La estación, cuando estuviera plenamente operativa, sería invulnerable desde fuera, por supuesto, pero un saboteador que sabía exactamente dónde hacer el mayor daño desde dentro podría ser una amenaza real.

Esto necesitaba ser abordado, y Tarkin sabía quién era el más adecuado para la tarea. Era mortificante tener que pedir ayuda al hombre, pero la seguridad de la estación era primordial.

Fue al holoplato y lo activó. Era una comunicación de prioridad uno, y la conexión se hizo casi de inmediato.

La brillante imagen de Darth Vader apareció ante Tarkin, a tamaño natural, como si estuviera en la misma habitación.

—Gran Moff Tarkin. ¿Por qué me ha llamado?

—Entiendo que existe una remota posibilidad de que un conjunto de planos de esta estación de combate haya sido robado por agentes de la Alianza.

—Sí.

Tarkin apretó los dientes lo bastante firmemente para hacer que los músculos de la mandíbula le dolieran.

—¿Ya lo sabía?

—Tengo mis propios agentes.

El casco negro no tenía manera de cambiar de expresión, por supuesto, pero Tarkin pudo oír diversión en la voz del señor oscuro.

—Ya veo —dijo, con tono cuidadosamente neutral. No era el momento para contrariar al lacayo del Emperador.

—Averiguaré si es cierto, y si es así, me ocuparé de ello. —El casco negro se inclinó inquisitivamente—. Es por eso que usted me llamaba, ¿verdad?

Tarkin asintió con la cabeza. Vader podría tener muchos defectos, pero no era un pusilánime. Una vez que emprendía una tarea, rara vez se desviaba hasta verla acabada. Las probabilidades eran que la historia no fuera más que un rumor sin fundamento, pero si no, nadie estaba mejor equipado para determinar los hechos y eliminar el problema que Darth Vader. Una herramienta útil, aunque peligrosa… sin importar lo que Tarkin pudiera sentir personalmente sobre él.

—Manténgame informado —dijo.

—Por supuesto. —La imagen de Vader se desvaneció.

DEI *DEVASTADOR*, CERCA DE TOPRAWA, SECTOR KALAMITH, CUADRANTE NORTE

Vader cortó la conexión con Tarkin. ¿Cómo había el hombre descubierto el robo de los planos tan rápidamente? Debe haber una filtración en alguna parte. Siempre había filtraciones. La única manera de evitarlas era mantener todo para ti mismo, y eso no siempre era posible.

Vader, por supuesto, sabía mucho más acerca de la situación de lo que le había dicho a Tarkin. Era cierto: un conjunto de planos había sido robado de una base militar, y esos planos ahora estaban, de hecho, en manos rebeldes. Habían sido contrabandeados a Darkknell y luego a Toprawa. Allí una banda de rebeldes había tomado el control de una torre de comunicaciones imperial y transmitido los planos a una burladora de bloqueos que orbitaba el planeta.

La burladora de bloqueos, había averiguado, era la *Tantive IV*.

La nave de la princesa Leia Organa.

Bail Organa y su hija habían estado entre aquellos en el reconstituido Senado Imperial que estaban del lado de los rebeldes. Todavía no había ninguna prueba, pero Vader lo sabía. Ni siquiera necesitaba la Fuerza para estar seguro. Lo sabía.

Sin duda su nave estaba en camino a entregar esos planos a alguna base rebelde secreta. Vader tenía que encontrar y capturar la nave antes de que llegara a su destino. A pesar de que hubiera preferido seguir la nave hasta su destino y destruir la base, la destrucción de otro nido de rebeldes no era tan importante como proteger la preciada estación de combate de su maestro.

Así que el *Devastador* iba rumbo a Tatooine, donde sus agentes habían predicho que se dirigía la *Tantive IV*. Una base secreta allí tenía poco sentido, ya que el planeta era mayormente un desierto y de poco valor militar o comercial. El mundo estaba lo suficientemente lejos de las rutas principales para que los rebeldes pudieran haber tenido una base allí alguna vez, pero esa posibilidad ya había sido comprobada exhaustivamente por agentes imperiales, que habían informado que tal lugar no existía ahora.

Tenía poco sentido. El planeta era todo arena y dunas, escasamente poblado por colonos, tanto humanos como de otras especies, y los indígenas tuskens. Vader sabía lo inhóspito que era el lugar. Después de todo, había pasado sus primeros años allí…

No. Anakin Skywalker había crecido en el páramo caliente y seco, pero quién él era ahora había sido forjado en un mundo que hacía que Tatooine pareciera como Hoth. Él había sido templado y revenido en los ríos fundidos de Mustafar. Mustafar era su lugar de nacimiento, no Tatooine.

En cualquier caso, era poco importante por qué iba allí la princesa. Tal vez sólo tomaba una ruta indirecta para deshacerse de los posibles perseguidores. Lo importante era que ella tenía los planos de la Estrella de la Muerte, y eso en sí mismo era razón

suficiente para detenerla. El Imperio recuperaría los planos y al hacerlo se libraría al mismo tiempo de las acciones entrometidas de ella.

Su maestro estaría complacido con ambos eventos.

48

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, SECTOR THETA, ESTRELLA DE LA MUERTE

No habían mentido. Las diferencias entre el simulador y lo verdadero eran insignificantes. Había más detalles desgastados y arañazos en el simulador, resultado de los meses de ejercicios, pero el equipo era idéntico.

A pesar de todo el entrenamiento, Tenn todavía estaba un poco nervioso. Esto era lo real; desde aquí, podían generar un impulso de destrucción pura que era más fuerte que cualquier cosa nunca antes disparada. Increíble, y no un poquito intimidante. No esperaba alguna vez disparar el arma a plena potencia, no para destruir un planeta entero. La idea, según él la entendía, era que la amenaza sería más que suficiente. Probablemente desintegraría una o dos lunas deshabitadas, sólo para demostrar que hablaban en serio, pero los objetivos reales serían militares: bases y flotas rebeldes, y cosas así. Para esas cosas, el superláser sería excesivo a un nivel ridículo, similar a freír una pulga verde con un turbo-láser.

—Usted ha practicado en el simulador, ha visto las lecturas, por lo que no le estoy diciendo ninguna novedad —dijo su OAM, rompiendo el ensueño de Tenn—. Esta es un arma monstruo, pero no es de repetición. Si yerra el primer tiro, no habrá otro en su turno.

Tenn asintió con la cabeza. Había preguntado sobre el almacenamiento de energía el primer día en el simulador, y los ingenieros habían salido corriendo unos sobre otros. Pero una vez que había visto los números —tenían que ser honestos en eso, incluso en los sims— lo había descubierto lo bastante rápido. Los condensadores podían contener bastante jugo para iluminar un planeta, es cierto, pero una vez que se descargaban, no se podían volver a llenar muy rápido. Una vez que disparabas la cosa, bien podrías apagar las luces y tomarte una larga siesta, porque la energía máxima no iba a regresar hasta que pasara una buena parte del día. Es verdad que todavía podías bombear algunos haces de baja potencia bastante desagradables —y aquí la definición de *baja* era todavía más grande que lo que podía manejar un Destructor Estelar, incluso si dejaban que todo el equipo escupiera a la vez—, pero sería un trapo en lugar de un destructor. Podría calcinar una o dos ciudades, hervir hasta secar un gran lago o incluso un pequeño mar, pero eso era todo.

Y si eras el tipo que tiraba del gatillo y errabas, bueno, más te valía buscar un nuevo trabajo a partir de diez segundos después de que decías «Oops…».

—Mi equipo, no falla, cap —digo Tenn—. Si me encuentra un objetivo y lo podemos ver, daremos en el blanco, tiene mi garantía personal.

El OAM se echó a reír.

—Todos los tiradores son iguales.

—Compruebe los registros, cap, compruebe los registros. No me pagan para errar.

La cara del OAM se puso seria.

—Ya lo sé, jefe. Pero nosotros no elegimos los objetivos. Se podría poner feo.

Tenn se encogió de hombros.

—No soy un político ni un moff, señor. Yo hago mi trabajo, que ellos hagan el suyo.

El OAM le dio una palmada en el hombro.

—¡Buen hombre! —sonaba aliviado.

—Entonces, ¿vamos a estar operativos aquí?

—Muy rápido, hijo. Que su tripulación se familiarice con los mandos. Se supone que todo va a ser igual, pero no vamos a disparar salvas. No quiero que nadie se ponga nervioso cuando llegue el momento de arrancar en serio.

—Entendido, cap. Mi equipo no lo defraudará.

—Sé que no lo harán, jefe. Es por eso que tendrán el primer disparo. Cuando se jubile y tenga a los nietos a sus pies, podrá contarles… que disparó la primera ronda del cañón más grande jamás hecho.

—Es algo que esperamos —dijo Tenn—. Es decir, tan pronto como tenga una mujer y empiece a trabajar en los hijos que me darán esos nietos.

Ambos hombres rieron.

CANTINA EL CORAZÓN DURO, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

—Me sigue pareciendo una coincidencia muy extraña —dijo Memah—. Que de todas las cantinas de la galaxia, el único guardia que te puede reconocer de vista entre por casualidad en la mía.

—Han pasado cosas más extrañas —dijo Ratua—. Conocí a un campesino en una cooperativa de leguminosas en Duro, uno de entre cincuenta empleados. Fue reclutado en la armada. Así que pasó un año de entrenamiento básico, y fue embarcado, terminó siendo enviado a mitad de camino al otro lado de la galaxia para patrullar en medio de ninguna parte. Consiguió salirse en un planeta llamado Pzob. Entró en un pub gamorreano, se sentó, pidió una cerveza. Un tipo sale de la unidad sanitaria y se sienta en el taburete junto a él, resultó ser un compañero de turno en la granja. A nueve zilliones de clics de casa, ambos estaban en el mismo bar al mismo tiempo, ¿cuáles son las probabilidades de eso?

Ella se encogió de hombros.

—Ni idea. Las matemáticas nunca fueron mi fuerte.

—No pareces tener muchos problemas para contar tus créditos.

Ella sonrió. De acuerdo, él era un chico malo, pero la hacía reír. Eso valía mucho en estos días.

—Hablando del digno sargento ——dijo, mirando su crono—, sería mejor que despegue. El turno de trabajo de Stihl terminará en pocos minutos y si se deja caer a tomar una cerveza con Rodo, quiero estar en otra parte.

—Buena idea.

—¿Cena, cuando termines? ¿En mi casa?

—Siempre y cuando prometas no cocinar.

—Me lastimas, mujer.

—Es mejor que envenenarte, lo que casi me hiciste a mí.

—¿Cómo iba yo a saber que tu clase no puede comer hierbadulce?

—Podrías haberlo averiguado. Si planeas salir con alguien de otra especie, depende de ti saber qué es veneno y qué no lo es.

—Nunca me vas a dejar olvidar eso, ¿verdad?

—Ni una oportunidad, Ojos Verdes. Recogeré algo por el camino. Pescados, mariscos, algo así.

Se sonrieron el uno al otro. Él extendió la mano, ella la tomó en la suya e intercambiaron suaves apretones. Ella podría haberlo hecho peor, sabía Memah. Lo había hecho peor, más de una vez.

Después de que él se hubo ido, ella suspiró y se estiró, sintiendo que los músculos tensos se aflojaban. Sólo había un puñado de clientes en el lugar… era justo antes del cambio de turno y la gente o bien iba en camino al trabajo o estaba por salir, así que pasaría otra hora más o menos antes de que la cantina se empezara a llenar. Hora de tomar un descanso. Los negocios habían ido en general muy bien, mejor de lo que ella esperaba. A medida que la estación crecía, y nuevas secciones se agregaban y presurizaban, nuevas cantinas también se habían ido añadiendo regularmente. Había por lo menos media docena de ellas sólo en este sector y decenas de abrevaderos a lo largo de las otras porciones terminadas, pero ella no había notado que la competencia la hubiera afectado en lo más mínimo. Cierto, ella sólo estaba recibiendo un pequeño porcentaje de los beneficios, pero aún así, al ritmo actual, cuando acabara su periodo de servicio, ella habría ahorrado suficiente para comenzar un nuevo lugar de su propiedad.

Sin embargo, no estaba segura de que quisiera hacer eso. Había buenas posibilidades de que le ofrecieran una extensión del contrato, y ella necesitaría pensarlo seriamente cuando sucediera. Cierto, era el ejército, por lo que había algunas reglas que eran un poco más rígidas que en un planeta civil, pero aún así era limpio, los parroquianos se portaban generalmente bien y ella estaba haciendo dinero como una ladrona de joyas en un crucero espacial de lujo. No extrañaba el aire libre, nunca había sido una chica de la naturaleza en tierra, y sólo se había aventurado a salir del Subsuelo Sur unas pocas veces. No que hubiera mucho «aire libre», siendo todo Centro Imperial esencialmente una gran área urbana, excepto por algunos parques aquí y allá.

¿Una cantina de una estación de combate inexpugnable, o una al lado de los puertos espaciales en los barrios bajos de Centro Imperial? Dicho de esa forma, no parecía una decisión muy difícil. Sin duda ésta era mucho más segura que cualquiera que hubiera

administrado antes. Nadie iba a prenderle fuego por «accidente», y por lo que había oído ninguna nave rebelde podría rayarle la pintura, mucho menos realmente dañarla.

Quedarse era definitivamente algo a considerar. Estaba pasando un momento bastante bueno, con todo, y que Ojos Verdes anduviera por ahí, tampoco era malo.

Memah sonrió y tarareó una melodía mientras empezaba a mezclar más bebidas.

49

DOSCIENTOS KILÓMETROS DEL SECTOR N-CUATRO, ECUADOR, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vil se inclinó en una curva deslizante a babor, el motor y los presores trabajaron duro para compensar el «deslizamiento», y su perseguidor, uno de los novatos en la Beta Dos, no fue lo suficientemente rápido como para permanecer en su cola.

Se desvió de nuevo, esta vez a estribor, y el novato otra vez fue un pelo demasiado lento para reaccionar. Comprensible; este no era un movimiento que se enseñara en la escuela de vuelo básico, era uno que aprendías de alguien con mucho más tiempo en la carlinga que el que los instructores tenían para desperdiciar en los alumnos.

El novato dijo algo emocionado que Vil no llegó a entender, pero fuera una oración o una maldición, no lo ayudaría: Vil había invertido sus posiciones, terminando el bucle alineado hacia la parte posterior del novato.

Te tengo, chico…

Vil accionó el control de disparo y pintó la parte posterior del novato con los láseres de puntuación. Si sus armas hubieran estado a plena potencia, el chico estaría esquivando escombros ahora, y ambos lo sabían.

—No es gran cosa, chico —dijo por el comunicador—. Todos tenemos que deslizarnos por la curva de aprendizaje…

—¡Atención, a todos los escuadrones, atención! ¡Interrumpan el simulacro de inmediato, repito, interrumpan todas las maniobras de inmediato! ¡Armen sus cañones láser en modo de combate, patrón defensivo Prime, y esperen instrucciones!

¿Qué kark?

La orden salió completamente de la nada, pero Vil estaba demasiado bien entrenado para cuestionarla. Se desvió y cambió su canal de operaciones a la frecuencia de su escuadrón.

—¡Alfa Uno, conmigo, formación de pirámide, verde y azul, uno, uno, dos!

Pulsó el botón de control, y los diodos de señal en su caza comenzaron a parpadear en la secuencia que les había dado, de modo que su escuadrón reconociera su caza y llegara a sus posiciones. Verde, un destello. Verde, un destello. Azul, dos destellos, entonces repetir. Dit-dit-da… dit-dit-da…

—¿Qué sucede, teniente? —Ese era Anyell, por supuesto.

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Deja de hablar y escucha!

Los otros pilotos rápidamente se posicionaron y se formaron en el patrón. Eran las maniobras de cazas más elementales, practicadas cientos de veces, y no demoraron más de unos segundos en alinear correctamente a los doce cazas.

Vil cambió al canal de operaciones principales para reportarse:

—Alfa Uno listo.

Otros escuadrones informaron. Había 10 de ellos, 120 cazas en total.

Después de un momento, el canal de mando se hizo cargo:

—A todas las unidades, aquí el Gran Moff Tarkin. Hemos detectado una nave nodriza enemiga saliendo al espacio real desde la velocidad de la luz en el Sector Siete, a dos mil doscientos kilómetros de distancia de la estación, repito, nave nodriza enemiga en el Sector Siete. El buque fue identificado como el *Fortressa*, un transporte clase *Lucrehulk*. Los destructores estelares se están moviendo para atacar, pero esperamos que el enemigo lance cazas. Representan un riesgo para la estación. Deténganlos.

El indicador del canal de operaciones local destelló, y a continuación, se superpuso al principal:

—A todos los cazas, a todos los escuadrones, aquí el comandante de vuelo Drolan, E De Ele Eme Uno Uno. Nos estamos desplegando en la Defensa en Zona Delta, repito, De-Zeta-Delta. Estamos a punto de mojarnos los pies, muchachos, y yo le compraré las bebidas al piloto que mate en el vacío a más de esa escoria sin padre.

La mente de Vil estaba arremolinada. Las naves clase *Lucrehulk* eran originalmente naves de la Federación de Comercio, principalmente cargueros comerciales modificados. Eran enormes naves circulares, las más grandes de tres mil metros de longitud. Después de las Guerras Clon, algunas de ellas habían caído bajo control rebelde. A menos que la Alianza hubiera hecho una remodelación importante, no estaban fuertemente armadas, ni tenían unos escudos comparables con los de un Destructor Estelar, pero podían llevar muchos cazas. Originalmente habrían llevado droides buitre, pero los rebeldes sin duda los habrían cambiado por Alas-X. Podría haber mil de ellos en esa nave, tal vez más.

Vil tragó saliva, de repente tenía la garganta seca. Aquí estaba… lo verdadero, un combate a gran escala y su escuadrón iba a estar entre los primeros en llegar a la fiesta.

Era a la vez emocionante y aterrador. Para esto había sido todo el entrenamiento: no para alguna acción policial en un planeta remoto sino una batalla real contra pilotos rebeldes, algunos de los cuales eran veteranos que habían volado naves TIE antes de desertar. Esto no sería como dispararle a dianas en una galería o pintar novatos con rayos de baja potencia; esto era a vida o muerte.

Esta era la razón por la que Vil Dance se había enlistado.

Ahora era el momento de ver quién tenía lo que hacía falta y quién no.

CENTRO DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

—La primera oleada de cazas TIE llegará a la zona de la estación en un momento, señor. Hemos lanzado mil naves adicionales de la estación. —El almirante Motti no parecía perturbado, pero claro que él no tenía la responsabilidad principal. Tarkin sí, y era muy consciente de eso al mirar el holograma que brillaba sobre la proyección del teatro de operaciones.

Sin embargo, no estaba realmente sorprendido. Había medio esperado algo como esto durante semanas, desde que el *Intrépido* se había perdido por sabotaje. Los rebeldes —alguna facción de ellos, al menos—, sabían que estaban aquí, de otro modo no habrían podido volar la nave. Estratégicamente, tenía sentido atacar la estación ahora, antes de que estuviera completamente terminada y operativa. Tácticamente, una nave nodriza era la forma más inteligente. La flota rebelde perdería una gran parte, si no toda, al atravesar los Destructores Estelares apostados aquí para poder atacar directamente a la estación de combate. Pero de entre mil o más cazas, algunos podrían pasar los escuadrones de TIE e infligir un daño, incluso si su nave madre era destruida. Tal vez no lo suficiente para destruirla, pero si podían demorar la construcción, sería una especie de victoria.

El teniente a cargo del conjunto de sensores dijo:

—Señor, la primera oleada de cazas enemigos ha salido de la nave nodriza. Doscientos cincuenta Ala-X.

Mientras Tarkin asentía, el técnico de comunicaciones dijo:

—Señor, tengo un mensaje codificado entrante en su canal personal.

Tarkin parpadeó. ¿Quién podría ser?

—Póngalo en mi pantalla personal.

Los cazas TIE se mantenían a mil kilómetros, y los Ala-X demorarían unos minutos en acercarse tanto a la estación. Los Destructores Estelares estaban en camino. No había nada más que hacer por el momento. Tarkin activó el mensaje.

El rostro de Daala apareció en su pantalla.

Él trató de no dejar que se le notara la sorpresa.

—¿Almirante?

—Gran Moff Tarkin. Estamos en camino a la estación, y parece que hay alguna actividad interesante por ahí.

—Nada que no podamos manejar —dijo él—. Aunque es posible que quieras dar un rodeo para evitarlo.

—¿Te refieres a evitar esa nave nodriza enemiga y todos esos Alas-X que salen de ella?

—Sí. Esa zona está a punto de volverse inhóspita.

—¿Vas a enviar Destructores Estelares?

—Iba a hacerlo, pero en este momento, tengo una idea mejor.

—Ah.

—Precisamente.

—Bueno, voy a apartarme de… ¡maldición!

—¿Daala?

—Tenemos compañía. Desconecto.

Ella interrumpió la conexión, y Tarkin frunció el ceño. Daala era una excelente comandante, y su nave era rápida y estaba bien armada; podría hacer frente a un grupo de Alas-X. Aún así…

—Señor, el enemigo ha vomitado una segunda oleada. Con eso son quinientos cazas —dijo el técnico de sensores.

—Le pondremos fin a eso. —Dirigiéndose a Motti dijo—: Almirante, haga que los Destructores Estelares se retiren. Interrumpan su intercepción.

—¿Señor? —Motti lo miró como si acabara de convertirse en un wookiee teñido de púrpura. Tarkin sonrió. Movió la mano a su comunicador.

—Control del Superláser —vino la respuesta.

La expresión de Motti cambió. Ahora él también sonrió.

—Comandante —dijo Tarkin al comunicador—. Tengo un objetivo para usted.

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, SECTOR THETA, ESTRELLA DE LA MUERTE

—Ya has oído al hombre, jefe —dijo el OAM—. ¿Podrás hacerlo?

—Señor, no hay problema.

—Dos mil doscientos nueve kilómetros. No es un blanco fácil.

—Si tenemos la energía para llegar tan lejos, voy a golpearlo, señor —respondió Tenn.

El OAM revisó una lectura.

—Tenemos cuatro por ciento en los condensadores de descarga.

—Más de lo que necesitamos —dijo Tenn.

El OAM pareció aliviado.

—Adelante, jefe.

Tenn asintió, se volvió hacia la consola, y encendió los altavoces.

—Tenemos la orden de comenzar la ignición primaria —le dijo al equipo—. Muy bien, muchachos, ¡vamos a amartillar y armar esta cosa! ¡Informe!

Las diversas secciones informaron el estado de cada operación, de forma rápida y entusiasta:

—Nivel del reactor de hipermateria a un veinticincoavo del máximo.

—Condensadores, cuatro por ciento disponible.

—Los tributarios del uno al ocho, en verde para la alimentación.

—Amplificador de energía primaria, verde.

—Amplificador de campo de disparo en… verde.

—Estamos listos para la alimentación del generador de inducción de hiperfase.

—Campos de rayos tributarios alineados.

—Rayos tributarios del uno al ocho despejados.

—Generador de campo de objetivo, listo.

—Tenemos el imán de enfoque del rayo primario en diez dieciseisavos de gauss… ahora catorce dieciseisavos… ahora a tope.

Tenn revisó su tablero. Todo en verde. Veintiocho segundos. No era su mejor tiempo, pero no estaba mal.

—Estamos preparados —dijo al OAM.

El OAM asintió y le dijo por el comunicador:

—Gran Moff, el superláser está preparado.

La voz del gran moff por el comunicador era calma, pero tajante:

—Entonces dispare.

El OAM asintió mirando a Tenn.

Como lo había hecho cientos de veces en la práctica simulada, Tenn apartó el protector de seguridad de encima de su cabeza y tiró de la palanca hacia abajo. Contó en silencio:

Cuatro… tres… dos… uno…

—Tenemos una ignición primaria alcanzada con éxito —dijo la voz de la computadora.

Tenn esperó. El objetivo estaba a dos mil clics de distancia, por lo que el tiempo sería solamente de…

—¡En el blanco! —dijo el técnico de puntería. Hubo una pausa mientras examinaba sus pantallas.

—¿Y bien? —preguntó Tenn tenso.

—Ha… ha *desaparecido*… jefe. No queda nada.

Tenn parpadeó ante el informe. Miró al OAM, que parecía igual de estupefacto.

Habían vaporizado una nave nodriza de tres kilómetros de ancho… con cuatro por ciento de energía en el rayo. Como si nada.

Los hombres de la habitación ovacionaron. El OAM le dio una palmada en la espalda a Tenn. Tenn sonrió en respuesta, pero por dentro, seguía costándole creerlo.

Cuatro por ciento. El potencial destructivo total no era nada menos que astronómico. El poder de una estrella, a sus órdenes.

50

CENTRO DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

—Muy bien —dijo Motti—, parece que el superláser funciona.

Tarkin sonrió.

—Así es. Pero todavía quedan quinientos cazas enemigos ahí afuera y no tienen ningún lugar adonde ir, así que no tienen nada que perder.

—Y ya los tenemos superados en número más de dos a uno, los pilotos TIE se mueren de ganas por derribarlos, y hay un montón más de dónde salieron —dijo Motti—. Ahora es una operación de limpieza, gobernador. No pueden escapar, y no pueden esconderse.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Dé la orden —dijo—. Dígales a nuestros cazas que les den duro y rápido, mientras que todavía están recuperándose de lo que acaban de ver.

—¿Señor? Su canal privado otra vez.

Tarkin asintió y tomó la llamada.

El hombre que apareció ante él parecía molesto. Después de un momento, Tarkin reconoció al hombre como el navegante de la nave de Daala.

—¿Sí, capitán Kameda?

—Fuimos atacados por un escuadrón de cazas Ala-X, señor. Los destruimos, pero sufrimos daños por disparos.

—¿Por qué no es la almirante Daala quien me dice esto?

—Señor, perdimos los escudos en el puente. Hubo una explosión. La almirante Daala resultó herida.

Tarkin sintió que sus entrañas se apretaban.

—¿Qué tan grave?

—Su vida no corre riesgo, señor. Los médicos la han estabilizado.

Tarkin exhaló el aire que estaba conteniendo.

—Pero sufrió una herida en la cabeza y está… desorientada. Hay una esquirla en su cráneo. Necesitamos un cirujano.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Tráigala a la estación de inmediato.

—Estamos en camino, señor, deberíamos llegar en pocos minutos.

Tarkin cortó la llamada, entonces activó el intercomunicador de la estación.

El capitán Hotise respondió.

—Centro Médico N-Uno.

—La almirante Daala ha sido lesionada en el ataque y está en camino con una herida en la cabeza. Que su mejor equipo de cirujanos esté esperando.

—Sí, señor.

Tarkin cortó la conexión. No era una buena noticia. Mitigaba su triunfo por el éxito del primer disparo del súper-láser. No quería perder a Daala… eso amargaría el sabor de la victoria.

Y, por supuesto, se preocupaba por ella…

MIL KILÓMETROS DE LA ESTRELLA DE LA MUERTE

La primera oleada de Ala-X superaba en número a la línea de cazas TIE dos a uno, pero estaban volando sin maniobras evasivas… esperando, supuso Vil, atravesar de golpe las defensas.

Eso no iba a suceder. Vil apuntó al primer Ala-X en ponerse en rango, disparó, y lo hizo explotar, así de simple. El piloto enemigo nunca se desvió.

Con la defensa en zona, te podías mover un poco, pero mantenías una determinada posición dentro de unos límites especificados. Los Ala-X estaban tratando de pasar, no de atacarlos. Disparaban si el TIE estaba justo en frente de ellos para despejar el camino, pero no se desviaban de su trayectoria. Seguían directo hacia la Estrella de la Muerte. Eso los hacía blancos fáciles.

¿Qué clase de estrategia de locos era esa?

Vil rápidamente destruyó una segunda nave, luego una tercera.

Detrás de él, la estación de combate había lanzado más naves TIE, y detrás de los Ala-X los Destructores Estelares estaban enviando aún más. Muy pronto las probabilidades estarían igualadas, si no se volvían a favor del Imperio.

La voz del comandante de vuelo crujió en sus oídos:

—Alfa Uno, Beta Uno, Gamma Uno, Delta Uno… ¡abandonen la zona y persigan, objetivos de oportunidad!

Drolan quería que sus unidades acumularan la mayor cantidad de derribos que fuera posible, sabía Vil. La siguiente oleada detendría a cualquiera que consiguiera pasar, los que entraban tarde al juego no iban a tener nada a lo que disparar cuando llegaran aquí.

Vil se encogió de hombros. Si los rebeldes tenían la intención de suicidarse, entonces sus hombres estarían encantados de complacerlos.

—Alfa Uno, ya escucharon al hombre —dijo cambiando a su escuadrón—. Ábranse en abanico y ¡háganlos pedazos! Patrón global de diez clics; no se alejen demasiado.

Oyó el coro de «¡Recibido, teniente!», mientras daba vuelta el TIE y comenzaba a perseguir a los Ala-X.

No fue una batalla; fue una masacre. Los Ala-X estaban tan decididos a atacar la estación que no se defendían. Los más o menos ochenta de la oleada que Vil, no pudo derribar fueron hechos pedazos por la nueva oleada de TIEs que venían de la Estrella de la Muerte. La segunda ola de Ala-X no consiguió hacer pasar ni a un solo caza por los escuadrones TIE de los Destructores Estelares.

Cuando hubo terminado, Vil tenía diez derribos, debidamente grabados por la cámara del morro y registrados en su expediente.

Cinco derribos te hacían un as. Así de fácil, el teniente Dance se había convertido en un doble as, al igual que algunos de los demás. El número total de cazas TIE perdidos fue de menos de un centenar.

Había sido su primera batalla real contra los rebeldes, pero Vil no se enorgullecía de ella. Había sido fácil.

Demasiado fácil.

51

CENTRO DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

—¿Señor? —dijo Motti.

—Ya me ha oído, almirante. Vamos a mover la estación. Los rebeldes sabían dónde encontrarnos, y no voy a permitir que eso ocurra de nuevo.

Tarkin tenía esa mirada en el rostro que no permitía discusión alguna. Era una mirada que Motti conocía bien. Sin embargo, era su deber señalar los impedimentos.

—Señor, todavía no estamos realmente listos para maniobras a toda la velocidad de la luz.

El gran moff pareció impaciente.

—Lo sé, almirante. No necesitamos ir muy lejos; al otro lado de Despayre será suficiente por ahora. Los rebeldes sabrán que su atentado fracasó, por lo que no van a intentar la misma táctica de nuevo. Nadie aparte de los comandantes de los Destructores Estelares y sus jefes de navegación recibirá las nuevas coordenadas… y además de usted, nuestro jefe de navegación y yo, nadie más en esta estación tampoco tendrá la información. Hay espías entre nosotros, almirante, y aunque eventualmente los detectaremos y eliminaremos, no voy a poner en riesgo a esta estación en el ínterin. ¿Entendido?

—Sí, señor, comprendo.

—En menos de una hora, Motti. Deje dos Destructores Estelares aquí.

—Como usted ordene, señor.

Tarkin le dio la espalda.

—Voy al Centro Médico. La cirugía de la almirante Daala está en progreso.

Después de que Tarkin se hubiera ido, Motti consideró su tarea. Tenía sentido moverse, de eso no había duda. Si una armada rebelde se presentaba y no había nadie allí… bueno, era una galaxia muy grande. No sabrían dónde empezar a buscar, y no era probable que a ninguno de ellos se les ocurriera que sus enemigos se habían tomado todo el trabajo de energizarse sólo para moverse pesadamente al otro lado del planeta. Cada hora adicional que demoraran en localizar la Estrella de la Muerte sería una hora más cerca de que llegara a estar plenamente operativa.

Y una vez que eso sucediera, ni toda la flota rebelde sería capaz de detenerla.

Que la amante del gran moff resultara herida era una lástima, pero de ningún modo una preocupación de Motti. Le tenía poco respeto como oficial. Sin el patrocinio de Tarkin, ella nunca habría llegado a su rango. Por lo que a él concernía, las mujeres no tenían lo que se necesitaba para el mando. Si moría en la mesa de operaciones, Motti no derramaría lágrimas reales, aunque, por supuesto, fingiría tristeza para apaciguar a Tarkin. El anciano era un poco susceptible respecto a ella, y no era buena idea meterse en

su lado malo. Daala era una distracción; Tarkin se preocupaba demasiado por ella. Era otra rendija en la armadura del gran moff, una rendija que algún día Motti podría explotar.

QUIRÓFANO 1, CENTRO MÉDICO, ESTRELLA DE LA MUERTE

La especialidad de Uli no era la neurocirugía, pero había aprendido mucho sobre el tema por necesidad en varios quirófanos de la galaxia desgarrada por la guerra. Había perdido la cuenta del número de procedimientos prácticos de neurocirugía que había hecho, y ni siquiera podía comenzar a estimar el número de especies en las que había operado. Si eras el único cirujano disponible, cortabas lo que había que cortar.

Él no era el principal, en este caso, sólo una de las tres personas del equipo de cirujanos que escarbaban en la cabeza de la almirante. Lo que estaba en juego, eran muy conscientes, era mucho. Era la única mujer almirante de la Armada Imperial, y, según los rumores, una amiga muy personal del Gran Moff Tarkin. No era impensable que si ella no sobrevivía el procedimiento, el gran moff podría hace que los lanzaran a todos al espacio implacable a través de la exclusa más cercana.

Había siete asistentes quirúrgicos más en la sala: tres enfermeras y cuatro droides. Hasta ahora la operación estaba saliendo bien. Todos los signos vitales eran buenos.

—Muy bien, ahora vamos a extraer el artefacto. —Ese era Abu Banu, el único verdadero neurocirujano de la estación. Era un cereano, uno de los pocos de especie no humana en alguna posición de autoridad a bordo de la Estrella de la Muerte… sin duda, porque era uno de los mejores neurocirujanos de la galaxia.

—Preparen el campo compresor en caso de que tengamos un sangrado —dijo Banu.

Uli, que estaba manejando el campo, asintió con la cabeza, pero no necesitaba que se lo recordaran. Todos conocían sus trabajos; Banu hablaba para la grabadora que estaba registrándolo todo. En un procedimiento como este, si algo pasaba, se le echaría la culpa a alguien, y la grabación ayudaría a determinar a quién. A veces morían pacientes que deberían haber vivido, pero no querías ser el hombre responsable por permitir que expirara la amante del gran moff.

Sin presiones…

Un pequeño vaso sanguíneo comenzó a supurar, y Uli elevó un cabello el campo compresor… lo suficiente para detener la fuga, pero no lo suficiente como para poner demasiada presión sobre el cerebro desnudo en el que estaban trabajando.

—Esponja —dijo Banu.

Uno de los droides extendió un brazo firme como una roca y limpió la pequeña cantidad de sangre que el compresor no había parado.

—Roa, aplique un poco de pegamento en esa arteriola.

El Dr. Roa alcanzó con el aplicador de punta ultrafina y tocó los vasos desgarrados. Se formó una pequeña gota de solución ortostática, fluyó al corte, y lo selló.

—Lo tengo —dijo Roa.

Banu se enderezó, y Uli oyó que su columna vertebral crujía. Eso no era una sorpresa; los cereanos eran conocidos por tener problemas de espalda. Era el precio que se pagaba por esos enormes cráneos que llevaban.

—Muy bien, ¿qué les parece esto? —preguntó Banu—. ¿Uli?

—La esquirla entró en el hipocampo y la corteza adyacente, sobre todo el giro dentado. No mucho en los campos del cornu ammonis, ni el subículo, pero aún así, me imagino que va a tener algunos problemas de memoria. Las viejas, tal vez en crear nuevas.

—¿Dr. Roa?

—Estoy con Divini. Mete una esquirla de metal dentado y caliente en CA-uno, CA-dos, y CA-tres, sacúdela un poco, y definitivamente tendrás una pérdida de la memoria declarativa. No puedo decir cuánto o cuán severa.

Banu asintió con la cabeza.

—Concuerdo. Dada la lesión, no veo ningún problema con la función cognitiva general, pero el material expresivo y fáctico probablemente se vea comprometido.

—¿Nadie ve nada más que tengamos que arreglar?

Nadie lo hacía.

—Muy bien. Cerrémosla.

Uli se estaba quitando la bata en el vestuario de post-operatorio con los otros dos cirujanos y los asistentes cuando el Gran Moff Tarkin entró. El primer pensamiento de Uli fue: *No debería estar aquí*. Pero… ¿quién iba a decirle eso?

—Doctores. ¿Cuál es la condición de la almirante Daala?

Uli y Roa miraron a Banu. Era el jefe del equipo, por lo que recaía en él explicarlo.

—Señor —dijo el cereano—, la almirante Daala sufrió una lesión neurológica que afectó principalmente su lóbulo temporal medio derecho. Está en buena condición y estable.

—¿Qué daños a largo plazo tendrá ella?

—Todavía no podemos estar seguros. Esa parte del cerebro se llama hipocampo… los humanos tienen dos hipocampos, uno a cada lado. Esta zona es, en gran medida, responsable de las funciones de la memoria.

Tarkin parecía impaciente.

—Sí. ¿Y?

Banu miró a Uli y a Roa, luego a Tarkin.

—Todo es una conjetura en este punto, señor. Está en un coma inducido médicamente, para que podamos tratarla adecuadamente y prevenir la inflamación de su cerebro lesionado. Cuando se despierte y se recupere, las posibilidades son buenas de que no habrá pérdidas de funciones, ya sea neurológicas o físicas; sin embargo, es probable que haya alguna pérdida de memoria.

—¿Alguna? ¿Cuánto es *alguna*?

Banu sacudió la cabeza.

—No somos adivinos, gobernador. No lo sabremos hasta que la almirante recupere la conciencia y pueda ser evaluada.

El rostro de Tarkin se ensombreció, y Banu al parecer lo notó.

—Si tuviera que adivinar —se apresuró en añadir el cereano—, diría que ella no recordará el evento traumático, y es probable que pierda al menos parte del año pasado.

—Ya veo. Bueno. Manténganme informado. La almirante Daala es un oficial valioso.

—Por supuesto.

Tarkin se volvió y se marchó.

—*Un oficial valioso* —dijo Roa. Rió entre dientes—. He oído que ella puede…

—Cuidado con eso —dijo Uli—. No sabes quién está escuchando.

Eso los espabiló a los tres, y con buena razón, sabía Uli. No querías estar haciendo bromas sobre la novia del gran moff y que él se enterara. No, si no querías que terminaran cosechando tus órganos.

PASILLO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Mientras se dirigía de vuelta al Centro de Mando, Tarkin se sentía aliviado y preocupado. Sentía un gran afecto por Daala, eso era seguro, y estaba más que complacido de que iba a sobrevivir. Que ella pudiera no recordar sus más recientes visitas aquí y su tiempo agradable juntos era lamentable, pero teniendo en cuenta la posibilidad de que su lesión podría haberla matado, no era tan malo.

Sin embargo, no era tan bueno, que todo lo que había averiguado durante su investigación de los espías infiltrados entre ellos también pudiera haber desaparecido. Dado que ella nunca había estado aquí, oficialmente, no habría ningún tipo de archivos donde los datos pudieran ser encontrados. Era demasiado inteligente para hacer eso.

Y no era para nada bueno que estuviera aquí y herida, ya que se suponía que debía estar en las Fauces. Ese tema tendría que ser abordado.

Mientras caminaba, Tarkin consideró sus opciones. Tenía que manejar esto de una manera que no se volviera para atormentarlo más adelante. No había llegado hasta donde estaba haciendo de cuenta que la política no existía. Tenía enemigos, y se gloriarían en cualquier cosa que pudiera presentarlo con una mala luz ante el Emperador.

Daala se recuperaría rápidamente; era joven y fuerte. Tan pronto como estuviera lo suficientemente bien para viajar, la transferiría de vuelta a las Fauces. Se pondría en su lugar una historia, un accidente que le provocó algunas lesiones. Ella iba estar de acuerdo, ya que haber venido a verlo se vería tan mal para ella como para él. Los registros de viaje podían ser ajustados, y no quedaría ningún registro oficial de que ella estuvo aquí alguna vez, mucho menos que fue herida en una acción contra los rebeldes.

Y si ella no lo recordaba, bueno, no quería ser de corazón duro, pero tal vez era para mejor. Ni siquiera un escaneo de la verdad podía encontrar una contradicción si la persona que era sometida a él no sabía lo que había sucedido. Lamentable, sí, pero uno tenía que sacar lo mejor de las malas situaciones y, al hacerlo, evitar que empeoraran. Él

podría darle los detalles más adelante, una vez que terminara la guerra y las cosas se hubieran tranquilizado. Por ahora no necesitaba que nadie lo mirara con recelo… no tan cerca de tener la estación terminada y a punto de comenzar su misión. Eso simplemente no podría ser.

Tras tomar la decisión, se sintió mejor. Daala no lo culparía en lo más mínimo… ella haría lo mismo, si estuviera en su lugar. Tarkin estaba seguro de eso.

52

DEI *DEVASTADOR*, CERCA DEL PLANETA TATOOINE, SECTOR ARKANIS, ESPACIO SALVAJE

—Lord Vader, la burladora de bloqueos está en rango. ¿Debemos abrir fuego?

—Sí… pero no la destruyan. Apunten a los motores y sistemas de control… quiero a los pasajeros y la tripulación con vida. Una vez se haya deshabilitado, capturaremos y abordaremos la nave.

—Sí, milord.

El capitán regresó a sus asuntos, y Vader fue hasta frente a los ventanales delanteros a mirar la nave que huía. Era esencial que impidiera que los planos de la estación de combate cayeran en garras de los rebeldes… y mientras lo hacía, descubriría adónde los estaban llevando. La princesa Leia Organa estaba en el centro de esta operación, y divulgaría lo que él necesitaba saber… de eso no tenía ninguna duda. Su mente podría ser resistente a la persuasión de la Fuerza, pero había otras formas.

La nave Rebelde no era rival para el Destructor de Vader, ni en velocidad, ni en potencia de fuego. En cuestión de momentos los motores y el control habían sido averiados por tiros láser de precisión quirúrgica, su reactor principal se apagó y un rayo tractor generado por el *Devastador* envolvió a la burladora de bloqueos fugitiva.

La *Tantive IV* fue atraída inexorablemente a la bodega de carga principal del Destructor, agarrada firmemente en un campo compresor que interferiría con cualquier intento de la tripulación rebelde para hacer explotar la nave capturada. Vader dudaba que estuvieran tan desesperados, pero no iba a correr el riesgo.

Un comandante de asalto llegó.

—Lord Vader, los equipos de entrada están forzando las esclusas de la nave.

—Bien. —Vader se apartó del ventanal—. Venga conmigo —le dijo al comandante.

La *Tantive IV* descansaba en medio de la gran bodega, parecía pequeña e indefensa, su exterior blanco marcado por las áreas chamuscadas y ennegrecidas en los motores. Vader, seguido por varios soldados de asalto, avanzó por la rampa hacia la esclusa de aire. La escotilla de la esclusa había sido destrozada momentos antes; nubes de sellador, pintura y metal vaporizado aún colgaban en el aire. Caminó a través del humo del pasillo y examinó el daño. Los cuerpos, tanto de defensores rebeldes como de soldados de asalto, llenaban la cubierta de la burladora de bloqueos. Vader hizo una pausa para mirar a uno de los rebeldes hecho un ovillo a sus pies, luego a un segundo. Habían sido valientes. Necios, puesto que no tenían ninguna salida, ni ninguna posibilidad de victoria, pero valientes.

De poco les había servido.

Los sonidos del fuego bláster todavía hacían eco a través de la pequeña nave; de vez en cuando una saeta perdida rebotaba en un mamparo y cruzaba por un pasillo transversal, el destello rojo se reflejaba fugazmente en las paredes blancas. A Vader no lo preocupaban los tiros perdidos… podría concentrar la Fuerza lo suficiente para parar un rayo de bláster con la palma de su mano enguantada, si llegaba a eso.

La conclusión era ineludible… los rebeldes no tenían ninguna oportunidad de ganar contra una fuerza tan abrumadora, y tenían que saberlo. ¿Por qué seguir luchando?

La continuación de su resistencia tenía algún motivo, de eso estaba seguro. ¿Cuál era?

Vader y su escolta se movieron a través de los pasillos de la nave, continuando su inspección. Algunos de los combatientes rebeldes habían sido capturados, aunque la mayoría había caído luchando.

Ya era suficiente. Vader se detuvo y con un gesto al comandante, indicó que le trajeran a un oficial rebelde que acababa de ser capturado. En un momento el hombre estaba ante él, aún bajo custodia. Sin preámbulo, Vader se estiró y agarró al oficial por la garganta, levantándolo fácilmente del piso. Abrió la boca y forcejeó, pero en vano, por supuesto. Nadie podía escapar de las garras de la Fuerza.

Antes de que Vader pudiera hablar, un soldado de asalto se acercó.

—Los planos de la Estrella de La Muerte no están en la computadora principal —dijo.

—¿Dónde están las transmisiones que interceptaron? —Vader le preguntó—. ¿Qué han hecho con esos planos?

El oficial forcejeó.

—¡No hemos interceptado ninguna transmisión! —graznó.

Vader apretó su agarre sobre la garganta del hombre, levantándolo más alto. Las palabras medio estranguladas del oficial apenas podían entenderse:

—¡Aaah! Esta es… uh… una nave consular. ¡Estamos en una misión… ¡agh! diplomática!

Vader no se dejó impresionar por este patético intento de engaño.

—Si esta es una nave consular, ¿dónde está el embajador?

Era una pregunta retórica. El hombre no iba a ser útil, así que no iba a perder más tiempo en él. Vader aplastó su garganta y lo arrojó al otro lado del pasillo. El cuerpo rebotó en el mamparo y cayó a la cubierta.

Pudo sentir las reacciones de los demás prisioneros cercanos sin tener que mirar. Otra lección objetiva: frustrar a Lord Vader obtiene este tipo de recompensa.

Se volvió al líder de asalto.

—Comandante, desguace esta nave hasta que encuentre esos planos. Y tráiganme a los pasajeros… ¡los quiero vivos!

Vader sonrió bajo su casco cuando una fila de soldados de asalto llegó trayendo a Leia Organa. Se informó que le había disparado a un soldado antes de ser aturdida. Era difícil pensar que ella mostrara semejante valentía… era tan joven, tan hermosa, vestida en ese sencillo vestido blanco. Le recordaba mucho a…

No. No iba a permitirse ese pensamiento.

Ella le lanzó una mirada intensa, que lograba parecer desdeñosa a pesar de que sus manos estaban esposadas.

—Darth Vader —dijo, sin hacer ningún esfuerzo para ocultar su desprecio—. Sólo usted puede ser tan descarado. El Senado Imperial no va a quedarse de brazos cruzados ante esto… cuando se enteren que ha atacado a una nave diplomática…

—No actúe tan sorprendida, Su Alteza —la interrumpió—. Esta vez no estaba en ninguna misión de caridad. Varias transmisiones fueron enviadas a esta nave por espías rebeldes. Quiero saber qué pasó con los planos que les han enviado.

—No sé de qué está hablando —ella se mantuvo en su papel—. Yo soy miembro del Senado Imperial en una misión diplomática a Alderaan…

La paciencia de Vader llegó abruptamente a su fin.

—¡Usted es parte de la Alianza Rebelde y una traidora! —Hizo un gesto furioso a los guardias—. ¡Llévensela!

Después de que ella fue retirada, Vader se quedó parado inmóvil, sofocando su ira. La ira podía ser útil, pero sólo cuando era ira que tú creabas, conformada a tus fines. No cuando era provocada por alguien más.

Estaba un poco sorprendido por la intensidad de su propia respuesta. Había algo en ella que no podía terminar de determinar, algo inusual. Lo molestaba. La mente de Organa no era débil; esto podía notarlo incluso después de un somero intento de sondeo. Y había algo extrañamente familiar en ella, algo fuera de su alcance…

Lo menospreció mentalmente. No era importante. Moriría pronto, en cualquier caso; Tarkin ya había firmado la orden. Era sólo un asunto de cuánta información útil se le podría extraer antes de que eso pasara. Ella era parte del pasado. Él tenía que lidiar con el futuro.

Comenzó a caminar mientras pensaba en su siguiente movimiento.

—Retenerla es peligroso —dijo el comandante junto a él—. Si se filtra el rumor, podría generar simpatía por la Rebelión en el Senado.

Vader no fue conmovido por esos temores.

—He rastreado a los espías rebeldes hasta ella. Ahora es mi único vínculo para encontrar su base secreta.

—Morirá antes de decirle nada.

—Eso déjemelo a mí. Envíe una señal de socorro, luego informe al Senado que todos a bordo murieron.

Otro oficial imperial se acercó a ellos.

—Lord Vader, los planos de la estación de combate no están a bordo de esta nave. Y no se hicieron transmisiones.

Vader se quedó mirando al oficial. Su ira comenzó a arder de nuevo.

El oficial padeció sentirlo. A toda prisa, añadió:

—Una cápsula de escape fue lanzada durante el combate, pero no había formas de vida a bordo.

Ah. Así que esa era la razón por la que habían seguido resistiéndose… para dar a su preciosa princesa tiempo para retirar físicamente los planos. Por supuesto. Se volvió hacia el comandante.

—Debe haber escondido los planos en la cápsula de escape. Envíe un destacamento al planeta a recuperarlos. Encárguese personalmente, comandante. Esta vez no habrá nadie que nos detenga.

—Sí, señor.

Vader pasó a zancadas por la esclusa y regresó a la bahía de carga de su nave. Por lo menos, habían impedido que la princesa entregara los planos de la Estrella de la Muerte a los rebeldes. Los soldados imperiales los recuperarían… e incluso si no, no podían hacer mucho daño en el inútil mundo desértico de Tatooine. No había nada de valor en ese mundo. Nada en absoluto.

53

CANTINA EL CORAZÓN DURO, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

Detrás de la barra, las botellas de licor se sacudieron en sus estanterías, y Memah sintió una suave pero insistente vibración bajo sus pies.

—¿Qué…? —empezó.

—Nos estamos moviendo —dijo Rodo.

Junto a él, Nova asintió con la cabeza.

—Motores sublumínicos, así que no vamos lejos.

Los clientes, más o menos la cuarta parte de la capacidad a esta hora del ciclo, hicieron una pausa durante unos segundos, luego volvieron a lo que estaban haciendo. Nadie parecía demasiado perturbado por el evento.

—¿Por qué nos movemos? La construcción aún no está terminada —dijo ella—. ¿Verdad?

—Al parecer está lo suficiente como para que la nave pueda ser reubicada —dijo Rodo.

Después de un momento la vibración se estabilizó. Las botellas dejaron de sacudirse. El zumbido se calmó y se volvió muy débil, apenas se sentía.

Memah se volvió hacia Nova.

—¿Qué significa esto, sargento?

Él se rió.

—Oh, claro, como yo soy tan crítico para el funcionamiento de la estación, el moff me llamó a mi comunicador y me dio un informe personal hace un minuto. ¿No se dieron cuenta?

—Creo que no estoy revelando ningún secreto militar cuando digo que probablemente tiene que ver con la batalla que acaba de ocurrir —dijo Rodo.

Ella lo miró.

—¿Qué batalla?

Rodo se encogió de hombros.

—No estoy seguro, pero acaban de suceder un par de cosas que de alguna forma insinúan una. Varias alas de cazas TIE decidieron de repente salir de la estación, más de mil naves, y pronto después de eso ¿podrías recordar que las luces se atenuaron durante un par de segundos? Mi conjetura es que los condensadores de energía que llenan una gran parte de esta gran bola de metal se desviaron hacia esa enorme arma.

—¿Cómo es que sabes cosas como esta? —dijo Nova.

—¿Cómo es que tú no?

—No dije que no lo sé.

—¿Entonces Rodo tiene razón? —dijo Memah.

Ahora fue el turno de Nova de encogerse de hombros.

—No está equivocado. El rumor que oí decía que una nave nodriza rebelde salió del híper a un par de miles de clics y lanzó a patadas a un montón de Ala-X, presumiblemente para venir a dispararnos. Según mi fuente, volvieron el superláser sobre la nave nodriza y la volaron todo el camino de vuelta a Centro Imperial.

Ella parpadeó sorprendida.

—¿Es tan poderosa?

—Oh, sí —dijo Nova—. Una nave no es nada. El poder del rayo estaba sólo en una sola cifra… cuando se sube por completo, ninguna cosa dentro de medio millón de clics está segura, incluyendo asteroides, lunas, incluso planetas.

—¡No!

—Sí. ¿Por qué otra razón iban a gastar todo ese tiempo y dinero en esto… —barrió con un brazo para abarcar la totalidad de su entorno—… si no pudiera producir algunos daños importantes? ¿Por qué otra cosa la llamarían «la Estrella de la Muerte»?

—Es difícil de imaginar —dijo ella.

—Para ti. Para mí, inclusive. No para los idiotas de alto nivel imperial a los que les pagan para idear este tipo de cosas. Según he oído, esta cosa ha estado en desarrollo, de una forma u otra, por años. Y una vez que ande suelta por la galaxia, la Rebelión quedará crujiente. Si Tarkin al menos piensa que hay una base rebelde en un planeta o luna —Nova movió las manos en un movimiento que simulaba el florecimiento de una explosión—. Bum. Fin de la base, fin del problema. Dos o tres mundos desaparecen así con un destello, y la guerra termina. ¿Quién correría el riesgo de perder miles de millones o incluso billones de personas para ocultar un par de insurrecionistas? Todo habrá terminado, excepto por las bandas y las medallas.

—¿Eso crees? —preguntó Rodo.

—Sin duda. Tal vez cuando mi periodo de servicio termine, voy a abrir una escuela en algún lugar tranquilo, tal vez en uno de los brazos, sentaré cabeza, incluso tendré algunos hijos, porque la guerra como la conocemos no va a suceder con cosas como esta… —dio unas palmaditas suaves a la parte superior de la barra un par de veces—… volando por ahí. Si construyes algunas más, no necesitarás ejércitos ni armadas ni bases militares apostadas en los planetas. Si hay un punto caliente, algunos sistemas parecen de mal humor, envías una Estrella de la Muerte, y se termina el juego.

Memah lo pensó. El sargento tenía razón. Incluso con una sola Estrella de la Muerte operativa, la Rebelión no tendía ninguna oportunidad. Si construían toda una flota de ellas, el Imperio tendría a la galaxia agarrada en una mano de duracero para siempre.

Vio a Nova hacer una mueca.

—¿Estás bien, sargento? —preguntó ella.

—Tengo un dolor de cabeza que no termina. Tal vez pueda matarlo con este fluido de embalsamamiento que vendes aquí. Yo invito la siguiente ronda —dijo—. Podemos brindar por el final de la guerra.

—Todavía no ha terminado —dijo Rodo.

—Sólo es cuestión de tiempo —dijo Nova.

CENTRO DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

—¿Está seguro de esto?

Motti asintió con la cabeza.

—Sí, señor. El interior no está terminado, pero el casco está patente y los hipermotores estarán listo en breve. Suficiente para un vuelo de prueba parcial.

—Bien. Dado que los rebeldes conocen nuestra ubicación, no podemos arriesgarnos a permanecer en el mismo sistema hasta que estemos completamente listos.

—Prudente.

—¿Y el superláser?

—Ingeniería me dice que podemos llegar al treinta por ciento de energía y, después de una recarga rápida de los condensadores de una o dos horas, volver a hacerlo.

—¿Cuán fuerte sería ese rayo?

Motti se encogió de hombros.

—Teórico. Nadie lo sabe por seguro.

—Bien, entonces tenemos que probarlo antes de embarcarnos.

—Eso sería sabio. ¿Tiene un objetivo en mente?

Tarkin sonrió.

—Sí. Lo tengo.

Motti quería preguntar cómo le estaba yendo a Daala, mostrar preocupación, pero no parecía apropiado traer el tema ahora. Además, ya lo sabía. Había sufrido algún tipo de daño en la memoria y ya estaba en una nave rápida de vuelta hacia las Fauces. Tarkin podría estar locamente enamorado de ella, pero no era un total idiota. Sabía que no sería prudente arriesgarse a que Vader o el Emperador se enterasen de que ella había estado aquí en contra de sus órdenes.

Bueno, no importaba. Aunque la nave no estaba del todo lista para maniobras de batalla a escala completa, Motti la tendría funcionando bastante bien en cuestión de días.

Sin embargo, ¿qué objetivo tendría en mente el viejo? No había ninguno para elegir aquí; prácticamente ya habían limpiado el sistema. Había dos gigantes de gas clase *Bespin*, uno en una órbita externa, y el otro rozando el sol, pero eran demasiado grandes como para ser prácticos. Necesitaban un cuerpo solar al menos lo suficientemente grande como para que su propia gravedad lo aplastara a la forma esférica. Algo de ese tamaño sería la única manera de calcular cuán poderoso sería el rayo a un tercio de su fuerza proyectada.

CUBO 24556, RESIPLEX 19, EXPANSIÓN 20, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vil se inclinó hacia atrás en el sofá junto a Teela, sintiéndose distraído.

—Entonces, ¿cómo fue tu turno? —preguntó.

—Bastante bueno. Los trabajadores terminaron dos conjuntos de camarotes de oficiales, otra barraca para quinientas personas, y un centro recreativo. Es increíble estar supervisando y ver como estas cosas simplemente aparecen en cuestión de días.

—Suena como si estuvieras satisfecha.

—Oh, lo estoy. No es el trabajo que yo hubiera elegido, trabajar en una estación de combate, pero es lo que me ha tocado. Y hay una sensación de logro al tomar un diseño estándar y ajustarlo para que cueste menos y funcione de manera más eficiente.

—Eso es genial. Felicitaciones.

—¿Qué pasa?

Él la miró. ¿Cómo podría saberlo? No había estado en muchas relaciones, y en las que había estado habían sido, en general, cortas y superficiales. Teela notaba cosas que ninguna de las otras había parecido captar.

—Nada.

Ella le sonrió.

—Podrás volar, Vil, pero eso no. ¿Qué pasa?

Él se movió incómodo.

—En realidad no puedo hablar de eso.

—¿Quieres decir la batalla de ayer?

—¿Cómo sabes sobre eso?

—Es una estación grande, pero la gente se habla el uno al otro. Se corre la voz.

Él suspiró.

—Sí, supongo. Bueno, yo tomé parte en ella.

—¿Y?

—Me convertí en doble as. ¿Sabes lo que eso significa?

—No.

—Derribé diez cazas enemigos.

Ella suspiró.

—No soy fan de la guerra, pero ese es tu trabajo, ¿no? ¿No deberían felicitarte?

—Sí.

—¿Pero?

Vil la miró. ¿Podría realmente hablar de esto con ella? Sí, decidió. Podría. Realmente había algo diferente en ella, algo que le decía que iba a entenderlo, incluso si no necesariamente lo aprobaba.

—No fue tan divertido como siempre pensé que sería.

Ella lo miró con una expresión ilegible.

—Yo no pensaría que matar gente lo sería.

—No puedes pensar en ellos como gente, sólo como el enemigo. No es eso. Fue… demasiado fácil.

Ella se inclinó hacia atrás y lo miró parpadeando.

—¿Demasiado fácil?

—Era como dispararles a dianas. Estaban tan empeñados en llegar a la estación, que no ofrecieron mucha pelea. Los hicimos pedazos.

—No lo entiendo. ¿*Querías* que te dispararan?

—No, no. Bueno… sí. Quiero decir, quería sobrevivir, por supuesto. Quería ganar, pero yo quería que fuera… sé que suena estúpido, pero quería tener que esforzarme más.

Teela suspiró.

—Lo entiendo.

Él la miró sorprendido.

—¿Lo haces?

—Claro. Nadie quiere patinar por el camino fácil todo el tiempo. Querías un desafío, para poder sentir que habías logrado algo.

—Sí. A veces, las probabilidades remotas son las únicas que vale la pena jugar.

—Bueno, no puedo decir que lamento que no fuera más peligroso. Además, supongo que habrá más batallas…

Vil sacudió la cabeza.

—Tal vez no. ¿Saber que Tarkin simplemente podría aparecer y volar todo el mundo fuera del cielo? Creo que las guerras van a ser una cosa del pasado muy rápido.

Teela parecía perpleja.

—¿Y eso es malo porque…?

—Bueno, no lo es… no para la civilización, por supuesto que no. No para la perspectiva general y todo eso. ¿Pero para los pilotos de caza? Vamos a quedarnos sin trabajo.

—Podrías conseguir trabajo pilotando naves espaciales comerciales.

—Tenía en mente hacer eso si sobrevivía, algún día me gustaría hacerlo. Pero… todavía no.

Ella puso sus brazos alrededor de él y lo acercó.

—No siempre consigues tu primera elección en la vida. Las cosas suceden, tienes que ajustarte. Nadie lo sabe mejor que yo.

Él asintió.

—Pero si querías ser un as, ahora lo eres. Eso es algo. Felicitaciones.

—Bueno, un doble as, si quieres decirlo técnicamente.

—Oh, sí, tú y yo vamos a ponernos técnicos, ¿eh?

Vil rió. Definitivamente había algo diferente acerca de ella.

54

CANTINA EL CORAZÓN DURO, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

Ratua tuvo problemas para abrirse camino en la cantina. Estaba atestada, y comprendía por qué. Había un montón de celebraciones. El encuentro con la nave nodriza rebelde circulaba por toda la estación, y si los pilotos TIE implicados habían sido engreídos antes, se pavonearían mucho más orgullosos después de la victoria.

Él no era político, y quién ganara la guerra no le importaba mucho, salvo que al estar aquí significaba que se alejaría del mundo prisión, y, finalmente, regresarían a la civilización. Y sería el más seguro de los viajes seguros. Así que todo esto era para bien.

Vio a Memah trabajando frenéticamente detrás de la barra. Incluso con todos los droides y meseros trabajando, sabía que no tendría muchas chances de visitarla en este turno.

Ah, bueno. Ciertamente no le envidiaba su trabajo. La multitud disminuiría, con el tiempo.

Mientras tanto, su última estafa estaba madurando. En unos días más estaría rodando en créditos. Bueno, tal vez no. Pero sin duda tendría suficiente para empapelar las paredes de su cubo, con un montón sobrante para equipar el techo y la cubierta.

DEI *DEVASTADOR*, CERCA DEL PLANETA TATOOINE, SECTOR ARKANIS, ESPACIO SALVAJE

—¿Cuáles son sus órdenes, Maestro?

Vader se arrodilló delante del holo proyector, mostrando reverencia a la imagen a tamaño más grande que el natural del señor oscuro de los Sith.

Como siempre, la voz de su maestro era tan crispada como el hidrógeno cristalino.

—¿Has recuperado los planos de la Estrella de la Muerte?

—Todavía no, Maestro. Sé donde están y los tendré pronto.

—Tengo toda la fe en ti, Lord Vader.

Vader inclinó la cabeza en una reverencia militar. Sintió una sensación de orgullo. Las alabanzas de su maestro eran poco frecuentes y por lo tanto se recibían con deleite.

—He disuelto el Senado Imperial —continuó Sidious—. Volverás a la estación de combate y le transmitirás esto a Tarkin. —Hizo una pausa—. Quiero que Tarkin sepa que te envío en persona porque pienso que esto es muy importante.

—Sí, Maestro.

—La estación está casi operativa, y quisiera tenerla totalmente así tan pronto como sea posible.

—Me encargaré de ello.

—Y una vez que hayas conseguido cualquier información que puedas de la senadora Organa, ¿la ejecutarás?

—Sí.

—Bien, bien. Hay extrañas corrientes en la Fuerza, Lord Vader, que se arremolinan de forma que ni yo puedo ver el futuro, excepto a través de un brumoso velo. Debemos avanzar con mucho cuidado hasta que las cosas se vuelvan más claras.

—Sí, Maestro.

El holo se apagó con un destello y Vader se puso de pie. A pesar de la expresión de confianza de su maestro, la conversación había sido inquietante. El Emperador era el Sith más poderoso en mil años, y siempre tenía confianza, siempre tenía el control, era capaz de manipular situaciones complejas como quería con una celeridad que era, para cualquier no iniciado en el lado oscuro de la Fuerza, nada menos que asombrosa. Había ruedas dentro de ruedas, engranajes grandes y pequeños, y el Emperador Palpatine era el maestro maquinista que los manejaba a todos.

Y sin embargo había sonado preocupado… ¿qué podría posiblemente preocupar a un personaje tan poderoso?

Los agentes de Vader recuperarían la cápsula de escape lanzada a Tatooine. Mientras tanto a él le habían ordenado ir a la Estrella de la Muerte, y allí era adonde iría.

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, SECTOR THETA, ESTRELLA DE LA MUERTE

El OAM se veía desalentado y Tenn entendía por qué. Él mismo se sentía bastante desalentado. Haría su trabajo, eso ni siquiera podía dudarse… tenía demasiado de un hombre de carrera en la armada para hacer cualquier otra cosa. Pero tenía que decir algo.

—¿Lo dice en serio?

—No es realmente algo sobre lo que bromearía, ¿verdad?

Tenn sentía que había caído por un agujero de pooka en un extraño mundo de fantasía.

—¿Como *práctica*? ¿Sólo para ver qué tan bien te funciona?

—Ingeniería no se ha puesto de acuerdo, por lo que me han dicho. Dicen que treinta y tres por ciento de energía es todo lo que actualmente pueden almacenar en los condensadores de descarga. Necesitamos ver si es verdad.

—¿Y eso qué va a hacer?

—Nadie lo sabe realmente. Nunca se hizo nada ni siquiera cerca de esto antes. —Hubo una pausa incómoda. Luego el OAM dijo—: ¿Estás bien con eso, jefe? Porque puedo llamar a Beller o a Reshias…

Tenn levantó la mano.

—Estoy bien, cap. No es mi trabajo decidir dónde o cuándo, sino clavar la púa donde quieran. De todos modos…

Aún así, una cosa era vaporizar un transporte de tropas enemigo o una base rebelde y otra destruir todo un mundo.

—Lo entiendo, jefe… Pero las cosas son así.

—Sí. —Tenn se enderezó y cuadró los hombros—. ¿Cuándo?

—La prueba está programada para las mil cien horas.

Tenn miró el reloj en la pared de control. Dos horas.

—No hay problema —dijo.

CENTRO DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Motti no estuvo realmente sorprendido cuando Tarkin le habló de su decisión, pero inmediatamente vio el potencial de problemas. Expresó su preocupación… de forma circunspecta, por supuesto.

—Entiendo su aprehensión —dijo Tarkin—. Pero creo que las consecuencias políticas serán mínimas.

—Aún así, ¿por qué arriesgarse incluso a eso?

—Porque, como usted bien sabe, no podemos ir a la batalla sin saber lo que nuestra mayor arma hará cuando queramos usarla.

Motti asintió con la cabeza. Tarkin estaba en lo cierto. Uno siempre probaba sus armas. *Cómo* y *dónde*, sin embargo, eran otro asunto.

No es tu decisión, se dijo a sí mismo Motti. Un hecho por el que estaba profundamente agradecido.

—Usted es el gran moff —dijo en voz alta.

—Sí que lo soy.

55

CANTINA EL CORAZÓN DURO, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

La cantina estaba cerrada; se estaba limpiando el sistema purificador de aire y equilibrando los ionizadores. Era ruidoso, pero con la puerta de su oficina cerrada, el sonido de los droides limpiadores se silenciaba lo suficiente para que Memah y Ratua pudieran conversar.

Ratua tenía la sonrisa petulante, que ella había llegado a reconocer en los últimos meses.

—¿Qué has hecho ahora, Ojos Verdes? Te ves demasiado satisfecho contigo mismo.

—Simplemente suministré una necesidad humana básica —dijo él.

—Claro. Vamos, cuéntale a la tía Memah.

—Nadie resultó herido —respondió él, un poco demasiado rápido—. Nadie va a perderse ni una comida, confía en mí con esto. Todo el mundo está feliz. El oficial de suministros simplemente desvió un envío de electrónicos y holoproyectores que probablemente se habrían dejado almacenados por diez años sin hacer nada, porque todo en esta estación ya tiene al menos dos respaldos. Las posibilidades de que alguna vez necesiten algo de este equipo son cercanas a cero.

—Ajá. —Se preguntó por qué se molestaba siquiera en escuchar cómo se justificaba a sí mismo. Robar era robar, sin importar las circunstancias. Pero ella sabía por qué lo escuchaba. Mientras continuara hablando podría mirar en aquellos ojos verdes.

—No, mira, es verdad. No está haciendo ningún beneficio a nadie, y hay un mercado para entretenimiento allí afuera… la gente se aburre muchísimo en algunos sectores.

—¿Y qué vas a mostrar en estos sistemas de entretenimiento que has, ah, liberado? ¿Holos de piel?

—No, no, ¡nada de eso! —Sonaba honestamente agraviado por la idea—. Estamos hablando de deportes, crashball, gimnasia en baja-g, carreras de vainas. Buenos programas para toda la familia.

—Y ¿por qué la gente no puede ver eso en los equipos de comunicación de entretenimiento regulares de la estación?

—Bueno, puede… pero esos terminales están configurados como quieren los diseñadores. Piensa en el pobre hombre que trabaja en una bodega oscura en el Borde y está lejos de cualquier unidad de holo. El maldito está todo el día apilando cajas con un cargador-grav… un trabajo aburrido que embota la mente. No hay terminales de entretenimiento allí. ¿Qué tiene de malo que tenga un pequeño visor en su cargador, para poder echar un vistazo a su equipo favorito cuando tome un descanso?

—¿O choque su cargador contra una pared, porque está mirando la proyección en lugar de prestar atención a dónde va?

Él le sonrió.

—Bueno, ese no es mi problema. Yo vendo un cuchillo, lo pueden utilizar para cortar sus vege-filetes o se lo pueden clavar en la pierna. No es asunto mío.

Ella rió. No pudo evitarlo. Celot Ratua Dil era un chico malo, es cierto, pero era tan extremadamente honesto acerca de su falta de honradez.

—Mira esto —dijo él, obviamente aliviado ante su risa. Sacó un dispositivo del tamaño de su puño y lo apoyó en su escritorio, luego lo activó. El holograma de tres dimensiones de la red de entretenimiento de la estación apareció sobre el proyector.

—Aparte de los canales regulares, esta unidad en particular puede conectarse a las cámaras exteriores. Observa.

Tocó en el dispositivo, manipuló la ampliación, y la imagen de un planeta entró brillando a la vista, del tamaño aproximado de una pelota de crashball.

—Mi viejo lugar de residencia —dijo él—. Despayre. Un terrible lugar para visitar, y de hecho no podrías hacerlo de todos modos, porque una vez que estás allí, estás allí. Pero se ve bien desde aquí lejos. —Ladeó la cabeza mientras consideraba la imagen verde y azul—. No, en realidad, todavía se ve terrible.

Memah miró el crono en el proyector. Casi las mil cien. Los droides de mantenimiento deberían terminar con los filtros muy pronto, lo que era bueno, porque ella quería volver a abrir a medio turno, y le tomaría al menos una hora…

Un destello de color verde pálido iluminó brevemente el holo.

La sala se sacudió, vibrando lo suficiente para hacer traquetear las sillas. Sintió que sus vísceras flotaron por un momento y se dio cuenta de que el campo de gravedad de la nave había oscilado.

—¿Qué es eso? —Memah se puso de pie, luchando contra un pánico repentino e inexplicable. Después de todo, qué podría ser un peligro posible para…

Ratua levantó una mano para silenciarla. Esos ojos verdes miraron la proyección.

—Espera un segundo —dijo él—. Algo está mal.

La imagen del planeta Despayre pareció temblar cuando un fino rayo verde esmeralda —*casi del mismo color de los ojos de Ratua*, pensó ella— desde el borde de la proyección lanceó hacia el centro del enorme único continente.

Ambos miraron incrédulos cuando una mancha naranja floreció en la imagen del planeta. Al principio no parecía más grande que la uña del pulgar de Memah, pero creció rápidamente, expandiéndose en un círculo. El centro del naranja se volvió negro.

—Kark —dijo Ratua. Sonaba aturdido.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Le… le están disparando al planeta. Con el superláser.

El naranja y el negro se propagaron en ondas irregulares, continuando hacia fuera desde el centro. El azul del océano ni siquiera lo ralentizó.

—La atmósfera está ardiendo —dijo Ratua. Con calma, como si estuviera discutiendo el tiempo. *Va a ser un día caluroso hoy, con una temperatura de alrededor de cinco mil grados…*

Ella sintió unas terribles ganas de reír. No parecía real… no podía ser real. Ratua debió haber sintonizado algún holo de ficción futurista por error. Lo que estaba viendo arder no era un planeta real. No. Esas cosas simplemente no pasaban.

Memah miraba fijamente la imagen. No podía apartar la mirada.

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, SECTOR THETA, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tenn miró las imágenes desde la cámara de puntería. Todavía tenía la palanca de fuego en la mano. La soltó y miró fijamente, viendo como el mismo aire del mundo prisión se incendiaba en un holocausto planetario fugitivo. Los sensores sismográficos mostraban que habían comenzado terremotos masivos, retumbando en las entrañas del planeta. Olas gigantes en el océano, generadas por el desplazamiento de las placas tectónicas, corrían hacia las costas del gran continente. Los volcanes arrojaban lava. Nubes de vapor y cenizas volcánicas comenzaron a ocultar rápidamente la vista de la superficie… pero no lo suficientemente rápido.

Él acababa de matar a todo en el planeta Despayre. Si toda la vida no estaba muerta ya, lo estaría pronto.

El OAM se movió para mirar sobre su hombro. No felicitó a Tenn por el tiro; sólo se paró allí.

—Stang —dijo Tenn.

El OAM asintió con la cabeza.

—Sí.

CENTRO DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

—Ingeniería dice que el condensador se recargará en una hora y trece minutos —dijo Motti.

Tarkin miraba la proyección mientras los efectos del rayo se manifestaban en el planeta. Para cuando el segundo pulso estuviera listo para la descarga, no quedaría nada vivo en el mundo debajo de ellos para que le importara. La reacción en cadena era masiva. Y a sólo un tercio de la potencia que estaría disponible cuando estuviera totalmente operativa.

Increíble.

—Espero que tenga razón sobre esto —dijo Motti—. Es decir, las repercusiones políticas.

—Por supuesto que la tengo, almirante. La población de ese mundo consistía de criminales condenados a cadena perpetua. Nunca iban a regresar a la civilización. Transportarlos y mantenerlos era un gasto constante de recursos imperiales. Ahora esas tropas serían liberadas para el servicio. Nadie llorará a los asesinos o al planeta inmundo en el que vivían.

—¿Y adónde enviará el Imperio a los grandes criminales ahora?

Tarkin se apartó de las imágenes de la carnicería y miró directamente a Motti.

—Si no estoy muy equivocado, la pena de muerte se utilizará con mayor frecuencia. La Justicia Imperial va a volverse rápida y segura, almirante.

Volvió a mirar la imagen del mundo moribundo.

BARRACAS G-12, SECTOR N-SIETE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Nova se despertó gritando, plagado de horror. Los demás sargentos lo miraban, pero ninguno de ellos se acercó. Era mala idea acercarse demasiado a un experto en artes marciales que salía de una pesadilla.

Nova intentó calmarse, ralentizar su respiración, pero nunca había sentido nada así antes. Era como si hubiera oído a un millón de personas gritando todos a la vez, mientras eran asesinados.

Se levantó de la litera, fue a la unidad sanitaria y se lavó la cara. Tenía que volver a ver a ese doctor. Ya no le importaba lo que pensaran los demás. Algo estaba definitivamente mal en él, y no podía vivir así.

56

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, SECTOR THETA, ESTRELLA DE LA MUERTE

Una hora y quince minutos después del primer rayo, Tenn disparó el segundo.

El planeta Despayre, ya calcinado, sin vida y lleno de cataclísmicos terremotos y vulcanismo, comenzó a temblar como una criatura atormentada en su agonía de muerte. Enormes grietas, de miles de kilómetros de largo y decenas de clics de ancho, estriaban el mundo. Las montañas se derrumbaron en un hemisferio mientras sobresalían y se levantaban en el otro. Era imposible ver todo esto directamente, por supuesto, porque la cubierta de nubes había tapado la superficie, pero los visores IR y VSI lo mostraban todo muy claramente. El núcleo fundido del mundo, que ya se escapaba a través de innumerables nuevos volcanes, rezumó a la superficie y produjo océanos de lava que se extendieron a través de la tierra. Así fue como el planeta había nacido, y así era como estaba muriendo.

Una hora y diecinueve minutos más tarde, cuando Tenn, disparó el tercer rayo que voló en pedazos las cenizas carbonizadas y quemadas, rompiéndolas en miles de millones de pedazos, pareció casi sin sentido. Todos y todo en ellas ya había sido asado, escaldado, o ahogado. La gravedad del sistema se retorció cuando el pozo de gravedad planetario también dejó de existir. Los sensores de escudos tranquilamente registraron los miles de fragmentos, desde el tamaño de guijarros al de montañas, desviados por la estación.

Dulce Reina Quinella. Todo un planeta destruido. Como si nada.

No importaba lo duro que pensabas que eras, ese era fuerte en el estómago.

Especialmente cuando eras el que había tirado de la palanca.

DEI *DEVASTATOR*, APROXIMÁNDOSE A LA ESTRELLA DE LA MUERTE

Vader había sentido al tejido de la Fuerza desgarrarse, incluso en el hiperespacio. Algún vasto y terrible suceso había tenido lugar. Cuando cayeron debajo de la velocidad de la luz, le tomó sólo un par de segundos a su tripulación de sensores determinar la causa de ese evento.

El planeta prisión de Despayre ya no existía.

Vader asintió para sí mismo, mientras miraba la vista magnificada de los escombros planetarios. Eso debía convencer a los militares de que habían desarrollado el arma definitiva. Estarían equivocados, pero lo creerían. Se llenarían con sus lamentables sueños de poder y gloria, incapaces de comprender la verdad, seguros de que eran invencibles.

Esa no era su preocupación. Tenía sus órdenes, y las llevaría a cabo. Obtendría la información que buscaba de la princesa disidente. Encontrarían la base principal de los rebeldes y la destruirían. La guerra terminaría, y Vader finalmente quedaría libre para reanudar en serio sus estudios del lado oscuro. Tenía mucho que aprender y, cuando el Emperador ya no estuviera distraído con este conflicto menor, podría volver a su entrenamiento.

Eso era lo importante. Ese era el camino al verdadero poder.

SALA DE CONFERENCIAS PRINCIPAL, CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Motti quería extenderse y aplastar la cara del general Tagge… ¡el hombre era insufrible!

—Hasta que esta estación de combate esté totalmente operativa, somos vulnerables —dijo Tagge—. La Alianza Rebelde está muy bien equipada. Son más peligrosos de lo que cree.

Motti podría haber señalado que la tan cacareada Alianza Rebelde había enviado una enorme nave nodriza contra la estación y que esa lamentable nave había sido volada de la existencia por un solo pulso de baja potencia de la todavía no plenamente operativa batería principal de la Estrella de la Muerte, a más de dos mil kilómetros de distancia. Lo cual no era nada comparado con el hecho de que todo un planeta había sido destruido con tres pulsos de fuerza parcial, cualquiera de los cuales podría hacer desaparecer una armada de la galaxia.

Pero Tagge ya lo sabía, por supuesto. Estaba haciendo que sus objeciones constaran en el registro, cubriendo sus apuestas y su trasero, por si acaso.

Dos podían jugar ese juego.

—Peligroso para su flota estelar, comandante, no para esta estación de combate —dijo Motti.

Tagge fue tan terco como una placa de duracero. Sólo siguió balbuceando:

—La Rebelión continuará ganando apoyo en el Senado Imperial mientras… —Se detuvo, cuando el Gran Moff Tarkin, seguido de cerca por Darth Vader, irrumpieron en la sala de conferencias.

—El Senado Imperial ya no será una preocupación para nosotros —interpuso Tarkin al entrar—. Acabo de recibir la noticia de que el Emperador ha disuelto el consejo permanentemente. Los últimos vestigios de la Antigua República han sido barridos.

Ni siquiera eso calló a Tagge:

—¡Eso es imposible! ¿Cómo podrá el Emperador mantener el control sin la burocracia?

—Los gobernadores regionales ahora tienen el control directo de sus territorios —dijo Tarkin. Sonrió, muy levemente—. El miedo va a mantener los sistemas locales en línea… el miedo a esta estación de combate.

—¿Y qué hay de la Rebelión? —continuó Tagge. El hombre era como un borrat con un hueso: no lo dejaba ir—. Si los rebeldes han obtenido una lectura técnica completa de esta estación, es posible, aunque poco probable, que puedan encontrar una debilidad y aprovecharse de ella.

—Los planos a los que se refiere pronto estarán de vuelta en nuestras manos. —Eso vino de la voz profunda de Vader, que estaba de pie detrás del ahora sentado Tarkin.

Motti ya no pudo contenerse por más tiempo.

—Cualquier ataque hecho por los rebeldes contra esta estación sería un gesto inútil, no importa los datos técnicos que hayan obtenido. Esta estación es ahora el máximo poder del universo. Sugiero que lo utilicemos.

—No se enorgullezca demasiado de este terror tecnológico que han construido —le dijo Vader—. La capacidad de destruir un planeta es insignificante en comparación con el poder de la Fuerza.

Motti quería reír. ¡Vader estaba loco! ¿Cómo podía decir eso, especialmente con los escombros de Despayre todavía pasando junto a la estación?

—No intente asustarnos con su hechicería, Lord Vader —dijo, sintiéndose seguro en presencia de testigos. Era consciente de que Vader se movía hacia él, pero Motti tenía un propósito. Incluso sabiendo que era mala idea provocar al hombre de negro, continuó—: Su penosa devoción a esa religión antigua no le ha ayudado a recuperar las cintas de datos robadas, ni le ha dado la clarividencia para encontrar la fortaleza escondida de los re… *¡ukk!*

A tres metros de distancia, Vader se inclinó hacia adelante e hizo un pequeño movimiento con la mano, cerrándola en un puño.

Motti sintió que su garganta se apretaba y se cerraba, como si fuera aplastada por una abrazadera de acero. ¡No… podía… respirar…!

Se llevó los dedos al cuello de su uniforme, tratando de quitarse lo que se sentía como una banda inquebrantable alrededor de su cuello. No funcionó. La presión estaba ahí, pero no había nada material alrededor de su garganta causándola.

—Encuentro que su falta de fe es perturbadora —dijo Vader.

Motti sentía que empezaba a desvanecerse. Quería gritar, pero no podía emitir más que un chillido mientras se deslizaba hacia al abismo de la inconsciencia y la muerte…

Apenas escuchó a Tarkin hablar.

—Ya es suficiente. Vader… suéltelo.

—Como desee —dijo Vader. Se dio la vuelta y se apartó, y un momento más tarde Motti cayó hacia delante sobre la mesa de conferencias, sin sentir el impacto. Sin embargo, podía respirar de nuevo. La constricción se había ido. Se sentó, lleno de rabia, y miró fijamente a Vader. ¡Si sólo tuviera un bláster!

Pero, a pesar de que no era un cobarde, su rabia estaba teñida de miedo. ¿Cómo había Vader hecho eso? Él había estado a tres metros de distancia.

Motti tragó saliva, tenía la boca seca y la garganta adolorida.

—Esta discusión es inútil —dijo Tarkin—. Lord Vader nos proporcionará la ubicación de la fortaleza rebelde para cuando esta estación esté en funcionamiento. ¡Entonces podremos aplastar a la Rebelión de un golpe rápido!

Motti creía en eso. Pero ahora también sabía algo más. Vader tenía poder, y era real. Motti lo había sentido, y, si Tarkin no hubiera intervenido, creía con cada fibra de su ser que estaría muerto.

Esa era una idea aleccionadora. ¿Qué importaba si mandabas una estación que podía destruir un mundo, si te podía matar un fenómeno agitando una mano en el aire?

Habría que hacer algo acerca de Vader. Pero con mucho, mucho cuidado.

57

BLOQUE DE PRISIÓN AA, CENTRO DE DETENCIÓN, ESTRELLA DE LA MUERTE

Uli acababa de terminar sus rondas, lo que incluía una visita rápida a un bloque de detención diferente en cada ciclo. La mayoría de los presos estaban allí por infracciones menores, borracheras, conductas desordenadas y similares. Estaba en el pasillo, en dirección a su oficina cuando vio nada menos que a Darth Vader viniendo en la otra dirección.

Con él había una mujer joven y hermosa.

Era una visión tan surrealista que estuvo momentáneamente tentado a cuestionar sus sentidos. Pero era bastante real, podía ver los reflejos distorsionados de las luces fluorescentes deslizándose por el casco negro mientras Vader caminaba, y podía escuchar la respiración regulada del aparato respiratorio del hombre. El sonido de sus botas contra el suelo de rejilla era extrañamente suave para un hombre tan grande.

Vader tenía una mano cerrada en la parte superior del brazo de la mujer, y hasta a diez metros de distancia Uli podía ver por su expresión de dolor e ira que la agarraba con suficiente fuerza para hacerle daño. Quienquiera que ella fuera, obviamente no estaba, con Vader por elección.

La mujer llevaba un vestido blanco, y parecía algo familiar, aunque no podía ubicarla. Su cabello castaño oscuro era largo, pero estaba enrollado en rodetes apretados a los lados de su cabeza. Incluso a pesar de la incomodidad y la indignidad de su situación, parecía extraordinariamente tranquila.

Los tres estaban solos en el pasillo del bloque de prisión. Mientras Uli se acercaba, Vader se detuvo. Sin prestar atención al doctor, abrió una de las celdas y empujó sin contemplaciones a la mujer al interior. La escotilla cayó cerrándose detrás de ella.

Uli se había ralentizado y miró hacia atrás sobre su hombro para mirar mientras pasaba. Después de encarcelar a la mujer, Vader se volvió, la capa de ébano onde tras él. Volvió a mirar a Uli. Aunque ninguna parte de su rostro era visible, Uli, de alguna manera no tuvo ninguna duda de que Vader lo estaba mirando directamente.

Fijó su mirada al frente una vez más y siguió caminando. Justo cuando salía del bloque, tres técnicos vestidos de negro y cascos pasaron junto a él. Detrás de ellos, flotando sobre un cojín de energía repulsora, un droide interrogador los siguió.

Uli tomó el ascensor de vuelta al Centro Médico, preguntándose quién era la mujer y cuál había sido su crimen. Las puertas del ascensor se abrieron y se encaminó por el pasillo, pero se detuvo cuando C-4ME-O dio la vuelta a la esquina.

—Buen pos-mediodía, Dr. Divini.

—No para todos, según parece. Acabo de ver a Darth Vader, de entre todas las personas, aparentemente con la intención de interrogar a una joven en el bloque de prisión. ¿Sabes quién es?

—La princesa Leia Organa, un miembro del Senado Imperial, de Alderaan. Se dice que también es una simpatizante de la Alianza Rebelde. Al parecer, ella tiene información que el Imperio quiere, y por lo tanto su inminente interrogatorio por parte de Lord Vader.

Uli se estremeció ante la idea. La tecnología de la interrogación era imprecisa, más fuerza bruta que delicadeza… intencionalmente, por la mayor parte. Muchos de los prisioneros empezaban a hablar a un clic por minuto a la primera vista de uno de esos brillantes globos negros de la OSI, erizados de arcaicas jeringas hipodérmicas y electrodos. Y ay de ellos si no lo hacían, porque el término *droide interrogador* era un eufemismo para su función real. Era un dispositivo de tortura, pura y simplemente. Muchos de los que eran sometidos a examen por las sondas estaban mentalmente o incluso físicamente dañados más allá de lo que podía repararse.

Un duro destino para una hermosa y valiente joven como al parecer era esta princesa. Sólo había notado un atisbo de miedo en ella al verla pasar, y que estuviera dispuesta a resistirse a Vader hasta el punto de requerir tales medidas extremas indicaba una fortaleza que Uli dudaba que él mismo poseyera.

Estaba indignado por la idea de que semejante barbarie fuera practicada por el Imperio, aunque no particularmente sorprendido. Pero sabía que no había nada que hacer al respecto. Protestar por las acciones del látigo del Emperador no le haría absolutamente ningún bien a ella, y sin duda resultaría en su encarcelamiento inmediato. Él podría finalmente salirse del ala médica de la Armada Imperial, aunque probablemente sería también salirse de este plano de existencia. Meneó la cabeza y miró a 4ME-O.

—¿Me estabas buscando?

—Ciertamente. El Dr. Hotise desea discutir con usted los excedentes en el presupuesto de suministros del mes pasado.

Uli casi se quejó en voz alta, pero pensar en la joven de la celda lo hizo sentirse un poco avergonzado de sí mismo. Ella se enfrentaba a mucho más que un regaño burocrático sobre los gastos.

Siguió al droide girando la esquina. Qué lástima. Era tan joven, tan hermosa. Le recordaba, de alguna manera, a Barriss.

CELDA 2187, BLOQUE AA, NIVEL DE DETENCIÓN, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vader, acompañado por tres técnicos vestidos y con casco negro, entró a la celda donde estaba recluida Leia Organa. Había esperado que ella se hubiera vuelto más manejable después de su captura. Pero se mantuvo en silencio. Era su elección. Lo lamentaría.

Detrás de él, lo siguió el droide interrogador. Era una herramienta tosca, un instrumento burdo en comparación con la sutileza y precisión posible con la Fuerza; sin

embargo, la mente de la princesa Leia era demasiado fuerte para manipularla a su antojo fácilmente, incluso con el poder del lado oscuro. Era posible que él pudiera arrebatar el conocimiento de ella, pero podría terminar destruyendo la misma información que buscaba. Lo obligaría a quemarle el cerebro antes de divulgar voluntariamente los datos, de eso no tenía ninguna duda.

Sin embargo, después de ser sometida por un tiempo a las tiernas misericordias del dispositivo flotante detrás de él, su mente debería volverse un poco más… flexible.

De vez en cuando, había que ingeniárselas con las herramientas disponibles, por más toscas que pudieran ser.

La puerta de la cámara se deslizó hacia arriba, revelando a la princesa sentada en una plataforma en la habitación en su mayoría vacía. Vader y dos de los técnicos entraron. El tercero esperó fuera, en el pasillo.

—Y ahora, Su Alteza, vamos a discutir la ubicación de su base rebelde escondida —le dijo Vader.

Cuando el droide interrogador flotó detrás de él, Vader vio que su expresión desafiante flaqueaba. Sintió su miedo a medida que la máquina se acercaba a ella.

Bien…

Oyó el portazo detrás de ellos.

Pero, después de media hora, a pesar de las drogas de la verdad, descargas eléctricas, y otros alicientes que se le habían administrado, era evidente que su resistencia no había bajado lo suficiente para que él pudiera sondearle la mente. Eso era sorprendente.

Estaba físicamente debilitada y con dolores considerables, pero su mente seguía blindada. No había revelado nada.

Era muy inusual que cualquiera, excepto un jedi tuviera ese control, reflexionó.

Mantuvo su enojo y frustración bajo un estricto control, sin dejar que nada se notara. Tenía otros asuntos que requerían su atención… por ahora.

—Aún no hemos terminado aquí —le dijo a ella. A uno de los técnicos le dijo—: Que un médico la asista.

—¿Pero no está sentenciada a morir? —dijo el técnico.

—Cuando yo decida que es tiempo —dijo Vader—. Si no está viva y bien hasta ese momento, lo haré personalmente responsable.

El técnico se puso visiblemente pálido. Vader pasó junto a él y salió de la cámara.

CENTRO MÉDICO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Uli no podía dejar de pensar en la princesa prisionera. Había algo en ella que lo conmovió, de alguna manera.

Mientras salía de la oficina de Hotise, se dijo a si mismo que no tenía sentido pensar en ella. Lo más probable era que ya estuviese muerta, otra víctima de la guerra, como los millones de personas destruidas en el planeta prisión.

—¡Eh, usted! —llamó en voz alta la voz de un hombre.

Uli se volvió y vio a un técnico de interrogatorios de pie en el pasillo.

—¿Es usted el médico de guardia?

—Soy el Dr. Divini, sí.

—Tengo un paciente para usted. Por aquí, rápido.

Uli siguió al técnico de vuelta al nivel de prisión. Vader se había ido, junto con el droide de interrogatorios, pero su trabajo era evidente. La princesa yacía en la plataforma de la celda, con un considerable sufrimiento.

Uli pasó la mano sobre el lector de la celda y dijo:

—¡Kit de EM!

El lector reconoció su ID. Una ranura en la pared se abrió, y se extrudió un cajón que contenía un botiquín médico de emergencia completo. Agarró de él un diagnosticador de mano y fue a la mujer que yacía sobre su espalda. Presionó el sensor contra su hombro desnudo y vio como las lecturas informativas comenzaban a pasar por la pantalla.

Ella agitó los párpados, luego los abrió. Le ofreció una leve sonrisa.

—Disculpe que no me levante, doctor. Me siento un poco cansada.

Él le devolvió la sonrisa automáticamente.

—Lo siento —dijo—. Haré lo que pueda por ayudarla.

—Es la primera vez que escucho eso en mucho tiempo.

—Sólo relájese y yo me ocuparé de todo.

—Eso también lo he escuchado antes.

A pesar de la gravedad de la situación, Uli sonrió. Tenía que admirar a la mujer. La habían llenado de químicos y había sufrido descargas eléctricas y quién sabe qué más, y todavía era capaz de bromear. Si era un ejemplo del temple de los rebeldes, el Imperio no iba a ganar esta guerra muy pronto.

CANTINA EL CORAZÓN DURO, ESTRELLA DE LA MUERTE

En general, la atmósfera en el lugar era, al menos, festiva. Hoy, sin embargo, el estado de ánimo era apagado. Ratua se sentó en la barra mirando a Memah preparar bebidas, y ninguno de ellos estaba feliz. Ella actuaba mecánicamente, pero él sabía que su mente no estaba en su tarea. Recientemente habían sido testigos de la muerte de un planeta, un acto cometido por la enorme arma sobre la que vivían. Cualquiera que fuera la opinión política de uno, había sido una visión aleccionadora de pesadilla. ¿Qué clase de monstruo podría ordenar semejante atrocidad, podría causar la destrucción de todo un mundo?

Un mundo que, si Ratua no hubiera logrado escapar, se lo habría llevado con él, junto con las millones de vidas cortadas en pánico y agonía.

Ellos no eran los únicos que lo habían visto, y con algo de esta magnitud, el rumor se extendió rápidamente. Era cierto que la Estrella de la Muerte había sido construida con la capacidad de cometer estos actos atroces, pero le habían dado a entender, junto a la mayoría de la población de la estación, que en realidad nunca se iba a usar tal poder destructivo. ¿Qué había dicho el hombre a cargo —Tarkin, recordó— en uno de los

discursos públicos por comunicador? «El miedo va a mantener los sistemas en línea». Ratua podía entenderlo… tenía sentido de cierta forma retorcida. Pero realmente utilizar la capacidad de la estación; para aniquilar a un mundo habitado, incluso uno poblado por los casos más duros de la galaxia, ni siquiera como demostración, sino sólo para probar…

Era algo que ningún hombre cuerdo podría comprender.

La guerra había tomado un giro muy desagradable, y Ratua temía que podría empeorar antes de mejorar.

El comandante Atour Riten, que no era muy dado en el camino de la socialización, estaba sentado solo a una mesa, bebiendo un potente licor destilado a partir de algún tipo de tubérculo tropical de Ithor. Tenía un efecto potente, y aunque normalmente disfrutaba del ardiente sabor, esa no era la razón por la que lo estaba tomando ahora.

¿Cómo había llegado a pasar que el Imperio estaba destruyendo mundos enteros? Atour era un hombre inteligente y con sentido común; podía ser apolítico, pero no era ingenuo. Era consciente de la finalidad con la cual había sido construida esta estación de combate. La Estrella de la Muerte era un dispositivo de destrucción final, un arma de tal horror inimaginable que su existencia servía, supuestamente, para evitar cualquier insurrección, en cualquier lugar. Incluso el concepto de la guerra iba a volverse una cosa del pasado. E incluso si tal poder supremo tenía que ser demostrado, había un montón de mundos deshabitados flotando por ahí; vuela uno de ellos en pedazos y se entrega el mensaje, alto y claro: *Tu mundo podría ser el siguiente*.

Había sido ingenuo, comprendió. Se había permitido creer que había un límite para la inhumanidad… que podía haber un arma demasiado poderosa para ser usada. Pero ese obviamente no era el caso. No había, al parecer, una profundidad a la que los seres sintientes no pudieran hundirse. Si construían un bláster que podía destruir un planeta, algunos necios más grandes construirían uno que pudiera extinguir una estrella. La locura continuaría sin fin, porque siempre había un bláster más grande.

¿Cómo podría un ser con alguna conciencia permanecer políticamente neutral después de semejante evento?

Tomó otro trago de su vaso. Ciertamente, era suficiente para conducir a cualquier ser cuerdo a la bebida.

Teela y Vil estaban sentados a una mesa, con bebidas ante ellos, pero ninguno se molestó en recoger sus copas. No hablaban.

Ella miró a Vil fijar una mirada malhumorada en su copa. Era un piloto, estaba entrenado para la guerra, arriesgaba la vida en combate… pero aun así, la destrucción de Despayre lo había sacudido. De mala manera.

Teela estaba más que sacudida. Estaba consternada. Horrorizada. Ella podría haber estado en ese mundo… ella *había* estado en ese mundo, y si no fuera por una capacidad que el Imperio había decidido que necesitaba, aún habría estado ahí abajo cuando Despayre fue hecho añicos.

No había tenido nada que ver con la construcción de la parte de armas de la estación. Ella diseñaba y construía los espacios de trabajo, ocio y alojamiento. Y no había tenido ninguna verdadera elección, ¿verdad? Después de todo, todavía era una prisionera.

¿Verdad?

Su yo interior podría haber disfrutado diciéndole «*Te lo dije*», una y otra vez, lo sabía. En cambio, estaba extrañamente silenciosa.

58

CANTINA EL CORAZÓN DURO, CUBIERTA 69, ESTRELLA DE LA MUERTE

Uli estaba sentado en la barra al lado de un humanoide con ojos verdes increíblemente brillantes, y pensó en cantinas que había frecuentado durante su tiempo en el ejército. Algunas habían sido divertidas, algunas simplemente lugares para emborracharse; algunas habían sido guaridas de camaradas de servicio: médicos, enfermeras, técnicos, todos reclutados y obligados a servir en una guerra que todos detestaban. Los seres que tenían que parchar a los heridos o cubrir a los muertos que no podían salvar generalmente eran menos entusiastas sobre la gloria de la guerra que la mayoría. Después de que mil jóvenes pasaban bajo tu cuchillo, desgarrados y golpeados por los efectos de blásteres o metralla, se volvía viejo, y te cansaba en lo profundo. La guerra era una acción tan estúpida y antisurpervivencia como una especie podía emprender, y si Uli repentinamente pudiera convertirse en algún tipo de dios, como su primer acto borraría el conocimiento, el recuerdo y la capacidad de hacer la guerra del universo.

Ahora el Imperio tenía un destructor de planetas… y aquí estaba él, en la maldita cosa. ¿Cuánto más podían empeorar las cosas?

—Hola, doc.

Uli miró a su izquierda y vio a un sargento llegar al bar. Le tomó un par de segundos reconocer al hombre… era un paciente. El tipo con las pesadillas y midiclorianos.

—Sargento Stihl. ¿Cómo estás durmiendo?

—La verdad es que casi no duermo en absoluto. Ha empeorado recientemente. Empeorado mucho. —Se sentó en el taburete.

—Comprendo. ¿Las píldoras no fueron de ayuda?

—En realidad no.

—Lo siento.

—Yo también. Yo… —Se detuvo y miró más allá de Uli al hombre de ojos verdes a la derecha de Uli—. ¿Celot Ratua Dil?

Tenía que ser un zelosiano, con esos ojos, pensó Uli. Uno de los raros clorofilianos de la galaxia. Y él y el sargento obviamente se conocían.

El hombre planta se volvió y miró, y Uli vio el pánico llenar brevemente esos ojos. Pero luego retomaron su mirada ligeramente cínica.

—Bueno, maldición —dijo—. Has cambiado de turno, ¿verdad, Stihl? Debí haberlo comprobado. —Sacudió la cabeza, se encogió de hombros y sonrió—. Oh, bueno.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó el sargento. No había un tono de hostilidad que Uli pudiera notar; sin embargo, se estaba empezando a sentir muy incómodo sentado entre ellos.

—Tomando una copa —dijo Celot Ratua Dil—. Deseando estar de vuelta en mi planeta natal. Viéndolo en retrospectiva, las cosas no estaban tan mal allí. Pude haber tenido una muy buena vida en casa, pero no, quería viajar y ver la galaxia. Fue una elección estúpida.

La cantinera se acercó, y Uli notó que su mano derecha estaba debajo de la barra, fuera de vista. Ahora se sentía muy incómodo.

La cantinera, una twi'lek, también parecía familiar. ¿Dónde la había visto? Ah, sí… sólo imagínala desnuda. Otra paciente.

—Dr. Divini, me alegro de verlo otra vez. —Miró al tipo a la derecha de Uli—. ¿Está todo bien aquí?

—Oh, sí —dijo el hombre de ojos verdes—. Sólo reencontrándome con un viejo conocido. Ha pasado mucho tiempo.

Stihl miró a la cantinera.

—Memah. ¿Conoces a este tipo?

Ella asintió.

—Sí.

Stihl volvió a mirar al zelosiano. Uli sintió una corriente de intranquilidad pasar de ida y vuelta, y se inclinó un poco hacia atrás para salir de su camino.

—¿Cómo…? —dijo Stihl.

—Decidí marcharme —dijo Celot Ratua Dil.

Stihl no dijo nada por un momento. Luego miró a la mujer twi'lek detrás de la barra.

—¿No tendrás la mano sobre un aturdidor ahí abajo, verdad Memah?

—Podría.

Stihl asintió con la cabeza, como para sí mismo. Miró al zelosiano, luego a la twi'lek. Sus cejas se enarcaron.

—Entonces, ¿así son las cosas?

—Así son las cosas. Y ya sé quién es y de dónde vino.

Hubo un tenso silencio.

—Perdón por entrometerme en lo que probablemente no es asunto mío, pero ya que estoy sentado en medio de esta conversación y de repente estamos hablando de aturdidores, ¿alguien quiere decirme qué está pasando? —dijo Uli.

Los otros tres se miraron el uno al otro.

—Lo siento, doctor, ah… Divini, ¿verdad? —dijo el zelosiano—. Es bastante sencillo. Antes de ser transferido aquí, el sargento Stihl era guardia en Despayre… usted sabe, ¿ese planeta que esta estación acaba de convertir en polvo espacial? Y yo fui, por un tiempo, un residente allí.

—Es un prisionero fugado —dijo Stihl. Su voz seguía siendo tranquila y calma, pero les llegaba claramente. Se miró las manos, que estaban, Uli notó, bastante encallecidas. Miró otra vez al zelosiano—. Fuiste sentenciado allí de por vida.

—Quieres decir «a muerte», ¿verdad, sargento? Porque cuando los poderes fácticos en esta estación soltaron ese rayo de la muerte, todos los que estaban en Despayre

quedaron convertidos en cenizas, y esas cenizas fueron voladas por toda la galaxia, si recuerdo la historia reciente.

Stihl asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Y ahora qué? —preguntó la twi'lek.

—Sí —añadió Celot Ratua Dil—. No puedes exactamente enviarme de vuelta, ¿verdad, sargento?

Uli miró el rostro de Stihl. Probablemente sería un buen jugador de cartas, porque no estaba revelando nada.

—No —dijo finalmente—. Supongo que no. —Miró a Memah—. ¿Realmente crees que vale la pena usar ese aturdidor por él?

—Realmente lo creo.

Pasaron otros cinco segundos. Luego:

—¿Qué tal una copa de cerveza Alarevi? —dijo Stihl—. Y dale al doc y a Chico Rábano aquí, otra de lo que estén bebiendo, yo invito.

Memah asintió con la cabeza y retiró la mano de debajo de la barra. Ella y su novio parecieron un poco aliviados. No tanto, pero luego Uli apostaría su eventual posible salida de la OIMPP de que esta noche nadie tendría picos en las ondas sinusoidales. La conmoción tendía a causar ese efecto en la gente.

Sabía que se acababa de evitar una situación potencialmente desagradable, y sería prudente dejarla tranquila, pero tenía curiosidad.

—Según recuerdo, sargento, ¿no es usted una especie de artista marcial? —dijo.

—Lo soy.

—Si la dama hubiera activado el aturdidor, ¿no habría podido defenderse contra él?

—Probablemente. Pero ella no era el problema.

—¿Oh?

—¿Quieres mostrarle? —dijo, mirando al zelosiano por sobre el hombro de Uli.

—Claro. ¿Dónde está tu copa, doc?

Uli se apartó del sargento y miró a la barra. Su vaso de cerveza a medio beber estaba…

¿Dónde estaba?

Miró al zelosiano. Hubo un desenfoque de movimiento…

Su vaso estaba frente a él. La cerveza se sacudía un poco pero aparte de eso no daba ningún indicio de que no hubiera estado delante de él todo el tiempo.

Stihl se rió suavemente.

—Ratua es rápido.

—Ya entiendo —dijo Uli—. Así que, si Memah hubiera activado su aturdidor, mientras te ocupabas de ella, Ratua podría haberte dado un buen golpe. Si hubieras ido primero por él, ella te habría aturdido.

—No era una situación con un alto porcentaje para mí —dijo Stihl.

Uli lo miró y parpadeó.

—Entonces eso es todo, ¿esto te parece bien? ¿Vas a dejarlo ir?

Stihl asintió con la cabeza mientras Memah le alcanzaba una jarra de cerveza oscura.

—¿Por qué no? No que pueda irse a ninguna parte, y tiene razón… no puedo enviarlo de vuelta a un lugar que ya no existe. —Tomó la cerveza, sonrió y bebió un sorbo—. Ah. Gracias. —Volvió a mirar a Uli—. Y en comparación con lo que el Imperio acaba de hacer, ¿cuánto daño podría hacer un contrabandista? ¿Quieres entregarlo?

—No particularmente.

—Bueno, entonces ahí lo tienes.

Llegaron las demás bebidas, y la cantinera se sirvió una para sí misma.

Uli levantó su copa.

—Por el final de la guerra —dijo.

Los otros levantaron sus vasos y se hicieron eco de sus palabras.

59

CENTRO DE MANDO, SOBREPUENTE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tarkin miró a Vader, con la pregunta tácita en sus ojos. El general Tagge también estaba allí, aún recuperándose, sin duda, de las anteriores revelaciones de Tarkin.

—Su resistencia a la sonda mental es considerable —dijo Vader—. Pasará algún tiempo antes de que podamos extraerle cualquier información.

Tarkin sacudió ligeramente la cabeza. ¿Por qué eran siempre los pequeños detalles los que parecían poner zancadillas a los proyectos más grandes?

Llegó uno de los oficiales de su personal. Tarkin lo miró.

—La revisión final está completa —dijo el hombre—. Todos los sistemas están operativos. ¿Qué curso debemos tomar?

¡Excelente! Si el superláser estaba ahora completamente funcional, podrían ir a cualquier lugar. Pero necesitaban la ubicación de esa base, y… ah, espera. Tarkin se frotó la barbilla.

—Tal vez ella responda a una forma alternativa de persuasión.

—¿Qué quiere decir? —dijo Vader.

—Creo que es hora que demostremos todo el poder de esta estación. —Volvió a mirar a su oficial—. Establezcan el curso hacia Alderaan.

El hombre murmuró algo y se fue, pero Tarkin estaba ya pensando en el futuro. Si la princesa Leia Organa era una espina en el costado del Imperio, entonces Alderaan era un bosque de espinas.

Bueno, era tiempo de purgar ese bosque. Con fuego.

Tagge empezó a decir algo pero al parecer se lo pensó mejor. Tarkin sonrió casi benignamente.

—Entiendo sus preocupaciones, general —dijo—. Puede estar seguro de que he hablado recientemente con el Emperador Palpatine acerca de demostrar el alcance y poder de su estación de combate. Él me ha asegurado que tengo la libertad para hacerlo. —Miró a Vader—. ¿Usted lo desaprueba, Lord Vader?

—Para nada, gobernador.

CELDA 2187, NIVEL DE DETENCIÓN, ESTRELLA DE LA MUERTE

Uli miró las lecturas de sus sensores. La princesa Organa estaba tan bien como podía esperarse, dada su desagradable experiencia. Si no sabías lo que ella había experimentado, sería difícil notarlo por su aspecto.

Estaban solos en la habitación, había hecho que el técnico esperara fuera.

—Gracias, ¿doctor…? Lo siento, no escuché su nombre.

—Divini. Kornell Divini. Mis amigos me llaman Uli.

—Aprecio su ayuda médica, Dr. Divini, pero no creo que vayamos a ser amigos. No espero seguir aquí por mucho más tiempo, y usted es un oficial imperial, después de todo.

Él se encogió de hombros.

—No por elección. Fui reclutado. Y no dejan que los médicos nos vayamos, como estoy seguro de que ya sabes.

—Podrías haber desertado.

Él se rió.

—¿En serio? ¿Cuándo? No he estado en ninguna parte donde pudiera haberme ido sin que me dispararan desde ambos lados por tomarme la molestia. Además, no estoy seguro de que trabajar para los rebeldes sería mejor.

Ella se levantó sobre un codo en la cama de examen. Tuvo que esforzarse, se notaba, pero lo hizo, para mirarlo mejor a los ojos.

—¿Apoyas la agenda del Emperador?

—No tengo ni idea de cuál podría ser su agenda. Y como ya dije, no estoy seguro de que la Alianza sería mejor. Sí, tienen un buen discurso, pero también Palpatine antes de declararse emperador.

—El Senado continuará oponiéndosele —dijo ella.

—¿No te has enterado? El Emperador ha disuelto el Senado. Estás sin trabajo, princesa.

Ella palideció, y uno de los sensores emitió un bajo *ping*, registrando la ortostasis momentánea. Uli le puso una mano en el hombro y trató de empujarla suavemente hacia abajo, pero ella el apartó la mano.

—¿Cuándo pasó esto?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Tuve un paciente que trabaja para alguien que estuvo en una reunión de alto nivel. Fue anunciado justo después de que Vader llegó contigo a la estación.

Ella sacudió la cabeza.

—Esa es una noticia terrible.

—Todas las noticias son terribles —dijo Uli—. Lo han sido desde que comenzó esta guerra.

Ella lo miró.

—Si alguna vez va volver a haber buenas noticias para cualquiera de nosotros, Uli, tiene que comenzar con nosotros. Tenemos que crearlas, no esperar a leer sobre ellas a la mañana siguiente.

La puerta se deslizó hacia arriba. Uli levantó la mirada molesto y dijo:

—Pensé que te había dicho que… —se detuvo. No era el técnico.

Era Vader.

Entró, su capa se extendía como tinta negra contra el blanco cáscara de huevo de la sala de examen.

—Doctor. ¿Confío en que su paciente está bien?

Las palabras le salieron antes de que Uli fuera consciente de ellas.

—Sí… no gracias a usted.

Leia rió.

Vader lo estudió.

—Es insubordinado, doctor. Pero no tengo tiempo para mostrarle el error de sus pensamientos. —Le hizo un gesto a Leia—. Venga conmigo, Su Alteza.

Por un momento, las miradas de Uli y la princesa se cruzaron. Tenía ojos marrones, notó él.

Los ojos de Barriss habían sido azules, recordó.

Si hubiera tenido un arma, podría haberla utilizado contra Vader en ese breve instante de tiempo, para permitirle a ella la oportunidad de escapar. Pero él era un médico, no un luchador. No era su camino.

—Buena suerte —le dijo.

Ella asintió.

—Y a ti.

Vader la hizo pasar por la puerta por delante de él con un gesto que fue casi cortesano. El panel se cerró, y se habían ido.

CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Motti entró a la sala de control para informar a Tarkin.

—Hemos entrado al sistema Alderaan.

Había sido un viaje rápido, y todos los sistemas habían funcionado sin problemas. La estación era tan rápida como cualquier buque de la Armada Imperial y más rápida que la mayoría. El salto al hiperespacio había sido suave, las rutas hiperespaciales habían sido despejadas por orden imperial, y parecía que no había tomado nada de tiempo alcanzar el sistema Alderaan. El superláser estaba cargado a plena capacidad y listo para disparar.

Tarkin asintió con la cabeza. Parecía a punto de hablar cuando Vader entró, junto con un par de guardias y la encantadora princesa Leia Organa. *Una hermosa mujer*, pensó Motti. No le molestaría llegar a conocerla mejor. Por desgracia, ella no iba a estar con ellos por mucho tiempo. Un desperdicio.

Ella llegó rápidamente hasta Tarkin. Parecía obvio que las torturas de Vader habían tenido poco o ningún efecto, porque su espíritu estaba intacto.

—Gobernador Tarkin —dijo ella—. Debí haber esperado encontrarlo sosteniendo la correa de Vader. Reconocí su fétido olor cuando me trajeron a bordo.

Motti suprimió una carcajada. Vaya, sí que era explosiva. Era una verdadera lástima que tuviera que morir.

Tarkin le ofreció una sonrisa.

—Encantadora hasta el final. —Extendió la mano y le tocó la barbilla—. No sabe cuanto me costó firmar la orden para terminar con su vida.

Ella sacudió la cabeza hacia atrás.

—Estoy sorprendida de que tuviera el coraje de asumir la responsabilidad usted mismo.

Motti mantuvo a raya su sonrisa, pero no sin esfuerzo. Ella podría estar a punto de morir, pero no iba a encogerse de miedo. Había que respetar eso en un enemigo, incluso en una mujer. Tal vez especialmente en una mujer.

—Princesa Leia, antes de su ejecución, me gustaría que fuera usted huésped en una ceremonia que hará que esta estación de combate sea operativa. —Tarkin dio unos pasos, levantó las manos para abarcar la inmensidad de la estación, y se volvió para mirarla de nuevo—. Ningún sistema estelar se atreverá a oponerse al Emperador ahora.

Ella le hizo un gesto desdeñoso.

—Cuanto más apriete el puño, Tarkin, más sistemas estelares se le escurrirán entre los dedos.

Tarkin se dirigió de nuevo a ella, señalando con el dedo para dar énfasis.

—No después de que demostremos el poder de esta estación. En cierto modo, usted ha determinado la elección del planeta que será destruido en primer lugar. —Se inclinó sobre ella, cara a cara—. Dado que es renuente a darnos la ubicación de la base rebelde, he elegido poner a prueba el poder destructivo de esta estación en su planeta natal de Alderaan.

Eso le borró la sonrisa de la cara.

—¡No! —dijo ella—. Alderaan es pacífico. ¡No tenemos armas! No puede…

—¿Preferiría otro objetivo? —preguntó Tarkin—. ¿Un objetivo militar? ¡Entonces, nombre el sistema!

Motti observó como Tarkin acosaba a la princesa, sin darle espacio, ninguna posibilidad de recuperar el equilibrio, ni en sentido figurado ni literal. Se inclinó sobre ella, nariz a nariz, haciéndola retroceder. Fue detenida por Vader parado detrás de ella.

—Me estoy cansando de preguntarlo —le dijo Tarkin—, así que será la última vez. ¿Dónde está la base rebelde?

Motti observó mientras ella miraba la pantalla de observación. Alderaan estaba centrado allí, un hermoso mundo verde, blanco y azul, no consciente de su peligro inminente.

—Dantooine —dijo ella. Su voz era suave. Derrotada—. Están en Dantooine. —Bajó la mirada.

Tarkin levantó la vista, satisfecho.

—Eso es, lo ve, Lord Vader, ella puede ser razonable. —Miró a Motti—. Continúe con la operación. Puede disparar cuando esté listo.

Leia levantó la mirada horrorizada.

—*¿Qué?*

Tarkin se volvió para enfrentarla.

—Es demasiado confiada. Dantooine es demasiado remoto para hacer una demostración eficaz. Pero no se preocupe… nos ocuparemos de sus amigos rebeldes muy pronto.

—¡No! Forcejeó, pero Vader la sostuvo con fuerza.

Motti sonrió mientras se disponía a dar la orden. Tarkin estaba en lo cierto. El miedo era la clave…

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tenn escuchó la orden crujir por el altavoz. No podía creerlo, pero allí estaba:

—Comiencen la ignición primaria.

Vaciló un segundo. ¿Podría ser algún extraño tipo de prueba? ¿Para ver si él tenía lo que se necesitaba?

No, eso era una estupidez. Ya había matado al planeta prisión, ¿no? No podían tener ninguna duda sobre su lealtad, al Imperio y al gobernador Tarkin.

Pero en cierta forma eso lo hacía peor, porque significaba que la orden era real. Estaba a punto de destruir otro mundo, y en esta ocasión no era un virulento planeta selvático plagado de delincuentes.

Esta vez era un mundo muy similar a su propio planeta natal.

Era consciente de que su OAM lo observaba. Extendió la mano, agarró la palanca. Todos los sistemas estaban en verde.

Una vez más, su equipo llevó a cabo sus funciones sin problemas, ajustando los interruptores, comprobando las lecturas, el equilibrio de los armónicos. Muy pronto, todo estaba listo. Todos los sistemas preparados.

Tenn sintió que el sudor goteaba por su cuello, bajo el maldito casco. Miró el temporizador: 00:58:57.

Tiró de la palanca.

Se necesitaría más o menos un segundo para que los rayos tributarios se fusionaran. Quería apartar la mirada del monitor, pero no pudo hacerlo.

El rayo del superláser lanceó desde el punto de enfoque sobre el plato.

La imagen de Alderaan en la pantalla fue golpeada por el rayo verde.

No tomó más de un instante. Tenn sabía que el poder destructivo total del rayo era mucho más grande que las conversiones de materia-energía limitadas al espacio real. A plena carga, el reactor de hipermateria proporcionaba un «impulso» superlumínico que hacía que la mayor parte de la masa del planeta se desplazara inmediatamente hacia el hiperespacio. Como resultado, Alderaan explotó en una ardiente bola de fuego de una luz que golpeaba los ojos de forma casi instantánea, y un anillo plano de energía de reflujo —la «sombra» de una onda hiperespacial— se propagó rápidamente hacia el exterior.

El contador de tiempo marcaba: 00:59:10.

Tan poco tiempo. Tanto daño. Era increíble.

Si, de alguna manera, la Alianza Rebelde ganaba esta guerra —no que Tenn Graneet pudiera ver cómo eso sería posible, teniendo en cuenta lo que acababa de presenciar, lo que acababa de *hacer*—, entonces seguramente este acto condenaría a sus cenizas al hoyo más profundo que pudieran encontrar después de que fuera ejecutado.

Era su trabajo y si él no lo hubiera realizado, alguien más lo habría hecho, pero su vientre se agitaba por la enormidad de lo que esa palanca había causado.

Miles de millones de vidas se apagaron. Como si nada.

No había ninguna sensación de triunfo, ninguna. No había destruido una base rebelde ni un objetivo militar. Por el contrario, un planeta lleno de civiles desarmados había sido… extinguido.

Y él lo había hecho.

Lo hacía sentir enfermo.

BARRACAS G-12, SECTOR N-SIETE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Nova estaba tomando una ducha sónica para relajarse antes de intentar dormir cuando una vez más sintió un rugido en su cabeza… sin sonido, pero sin embargo tan fuerte que lo dejó totalmente inconsciente.

Cuando despertó, estaba acostado en el piso de la placa de ducha, el zumbido de los sónicos todavía hacía vibrar su cuerpo. Su nariz sangraba, y sus músculos se estremecían y sacudían como si hubiera sido golpeado por un aturdidor al máximo. Apenas pudo ponerse en pie.

Acababa de ocurrir algo. Algo terrible.

60

SALA DE CONFERENCIAS PRINCIPAL, CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

El oficial imperial entró a la habitación, sus botas hicieron eco en la cubierta pulida. Tarkin estaba sentado en el extremo opuesto de la mesa de conferencias, y Vader había tomado una posición cerca de la pared a la izquierda de la puerta. No había nadie más allí excepto por un par de guardias a los lados de la puerta.

El oficial se cuadró.

Tarkin miró al hombre.

—¿Sí?

—Nuestras naves exploradoras han llegado a Dantooine. Se encontraron los restos de una base rebelde, pero se estima que ha estado abandonada por algún tiempo. Están llevando a cabo una búsqueda extensiva del sistema circundante.

Vader sintió una pequeña oleada de triunfo, a pesar de que era una mala noticia. Había esperado esto.

Mientras el oficial se daba la vuelta y se alejaba marchando, Tarkin se puso de pie, hirviendo de rabia.

—¡Mintió! ¡Ella nos mintió!

Vader encontró divertida la indignación de Tarkin. ¿Ahora quién era demasiado ingenuo y confiado?

—Le dije que nunca traicionaría conscientemente a la rebelión —dijo en voz alta.

Tarkin dio unos pasos hacia él. Vader podía sentir que la ira del gobernador lo había hecho perder los estribos.

—¡Ejecútela! ¡Inmediatamente!

Invisibles bajo su casco, las apretadas facciones de Vader formaron una dolorosa sonrisa. Entendía la ira de Tarkin —después de todo, él mismo era un maestro de la ira—, pero la princesa Leia Organa podría servirles mejor viva. Consideraría el asunto. Tarkin no podía darle órdenes, sólo sugerir diferentes cursos y acciones, y él no era reacio a hacer caso a esas propuestas la mayor parte del tiempo, ya que en realidad no importaban. Pero Darth Vader no se doblegaba a los deseos de nadie excepto los de su maestro, el Señor Oscuro de los Sith. Si los deseos de su maestro y los de Tarkin llegaban a chocar, Tarkin sería barrido con el resto del polvo de la historia sin dudarlo ni un segundo.

Nova no se había sorprendido realmente de ser asignado como uno de los guardias de la sala de conferencias en el nivel de mando. No eran sus deberes normales, pero él era un sargento mayor, y cuando uno de los hombres que normalmente estaba en el puesto desarrolló una repentina enfermedad Nova había sido llamado como un reemplazo

temporal. Él era el tipo de guardia que les gustaba, hábil con armas o con las manos desnudas.

La habitación estuvo vacía casi durante todo el turno, y había poco que hacer excepto pensar; sin embargo, hacia el final del turno, habían llegado el gobernador Tarkin y Darth Vader. Nova no pudo evitar escuchar, por supuesto, mientras los dos tenían una discusión que se extendió a través de varios temas… principalmente relacionados con el próximo objetivo de la Estrella de la Muerte. Al parecer se había localizado la fortaleza principal de los rebeldes, y estaban a la espera de los informes de los exploradores antes de saltar allí para también destruir ese planeta.

Nova todavía no se había recuperado de los resultados de su prueba más reciente. Se había desmayado en la ducha sónica precisamente en el momento en que el superláser había destrozado el pacífico mundo de Alderaan, y estaba seguro de que no se trataba de ninguna casualidad. El diagnóstico médico de midiclorianos tenía que estar relacionado. Había hecho investigaciones sobre eso con ayuda del archivista de la estación y había llegado a la reticente conclusión de que, de alguna manera, él era receptivo al ubicuo campo de energía al que los jedi habían llamado la Fuerza. El término era *sensible a la Fuerza*. Explicaba por qué a veces podía anticipar los movimientos de sus oponentes, la habilidad a la que llamaba Parpadeo.

No estaba seguro de qué hacer al respecto, ni siquiera estaba seguro de que pudiera hacerse algo. Evidentemente había estado con él hasta cierto punto durante toda su vida; no iba simplemente a desaparecer. Puesto que parecía que iba a tener que quedarse con eso y las visiones que traía, tal vez había algo que pudiera hacer con eso además de sólo esquivar los puñetazos que le lanzaban.

La puerta se abrió y un oficial de alto rango entró, tan tieso como si tuviera una barra de duracero por columna vertebral.

El hombre dio su informe, y Nova mantuvo el rostro imperturbable mientras escuchaba. Así que la chica de la que el doctor había hablado en la cantina le había dado a Tarkin y Vader una pista falsa. Valiente, pero no muy inteligente, puesto que Tarkin ahora estaba lo bastante irritado para pedirle a Vader que la ejecutara.

Alguna vez, Nova se hubiera encogido de hombros y desestimado esa noticia. No era asunto suyo cómo se comportaban los de arriba; él sólo seguía sus órdenes y hacía su trabajo, un buen y leal soldado. Pero si volar Despayre había sido terrible, matar a Alderaan era varios órdenes de magnitud más horrible. Miles de millones de inocentes murieron allí, no endurecidos criminales convictos —miles de millones de civiles de todas las edades— y ¿cómo podías servir a alguien que pensaba que esa era la manera de hacer la guerra con la conciencia tranquila?

Lo había sacudido hasta la médula, tal vez más a causa de todo el asunto de la Fuerza. Pero él no había sido el único. Claro, siempre estaban los que querían matarlos a todos, los que decían que debían merecerlo, que de otro modo no se hubiera hecho; pero había un montón de gente en esta estación de combate que no podía aceptar estas acciones como cosas que siquiera pudieran contemplarse en un universo sensato y racional. No

debería haber llegado tan lejos. Por todo lo que había oído iba a ser sólo la *amenaza* de mundicidio. Hacer explotar un planeta, matar todo lo que vivía en él, ¿sólo para señalar un punto?

Este era su último servicio, decidió Nova; no iba a permanecer en un ejército que cometiera semejantes atrocidades. Y si había algo que él pudiera hacer para ayudar a evitar que volviera a suceder, debería considerarlo seriamente.

Matar poblaciones civiles a escala planetaria era un mal más allá de la comprensión. Nova podía luchar contra una sala llena de hombres directamente, cara a cara, y si tenía que matar a la mitad de ellos para sobrevivir, lo haría. Pero no había firmado para masacrar niños mientras dormían en sus camas.

BIBLIOTECA Y ARCHIVOS, CUBIERTA 106, ESTRELLA DE LA MUERTE

Atour Riten se consideraba un hombre de la galaxia; había viajado a lo largo y a lo ancho y visto muchas cosas. Había recorrido las minas de especia de Kessel, explorado las ruinas de Dantooine, y fue testigo de la muerte de estrellas en el cúmulo Bi-Borran. A pesar de que la mayor parte de sus días de trabajo habían transcurrido dentro de las paredes de las bibliotecas y archivos, también había respirado el aire exterior de decenas de mundos en el curso de sus años. Y había permanecido apolítico por todos esos años, yendo por su lado, evitando los compromisos con las cosas donde no creía que pudiera influir por sí o no.

Pero ya no. No después de Alderaan.

La destrucción de Despayre había sido bastante mala, tanto por lo que presagiaba como por el acto en sí. Pero Alderaan había sido un mundo pacífico; su gobierno había simpatizado con los rebeldes, es cierto, pero la reacción del Imperio había sido exagerada en el sentido más horripilantemente literal imaginable. La inmensidad de ello lo abrumaba cada vez que su imaginación se encaminaba hacia esa matanza: madres, bebés, abuelos, animales domésticos… todos aniquilados en un instante.

No podía evitar recordar el dicho mrlssi: *El mal se computa de manera exponencial*. Era verdad. Tales horrores inevitablemente se alimentaban a sí mismos, creciendo aceleradamente hasta lo impensable en muy poco tiempo. Atour no podía soportar ver que esto sucedía de nuevo. Era viejo, había vivido una vida larga y plena, y ahora decidió que los días que le quedaran, los iba a dedicar a derrotar a un Imperio capaz de tales abominaciones.

—Percé, inicia una búsqueda de puntos débiles en esta estación de combate, aquellos que podrían ser más vulnerables al sabotaje interno.

—Eso sería poco prudente, señor. Tal exploración casi seguro será detectada, y los agentes de inteligencia imperial sin duda desearán entablar una conversación con el iniciador de dicha búsqueda. No sería una conversación agradable.

—Entonces te sugiero que lo hagas con cuidado.

—Señor, me siento obligado a señalar de nuevo que el riesgo de tal empresa sería grande.

—Y aprecio tu preocupación —dijo Atour. Se echó hacia atrás en su silla fluyeforma y juntó los dedos—. Hazlo de todos modos.

El droide reconoció esta orden y se alejó arrastrando los pies para ponerla en práctica. Atour suspiró. Se dio cuenta de que P-RC3 iba a sufrir una traumática pérdida de memoria en un futuro próximo. Eso sería una lástima —realmente se había encariñado bastante con el droide—, pero dada la gravedad de lo que había hecho y debía pagar el Imperio, el precio de la memoria de un droide —y la vida de un viejo, si se pensaba en ello—, era lo suficientemente pequeño.

SALA DE CONFERENCIAS, CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

El intercomunicador pió y Tarkin lo activó.

—¿Sí?

—Hemos capturado un carguero entrando en los restos del sistema de Alderaan —dijo la voz por el comunicador—. Sus marcas coinciden con las de una nave que escapó de Mos Eisley.

Tarkin frunció el ceño. Mos Eisley estaba en Tatooine, donde según Vader habían aterrizado los planos robados de la estación de combate. ¿Coincidencia? Probablemente no. Miró a Vader, quien dijo:

—Deben intentar devolver los planos robados a la princesa. Ella todavía puede sernos de alguna utilidad.

Tarkin lo consideró. Sí. Aunque su ira por su engaño no había disminuido, había en juego cosas más importantes que la vida o muerte de una prisionera. Vader tenía razón. Ella podría ser útil como señuelo.

—Será mejor que vaya a ocuparse personalmente de esto, Lord Vader.

BAHÍA DE ATRAQUE 2037, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vader llegó a la bahía cuando un teniente y varios soldados de asalto salían del carguero capturado.

—No hay nadie a bordo, señor —dijo el teniente—. Según la bitácora, la tripulación abandonó la nave justo después del despegue. Debe ser un señuelo, señor; varias de las cápsulas de escape han sido lanzadas.

Vader asintió con la cabeza.

—¿Encontraron algún droide?

—No, señor. Si había alguno a bordo, también debió haber sido lanzado.

—Envíe un equipo de exploración a bordo… quiero que comprueben cada pieza de esta nave.

—Sí, señor.

Vader estaba a punto de hablar otra vez cuando sintió una ondulación en la Fuerza. Fue fugaz, demasiado breve para estudiarla antes de que pasara, pero sorprendente. Casi para sí mismo, dijo:

—Presiento algo. Una… presencia que no he sentido desde… —Se detuvo. No. Debía estar equivocado. No podía ser, después de todos estos años…

Abruptamente, se apartó. Si los planos estaban en la nave, serían encontrados; si no, entonces la nave no era de ninguna importancia. En cuanto a ese hormigueo en la Fuerza… bueno, si de hecho había sido generado por el que pensaba, entonces el hombre responsable sin duda también habría percibido a Vader.

Si Obi-Wan Kenobi estaba realmente a bordo de la Estrella de la Muerte, era inevitable que se encontraran. La Fuerza los atraería tan seguro como a partículas opuestas en el vacío.

61

BIBLIOTECA Y ARCHIVOS, CUBIERTA 106, ESTRELLA DE LA MUERTE

—Es extraño —dijo P-RC3.

Atour levantó la mirada.

—¿Qué?

El droide se apartó del monitor, la pantalla de datos se reflejó en su chasis de duracero azul.

—Alguien ha accedido a la computadora principal en una oficina de mando en la bahía delantera.

—Y ¿esto es inusual porque…?

—El acceso se hizo mediante el conector de interfaz droide.

—Que fue puesto allí para los droides, si no me equivoco —dijo Atour—. ¿Y?

—El que accedió está solicitando información sobre la ubicación de terminales de control de un rayo tractor usado recientemente para capturar una nave sospechada de ser un carguero rebelde.

Atour frunció el ceño.

—¿Quién haría eso? ¿El generador de tractor necesita reparaciones?

—No que yo pueda determinar.

—¿Y por qué traes esto a mi atención?

—He marcado los sistemas operativos para que reporten eventos inusuales para su protección, señor.

—Hmm. ¿Hay alguna cámara de seguridad en esa oficina?

—Sí, señor.

—¿Puedes acceder a ella?

—No sin los códigos de seguridad.

—Ah, eso. Aquí tienes. —Atour tecleó un número de diez dígitos en la consola de computadora.

—Tener ese código es ilegal —dijo P-RC3—. Podría ser arrestado por ello.

—Ese probablemente sería el menor de mis crímenes. Accede a la cámara.

El droide regresó a la terminal.

—Tengo visual solamente. No hay sonido.

—Un píxel vale más que mil bytes… y ¿no es ese un extraño dicho saliendo de la boca de un archivista?

—¿Señor?

—No importa. La cámara. Ponla en mi terminal.

El holo sobre el escritorio de Atour se encendió. Lo que vio fue el interior de una oficina de mando en la que había dos soldados de asalto, sin sus cascos. Parecían

comunes y corrientes, aunque sus cortes eran un poco largos para las regulaciones. Había otros también que no eran tan comunes y corrientes: un droide de protocolo dorado, una unidad astromecánica, un wookiee con una ballesta y un humano más viejo de barba y medio calvo en una capa con la capucha echada hacia atrás. Atour se dio cuenta con una ligera sorpresa que el viejo estaba vestido con las ropas de un caballero jedi.

También estaban los cuerpos de dos soldados imperiales tirados en la cubierta.

Por su actitud parecía que los humanos estaban escuchando al droide de protocolo. Entonces después de un momento, los humanos comenzaron a hablar entre sí.

—Percé, ¿puedes leer los labios?

—Ciertamente, señor.

—Cuéntame lo que están diciendo.

Percé miró la imagen por un momento.

—El más viejo acaba de decirle al más joven de los soldados de asalto: «Tu destino yace por un camino diferente del mío. La Fuerza estará contigo, siempre».

¿La Fuerza?

Mientras Atour digería esto, la puerta de la oficina de mando se deslizó hacia arriba y el anciano se fue. Uno de los soldados de asalto y el wookiee tuvieron una breve conversación.

—Lo siento, señor, pero no puedo ver al wookiee con suficiente claridad para leer lo que está diciendo. El humano varón más viejo acaba de decirle al más joven: «¿De dónde desenterraste a ese viejo fósil?».

Atour frunció el ceño, perplejo. ¿Qué significaba eso?

—El menor parece estar hablando ahora, pero no puedo ver su rostro. Los dos humanos parecen agitados, a juzgar por su lenguaje corporal.

Atour continuaba mirando cuando los dos hombres dejaron de discutir y miraron a los droides.

—Supongo que los droides están hablando —dijo Percé—. Ahora el humano más viejo acaba de decir: «¿Princesa?», «¿Dónde está?», pregunta el más joven.

¿Princesa?

—Percé, comprueba si en la computadora principal hay información sobre alguna «Princesa».

El droide manipuló los controles de consola mientras Atour continuaba observando la imagen. Ahora los dos hombres estaban hablando, ambos algo agitados. El más joven —que en realidad no era más que un niño—, parecía estar tratando de convencer de algo al más viejo.

—Señor, una mujer humana, la princesa Leia Organa, fue recientemente traída a bordo por Darth Vader. Una rebelde, según los archivos y está programado que sea ejecutada.

Atour sacudió la cabeza con incredulidad. Parecía obvio que los dos hombres que veía no eran soldados de asalto, y que estaban aquí debido en parte a la princesa Leia. Conocía ese nombre, por supuesto. La hija de Bail Organa. Del difunto planeta Alderaan.

El droide de protocolo caminó adelante y le dio al muchacho un par de esposas aturdidoras electrónicas. El muchacho fue hacia el wookiee y trató de colocarle las esposas. El wookiee no parecía en absoluto contento con la idea. El muchacho retrocedió rápidamente, se volvió hacia el hombre mayor —que en realidad tampoco era tan viejo— y le dio las esposas.

—¿Percé? ¿Qué están diciendo?

—«… Chewie, creo que ya sé lo que tiene en mente». Eso del mayor de los dos.

El hombre colocó las esposas en las muñecas del wookiee.

—Ah —dijo Atour.

—¿Señor? No lo entiendo.

—Aparentemente van a marchar directo a la guarida del nexu. —Sonrió—. Han venido por la princesa.

—Eso no parece muy prudente.

—No, parece extremadamente insensato. ¿Cómo van a escapar si encuentran…? ¡Ajá!

—Todavía no tengo idea, señor.

—Es por eso que estaban investigando el rayo tractor. Deben pretender robar una nave. Apuesto a que el viejo, un jedi si no me equivoco, ha ido a desactivar el dispositivo. Ingenioso. —Atour frunció el ceño—. Sin embargo, es poco probable que tengan éxito.

Los hombres y el wookiee esposado salieron de la habitación, dejando a los dos droides solos en la oficina.

—Creo que ya hemos visto lo suficiente de esto —dijo Atour—. ¿Dónde está detenida la princesa?

P-RC3 ajustó un control en la consola.

—Nivel cinco, bloque de detención AA-Veintitrés.

Atour asintió con la cabeza. No se hacía ilusiones sobre sus posibilidades de éxito, pero había que darles crédito por su valor. Los habría ayudado, pero no veía ninguna forma de hacerlo. Las celdas de detención eran controladas localmente; no podían ser cambiadas por la computadora central.

Se le ocurrió entonces que tendrían que tomar un ascensor hasta el nivel de detención, y necesitarían el código actual para llegar a ese nivel. Tal vez ya tenían acceso a él, pero lo dudaba.

Bueno, no podía abrirles por arte de magia las puertas de las celdas, pero encontrar el protocolo adecuado para la salida en la sección y dársela al ascensor que iban a tomar sólo era un trabajo de unos pocos momentos.

—Buena suerte —dijo Atour en voz baja, después de transmitir el código—. La necesitarán.

En cuanto a él, lo que necesitaba era un trago.

62

CANTINA EL CORAZÓN DURO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Memah le había pedido a Rodo que sacara a los pocos parroquianos que estaban divirtiéndose demasiado, y lo que quedaba era una multitud sombría; sobre todo de gente que mantenía sus conversaciones en privado o tenían conversaciones consigo mismos. De cualquier manera, lo hacían en voz baja.

Rodo y Nova Stihl estaban sentados en la barra, con Ratua. Era evidente que el vínculo que él y Nova habían formado en el planeta prisión era más fuerte que sus diferencias como guardia y prisionero. Memah se alegraba de verlo.

Había un par de alderaanianos en una esquina, y simplemente se quedaban allí sentados, sin decir mucho, sin beber mucho; sólo mirando fijo a cierta distancia personal.

Uno de los pilotos y su compañera —una arquitecta, había averiguado Memah—, también estaban sentados en la barra, hablando bajo, pero intensamente. Al parecer el piloto era uno de los estudiantes de artes marciales de Nova, un doble as llamado Vil Dance. La mujer se llamaba Teela Kaarz.

Un hombre mayor entró en la cantina… Memah reconoció que ya había venido antes, pero ella no sabía quién era. Caminó hacia donde estaban Stihl, Rodo y Ratua y el sargento lo saludó.

Por su parte, Memah atendía la barra, haciendo bebidas y cuando había un momento tranquilo, iba a conversar con Ojos Verdes. Se sentía como un servicio funerario, y, a su manera, lo era.

Un par de soldados entraron y se trasladaron a una mesa cerca de los alderaanianos. Pidieron cervezas y parecían ajenos al estado de ánimo generalmente silencioso de la cantina. Memah también estaba pensando en pedirle a Rodo que los echara, cuando uno de ellos dijo algo lo suficientemente alto para escucharse en la barra:

—Supongo que la escoria rebelde ya no va a dar muchas molestias después de Alderaan, ¿eh?

Rodo ya se estaba acercando cuando uno de los alderaanianos se puso de pie y caminó hasta la mesa de los soldados.

—Rodo —dijo Memah.

Él se detuvo, se volvió, y la miró. Ella levantó la mano haciendo un gesto de *espera un segundo*.

El soldado miró al hombre de pie junto a él y probablemente no estaba impresionado. El alderaaniano era de contextura ligera, baja estatura y no parecía ser una amenaza.

—¿Qué puedo ha…?

No pudo llegar más lejos. El hombre más pequeño lanzó un puño que era impulsado por el dolor y la rabia, y el soldado cayó de su silla y golpeó la cubierta, con fuerza.

—Ve —Memah le dijo a Rodo.

Rodo estaba allí antes de que el segundo soldado pudiera hacer más que ponerse de pie. Lo agarró por el cuello.

—Fuera —dijo.

—¡¿Qué frip dices?! Nadie golpea a un soldado y…

Rodo apretó su agarre en el cuello del hombre. El soldado quedó repentinamente muy silencioso.

—Váyanse —repitió Rodo—. Por su cuenta o con mi ayuda. Recoge a tu amigo y váyanse.

El segundo soldado no era tonto. Asintió con la cabeza, se inclinó y ayudó a su amigo aturdido a ponerse de pie tambaleante. Se dirigieron hacia la puerta.

El alderaaniano, con los puños cerrados de una rabia que todavía hervía y con la cara roja, se quedó allí mirando intensamente a Rodo. Memah sabía que a pesar de que no tenía ninguna esperanza contra el enorme portero, lo golpearía de todos modos si Rodo intentaba echarlo.

Rodo también lo sabía. La miró.

Ella sacudió la cabeza: *Déjalo tranquilo*.

Rodo asintió con la cabeza, le dijo algo al hombre más pequeño demasiado suave para oírlo y volvió a la barra. Después de un momento, el alderaaniano, como en un trance de ensueño, volvió a su asiento. Sus movimientos eran rígidos, como los de un droide, y se sentó pesadamente.

Rodo volvió a la barra, y Memah fue a encontrarse con él.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que lo sentía. Que su mesa era de cortesía, y que si alguien más decía algo así de estúpido, que me dejara manejarlo a mí… Yo puedo golpear más fuerte que él.

—No lo sé —dijo Nova, junto a él—. Nunca había visto un golpe tan bueno como ese.

Nadie respondió a eso.

Nova indicó al hombre mayor.

—Este es el comandante Riten —dijo—. Dirige la biblioteca.

Memah asintió con la cabeza.

—Comandante.

—Llámame Atour —dijo él—. No estoy muy orgulloso del rango o sus asociaciones en este momento.

Memah asintió con la cabeza.

—Comprendo.

Miró hacia la puerta y vio llegar al Dr. Divini. Fue directamente a la barra, donde fue recibido por el grupo y le presentaron al bibliotecario y la joven pareja.

—Te has perdido toda la diversión, doc —dijo Nova—. Ese pequeño alderaaniano de la esquina acaba de lanzar a la cubierta a un soldado de dos veces su tamaño.

Uli asintió con la cabeza mientras Memah, sin que se lo pidiera, ponía una jarra de cerveza delante de él.

—¿Rodo no lo ha echado?

—Esta noche nuestra simpatía no está con los militares del Imperio —dijo Memah.

Uli asintió otra vez.

—Ni la mía. Me siento manchado sólo por estar en esta estación.

Hubo un coro de acuerdos.

—Debe haber algo que podamos hacer acerca de esto —dijo Nova.

—¿En qué estás pensando, sargento? —dijo Rodo—. ¿Desafiar a Darth Vader a un duelo a muerte?

—Tal vez.

—Eso no sería de ayuda —dijo Uli—. La máquina imperial es demasiado grande. Nadie puede enfrentarse a ella. Miren lo que pasó con Alderaan.

—Entonces ¿qué hace una persona con algún sentido de la justicia? —preguntó Memah—. ¿No hacerle caso y seguir con sus asuntos?

Riten, que había estado tomando su bebida en silencio, meneó la cabeza.

—Como experto en artes marciales —le dijo a Nova—, ¿qué haces si tienes un oponente que es más grande, más fuerte, más rápido, mejor entrenado y armado que tú, y tiene muchos amigos?

Nova se encogió de hombros.

—Sacar tus glúteos de ahí, y rápido.

—Precisamente —dijo Riten.

Todos se volvieron a mirarlo.

—Como mínimo, tienes que dejar de ser cómplice de un matón asesino.

—Rechazar una orden directa hace que te envíen a las celdas de detención —dijo Dance, el piloto de TIE—. ¿De qué te sirve eso, a ti o a alguien más?

—Bueno —dijo Riten—, puedes no ser parte de la solución en una celda, pero al menos no serás parte del problema.

—Vaya elección —dijo Dance.

—Hay otras alternativas —dijo Riten.

—¿En serio? ¿Cuáles?

El archivista miró su bebida como si fuera posible leer el futuro en ella.

—Podrías irte.

Dance se rió, y fue una risa mucho más amarga que divertida.

—Sí. ¿Y cómo podrías hacer eso? Nadie sale de la Estrella de la Muerte sin el permiso expreso de los que están al mando. Ni siquiera los pilotos como yo… no puedes llegar lejos en un caza TIE, a menos que tengas uno de los nuevos x-uno equipados con hiperimpulsor de los que he oído hablar, y no hay más de un par de esos en toda la estación. Tenemos más armas que una armada naval, rayos tractores, turboláseres y un montón de artilleros de gatillo fácil aburridos, a los que nada les gustaría más que dispararle a cualquier cosa que se mueva. Irse no es exactamente una opción.

—¿Pero, si lo fuera? ¿Qué pasaría si pudieras irte? ¿Alguien aquí ejercitaría esa elección?

Hubo un momento de silencio.

—Aquí estamos hablando hipotéticamente, no de una verdadera conspiración para la traición, ¿verdad? —dijo Nova.

—Por supuesto. Sólo una conversación de «qué hubiera pasado si» entre amigos.

—Yo me iría —dijo Memah.

La miraron.

—Tú ni siquiera eres militar —dijo Ratua—. No tuviste nada que ver con la destrucción de Alderaan. Eres una civil. No es como si hubieras tirado de la palanca.

—Imagina cómo se debe sentir eso —dijo Kaarz.

—Pero estoy aquí —dijo Memah, respondiéndole a Ratua—. Y sé lo que la Estrella de la Muerte puede hacer… lo que ya ha hecho. Le sirvo bebidas a gente como ese soldado al que ese tipo pequeño golpeó, que no sólo piensan que está bien matar planetas llenos de inocentes sino que realmente están orgullosos de ello. —Sacudió la cabeza tan fuerte que sus lekku se balancearon—. Yo me iría en un momento.

Kaarz asintió con la cabeza.

—Yo también. Por supuesto, soy una prisionera, y cuando todo termine, dudo que el Imperio tenga mucha utilidad para mí.

—Suponiendo que gane el Imperio —dijo Rodo.

—Realmente no se puede suponer ninguna otra cosa —dijo Dance—. Todos sabemos lo que puede hacer esta estación de combate. Si pueden construir una, pueden construir más, tal vez incluso más grandes que esta. Los rebeldes no tienen oportunidad.

—Tal vez —dijo Riten—. Pero las guerras no se ganan solamente por la tecnología. Siempre se está desarrollando una nueva versión del arma definitiva e históricamente nunca han sido suficientes para poner un fin a la guerra.

—La paz no se encuentra ni en la sangre caliente ni en los sudores fríos —dijo Nova.

Riten lo miró levemente sorprendido.

—*La falacia de la guerra*, por Codus Romanthus. Uno no encuentra a menudo a un soldado que pueda citar filósofos poco conocidos.

Nova vació lo que quedaba de su cerveza.

—Soy sensible. —Y eructó.

—Yo iría —dijo Uli—. Ya habría desertado cientos de veces ya si hubiera habido alguna oportunidad real.

—Yo también. ¿Qué tal tú, sargento? —Eso vino de Ratua.

—Sí, cuenten conmigo. No sólo porque mi cabeza casi estalló cuando quemaron a Alderaan, sino porque está mal. Las personas mueren en la guerra, pero una cosa es dispararle a un tipo que te está disparando; otra es ir a su casa y quemarla con su esposa e hijos dentro.

—Sí —dijo Dance—. Uno contra uno, contra otro piloto, me parece bien. ¿Lo que el Imperio le hizo a Despayre y Alderaan? Eso no está bien. El siguiente planeta podría ser el mundo natal de alguno de nosotros… nadie está a salvo, en ningún lugar.

—Todos son unos pensamientos muy nobles de nuestra parte —dijo Rodo—, pero no tenemos esa elección, ¿verdad?

—Tal vez la tengamos —dijo Riten.

Todos se volvieron para mirarlo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Nova.

—Soy archivista —dijo Riten—. A lo largo de los años he averiguado maneras de obtener todo tipo de información que no debería ser accesible.

—Sí… ¿y? —dijo Ratua.

—El conocimiento es poder —dijo Riten—. ¿Qué tal si supieras los códigos de entrada y despegue de una lanzadera imperial que tuviera combustible y estuviera lista para volar? ¿Qué tal si tuvieras las contraseñas para evitar que los artilleros de la estación te disparen cuando salgas? ¿O que te atrapen los rayos tractores?

—Son grandes «qué tan si» —dijo Rodo.

—Así es. Pero… otra vez, hipotéticamente y sólo para seguir esta discusión… supongan que yo pueda poner mis manos sobre esta información. ¿Debería tomarme la molestia?

El grupo quedó en silencio por lo que pareció mucho tiempo. Finalmente, fue Nova quien rompió el silencio.

—Sí —dijo—. Sigue adelante y tómate la molestia.

63

SALA DE CONFERENCIAS, NIVEL DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vader estaba justo pasando la puerta, los guardias lo flanqueaban mientras hablaba con un Tarkin francamente incrédulo.

—Está aquí —dijo.

—¿Obi-Wan Kenobi? ¿Por qué cree eso?

Para cualquiera con una conexión a la Fuerza, la pregunta no necesitaría una respuesta ni una explicación. A pesar de que Vader había pensado inicialmente en ignorarla —había, durante tantos años, esperado sentir esa presencia que al principio pensó que la había imaginado—, lo sabía.

—Un temblor en la Fuerza —dijo—. La última vez que lo sentí fue en presencia de mi antiguo maestro.

Tarkin se puso de pie.

—Seguramente ya debe estar muerto.

—No subestime a la Fuerza —dijo Vader, aunque sabía que era inútil. El hombre no podía comprenderlo.

—Los jedi están extintos. Su fuego se ha ido del universo.

El intercomunicador en la mesa sonó. Tarkin se movió hacia él, mientras continuaba hablando.

—Usted, amigo mio, es todo lo que queda de su religión.

No, Tarkin no podría entenderlo. Él no tenía ninguna manera de captar el concepto. Era como tratar de explicarle los colores a un ciego de nacimiento.

—¿Sí? —dijo Tarkin por el intercomunicador.

—Tenemos un alerta de emergencia en el bloque de detención AA-Veintitrés —respondió la escueta voz de la unidad.

Tarkin frunció el ceño. Obviamente conocía el significado de ese lugar.

—¿La princesa? ¡Pongan todas las secciones en alerta!

Vader no necesitaba la confirmación, pero este nuevo evento podría ayudar a convencer a Tarkin.

—Obi-Wan está aquí —dijo—. La Fuerza lo acompaña.

Tarkin, siempre rápido en cambiar de posturas cuando se daba cuenta de que era necesario, dijo:

—Si tiene razón, no se le debe permitir escapar.

Era una conclusión razonable para alguien que no conocía su historia. Pero equivocada.

—Escapar no es su plan. Debo enfrentarlo. Solo.

Vader se volvió y salió a trancos de la habitación. Ahora que estaba seguro de que su viejo maestro estaba en esta estación, sería capaz de encontrarlo. La Fuerza a veces era enloquecedoramente inexacta. Había momentos cuando, aún sabiendo lo que era, podías estar al lado de un maestro jedi y no sentir su poder; en otras ocasiones podías sentirlo al otro lado de un planeta o a medio camino a través de un sistema estelar… la distancia no era barrera para la Fuerza. Los remolinos de energía a menudo ocultaban tanto como revelaban. Pero Vader sabia que Obi-Wan estaba aquí, y sabía que él sería capaz de encontrarlo.

Encontrarlo y, después de todos estos años de espera, destruirlo.

UNIDAD DE CASILLEROS DE GUARDIAS, CUBIERTA 17, ESTRELLA DE LA MUERTE

Nova llegó a su turno con sólo unos minutos de retraso, todavía masticando la conversación en la cantina. Se había puesto la mayor parte de su armadura… y por qué tenían que usar eso dentro de la estación de batalla no tenía ningún sentido en absoluto. Era muy complicado ponerse el traje de dieciocho piezas, y de todos modos ofrecía solamente una protección limitada contra un bláster con la energía reglamentaria. Pero las reglas son las reglas.

El teniente repentinamente se apartó del tablero de comunicaciones y gritó:

—¡Sargento Stihl, tenemos intrusos! Hubo un escape en el Nivel Cinco, Bloque de Detención AA-Veintitrés. ¡Tome un escuadrón y valla allí!

Stihl miró fijo al teniente. ¿Intrusos? ¿Un escape? ¿Cómo era eso posible?

—¡Sargento! ¡Muévase!

—Entendido, señor, ¡en camino! ¡Bretton, Zack, Dash, Alix, Kai, conmigo! ¡Mahl, Cy, Dex, Nate, por delante! ¡Vamos, muévanse!

La escuadra salió rápidamente de las barracas al pasillo, el sonido de su armadura traqueteaba con el movimiento. Los pasillos estaban extrañamente desiertos, le pareció a Nova, lo que contó como una suerte. Menos gente significaba menos víctimas civiles.

—¿A quién nos enfrentamos, sargento? —eso vino de Dash.

Nova no lo sabía. ¿A quién se enfrentaban?

Bueno, kark, los reconocería cuando los viera.

—Sólo dispárale a quien yo te diga —le dijo al soldado. Luego levantó la voz para incluir al resto de la escuadra—: ¡Vamos, más rápido!

Corrieron por los pasillos grises y negros, siguiendo a los cuatro guardias en la punta, sosteniendo las armas hacia arriba, con los dedos fuera de las guardas de los gatillos, como decían las regulaciones. Los techos y los pisos estaban cubiertos con absorbital a prueba de bláster, así que si alguien disparaba accidentalmente no iba hacer ningún daño. Si llevabas tu arma apuntada al suelo, sin embargo, en una multitud había una buena oportunidad que le volaras el pie a alguien, y las paredes y rejas de ventilación tampoco eran tan robustas.

El pasillo se bifurcaba por delante. Mientras se acercaban, Nova intentó desesperadamente recordar cuál conducía a la unidad D. Adelante, una saeta bláster chisporroteó cruzando un corredor transversal, y los cuatro guardias en la punta frenaron patinando, luego avanzaron lentamente hacia la intersección para mirar alrededor.

Nova de repente se dio cuenta de que esto era uno de sus sueños. Era como si ya hubiera estado aquí antes, visto los acontecimientos que ahora tenían lugar.

—*¡Aaahhhh!* —Gritó alguien más allá de la curva en el pasillo, y un momento después media docena de soldados doblaron corriendo la esquina de la intersección del pasillo, en dirección a Nova y sus hombres.

Estaban siendo perseguidos por un solo hombre con un bláster, que gritaba como un berserker mientras corría. El hombre —Nova vio que estaba vestido como un piloto espacial sin suerte— se detuvo, dándose cuenta que de repente las probabilidades en su contra eran abrumadoras. Entonces se volvió y corrió atrás en dirección opuesta, acelerando al máximo mientras desaparecía girando la esquina.

—¡Tras él! ¡Vamos! —Nova lideró la persecución, seguido por su escuadra y los demás. Una vez alrededor de la curva, vio que al piloto se había sumado un wookiee, y ahora ambos disparaban hacia sus perseguidores mientras huían. Respondieron el fuego, pero nadie le dio a nada; los soldados entusiasmados sólo estaban rociando el fuego bláster.

No le darían a esos dos. Estaba seguro de ello. Pero ¿cómo podía saber eso?

Giraron una esquina.

—¡Cierren las puertas blindadas! —gritó alguien.

Los pesados paneles de duracero que tenían por delante comenzaron a cerrarse como un iris, pero el hombre y el wookiee que corrían lograron dar un salto a través de ellos antes de que se cerraran completamente.

—¡Abran las puertas blindadas! ¡Abran las puertas blindadas! —alguien estaba gritando ahora. Era casi cómico. Puesto que él era el que estaba más cerca, Nova alcanzó los controles.

Pero en ese momento, dudó. Sabía —lo sentía de alguna manera que no podía explicar, pero que tampoco podía negar—, que el hombre y el wookiee que perseguían tenían que escapar. Que de alguna manera sería, como había dicho el viejo archivista, parte de la solución y no parte del problema.

¿Cómo podía saberlo? ¿Era parte de la conexión a la Fuerza de la que el doc había hablado? Nova no lo sabía… parecía una locura, pero tenía que aceptar lo que sentía.

—¿Sargento? —dijo uno de los soldados—. ¿Va a abrir las puertas?

—Lo estoy intentando. El interruptor está atascado. Pasó su mano en armadura sobre los controles, fingiendo intentar moverlos, sabiendo que ninguno de sus hombres podía ver lo que estaba haciendo.

Unos segundos más podrían marcar la diferencia. Él podía darles eso.

—Todavía no funciona —dijo Nova. Activó su comunicador—. Control de blindadas, aquí el sargento Stihl, número operativo cuatro-tres-nueve-cinco-siete-cero-cuatro-tres-siete. Necesito forzar las puertas blindadas, Nivel Cinco, Pasillo Seis. Ábranlas.

—Los controles manuales parecen estar en funcionamiento en todas las puertas de ese pasillo —volvió la respuesta a través del comunicador de su casco.

—Y yo le digo que no. ¿Va a abrirla o dejará escapar a los terroristas que estamos persiguiendo?

—Entendido.

Las puertas blindadas se abrieron.

—¡Vamos! —dijo Nova.

Más adelante, el pasillo se bifurcaba. Una vez más, no podía decir cómo lo sabía, pero estaba seguro de que los fugitivos habían girado a babor.

—¿Por dónde, sargento?

—A la derecha —dijo Nova y encabezó la carga.

Esta es su oportunidad, amigos, pensó. *Espero que la aprovechen*.

64

PASILLO FUERA DE LA BAHÍA DE ATRAQUE 2037, ESTRELLA DE LA MUERTE

Ahí estaba. Después de tanto tiempo y a través de tanto espacio, la figura encapuchada de Obi-Wan Kenobi, su antiguo maestro y amigo, parado justo en frente de él. Había envejecido; su cara estaba arrugada, su barba blanca. Era imposible no recordar vívidamente la última vez que se habían visto, cuando su maestro lo había tullido y lo dejó a morir en las llameantes orillas de un río de roca fundida, a años luz de aquí.

Ahora su ira ardía en él como los bancos de esa corriente de lava. *Debiste haberme matado entonces, Obi-Wan*.

Vader encendió su sable de luz. El rayo rojo crepitaba de energía.

Obi-Wan ya sabía que Vader estaba allí, por supuesto. La Fuerza se arremolinaba alrededor de los dos, forjando un vínculo imposible de pasar por alto.

Vader caminó hacia el anciano. Mientras se acercaba, Obi-Wan encendió su sable de luz. El resplandor azul de la hoja centelleó brillantemente.

—Te he estado esperando, Obi-Wan. Por fin nos encontramos de nuevo. Ahora el círculo está completo.

Vader levantó su arma para atacar, y Obi-Wan igualó la pose.

—Cuando te dejé, no era más que el alumno; ahora yo soy el maestro.

—Sólo un maestro del mal, Darth. —Con esto, Obi-Wan se adelantó y balanceó su espada.

Vader bloqueó el ataque fácilmente. Obi-Wan atacó una y otra vez, Vader bloqueó cada golpe.

Si el viejo pensaba que podía sorprenderlo atacando en lugar de defenderse, estaba equivocado. Vader replicó, aceleró sus movimientos y tomó la iniciativa, obligando al antiguo jedi a defenderse.

Su viejo maestro todavía tenía cierta habilidad, pero estaba fuera de práctica. Vader podía sentirlo a través de la Fuerza.

Obi-Wan giró y bloqueó una estocada, luego tejió con su espada un patrón defensivo. La Fuerza todavía acompañaba al viejo jedi; fue capaz de anticipar los ataques de Vader y bloquearlos o desviarlos. Pero después de un rápido intercambio, Vader sintió que la energía se volvía a su favor.

—Tus poderes son débiles, anciano.

Siempre había habido en Vader una pequeña preocupación por este día. No mucha; apenas un rastro. En su arrogancia juvenil había estado seguro de que él había sido el más fuerte, que era mejor que el caballero jedi que había sido su maestro, y el recuerdo de lo

que Obi-Wan le había hecho nunca se borraría. Había sido un combatiente superior incluso cuando había sido Anakin Skywalker, pero Obi-Wan lo había derrotado.

¿Podría ganar ahora?

Era como si el anciano pudiera leer sus pensamientos:

—No puedes ganar, Darth. Si me matas, me volveré más poderoso de lo que puedas imaginar.

Vader sabía que Obi-Wan se burlaba de él usando el honorífico de Sith, pero no permitiría que lo afecte. Obi-Wan se lanzó otra vez, atacando, pero Vader estaba listo. Sus sables chocaron, lanzaron chispas, el hedor del ozono los envolvió, pero Vader se mantuvo firme. Las espadas se deslizaron por la longitud de la otra, luego se detuvieron, unidas por los protectores magnéticos de las empuñaduras, los hombres cara a cara.

Vader empujó, fuerte, e interrumpió el choque. Obi-Wan se retiró un paso.

Vader sintió la feroz anticipación de la victoria latiendo en su corazón.

—No debiste haber regresado —le dijo al viejo jedi.

Otro intercambio… cuatro, cinco, seis ataques y bloqueos… y Vader sabía que el anciano se estaba debilitando. La Fuerza podía ser intensa en Obi-Wan, pero el lado oscuro era más intenso en Vader. Le permitía anticipar los ataques de su adversario y contrarrestarlos casi antes de que comenzaran.

Obi-Wan, también lo sabía. Comenzó una retirada, retrocediendo, su mismo sable de luz parecía volverse más débil a medida que se movía.

Vader hizo retroceder a Obi-Wan por delante de una puerta blindada abierta hacia el muelle donde el carguero rebelde estaba recluido bajo custodia. El viejo obviamente se estaba cansando.

Eres mío, anciano, pensó Vader.

Pero justo cuando estaba listo para entregar el golpe final, Obi-Wan logró una rápida serie de ataques, y Vader tuvo que moverse rápidamente para evitar los golpes. A pesar de lo viejo y débil que estaba Obi-Wan, su técnica era tan lograda que un mal movimiento por parte de Vader todavía podría resultar fatal.

Un grupo de soldados de asalto parados en el muelle los vieron. Vader los sintió más que ver que notaban el extraño duelo, y percibió a los soldados dirigiéndose hacia ellos.

No quería que interfirieran, pero incluso avisarles requeriría una concentración que no podía permitirse por el momento. Si su atención fallaba, Obi-Wan podía matarlo en un abrir y cerrar de ojos.

Vader oyó a alguien llamar desde el muelle:

—¿Ben? —Era la voz de un hombre joven. Todavía no podía arriesgarse a mirar en esa dirección.

Pero Obi-Wan apartó la mirada, rápidamente, luego volvió a mirar a Vader. Entonces hizo lo último que Vader podía imaginarse…

Sonrió.

Fue una expresión de lo menos preocupada; de hecho, casi beatífica. Entonces, todavía sonriente, Obi-Wan levantó su sable de luz para que el extremo apuntara directamente al techo.

La acción fue tan totalmente inesperada que Vader hizo una pausa aturdido por un instante. Ni siquiera la Fuerza le había prestado presciencia acerca de esto. Su antiguo maestro se había dejado completamente expuesto. ¿Era una trampa?

No importaba. Si lo era, Obi-Wan no era lo suficientemente rápido, ni lo suficientemente fuerte, para accionarla a tiempo. Vader movió su sable de luz, cortando desde la derecha, con fuerza, apuntando al cuello…

Su sable de luz cortó a través del anciano como si este último no fuera más denso que el mismo aire, y Obi-Wan se derrumbó.

¡Sí! Una feroz y exultante alegría atravesó al hombre que había sido Anakin Skywalker. ¡Lo había logrado! ¡Había matado a Obi-Wan Kenobi! ¡Su venganza estaba completa!

Desde lejos oyó a alguien gritar «*¡Nooo!*»… un grito de desesperación absoluta. Pero Vader no le prestó ninguna atención. El lado oscuro surgió dentro de él tan poderosamente como nunca lo había sentido… por un instante. Pero entonces se detuvo.

¿Qué acababa de suceder?

Vader bajó la mirada al cuerpo. Pero no había ningún cuerpo. Sólo la túnica y capa de Obi-Wan.

¡Era imposible! ¡No podía ser!

El escuadrón de soldados de asalto comenzó a disparar contra alguien en la bahía de atraque, pero Vader ni se molestó en mirar. Dio un paso adelante, miró hacia abajo con incredulidad. ¿Algún tipo de ilusión? ¿Algun truco mental jedi que el viejo nunca le había impartido?

¡Imposible! Obi-Wan le había enseñado todo lo que Vader sabía…

Pero, susurró una voz desde dentro, *tal vez no todo lo que* Obi-Wan *sabía*.

Vader extendió una bota para tocar el cadáver, pero sólo agitó las ropas vacías, chamuscadas por el calor del sable de luz, con el pie que buscaba.

Obi-Wan Kenobi había *desaparecido*.

¿Cómo podía ser?

Por primera vez que él pudiera recordar, el lado oscuro no tenía ninguna respuesta. Y una gran oleada de una emoción desconocida repentinamente pasó sobre él.

Darth Vader, el aprendiz del Señor Oscuro de los Sith, uno de los dos seres más poderosos de la galaxia, tenía miedo.

65

CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tarkin miraba la grabación de Vader luchando contra el anciano en un duelo de sables de luz, fascinado. Obi-Wan Kenobi había sobrevivido todos estos años. ¿Quién lo habría creído?

Que todavía fuera capaz de dar pelea contra Darth Vader era aún más impresionante. El hombre parecía lo bastante viejo para ser el padre de Vader y algo más. Increíble.

El sonido no era de la mejor calidad, pero Tarkin pudo escuchar algunos de los intercambios entre los dos combatientes. Una declaración de Kenobi en particular le llamó la atención, algo sobre volverse más poderoso de lo que su ex-alumno pudiera imaginar si Vader lo mataba.

Qué gracioso. ¿Esperaba Kenobi que al decirle tal cosa Vader huyera con un terror supersticioso?

El pensamiento apenas había cruzado la mente de Tarkin, sin embargo, cuando momentos después Vader de hecho mató al anciano, y el ex-jedi simplemente… *desapareció*, sin dejar nada atrás más que su túnica y capa.

Tarkin miró fijamente la imagen, quedó boquiabierto de incredulidad. Esto era imposible, tenía que haber algún truco. ¡Nadie podría sobrevivir a la decapitación por un sable de luz!

—Lord Vader viene en camino —dijo una voz desde el intercomunicador.

Tarkin asintió. Apagó la grabación y cambió a una vista externa del campo de estrellas, que se puso a contemplar. Después de un momento, Vader entró a la habitación y vino a pararse junto a él.

—¿Se han ido? —preguntó Tarkin.

—Acaban de hacer el salto al hiperespacio.

—¿Está seguro de que la baliza de rastreo está asegurada a bordo de su nave? Estoy corriendo un riesgo terrible, Vader. Será mejor que esto funcione.

De hecho era un riesgo, dejar que la princesa y su banda de pícaros «escapara». Si no funcionaba, no sólo perderían a una prisionera de alto nivel y un par de espías rebeldes, también perderían los planos de la Estrella de la Muerte. Y aunque Tarkin tendía a estar de acuerdo con Motti con que tener los planos no le serviría realmente de nada a la Alianza ahora que la estación de combate estaba en funcionamiento, no quería correr riesgos con el arma definitiva. Pero si los fugitivos huían a la fortaleza principal de los rebeldes, como Vader estaba seguro que harían, la guerra terminaría antes de lo esperado.

Mucho antes.

Después de todo, los planos, no sobrevivirían la destrucción de cualquier planeta en el que llegaran a descansar.

La Estrella de la Muerte por fin estaba operativa, y no había ningún lugar en la galaxia al que un carguero corelliano destartalado pudiera correr donde no pudiera seguirlo.

BIBLIOTECA Y ARCHIVOS, ESTRELLA DE LA MUERTE

Cumplir con su promesa de poder recuperar la información clasificada y utilizarla estaba resultando algo más difícil de lo que Atour Riten había esperado. Aunque tenía ciertos códigos que le permitían acceder a archivos restringidos, la operación de tuercas y tornillos de un buque tan grande como éste no era un asunto sencillo. Había tantos subsistemas, tantas copias de seguridad y programas redundantes, que corregir los detalles precisos tomaba tiempo en extremo.

Si no fuera por P-RC3, nunca habría sido capaz de lograrlo.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —le preguntó al droide—. Y por favor omite la parte donde me adviertes de lo peligroso que es.

—He accedido a los códigos de las lanzaderas —dijo P-RC3—. La nave de uso más probable es la Lanzadera Médica E-dos-Te, una pequeña y rápida nave ambulancia. Está desarmada y claramente marcada como un transporte médico no-combatiente y bajo circunstancias normales, ni la Alianza Rebelde ni el Imperio le dispararán. También tiene capacidad limitada de hiperimpulsor. Generalmente lleva una tripulación de seis, con instalaciones para transportar y atender el doble de esa cantidad de pacientes de tamaño humano.

—Bien, bien, eso nos da suficiente espacio. ¿Qué hay del rayo tractor?

—El reciente mal uso de controles del rayo tractor ha dado como resultado un incremento en la seguridad. Sin embargo, una programación subrepticia utilizando una rutina uróboros podrá, con una señal de activación adecuada, ocasionar una sobrecarga temporal en el interruptor del proyector de rayo en el sector por el que la nave, en teoría, partiría. Esto mantendrá a ese proyector en particular fuera de servicio durante aproximadamente treinta segundos antes del reinicio automático. Volver a tener la plena potencia requerirá quince segundos más. Un piloto de habilidad suficiente debería ser capaz de acelerar lo suficiente para salir fuera de rango durante ese tiempo; sin embargo, si se aventura en el camino de cualquiera de los rayos de los otros sectores, podrían capturar la nave.

—Excelente.

—Sin embargo, no he podido eludir los controles de la puerta de salida de la bahía. Esos sistemas no están todavía ligados a la computadora principal.

—Eso no es bueno —dijo Atour—. Si no podemos lanzar la lanzadera, el resto no importa.

—Así parece.

Atour consideró el problema.

—¿Cuál es el procedimiento estándar de lanzamiento del transporte médico de emergencia?

—La tripulación de a bordo envía una copia de sus órdenes al Control de la Puerta de la Bahía y pide permiso para despegar. El plan de vuelo se comprueba con Control de Vuelo a través de comunicador y, si es válido, el oficial a cargo da la orden a sus técnicos. Se activa un campo de fuerza suficiente para retener la atmósfera, pero lo suficientemente permeable para permitir la penetración de naves. La nave parte, las puertas se vuelven a cerrar y sellar, el campo se apaga.

Atour asintió con la cabeza.

—Así que la única solución razonable aquí es hacer que las puertas sean abiertas por la tripulación de CPB.

—Sí.

—Hmm. ¿Puedes crear un plan y orden de vuelo falso para transmitir?

—Puedo pero no puedo insertar ese plan en los sistemas de Control de Vuelo, que son independientes de la computadora principal. No tendrán ningún registro de ellos.

—¿Pero puedes interferir o redirigir la comunicación si tienes las frecuencias del canal de operaciones?

—Ciertamente, señor. Incluso usted podría hacer eso.

Atour le dio una mirada.

—Así que si el equipo de la puerta envía una señal al equipo de Control de Vuelo y en vez de llegar a ellos va a otro lugar, ¿entonces quien reciba esa llamada podría verificar las órdenes?

—En teoría —dijo el droide.

—Bien, en ese caso el problema está resuelto. Sólo tendrás que prepararlo para que ese llamado venga aquí.

El droide giró para mirarlo.

—Oh, no me mires así… yo no voy a estar aquí. Tú tendrás que tomar la llamada y verificarla.

—Eso sería ilegal, señor. Yo no puedo a sabiendas violar la ley imperial.

—Pero si yo estoy en ese transporte y no confirmas la orden, entonces seré detenido y posiblemente incluso ejecutado.

—En ese caso, mi programación primaria, que es protegerlo de cualquier daño, me permitiría hacer tal actividad ilegal.

Atour dio una palmada en la espalda a P-RC3.

—Buen hombre. Sabía que podía contar contigo.

—Sí, señor.

—Prepárala, Percé. Tengo la sensación de que no tendremos mucho tiempo. Una vez que esta estación salga del hiperespacio, las cosas se pondrán muy activas por aquí.

—Enseguida, señor.

—Ahora voy a hacer una visita a la cantina local. Avísame cuando tengas todo listo.

SALA DE CONFERENCIAS, CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vader estaba todavía tratando de digerir la desaparición de Obi-Wan. Su momento de triunfo al derribar al anciano había sido de breve duración. Cuan irónico era que le había estado diciendo constantemente a los no creyentes como Tarkin que no subestimaran el poder de la Fuerza, y ahora había presenciado un evento que le hacía comprender que él mismo era culpable de tal herejía.

Su maestro nunca le había hablado acerca de jedi que simplemente se desvanecieran en la nada. Esto encajaba con algún poder que Vader aún no había visto, ni siquiera en el lado oscuro. Pero que seguramente debía existir. Tal vez tenía algo que ver con las oscura sugerencias que su maestro había dejado caer, de vez en cuando, acerca de Darth Plagueis, el Lord Sith que había sido el maestro de Darth Sidious. Plagueis había estado, según el Emperador, obsesionado con la conservación del ego inmaterial después de la muerte física del cuerpo. Vader decidió preguntar a su maestro tan pronto como terminara esta tonta distracción con los rebeldes…

El intercomunicador sonó. Tarkin lo contestó.

—¿Sí?

—Nos estamos acercando al planeta Yavin —dijo un técnico.

—La base rebelde está en una luna del lado lejano. Nos estamos preparando a dar la órbita al planeta.

Tarkin sonrió mientras desconectaba y miró a Vader.

—Bueno, Lord Vader, parece que estaba usted en lo cierto. Estamos casi en posición para romper la espalda de la Alianza. Estoy seguro que el Emperador estará complacido.

—Si la estación funciona como se supone —dijo Vader. Creía que lo haría, pero Tarkin parecía un poco demasiado petulante y seguro de sí mismo. Era útil mantener al hombre un poco a la defensiva.

—Oh, lo hará —dijo Tarkin—. Se lo garantizo.

66

CANTINA EL CORAZÓN DURO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Memah había vuelto a cerrar la cantina, esta vez aparentemente para reparar una unidad refrigeradora averiada.

Ratua volvió a la barra, agitando un pequeño aparato electrónico.

—El olfateador dice que todavía estamos limpios. No se han traído dispositivos de escucha desde que llegamos aquí.

—Eso es bueno —dijo Rodo—, porque si no estábamos involucrados en una conspiración que haría que nos ejecuten a todos antes, seguro que lo estamos ahora.

Memah miró a su alrededor a los demás: Riten, el instigador; Dance, el piloto de TIE; Kaarz, la arquitecta; Stihl, el guardia; Divini, el médico; Rodo, Ratua y ella misma. Eran ocho, contra el poderío del Imperio. *No eran muy buenas probabilidades*, pensó Memah. Un paso en falso y todos estarían muertos.

—¿Alguna pregunta? —preguntó Riten.

—Parece demasiado fácil —dijo Rodo.

—No realmente —dijo Nova—. La estación está diseñada para resistir un gran ataque del exterior, pero nadie se preocupa demasiado por la seguridad interior. El lugar está lleno de soldados de asalto, guardias, personal del ejército y la armada, incluso hay algunos cazarrecompensas. Además, las únicas formas de entrar o salir están bien protegidas. Y si logras salir, hay suficientes armas para convertirte en partículas subatómicas y veinticuatro baterías de rayos tractores para retenerte mientras lo hacen.

Hubo una pequeña sacudida. Todo el mundo reaccionó inquieto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Uli.

—Acabamos de salir del hiperespacio —observó Vil—. Donde fuera que íbamos, probablemente ya llegamos.

—El sistema Yavin —dijo Riten—. Tres planetas, siendo Yavin Prime el único que nos importa. Un gigante gaseoso con varias lunas habitables.

—¿Y por qué es esto importante? —preguntó Ratua.

—¿Recuerdas ese carguero rebelde que «escapó»? ¿El que llevaba a la novia del doc? —preguntó Nova.

Uli meneó la cabeza.

—Lo siento, no es mi novia. Aunque ella me expuso el argumento de Atour acerca de no ser parte del problema lo suficientemente bien como para convencerme de unirme a este andrajoso equipo.

—Sí, bueno, el rumor en la choza de los guardias es que la nave tenía un rastreador y la dejaron ir para poder seguirla. Tarkin piensa que aquí en alguna parte hay una base rebelde.

—Malo para ellos si es así —dijo Rodo.

—Pero tal vez no para nosotros —dijo Riten—. Si la armada está ocupada luchando contra las naves de ataque rebeldes, será más fácil para nosotros escapar.

—Nada que tengan los rebeldes puede acercarse lo suficiente para rayar el acabado de la Estrella de la Muerte —dijo Nova—… cualquier cosa más grande que un caza va ser volada en pedazos a mil clics.

—Sin embargo, durante una batalla, las naves ambulancia a veces son despachadas sin causar preocupación indebida.

Rodo sacudió la cabeza.

—Espero que tú y tu droide hayan hecho todo bien —le dijo al archivista—. De lo contrario ni siquiera una ambulancia nos servirá de mucho.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —dijo Teela.

—Vuelvan a sus rutinas, mantengan la cabeza baja y no causen ningún alboroto. Pongan sus comunicadores personales en el canal de datos de la biblioteca… eso es cinco-cinco-siete-punto-nueve. Tan pronto como todo esté en su lugar, voy a llamarlos y con algo de suerte, esa llamada será muy pronto.

»Tendrán treinta minutos para llegar al transporte. Si todo sale bien, estaremos en el espacio profundo un par de minutos después de eso… y libres.

—*Si* todo sale bien —dijo Vil. Su voz era seca.

BIBLIOTECA Y ARCHIVOS, ESTRELLA DE LA MUERTE

Dos guardias de seguridad vestidos de negro estaban esperando, flanqueando a P-RC3, cuando Atour llegó.

Atour sintió que sus entrañas se congelaban.

—¿Qué está sucediendo aquí?

—¿Está este droide asignado a usted, señor?

Conserva la calma.

—Sí.

—Al parecer está funcionando mal, comandante. Nuestro monitor de seguridad informática detectó que intentó acceder a datos restringidos.

—Debe haber un error. Este droide ha estado funcionando de manera ejemplar. No podría estar más conforme…

—Puede ser, señor, pero nuestras órdenes son tomar al droide bajo custodia y preparar una exploración de memoria.

Oh, cielos. Lo siento, Percé.

Lo intentó, sabiendo que era inútil.

—Eso podría afectar su capacidad para funcionar. Y es un asistente muy valioso.

—Lo siento, señor, pero tenemos nuestras órdenes —dijo el guardia—. Ven con nosotros —añadió dirigiéndose al droide.

—Estoy seguro de que se trata de un simple error, comandante Riten, y una exploración va a aclararlo todo —dijo P-RC3—. Ah, por cierto, he terminado las tareas de archivo que me pidió. Espero que le sea de ayuda.

—Buena suerte, Percé.

—Y a usted, señor.

Los guardias se llevaron al droide.

Atour suspiró con arrepentimiento. Muy pronto la mente de P-RC3 iba a fundirse. Atour se sentía mal por él. Sí, el droide podría ser reprogramado, pero no sería el mismo. Triste. P-RC3 le había caído bien, más que la mayoría de las personas.

Pero había un problema mayor que considerar. Si P-RC3 no estaba aquí para contestar la llamada para verificar el derecho del transporte médico a salir de la estación, este no podría ir a ningún lado. Y P-RC3 se había ido.

Parecía que alguien más tendría que estar aquí para contestar la llamada.

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, ESTRELLA DE LA MUERTE

—¿Preparado para darle con todo, jefe?

Tenn Graneet miró tranquilamente a su OAM.

—Absolutamente, señor —dijo.

Era una mentira, por supuesto. No estaba preparado. No después de Alderaan. La destrucción del planeta prisión ya había sido bastante desgarradora de entrañas, a pesar de que había sabido que el lugar había sido el hogar de asesinos, distribuidores de especia y demás escoria de la galaxia. Se recordaba a sí mismo de eso a menudo, tratando de encontrar consuelo en ello, tratando de no pensar en los miles de guardias y otro personal en Despayre, algunos de los cuales habían sido sus amigos, sin dejar de mencionar el considerable número que había sido injustamente condenado y exiliado allí, todos los cuales también habían muerto en el fuego porque él había tirado de la palanca. Por más que lo intentara, no podía justificar su masacre simplemente como daños colaterales.

Y aun si pudiera, aún estaba Alderaan. Eso no habían sido daños colaterales. Eso había sido genocidio a escala planetaria, un mundo entero, aniquilado, ¿y para qué? ¿Por qué tuvieron que morir todos esos millones de personas?

Como un ejemplo para los demás. Para mostrar a la galaxia que el Imperio hablaba en serio, que no se debía tratar a la ligera a Palpatine. Para asegurarse de que la doctrina del miedo de Tarkin era tomada en serio.

Y para castigar —no, torturar—, a una joven noble que formaba parte de la Rebelión.

Había oído la historia de más de una fuente. No había habido ninguna fuerza rebelde oculta en Alderaan… si él pudiera haber creído que la había, podría haber ayudado. Pero había guardias cuando Tarkin le ordenó a Motti que dejara caer el martillo. Ellos escucharon la verdad.

Y había sido Tenn el que había tirado del gatillo. Él había enviado el rayo que mató por lo menos a mil millones de personas, tal vez más; no sabía cuál había sido la

población planetaria. Sin duda había un censo actualizado en algún archivo de datos en alguna parte, pero no iba a buscarlo. No quería saber las cifras. Lo principal era que él lo había hecho.

Ese conocimiento era peor que desgarrador de entrañas. Mucho peor. Tenn no había tenido ni una noche de sueño tranquilo desde que lo había hecho, y no veía cómo nunca podría hacerlo otra vez.

—El rumor dice que estamos tras la pista de los rebeldes —dijo su OAM—. Sólo quería ponerte sobre aviso. Mantente listo. —Se volvió y descendió por las escaleras empinadas, que casi eran una escalera marinera, hasta la cubierta, dejando a Tenn solo en la sala de control.

Solo, pensó. Ojalá. Tenn sabía que nunca estaría solo otra vez.

Sí, él era un buen soldado, un engranaje de la máquina bien aceitada que era el Imperio. Seguía órdenes. Hacía su trabajo. Pero ¿cómo podía un hombre vivir con el conocimiento de que él, personalmente, le había bajado el telón a más personas a la vez que nunca nadie antes?

¿Cómo podía vivir con todos esos fantasmas?

Él, el jefe suboficial Tenn Graneet, era el mayor genocida de la historia galáctica. Eso era algo para contarle a esos hipotéticos bisnietos, ¿no?

Y ahora estaba a punto de añadir todavía más al total. Eh, ¿por qué no? ¿Qué eran unos pocos cientos de miles, o incluso un millón más, cuando ya habías achicharrado a las poblaciones de dos planetas?

No sabía si podría hacerlo otra vez. Cuando llegara el momento de destruir a la base rebelde, no estaba seguro de que pudiera.

Sabía que no quería hacerlo… de eso estaba seguro.

Pero si él no lo hacía, alguien más lo haría y lo arrojarían en la detención por desobedecer una orden. Entonces tendría mucho tiempo en sus manos para pensar en ese momento cuando avergonzó a cada vil dictador o loco que alguna vez había cometido genocidio. El general Grievous, el carnicero de Montellian Serat, el gran almirante Ishin Il-Raz… todos eran unos pelagatos. Ninguno de ellos nunca había matado a tantos, ni tan de repente.

Tan fácilmente…

Había un viejo proverbio que su abuelo le había enseñado cuando era niño: *Ten cuidado con lo que deseas, Tenn… podrías conseguirlo*.

Ahora entendía exactamente lo que significaba. Había querido disparar el cañón grande, y había conseguido hacer justamente eso. El único hombre en la galaxia que lo había disparado de verdad, contra objetivos reales y visto lo que le había comprado:

Miseria más allá de sus más horribles sueños.

Graneet, el asesino de planetas. Dos tiros, dos derribos.

La gente ya lo miraba de un modo extraño. Algún día esta guerra terminaría, y lo que había hecho no se podría mantener en secreto. Alderaan había sido destruido, y alguien lo había hecho. Los ciudadanos del Imperio… o tal vez incluso de la República una vez

más, aunque él no veía cómo la Alianza podría tener alguna oportunidad ahora… querrían examinar atentamente los detalles de la acción. Y una vez que lo hicieran, lo encontrarían. Lo expondrían a la luz, y criticarían su aspecto horrible.

Graneet, el asesino de planetas. Único entre los hombres. ¿Tienes un problema de plagas? Llama al jefe… está garantizado que se deshará de todas ellas.

No sería capaz de caminar por la calle en ningún planeta civilizado de la galaxia; la gente no sería capaz de tolerar su presencia.

Tampoco podría culparlos.

No podía dejar de pensar en ello. No creía que jamás pudiera ser capaz de dejar de pensar en ello. Los muertos lo atormentarían, para siempre.

¿Cómo podía un hombre vivir con eso?

67

CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vader y Tarkin miraban la representación esquemática de Yavin Prime brillando intensamente en el aire. La imagen más pequeña de la luna Yavin 4, detrás del translúcido gigante gaseoso se movía en pequeños incrementos hacia el perímetro exterior.

—Orbitando el planeta a velocidad máxima —dijo la voz del comunicador—. La luna con la base rebelde estará a tiro en treinta minutos.

La cuenta atrás destellaba en la pantalla.

Vader había pensado largo y tendido sobre su duelo con Obi-Wan y había llegado a una conclusión un poco satisfactoria: no importaba lo que hubiera sucedido a su cuerpo, su viejo maestro ya no existía. Eso era lo que importaba. Dondequiera que hubiera ido su forma, sin importar en lo que se había convertido, no se lo volvería a ver en esta galaxia. Eso era más importante que cualquier otra cosa.

—Este será un día recordado por mucho tiempo —le dijo a Tarkin—. Ha visto el fin de Kenobi. Y pronto verá el fin de la rebelión.

Tarkin miró a Vader. Este último no necesitó de la Fuerza para sentir el orgullo del gran moff… le brillaba en la cara. La culminación de todas sus décadas de trabajo estaba a punto de tener lugar. Este había sido su proyecto desde el principio, y estaba a punto de producir el resultado que siempre había dicho que tendría. ¿Cómo podría no sentirse orgulloso?

—Señor —vino la voz del intercomunicador—, hemos detectado unas pequeñas naves rebeldes partiendo de la luna y en dirección a nosotros.

Tarkin sonrió con una expresión cruel.

—¿Debemos lanzar TIEs para interceptar? —preguntó la voz.

—Eso no será necesario —dijo Tarkin por el intercomunicador—. Creo que a nuestros artilleros les vendría bien la práctica.

Se volvió hacia Vader.

—Será como aplastar moscas.

BIBLIOTECA Y ARCHIVOS, ESTRELLA DE LA MUERTE

Atour sintió una leve vibración en la cubierta debajo de su silla. Fuera lo que fuera, esperaba fervientemente que no interfiriera con su trabajo. Casi había terminado con la etapa final del plan. Se concentró en la programación, la luz parpadeante del monitor le pintaba la cara de palidez. Ya casi… ya…

Ah. Se echó hacia atrás satisfecho, sintiendo la protesta en los rígidos músculos de su espalda. Había encontrado el enlace al sistema de comunicación que P-RC3 le había construido, y lo había fijado. Una línea dedicada para las comunicaciones desde la sala de Control de la Puerta.

Recogió su comunicador.

BARRACAS DE PILOTOS DE CAZAS TIE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vil Dance sintió la vibración a través de sus botas al pasar junto al comandante de guardia.

—¿Qué sucede, comandante?

—Eso es lo que se siente cuando las armas se están preparando y cargando a plena potencia. Tenemos que responder a la compañía.

—¿Vamos a lanzarnos?

—Negativo. Supongo que piensan que nosotros nos quedamos con toda la diversión la última vez… van a dejar que los artilleros se encarguen de esto. Una lástima.

El comunicador de Vil chirrió.

—Uy, lo siento, tengo que contestar eso. Mi nueva novia va a cocinarme la cena.

El comandante de guardia sonrió e hizo un sonido de beso.

Vil sonrió en respuesta.

—Así lo espero —dijo. Se alejó unos pasos, sacó el comunicador de su cinturón—. ¿Sí?

—Adelante —dijo la voz de Riten—. Un poco menos de treinta minutos.

—Entendido. Nos vemos allí.

Hubo una breve pausa.

—Claro.

La boca de Vil se puso repentinamente seca. Era ahora. Si iba a cambiar de opinión, este era el momento. Todavía podía echarse atrás, seguir siendo el mejor piloto de la flota, en la vía rápida de las promociones.

No. Recordó haber destruido la lanzadera de los prisioneros fugados. Recordó las pesadillas que había tenido durante las semanas siguientes. Recordó la masacre de los cazas rebeldes atacantes. Y por supuesto, recordó Despayre y Alderaan.

No quería estar en el lado que cometía tales atrocidades.

Iba a largarse.

CANTINA EL CORAZÓN DURO, ESTRELLA DE LA MUERTE

El comunicador de Ratua zumbó. Miró a Memah. Nadie tenía el número más que ella… y Riten, el archivista. Ella le devolvió la mirada, su precioso rostro verde azulado estaba inexpresivo.

Lo contestó.

—¿Sí?

—Adelante.
—Memah y Rodo están aquí conmigo.
—Entonces no los llamaré. Vayan al punto de encuentro.
—Vamos en camino.

PASILLO DE ELECTRÓNICA 7B, ESTRELLA DE LA MUERTE

Nova estaba haciendo guardia en un pasillo restringido cuando su comunicador sonó. Como estaba en el uniforme de servicio negro en vez del blanco, fue capaz de responder sin enrutarlo a través del comunicador del casco.

—Stihl.

Era el archivista.

—Es hora de dar un paseo, sargento.

—Entendido.

Nova dejó su puesto y se encaminó hacia los turboascensores.

—¿Qué sucede, sargento? —preguntó el guardia en los ascensores.

—Un repentino llamado de la naturaleza —dijo—. Esos lamitos que sirvieron en el comedor anoche.

El guardia se echó a reír.

—Comprendo. Le echaré un ojo a tu pasillo hasta que regreses.

—Gracias.

PASILLO DEL CENTRO DE MANDO

Mientras Vader avanzaba por el pasillo, un miembro de su equipo de oficiales se acercó apresuradamente.

—Contamos treinta naves rebeldes, Lord Vader. Pero son tan pequeñas que están evitando los turboláseres.

El rostro quemado de Vader se torció en su sonrisa rígida e invisible. Una vez más, Tarkin había sido demasiado confiado, tan seguro de que su amado monstruo era a prueba de cualquier cosa. Una mosca podía picarte si no la aplastabas. Él tenía a bordo su propia ala de combate de cazas TIE personal. Los llevaría afuera, y se ocuparía de lo que Tarkin no podía.

—Tendremos que destruirlos nave a nave. Que los equipos vayan a sus cazas. —Su oficial sabía que la orden se refería solamente a las naves de élite de Vader. Un escuadrón sería más que suficiente.

68

OFICINAS DE ARQUITECTURA, ESTRELLA DE LA MUERTE

Alguien con acceso o influencia o ambas cosas había instalado un holoproyector de primera categoría que tenía acceso a cámaras externas en la sala de conferencias, y una pequeña multitud se había reunido alrededor de las imágenes que parpadeaban en la pantalla.

Teela entró a la habitación.

—¿Qué está pasando? —le dijo a uno de los droides dibujantes.

—Al parecer la estación está bajo ataque por cazas rebeldes —dijo el droide—. Y los artilleros de la estación parecen tener poco éxito en atinarles.

Ella asintió. Por supuesto. Los turboláseres fueron diseñados y sincronizados para seguir blancos más grandes. Había visto las especificaciones.

—¿Por qué no lanzaron los cazas TIE? Están para eso, ¿no?

—Eso está más allá de mi capacidad para comentar —dijo el droide—. Yo hago dibujos, no tácticas militares.

Mientras observaba, un par de los cazas atacantes, dos Ala-X, se zambulleron en una de las trincheras superficiales, disparando al mismo tiempo.

Uno de los arquitectos se echó a reír.

—Desperdician sus municiones. Sus armas son demasiado pequeñas para penetrar demasiado en el blindaje.

Teela frunció el ceño. Esa trinchera le parecía familiar…

Salió de la sala de conferencias y fue a su oficina. Encendió su consola de computadora, agitó la mano sobre el lector e hizo aparecer un plano.

¿Por qué pensarían esos cazas que tenían la oportunidad de un copo de nieve en una supernova contra la Estrella de la Muerte? Si tenían los planos, como había oído, sabían que la nave podía soportar cualquier cosa que posiblemente pudieran dispararle sin sufrir daños estructurales importantes… podrían disparar hasta quedarse secos y cualquier daño que hicieran sería reparado en un par de turnos como si nunca hubiera sucedido.

Algo la molestaba, tirando al borde de su memoria. A ver, esa era la trinchera que conducía al conductos de escape de calor principal, ¿verdad? Por supuesto esa ventilación estaba fuertemente protegida por blindajes y escudos magnéticos, así que ningún caza podría penetrarla.

Así que ¿por qué lo intentarían?… si tenían los planos, sabrían que era inútil, ¿verdad?

Ella parpadeó y miró más de cerca. Oh.

¡Oh!

¡El puerto secundario, el innecesario que ella había tratado de impedir que se construyera! ¡Estaba justo más allá del principal!

Teela Kaarz era una arquitecta y una buena, y tenía los ojos de un ingeniero. Este portal era pequeño, de sólo dos metros más o menos. Si no sabías que estaba allí, nunca lo verías. El escudo de rayos en la boca era mínimo, destinado a detener los rayos de partículas perdidos. Y aunque alguno de aquellos consiguiera pasar, sería absorbido por las paredes anisotrópicas del tubo antes de que viajara ni medio kilómetro, así que no había problema.

Pero si algo como, digamos, un torpedo de protones fuera disparado directamente por él…

Su comunicador chirrió. La claridad del sonido la sorprendió, ya que no venía de su bolsillo, donde ella había pensado que lo había dejado. Sintió una rápida oleada de pánico al darse cuenta; ¿qué pasaba si uno de sus co-conspiradores había intentado llamarla? Ella miró a su alrededor, lo vio en un estante, y lo agarró.

—¿Sí?

Era Riten. Sonaba muy agitado.

—He estado tratando de llamarte, ¿por qué no has contestado?

—Lo siento. Dejé el comunicador en mi oficina.

Él siseó de exasperación.

—¡Ya es hora de ir, Teela!

—En unos pocos minutos. Tengo que…

—Ya vas retrasada. No tienes unos minutos. ¡Tienes que ir a la reunión ahora!

—Escucha, el ataque rebelde… ¡sé lo que quieren hacer!

—No importa lo que quieran hacer. ¡Vete!

—¡No lo entiendes! ¡Podrían destruir la estación!

Hubo una breve pausa, no más de un par de latidos del corazón. Entonces:

—¿Y?

Teela parpadeó, confundida por su respuesta.

—Riten…

—Vivimos en una estación de combate llamada la Estrella de la Muerte, Teela. Ya ha matado a miles de millones de personas, y sabes que puede y va a hacer cosas peores. Cualquiera que intente alzarse contra el Imperio sentirá sus dientes. No hay límite a cuántos podría sacrificar esta abominación.

—Pero… todas las personas a bordo…

—Ni empiezan a acercarse a los números que estaban en Alderaan. Vete, Teela. Sal mientras puedas. No quieres seguir siendo parte de esto.

Sus emociones lucharon entre sí. Todo su trabajo. Todos los muertos de Despayre, Alderaan y todos aquellos que todavía podrían morir. Todos sus amigos y colegas. Civiles. Prisioneros. Mil mundos al alcance de la Estrella de la Muerte.

Él tenía razón.

—Yo…

—¡Vete, *ahora*!

—Está bien —dijo ella.

Dejó las imágenes flotando sobre su escritorio y salió apresurada hacia el pasillo.

PASILLO DE VUELO DIECISIETE, ESTRELLA DE LA MUERTE

Vader caminaba a zancadas por el pasillo, donde se encontró a un par de sus pilotos. Era hora de tomar el campo. Estos rebeldes tramaban algo… podía sentirlo.

—Varios cazas se han separado del grupo principal —les dijo a los pilotos—. Vengan conmigo.

Su caza TIE tenía combustible y estaba listo, siempre tenía combustible y estaba listo, y les demostraría personalmente a los rebeldes lo que sucedía cuando iban contra Darth Vader. Su nave prototipo era el Avanzado x1: más rápido, mejor armado y equipado con capacidades de hiperespacio de corto alcance que los más viejos modelos carecían.

Fuese lo que fuese lo que los advenedizos de la resistencia tuvieran en mente, él iba a detenerlo.

Vader hizo un gesto, y la escotilla de su caza se abrió deslizándose como por su propia voluntad. Subió a la nave, encendió los motores y, con sus dos compañeros de ala, voló a través de las puertas abiertas de la bahía entrando a la frialdad negra del espacio.

CENTRO MÉDICO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Uli, justo después de haber recibido la llamada por comunicador de Riten, estaba en su oficina empacando una pequeña bolsa con los pocos recuerdos de la vida militar. De repente el panel de la puerta se abrió sin zumbar primero. Dos agentes de seguridad militar, de uniformes almidonados y con dobleces marcados, pelo seriamente cortado y con ceños fruncidos implacables, entraron.

—¿Capitán Dr. Kornell Divini? —preguntó uno de ellos.

Uli los miró fijamente, sintiendo que la esperanza que había ardido en su corazón durante las últimas horas llameaba y se apagaba. Se había acabado. Habían sido descubiertos. Todo lo que quedaba por esperar ahora era un rápido juicio militar y después un escuadrón de fusilamiento.

Muy extrañamente, no sentía ningún temor por sí mismo. Lo que sentía era que había decepcionado a dos personas… dos mujeres que habían hecho una gran diferencia en su vida: la princesa Leia Organa y la jedi Barriss Offee.

—Sí —dijo. No tenía sentido negarlo; ya no tenía sentido negar nada—. Yo soy el Dr. Divini.

—Está usted bajo arresto por violación al Estatuto OB-CPO-Uno-Uno-Ocho-Nueve, investigación médica ilegal —dijo el otro.

—Por favor, venga con nosotros —ordenó el primero.

Uli estaba demasiado asombrado para hacer cualquier pregunta, lo que probablemente fue lo mejor. Los dos oficiales de seguridad lo hicieron salir marchando de su oficina y

por el pasadizo hacia el pasillo de conducción principal. Se unieron al flujo de tráfico de soldados, trabajadores civiles y droides, la mayoría de los cuales les dieron a Uli y sus escoltas un amplio espacio.

Uli se sentía aliviado de que sus amigos y co-conspiradores evidentemente no estaban en el mismo embrollo que él. Ellos al parecer aún tenían una oportunidad de escapar. Al menos no iba a arrastrarlos abajo con él.

¿Pero investigación médica ilegal? Qué podría haber hecho que posiblemente calificara como…

Y entonces lo recordó.

Los midiclorianos del sargento Stihl. Hacía unas semanas había puesto una pregunta sobre ellos en la Red Médica. Nunca había obtenido una respuesta, y, finalmente, entre la carga de trabajo y todo lo demás, se había olvidado de ello. Recordó preguntarse en el momento si publicar la pregunta había sido una buena idea.

Evidentemente, no…

TRINCHERA POLAR DOCE, ESTRELLA DE LA MUERTE

—Manténganse en formación de ataque —dijo Vader a sus dos compañeros de ala.

Había tres Ala-Y descendiendo hacia la estación, encaminándose a una de las trincheras. ¿Estaban locos? No podían hacer ningún daño real aunque deliberadamente chocaran contra el casco. Pero debían tener algo en mente…

Vader cambió al canal de mando:

—A todas las armas del Cuadrante-D alto el fuego inmediatamente.

Tres Alas-Y, y obviamente habían elegido algún tipo de objetivo que consideraban vulnerable.

—Me ocuparé yo mismo —les dijo a sus compañeros de ala—. Cúbranme.

Confirmaron su orden, pero él no estaba escuchando.

El trío se puso detrás de los Alas-Y. No fue más que el trabajo de unos pocos segundos fijar al caza más retrasado. Vader oprimió sus botones de disparo…

En el blanco.

La nave estalló en una bola de fuego. Él voló a través de ella.

Se alineó en el segundo caza. Ni siquiera tuvo que usar la Fuerza. No había espacio para que el piloto rebelde maniobrara.

Vader disparó. Otro destruido.

Alineó al último Ala-Y. Disparó. Otra explosión.

Demasiado fácil.

¿Era esto todo lo que tenían?

PASILLO DE LA CUBIERTA SUPERIOR, ESTRELLA DE LA MUERTE

Uli caminaba con sus dos captores por el pasillo suavemente curvado. A menudo había oído decir que una vez que la esperanza se había extinguido realmente, una vez que uno

se da cuenta en el corazón que la carrera ha terminado, con la comprensión llega una sensación de serenidad, de aceptación, de paz. Incluso a menudo hay una sensación de alivio por que la inevitabilidad de la muerte resolvía la terrible incertidumbre que es la vida. Él lo creía; había estado al costado de demasiados lechos de muerte, viendo los momentos finales de los ocupantes, para pensar lo contrario. No era como todo el mundo moría, por supuesto. Pero de entre los que fallecían al menos semi-conscientes y razonablemente en posesión de sus facultades, un número sorprendente, momentos antes de su último aliento, informaba que había entrado en este estado de gracia.

Uli no. Él no estaba en su lecho de muerte, pero claro que tenía razones para creer que su vida acababa de terminar. Tal vez su valor como cirujano podría salvarlo, pero lo dudaba. Su única oportunidad de finalmente salir de esta locura de toda la vida que era la guerra le había sido arrebatada en el último momento. Tal vez era porque todavía estaba en shock por el inesperado fracaso de su plan de escape, pero sin duda lo que sentía no era serenidad. Era ira.

Su vida había ido mal desde el momento que puso un pie sobre la tierra pestilente de Drongar dos décadas antes, aunque él no se había dado cuenta en ese entonces. Su plan había sido cumplir su periodo de servicio y salir, luego iniciarse en la práctica privada. El Gran Zoológico en Alderaan había sido su primera opción. Se había visto a sí mismo, a esta edad, prácticamente retirado excepto por algún trabajo de consultoría ocasional, con una esposa e hijos.

En cambio, su vida había sido una larga serie de situaciones en el terreno, atención de primera línea, Unidades Quirúrgicas Móviles de la República y del Imperio y otros trabajos, la mayor parte peligrosos, tediosos y desagradecidos. Y ahora, justo cuando parecía que finalmente tendría la oportunidad de por fin cambiarlo, de ser levantado por un anterior intento de hacer su trabajo responsable y moralmente, bien…

Había mucho que decir al respecto si uno era aficionado a la ironía.

Así que podría aceptarlo, si existía el destino, entonces el suyo obviamente era ser un cirujano militar por el resto de su vida… suponiendo que dicha vida no fuera interrumpida por fuego bláster en un futuro muy próximo. Tal vez sólo sería en la resignación, en inclinarse ante lo inevitable, que encontraría la paz. Porque se necesitaría un milagro para rescatarlo ahora.

El sonido de una explosión sorda, que se sintió más que oírse, retumbó a su alrededor. Varios transeúntes reaccionaron nerviosamente.

—¿Qué fue eso? —preguntó Uli.

Al principio pensó que no iba a recibir una respuesta, pero entonces uno de los oficiales dijo:

—Cazas rebeldes bombardeando la superficie, supongo.

—O estrellándose en ella —sugirió el otro. Esto hizo que ambos rieran. A Uli le costó un poco encontrarle la gracia.

—Para lo que les va a servir —dijo el primer oficial—. Lord Vader está ahí con sus élites… esa escoria rebelde son muertos volando.

—Tomemos el ascensor a Tres-A —sugirió su pareja—. Podemos cortar camino por hidroponía y…

La pared explotó.

Más adelante Uli se dio cuenta de que tenía que haber sido otra bomba, o un choque, en la superficie «justo encima» de ellos. En ese momento todo lo que sabía era que varios paneles cercanos estallaron en una lluvia de chispas y metralla, causando pánico entre la gente cercana. Y que en la confusión general y el humo, Uli se encontró separado de sus captores.

Había muchas diferentes deidades adoradas en muchos mundos diferentes, todas supuestamente capaces de obrar milagros. Uli no tenía idea de cuál, si había sido alguna, podría haber sido la responsable, pero no iba a tomarse el tiempo para cuestionarla, eso era seguro.

Será mejor avisarles que voy en camino, pensó. Sacó su comunicador del bolsillo mientras corría entre la multitud aterrorizada, se le cayó y lo vio desaparecer en el caos de la estampida.

Según su crono tenía menos de quince minutos para llegar al punto de reunión. No había tiempo ni siquiera para pensar en buscar el comunicador. Corrió más rápido.

69

SALA DE ALMACENAMIENTO 3181, ESTRELLA DE LA MUERTE

Teela tecleó el código en la botonera junto a la puerta, que se deslizó hacia arriba para revelar a los demás, todos vestidos del gris del transporte médico. Se preguntó brevemente cómo habían encontrado un uniforme del tamaño de Rodo y luego Vil prácticamente la hace caer cuando la abrazó.

—¿Dónde has estado? ¡Estaba loco de preocupación! Cámbiate… ¡de prisa!

La habitación no tenía otros compartimentos, y de todos modos este no era el momento para la modestia. Teela se desvistió y rápidamente se puso un mono gris pálido. Tenía insignias médicas en las mangas y el pecho.

Mientras se vestía, miró a a los demás, contando cabezas. Vil, Memah, Ratua, Rodo, Nova…

—Nos faltan dos personas —dijo.

—Lo hemos notado —dijo Ratua—. No hemos escuchado del doc ni del viejo.

Teela sacó su comunicador y estaba a punto de teclear el código de Uli cuando el panel de acceso de la sala se volvió a levantar con un silbido. Uli, con el rostro enrojecido y respirando agitado, entró.

—Llegamos con lo justo, ¿eh, Doc? —preguntó Nova.

Uli le dio una mirada extraña, casi como si culpara al sargento de su tardanza. Pero lo único que dijo fue:

—Tengo que escuchar los consejos que les doy a mis pacientes, y hacer ejercicio.

El comunicador de Teela sonó. Lo activó.

—¿Riten?

—¿Pudiste llegar a la reunión?

—Me estoy vistiendo ahora.

—¿Los demás?

—Todos están aquí. Todos menos tú.

—Bien, bien. Tienen menos de diez minutos para llegar desde allí a la nave.

—¿Dónde estás?

Una leve vacilación.

—En mi oficina.

—¿Qué? —Teela miró a su alrededor, vio que los demás estaban tan sorprendidos como ella—. Pero… no puedes…

—Me temo que ha habido un problema en el plan —dijo la voz de Riten—. Mi fiel droide fue un poco torpe en su investigación, y en consecuencia, no será capaz de cumplir con su parte. Alguien tiene que estar aquí para contestar la llamada del hombre que les abrirá la puerta. Ese soy yo.

—¿No podrías contestar la llamada por el comunicador?

—Por desgracia, no. Mi droide la configuró, y no tengo la destreza técnica con enlaces duros y firmes para manipular lo que hizo. Eso no importa. Hice una comprobación de esa posibilidad que mencionaste, y creo que tienes razón, Teela. Si eso sucede, nadie vendrá por mí. Y si no, bueno, he tenido un largo y agradable paseo. No me arrepiento.

—Atour…

—No, no, ahora no. No tienes tiempo. Muévete. He tenido una buena vida, hija. Ahora vayan… todos ustedes.

Cortó la comunicación desde su extremo.

Nadie se movió ni habló por unos segundos.

—¿No podemos volver por él? —preguntó Teela, luchando para evitar las lágrimas. Sabía la respuesta, por supuesto, incluso antes de que Memah dijera:

—No hay tiempo. Todo lo que podemos hacer es asegurarnos de que su sacrificio no sea en vano.

—Tiene razón —dijo Rodo—. Vamos.

Vil abrió la puerta, y fueron al pasillo.

—Realmente espero que alguien sepa adónde vamos —dijo Ratua.

—Por aquí —dijo Nova—. La entrada al área de preparación del muelle está a la vuelta de la esquina. —Tomó la delantera.

El pasillo se ensanchó, terminando en una puerta blindada, custodiada por un par de soldados de asalto en uniformes negros.

Nova caminó hasta uno de ellos.

—Tenemos un vuelo de emergencia médica.

—¿Sus ordenes? —dijo el soldado.

—Vamos, sargento, estamos en un apuro. Hay gente muriendo allí afuera.

—Y si los dejo pasar sin escanear sus órdenes, yo voy a morir aquí.

Las órdenes falsas estaban registradas en la computadora de la lanzadera. No tenían ningún tipo de flimsi ni chip de datos con ellos.

—No nos dieron nada… las órdenes están en la nave —dijo Nova.

—Bien. Voy a hacer que alguien las descargue y compruebe.

Teela vio a Nova mirando su crono, luego a ella. Tenían menos de diez minutos antes que el rayo tractor se apagara y sólo iba a estar fuera de línea durante cuarenta y cinco segundos.

No podían esperar. Así que algo tenía que hacerse, *ahora*.

PASILLO FUERA DE LA BAHÍA MÉDICA, ESTRELLA DE LA MUERTE

Nova sabía que no les quedaba tiempo. Sólo les quedaba abierto un camino. Miró al otro guardia, luego a Rodo, y supo, por esa especie de telepatía que los luchadores a veces pueden compartir, que el hombre grande entendió.

Nova se volvió hacia el guardia y se encogió de hombros.

—De acuerdo, tú estás a cargo. Deja que te consiga el código del comunicador… —y con eso, disparó un golpe en la garganta del guardia, volteó el casco del hombre hacia arriba con la mano libre, luego estrelló un codo en su ahora descubierta sien.

El guardia cayó. Vio caer al segundo guardia cuando Rodo barrio sus pies por debajo de él, luego lo siguió hasta la cubierta para hacer rebotar la cabeza del guardia contra la placa. Excelente… ambos quedaron fuera de combate con un mínimo de alboroto.

—¡Vamos, gente! —Nova abrió las puertas blindadas…

Mientras tres escuadrones de guardias vestidos de negro giraron la vuelta de la esquina. Quince hombres, en total. Quince hombres armados.

El teniente a cargo vio a sus dos camaradas caídos.

—Eh, ¿qué…?

—Estos hombres han sido envenenados —dijo Nova—. Nos llamaron para cuidar de ellos y contener el área.

No funcionaría por mucho tiempo, lo sabía. ¿Siete médicos enviados por sólo dos guardias? El teniente tendría que ser retrasado para creérselo por más de unos segundos.

Nova miró otra vez a Rodo.

—¿Qué dices, Rodo?

Rodo asintió con la cabeza. Miró a los demás, particularmente a Memah.

—Sigan adelante —dijo suavemente.

Memah se lo quedó mirando, estupefacta.

—¡Rodo, *no*!

Nova miró a Dance, agitando el pulgar hacia las puertas blindadas.

—Tú eres el único que puede hacerlo, aviador. ¡Vete!

Hubo un largo momento que pareció estirarse hasta el infinito, y entonces los demás comenzaron a moverse.

—¡Alto allí! —dijo el teniente—. Déjenme ver su autorización. —Se acercó, y sus hombres lo siguieron.

Nova levantó una mano.

—Necesitarán respiradores —dijo—. Estos dos fueron gaseados. Toxina nerviosa… mejor no acercarse demasiado. Tengo unas ampollas de antitoxina, si me permites inocularte a ti y a tus hombres…

Ahora los guardias estaban a pocos metros de distancia. No mostraron ninguna preocupación acerca de cualquier posible proximidad con el gas nervioso.

—¿Vas a a ir por el lado derecho? —dijo Rodo por la comisura de la boca.

—Sí. Cuidado con aquel hombre pequeño en la izquierda, ya tiene la mano sobre su bláster.

—Entendido. Ha sido un placer conocerte, Nova.

—A ti también, Rodo.

70

PASILLO FUERA DE LA BAHÍA MÉDICA, ESTRELLA DE LA MUERTE

Ratua vio el comienzo de la acción como si los participantes se estuvieran moviendo en cámara lenta. Él no era ningún luchador, pero mientras los guardias y Stihl y Rodo se enzarzaban, vio a uno de los guardias sacar un bláster y sabía que su antiguo carcelero y el portero no serían capaces de detener al hombre a tiempo.

Pero Celot Ratua Dil podría.

Se movió mas rápido de lo que nunca se había movido en su vida.

El bláster apareció, y el guardia extendió el brazo. Ratua pudo ver el dedo del hombre empezar a apretar, despacio, despacio…

Ratua se estrelló contra él. No necesitaba ninguna habilidad —era sólo un bloqueo de cuerpo—, pero su velocidad magnificó la fuerza con que golpeó al soldado lo suficiente para noquear a este último contra la pared del pasillo. El bláster repiqueteó en el piso, seguido por el soldado inconsciente.

Ratua quedó momentáneamente aturdido por el impacto, lo golpeó igual de fuerte, por supuesto. Pero él había estado preparado. Se tambaleó, pero logró permanecer sobre sus pies hasta que se despejó su cabeza.

El mundo reanudó su velocidad normal. Vio a otros soldados buscando sus blásteres, pero ahora Stihl y Rodo estaban entre ellos, demasiado cerca de los guardias para disparar sin arriesgarse a darle a su propia gente.

Hora de irse.

Memah, Vil, Teela y el Doc Divini acababan de pasar las puertas. Ratua fue a unirse a ellos, encendiendo de nuevo la poscombustión. Le dio una palmada al control de la escotilla cuando pasó como un borrón junto a él.

Las puertas blindadas se cerraron detrás de él y se trabaron.

La bahía era una pequeña, utilizada principalmente para atracar y lanzar naves médicas. Y allí estaba su boleto a la libertad, la lanzadera E-2T, posada en el plato de aterrizaje.

Mientras se acercaban, otro oficial descendió por la rampa. Los miró con sospecha; Ratua estaba convencido de que había un cierto rango de oficiales imperiales, cuyo único trabajo era mirar todo con sospecha.

El oficial, un sargento mayor, dijo:

—¿Qué quieren aquí?

Uli se le acercó.

—Yo soy el Dr. Divini —dijo—. Este es mi equipo. Tenemos una emergencia médica que atender, rápido. Es nuestra nave.

—¿Sus ordenes…?

—Están en la computadora de la nave. Las transmitiré desde allí una vez que nos hayamos lanzado.

—Protocolo…

Uli se acercó al oficial.

—Cállate, hombre —le dijo en voz baja—, ¿quieres ser responsable de la muerte de la almirante Daala?

Los ojos del oficial se ensancharon.

—¿La almirante Daala?

—Su nave ha sido golpeada por fuego rebelde y nos encargaron ir a recogerla. ¿Seguro quieres ser el hombre que nos retrasa?

El oficial se hizo a un costado.

—¡Vamos, gente! —dijo Uli—. Tenemos un trabajo que hacer.

Subieron rápidamente por la rampa de la lanzadera. *El doc es un timador bastante bueno,* pensó Ratua. *¿Quién lo hubiera imaginado?*

Nova esquivó el tosco golpe, cogió el brazo del guardia atacante y lo hizo girar hacia el soldado detrás de él. Ambos hombres cayeron, pero no tenía tiempo para alegrarse… había otros que venían por él, un montón de otros. Se lanzó hacia un par de guardias y los golpeó a ambos con el mismo puñetazo doble instantáneo, aplastándoles las narices, luego bajó y barrió, derribando a otro, y antes de que ese golpeara la cubierta se había vuelto a levantar disparando una patada lateral a la barriga de otro…

Junto a él, Rodo agarró un guardia frente a él, lo levantó, le dio un cabezazo que le sacó el casco, entonces lo arrojó hacia otro soldado. Giró y derribó a dos más con una patada giratoria.

—Ahora nos estamos divirtiendo, ¿verdad? —dijo el hombre grande. Se rió.

Nova reconoció su pesadilla recurrente, que ahora se había vuelto realidad. No sabía el cómo o el por qué de la misma. Sólo sabía que iban a perder.

Bueno, entonces… así es cómo sería.

Habían sacado de combate a un gran número de guardias, pero todavía quedaban siete u ocho de ellos en pie, y la única razón por la que Nova y el grandote todavía no habían sido asados, era debido a que la lucha había sido de demasiado cerca para que los guardias usaran los blásteres. Aunque eso estaba a punto de cambiar. Los guardias estaban retrocediendo, mientras buscaban sus armas. El juego pronto habría terminado.

Nova sintió el miedo acumulándose dentro de él. No por sí mismo; sabía que era un hombre muerto luchando. ¿Dos contra quince, los últimos armados con blásteres? No se podía ganar con esas cartas. Pero era de vital importancia que prolongara la lucha tanto como pudiera, para darle a los demás tiempo de escapar.

Este iba a ser su último baile, y quería que fuera lo mejor que pudiera. Enfrentando probabilidades imposibles, caer luchando, utilizando lo que sabía.

Había muchas peores formas de irse.

Junto a él, Rodo agarró la cabeza del guardia en sus manos enormes y la retorció. El guardia cayó, con el cuello roto. Pero otro soldado apareció detrás del hombre grande, y

ahora empujó su bláster hacia la espalda de Rodo. Nova vio la cintura de Rodo volverse negra y carbonizada, cuando el rayo de energía ardió a través de él, vio la mirada de sorpresa de Rodo mientras caía…

Vio a otro soldado agacharse y desenfundar, vio la boca del bláster apuntando a su cabeza, sabía que nunca podría alcanzarlo a tiempo…

El mundo se volvió blanco incandescente, como el centro de una estrella, y luego negro helado, más frío que el espacio.

71

LANZADERA MÉDICA E-2T 5537

Dance se dejó caer en el asiento del piloto y encendió el procesador central. Aparecieron las pantallas integradas.

—Motor sublumínico encendido —dijo—. Ahora, si alguien nos abre la puerta…

El Control de la Puerta demoró sólo un par de segundos en consultar por el comunicador:

—Lanzadera médica E-Dos-Te Cinco-Cinco-Tres-Siete, ¿por qué enciende motores?

Dance miró a Uli. Uli activó el comunicador.

—Aquí el Dr. Kornell Divini, número de op 504614575. Tenemos que hacer una recogida de emergencia.

—Transmita sus órdenes, Doctor.

Uli miró a Dance.

—Hazlo, Vil.

Dance envió el archivo.

BIBLIOTECA Y ARCHIVOS, ESTRELLA DE LA MUERTE

La línea de comunicación recableada se encendió. Atour cogió el auricular.

—Control de Vuelo —dijo.

—¿Control de Vuelo? La estación de comunicaciones debe haberme dado la conexión incorrecta. Lo siento.

Atour parpadeó.

—¿Con quién intenta ponerse en contacto?

—La biblioteca. Aquí el teniente Esture. Un droide que estábamos estudiando sufrió una descomposición de firmware y necesitamos hablar con su supervisor.

—Lo siento no puedo ayudarlo, teniente… estamos algo ocupados aquí.

—De acuerdo. Corto y cierro.

Atour cortó la conexión y comenzó a sudar. Esto era malo. Volverían a comprobar el número y llamarían de nuevo. Si no contestaba —y tenía que contestar, en caso de que fuera Control de la Puerta de la Bahía—, sabrían que algo andaba mal, y enseguida enviarían a alguien para tener una pequeña charla con él. Los droides que repentinamente se ponían en blanco eran lo bastante raros como para que sospecharan alteraciones. Eso sumado a que un número de comunicador se conectó mal más de una vez, y aún un oficial imperial podía sacar conclusiones.

¿Cuánto tiempo tenía? Minutos, con suerte. Segundos, más probablemente…

El comunicador se encendió otra vez. Atour lo activó.

—Control de Vuelo.

—Control de Vuelo, aquí Control de la Puerta de la Bahía Cinco-Siete-Cinco-Cuatro-Uno. Tenemos órdenes de salida de una Lanzadera Médica E-Dos-Te.

Atour trató de sonar aburrido.

—¿Número de orden?

El técnico leyó el código. Atour contó lentamente hasta tres.

—Ah, sí, aquí está. Es un número válido, control. Déjelos ir.

—Entendido, Control de Vuelo.

Atour apagó el comunicador y se inclinó en su silla. Ahora si la programación de P-RC3 seguía funcionando, la nave partiría en un momento o dos, y si alguien intentaba detenerla con el rayo tractor amañado… lo que podría suceder, porque Control de Rayos Tractores no tendría una copia de la orden de la nave en su ordenador más que el verdadero Control de Vuelo… entonces, en teoría, el rayo no funcionaría y podrían volar libres.

En teoría.

En cualquier caso, no había nada más que él pudiera hacer ahora. Se levantó y se apartó del escritorio. Si la evaluación del peligro de Teela Kaarz era correcta, y si los rebeldes podían leer los planos lo suficientemente bien para detectar la falla de diseño —ambas suposiciones razonables—, entonces a la Estrella de la Muerte podrían quedarle sólo unos minutos más de existencia. Si de hecho ese resultaba ser el caso, él sabía dónde quería pasar los últimos minutos.

Atour entró en la biblioteca hasta quedar rodeado de estanterías de varios almacenamientos de datos. Cintas, chips, discos, incluso libros. Como siempre, estar rodeado por el conocimiento lo reconfortaba. Se sentó en un banco.

Era una pena que nunca escribiría ese libro. La destrucción de la Estrella de la Muerte habría sido un capítulo final potente. Ah, bueno… tal vez alguien algún día pondría el estilete en la pantalla y contaría la historia.

Atour sonrió. Respiró hondo el aire mohoso.

Estaba satisfecho.

SALA DE CONTROL DEL CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tarkin estaba de pie observando el gráfico del planeta y la luna a medida que la órbita del mundo se acercaba a completarse.

Vader había sacado su escuadrón TIE de élite y derribado a varios de los rebeldes, aunque eso no había sido necesario. No podían hacer daño a esta estación. Nada podía.

Se acercó un teniente de operaciones. Tarkin lo miró. El hombre estaba obviamente preocupado.

—Hemos analizado su ataque, señor, y hay un peligro —dijo.

¿Peligro? ¡Imposible!

—¿Debo tener su nave esperando?

Tarkin miró fijamente al hombre.

—¿Evacuar? ¿En nuestro momento de triunfo? Creo que sobreestima sus posibilidades. —Se volvió para ver el gráfico.

¿Cortar y correr justo cuando estaban a punto de acabar con la base principal de la Rebelión? ¡Absurdo!

—Base rebelde, tres minutos y contando —dijo la voz del altavoz.

¿Qué daño podrían posiblemente hacer los últimos pocos cazas en ese tiempo? En menos de tres minutos, serían huérfanos, una presa fácil, y la guerra estaría efectivamente ganada.

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tenn Graneet miraba el gráfico en su pantalla. El objetivo estaría a tiro en un par de minutos.

Su boca estaba tan seca como la arena del desierto, su barriga revuelta como el mar en una tormenta. No podía hacer esto. No podía asesinar otro mundo más. Pero tampoco podía detenerse. Si fuera a abandonar el puesto, otro artillero estaría aquí para sustituirlo en tan sólo unos minutos y él estaría en el calabozo con una marca de muerte militar sobre él.

¿Qué iba a hacer ahora?

LANZADERA MÉDICA E-2T 5537, SISTEMA YAVIN, ALCANCE GORDIANO

Las puertas de la bahía se abrieron, y Vil aceleró. La pequeña nave se disparó hacia fuera. Ahora todo lo que tenía que hacer era mantenerse en la ranura…

—Lanzadera Médica E-Dos-Te Cinco-Cinco-Tres-Siete, aquí Control de Vuelo. ¿A dónde va?

—Control de Vuelo, aquí el teniente Fayknom —dijo Vil—. Tenemos que hacer una recogida de emergencia.

—No tengo ningún registro de su plan de vuelo.

¡Haz tiempo, Vil!

—Eh, ese no es mi problema. Yo solo vuelo a donde me indican. Verifique con el Control de la Puerta, ellos nos autorizaron.

—Estamos tratando de hacer eso ahora, teniente. Dé la vuelta y regrese al muelle hasta que aclaremos todo.

—Negativo, Control de Vuelo. Esta es una misión prioritaria. Si volvemos, será demasiado tarde para hacer nuestro trabajo.

El oficial de Control de Vuelo estaba entre la espada y la pared, sabía Vil. Tenía sus protocolos, y no se estaban cumpliendo. Pero alguien había abierto las puertas y dejó partir la lanzadera, así que tal vez se trataba de un error de computadora. No sería la primera vez.

—Aquí TIE x-uno —vino una voz profunda por el comunicador—. ¿Cuál es la naturaleza de su misión, lanzadera?

Vil sintió que sus entrañas se congelaban. Cualquier piloto de cazas estelares que pudiera diferenciar un tractor de un compresor conocía esa designación. El mismo Vader estaba en el comunicador.

—Una nave imperial entrante ha sido dañada por el fuego rebelde —dijo Vil—. Tienen heridos.

—No tengo conocimiento de esas llegadas imperiales —dijo Vader—. Regrese a la estación.

—Entendido, Lord Vader. Volvemos a la estación. —Apagó el comunicador.

—¿Qué? —dijo Ratua—. ¿Estás loco?

—Relájate —dijo Vil—. No vamos a volver. Pero si él piensa que lo haremos, ganamos unos segundos más para alejarnos. Somos más rápidos que él, una vez que estemos en movimiento. No podrá… uh-oh.

—¿Qué? —Eso vino de Teela.

—Viene hacia nosotros.

TIE X1

El mismo instante en que había visto esa lanzadera médica, Vader había sentido que algo andaba mal, un clamor del lado oscuro. Mientras le ordenaba a la lanzadera que volviera a la estación, le bastó un momento de sondeo con la Fuerza para reconocer una mente que le resultaba familiar.

Había varios a bordo, ninguno de ellos débiles mentales, pero… una mujer… ¿donde la había sentido antes?

Ah, la tenía. En la estación, cuando la había recorrido durante la construcción. Uno de los constructores, una arquitecta, lo había echado de sus pensamientos, como si le cerrara una puerta en la cara. Lo había impresionado la intensidad de su mente y voluntad.

¿Qué estaba haciendo una arquitecta en una nave de rescate médico?

Y entonces lo supo: ¡desertores!

Su cólera aumentó. Había tantas cosas en este proyecto que él no había podido controlar. ¡Bueno, podría ocuparse de esto! Los Ala-X podrían esperar un momento o dos más. Él mismo se ocuparía de estos traidores. Aprenderían que resistirse a Darth Vader era fatal…

Mientras él y sus compañeros de ala se acercaban, la nave médica se inclinó en un apretado giro de alta aceleración. Vader sintió el tejido de la Fuerza estremecerse mientras ajustaba su trayectoria para interceptar.

Abrió el canal otra vez.

—Regrese a la estación, lanzadera, o voy a dispararle —dijo.

LANZADERA MÉDICA E-2T 5537

Estaban en serios problemas, sabía Vil. Ni siquiera estaban armados, y Darth Vader era el mejor piloto de la galaxia. Recordó haber dicho alguna vez algo en el sentido de que probablemente iba a destruir su propia nave si alguna vez se encontraba en la mira de Vader… que de esa forma por lo menos podría elegir cuándo morir.

Aunque ahora no era sólo su vida la que estaba en juego.

Desesperado, Vil pasó mentalmente por cada truco en el que pudo pensar. Ninguno de ellos iba a funcionar. Estaban fritos.

A menos que…

TIE X1

Vader se acercó. La computadora de puntería enfocó la exploración. Tenía una fijación. Fuesen lo que fuesen, ¿espías, quizá?… no importaba. Los eliminaría y volvería a la tarea principal.

Oprimió los botones de disparo.

72

LANZADERA MÉDICA E-2T 5537

Vil palmeó los controles de retrocohetes. Los propulsores de reversa se encendieron a toda potencia. La ambulancia no se frenó, pero se ralentizó lo suficiente para que Vader y sus dos compañeros sobrepasaran a la embarcación más grande como si estuviera parada.

Vil volvió a encender los sublumínicos a plena potencia y se desvió a estribor. Sin trucos ahora, sólo una carrera recta, un sprint…

TIE X1

Vader estaba enojado consigo mismo. Habían utilizado una estratagema de evitación tan simple y obvia que no la había visto venir, ni siquiera a través de la Fuerza. Activó el canal de comunicaciones.

—¡Pongan un rayo tractor en esa lanzadera médica!

La respuesta crujió en sus auriculares.

—Lo siento, Lord Vader, pero ha saltado la protección del generador de rayo de ese sector. La tendremos en línea en un momento…

¡Maldición!

Vader se giró para seguir a la nave que huía.

—Lord Vader —vino la voz de uno de sus pilotos TIE.

—¿Qué sucede?

—Otro trío de cazas Ala-X está haciendo un ataque por la misma trinchera.

Vader se extendió con el lado oscuro, buscando…

Y de inmediato sintió una presencia en la cual la Fuerza era poderosa, tan poderosa como lo sería en un caballero jedi.

Vader se dio cuenta inmediatamente que este era por mucho el problema mayor.

—Aborten —ordenó a sus compañeros de ala—. Volvemos a la estación a interceptar a los nuevos atacantes.

—¿Qué hacemos con la lanzadera médica?

—Déjenla ir. No es importante.

Vader condujo a sus pilotos hacia la estación. Se metieron como una flecha en la trinchera, sus cazas chillaron entre las altas paredes.

Allí estaban los tres Ala-X. Vader y sus compañeros de ala los siguieron, volándolos de uno en uno. Una vez más, no fue necesario ningún esfuerzo real. ¿Eran todos suicidas?

Sin embargo, se dio cuenta, ninguno de ellos llevaba al piloto con el que montaba la Fuerza. Ese todavía estaba aquí en alguna parte. Vader sabía que tenía que encontrarlo. Era un peligro… tal vez el único verdadero peligro.

—Necesito las ubicaciones de los cazas rebeldes que quedan —dijo.

—Enseguida, Lord Vader. —Hubo una breve pausa—. Sólo quedan tres más, milord, y acaban de entrar…

—… a la misma trinchera —terminó Vader. Fuera cual fuera el objetivo, los rebeldes estaban convencidos que valía cada nave que tenían. Sabía que sería mejor acabar rápidamente con los tres últimos.

LANZADERA MÉDICA E-2T 5537

Vil no sabía por qué Vader había interrumpido la persecución, pero no iba a quejarse. Trató de exprimir un poco más de jugo de los motores sublumínicos. El encuentro con Vader los había hecho perder tiempo valioso; todavía tenían que salir fuera del alcance del rayo tractor antes de que…

Sintió que la nave se tambaleaba, al tiempo que Ratua preguntaba:

—¿Por qué estamos frenando?

Vil empujó el control de alimentación al máximo, pero la lanzadera siguió lenta.

—Hicieron funcionar de nuevo el rayo tractor —dijo.

—¿Podemos zafarnos? —preguntó Uli.

—No lo sé. Debemos estar justo al límite de su alcance. Estoy encendiendo la alimentación auxiliar… —Giró el reóstato, poniendo las palabras en acción. La E-2T se movió y luego volvió a ralentizarse.

—¿Vil? —dijo Teela.

—Todavía nos movemos en la dirección correcta —dijo—. Todavía hay una…

La nave ambulancia comenzó a temblar; entonces, después de unos segundos más, se detuvo.

A continuación comenzó a moverse hacia atrás.

—Frag —dijo Vil, con la voz tranquila—. Nos tienen.

Los motores se esforzaban, pero hubo un definitivo aumento de la velocidad hacia popa. Los indicadores de energía de los motores comenzaron a acercarse a las zonas de sobrecarga.

—Los motores explotarán si no los apago —dijo Vil.

—Déjalos —dijo Teela—. Es mejor morir en el intento que dejar que nos capturen y ejecuten. Se lo debemos a Atour, Nova y Rodo.

Vil miró a su alrededor. Los demás asintieron con la cabeza. Tomó la mano de Teela, y la sostuvo.

73

SALA DE CONTROL DEL CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

El oficial dijo:

—Menos de un minuto, señor.

Tarkin asintió. A segundos de la gloria. Al fin. Después de los años de intrigas, ¡ahora les mostraría a todos!

TIE X1 TRINCHERA MERIDIONAL

Vader y sus dos compañeros volaban por la trinchera, los tres Ala-X justo adelante.

Su compañero disparó, le dio a uno de los rebeldes. La nave herida se elevó, saliendo de la lucha.

—Déjenlo ir —ordenó Vader—. ¡Sigan al líder!

Una de las naves se quedó atrás, obviamente tratando de retrasar a Vader y sus pilotos. Se enfocó en él. Alineó.

Disparó.

La nave explotó.

Quedaba uno. Vader se movió para atacarla.

—Yo me ocupo del líder —anunció.

El TIE x1 chilló corriendo a lo largo de la trinchera, directo hacia la cola del Ala-X. Más cerca… ya casi…

Vader sintió la energía que provenía del piloto en ondas casi palpables.

—La Fuerza es intensa en éste —dijo, más para sí mismo que para sus compañeros de ala.

Intensa, pero no lo suficiente como para detener a Vader. No lo suficiente para evitar que el hombre que mató a Obi-Wan Kenobi hiciera lo que tenía que hacer.

Vader disparó sus armas.

Le dio a la unidad R2 del caza, vio el humo y las llamas haciendo erupción desde el lugar del impacto.

Bien.

Ahora, pensó, *terminemos esto*.

SALA DE CONTROL DE MANDO CENTRAL, ESTRELLA DE LA MUERTE

—Base rebelde en rango —dijo la voz del comunicador.

Eufórico, Tarkin se volvió a Motti. Mantuvo la calma en su voz.

—Puede disparar cuando esté listo.

TIE X1 TRINCHERA MERIDIONAL

Lentamente, Vader se acercó al último Ala-X. La Fuerza se arremolinaba sobre el misterioso piloto; turbulencias, nubes, un poderoso vórtice de energía. ¿Quién podría ser? No se trataba de ningún jedi, de eso Vader estaba seguro, pero estaba tan inmerso en la Fuerza como uno.

El objetivo bailó adelante y atrás en su pantalla. ¡Luego, finalmente, una fijación!

—Ahora te tengo —murmuró Vader. Se movió para oprimir los botones de disparo. Y de repente…

El TIE de su compañero de estribor explotó.

—*¿Qué?* —Vader se retorció, tratando de ver a través del transpariacero de la carlinga mientras que al mismo tiempo se extendía con la Fuerza. El fuego enemigo venía de una dirección totalmente inesperada. ¿Pero cómo? ¡Ya no había más cazas enemigos cerca!

Entonces sintió al atacante: acercándose desde arriba, del lado de babor. Vader no podía verlo, pero el compañero de ala que le quedaba, sí.

—*¡Cuidado!* —gritó.

El TIE del compañero de babor chocó con la nave de Vader y giró fuera de control. El x1 rebotó en el compañero de ala, enviando a este último a un destino ardiente contra una pared de la trinchera. La nave de Vader fue lanzada fuera de la trinchera y enviada, cabeceando y dando bandazos, en una serie de vueltas incontrolables.

En un momento, captó una visión borrosa del agresor inesperado. No podía estar seguro, pero se parecía al antiguo y maltratado carguero corelliano que había investigado antes, el que había escapado después de su duelo con Obi-Wan.

No había tiempo para preguntarse acerca de eso ahora. Vader luchó para estabilizar la nave, pero las superficies de control estaban dañadas[16]. Tenía que utilizar pulsos de los motores.

El TIE seguía girando sobre sí mismo, sin embargo, y se dio cuenta que era un blanco fácil. Se las arregló para poner el giro bajo control y luego preparó la pequeña nave para el salto a la velocidad de la luz. Un segundo o dos sería suficiente. Un par de segundos luz lo llevaría a más de medio millón de kilómetros y le daría la oportunidad de poner el TIE bajo control.

Pero tristemente se dio cuenta de que, fuera lo que fuera a lo que ese piloto que era uno con la Fuerza planeaba disparar, ahora iba a tener la oportunidad de hacerlo.

---

[16] Las superficies de control deberían ser inútiles en el vacío del espacio. Tal vez los impulsores de maniobras también resultaron dañados *(N. del T.)*

74

CONTROL DE FUEGO DEL SUPERLÁSER, ESTRELLA DE LA MUERTE

Tenn escuchó la orden como si estuviera en el fondo del pozo profundo de una mina. Resonó sobre él:

—Comiencen la ignición primaria.

Su tripulación tiró de interruptores, ajustó reóstatos, oprimió botones. Los informes de estado llegaron uno por uno, como pronunciamientos del juicio final.

Demasiado pronto, era su turno. Lentamente, Tenn levantó el increíble tonelaje de su brazo derecho. Su mano temblaba en la palanca. Vio a su OAM mirándolo a través de la lente ahumada del casco protector. Podía leer la mente del hombre: *¡Dispara, jefe! ¡Dispara!*

Tenn no creía en nada que no pudiera ver, oír o tocar, nunca lo había hecho. Pero ahora oraba por un milagro… algo, cualquier cosa, que lo librara de la carga de muchas más muertes. Por algo que lo detuviese, de alguna manera. Con la mano libre activó el comunicador.

—Esperen —dijo, sin apenas saber por qué lo decía, sólo tratando de retrasar lo inevitable tanto como fuera posible.

—Esperen…

SALA DE CONTROL DEL CENTRO DE MANDO, ESTRELLA DE LA MUERTE

Motti gritó en el fondo:

—¡Han disparado torpedos de protones por un pozo de calor auxiliar! ¡Ahí viene! ¡Ahí viene! ¡El reactor va a estallar!

Tarkin parpadeó. No. No, no lo haría. Estaba en calma. Todo estaría bien. Esta estación era invulnerable. Era invencible. Era impensable que pudiera ser vencida.

Impensable…

LANZADERA MÉDICA E-2T 5537

La lanzadera de repente saltó hacia adelante como si fuera pateada por la bota de un gigante. Los amortiguadores de inercia impidieron que se sacudieran demasiado, pero pudieron ver el cambio loco en el campo de estrellas a su alrededor.

—¿Qué de…? —comenzó Ratua. Se detuvo cuando él, y los demás, se quedaron mirando.

La pantalla de vista posterior mostraba la Estrella de la Muerte, que había estallado en una silenciosa y horrenda llamarada de rojo, naranja y amarillo. Un anillo de reflujo hiperespacial se expandió hacia fuera.

—¿Qué…? Memah sacudía la cabeza en incredulidad.

—Explotó —dijo Uli. Sonaba aturdido—. La Estrella de la Muerte simplemente… explotó.

—Todo el mundo, agárrense —dijo Vil—. El borde de la onda de choque nos alcanzará muy rápido…

La nave saltó, se sacudió de repente, luego comenzó a dar bandazos, una hoja en un vendaval.

—¡Kark! —dijo Vil, luchando por recuperar el control de la ambulancia—. ¡Espero que no se rompa!

Las sacudidas continuaron. Hubo un momento malo, otro peor… y luego el bombardeo se detuvo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Teela.

—La onda de choque nos ha pasado. Todavía estamos de una sola pieza. —Vil encendió los sublumínicos—. Ahora si sólo podemos mantenernos por delante de la metralla deberíamos estar bien.

—Recuérdenme que averigüe quién hizo esta ambulancia —dijo Ratua—. Quiero enviarles un testimonio. Y si fabrican deslizadores, quiero comprar uno.

Los demás se echaron a reír… la risa aliviada de los que acaban de salvarse de la muerte. Todos excepto Teela.

—¿Teela? —dijo Vil—. ¿Estás bien?

—Sí. Es solo que… la Estrella de la Muerte era un monstruo, de eso no hay duda. Fue concebida por monstruos y controlada por ellos. Pero no todo el mundo a bordo era un monstruo.

Nadie dijo nada durante un rato.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Ratua—. ¿Fue la Alianza, o alguien sólo oprimió el botón equivocado?

—Nunca lo sabremos —dijo Memah.

—El superláser debe haber fallado. Esa es la única explicación que tiene sentido —respondió Vil—. No pudo haber sido nada que los rebeldes le lanzaron. Esos Ala-X eran como escarabajos zumbadores tratando de derribar un ronto.

—Yo no estaría tan segura —afirmó Teela. Rápidamente les explicó acerca de la ventilación sin blindaje.

Vil se veía escéptico.

—No me lo creo. Incluso con la computadora de puntería, las probabilidades de lanzar un torpedo de protones por ese pozo eran de una en un millón.

Teela sonrió.

—¿Qué fue lo que me dijiste una vez? ¿A veces, las probabilidades remotas son las únicas que vale la pena jugar?

Hubo otro corto silencio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Uli. Estaba cansado, y podía ver que los demás también. Estaban todos bastante aturdidos. Ver dos planetas… o un planeta y una estación de combate del tamaño de una luna, explotar en el lapso de un ciclo era demasiado para que la mente lo abarcara.

—Tenemos muy buenas cartas estelares —dijo Vil—. Y una autonomía decente. Podemos llegar a cualquiera de una media docena de sistemas. Pero hay una base rebelde en esa luna justo de allí, y supongo que están muy felices ahora mismo. Podría haber lugar para unos pocos más dispuestos a alistarse.

—¿Quieres hacer eso? —preguntó Memah—. ¿Unirte a la rebelión?

Vil se encogió de hombros.

—Soy un piloto de caza. Es lo que hago, y en lo que soy bueno. Más concretamente, soy un piloto de combate que está muy desilusionado con el lado en el que ha estado. Además de mis habilidades de pilotaje, puedo desarmar un TIE con los ojos vendados y volverlo a armar. Conozco algunos secretos en los que nuestros nuevos amigos pueden estar interesados.

—Para no mencionar —dijo Memah—, que eres el hombre que superó en vuelo a Darth Vader.

Vil sonrió y luego miró a Teela.

—Eso por supuesto, depende de tus planes.

—¿Lo hace? ¿Por qué podría ser?

Vil pareció como si acabara de tragarse una taza de caf demasiado caliente.

—Bueno —dijo—, si tú estás de acuerdo, pensé que podríamos casarnos.

—Interesante forma de proponer matrimonio, aviador —dijo ella—. Lo pensaré. —Pero sonrió. Luego su expresión se volvió seria—. También necesitarán planificadores y diseñadores —dijo—. Y no sería una prisionera, sino una mujer libre. Todavía hay una gran cantidad de prisioneros políticos en manos del Imperio. Me gustaría ayudarlos.

—No es mala idea —dijo Memah—. Tal vez yo los acompañe, intentaré encontrar otra cantina que manejar. Una chica tiene que comer, después de todo, y supongo que a los rebeldes no les molesta levantar una copa de vez en cuando.

—Si fuera tú, yo no me preocuparía por tener que trabajar —le dijo Ratua.

—Sin ánimo de ofender, Ojos Verdes, pero a pesar de que eres muy divertido, no quiero ser la mujer de un contrabandista. He terminado con la vida de aventuras por algún tiempo.

—Bueno, yo estaba pensando salir del negocio del contrabando —dijo él—. A las empresas legales.

—Ajá.

Ratua sonrió.

—Probablemente debería haber mencionado que mi familia está, um, bien acomodada. Creo que les gustaría conocerte. Siempre esperaban que yo encontrara a una buena mujer y sentara cabeza, que entrara en el negocio familiar.

—¿Qué es?

—Administran inmuebles. Poseen algunas propiedades, aquí y allá. Lugares como la Torre Netaluma en el Centro Imperial.

—Coruscant —lo corrigió Uli. Se dio cuenta de que la admisión de riqueza de Ratua casi no le resultaba sorprendente y eso era una medida de cuán cansado estaba.

—Error mio. De todos modos, mi parte de eso solo significa que no tendrías que trabajar si no quieres.

—¿Tu parte? ¿Y cuánto sería eso?

—Bueno… —él vaciló.

—Habla, o te arranco la cabeza.

—Quinientos millones de créditos, sumando o restando un par de millones.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Qué? ¿Eres *rico*? ¿Por qué te convertiste en contrabandista?

Ratua se encogió de hombros.

—Pensaba que la gestión de propiedades era aburrida. Era joven y rebelde, y quería hacer algo más interesante. Pero creo que tal vez ya he tenido suficientes emociones para una vida.

—Voy a matarte —dijo Memah—. No, tal vez esperaré hasta después de conocer a tu familia. Ellos probablemente querrán ayudar.

Teela miró a Uli.

—¿Y tú, doc?

¿Sí, qué? Uli abrió la boca, con toda la intención de decirles que planeaba dirigirse a las estrellas más lejanas, para encontrar un mundo en alguna parte allá en el Borde y abrir una práctica allí. En algún lugar donde no se conocieran el Imperio ni la Alianza. Después de todo, había estado trabajando en servidumbre forzada por casi toda su vida. La libertad… la posibilidad de elegir dónde quería trabajar, por cuánto tiempo y para quién, si para alguien más, era un poderoso aliciente.

Pero lo que se oyó decir a sí mismo fue:

—Estoy con Vil. Si la Rebelión me acepta, me uniré a ellos. Soy un muy buen cirujano de combate… al menos, he tenido mucha práctica. Y hay que detener al Imperio.

—Alguien hizo un muy buen comienzo hoy —dijo Memah.

—Entonces —dijo Vil—, ya que estamos todos de acuerdo, vamos a ir a ver cómo vive la otra mitad, ¿de acuerdo?

75

TIE X1, ESPACIO INTERPLANETARIO, SISTEMA YAVIN

Darth Vader había salido fuera de peligro cuando la Estrella de la Muerte había explotado. Su nave estaba dañada, pero aún lo suficientemente funcional como para que, con un par de saltos cuidadosos, pudiera alcanzar una base naval imperial oculta a pocos años luz de distancia.

A pesar de lo funesto de la situación, no pudo evitar otra dolorosa sonrisa. La Estrella de la Muerte, con todas sus tropas y armas, el superláser que podía por sí mismo destruir planetas enteros, miles de millones de créditos en trabajo y materiales, todo se había convertido en polvo incandescente en un instante.

No sabía exactamente cómo había sucedido, pero sabía que tenía algo que ver con el piloto de ese minúsculo e insignificante Ala-X. De alguna manera, él solo había acabado con la estación de combate. Vader no necesitaba del lado oscuro para saber eso, o que el piloto había sobrevivido a la explosión.

Un solo hombre había hecho lo que una flota no podría haber logrado.

La Fuerza sí que era intensa en este.

¿Quien era? No un jedi… Vader estaba seguro. No había sentido nada de la sensación de control que poseía un jedi. En el análisis final, sin embargo, realmente no importaba. Fuera el extraño misterioso un jedi o no, Vader sabía que él y este otro que estaba tan impregnado con la Fuerza se encontrarían otra vez.

Era inevitable.

Comprobó su posición y preparó su pequeña nave para la próxima inserción al hiperespacio. Sabía que tendría que hacer su informe al Emperador inmediatamente, aunque estaba seguro de que el Señor Oscuro de los Sith ya era consciente de lo que le había sucedido a su proyecto predilecto. No estaba ansioso por la reunión. Mientras hacía el salto al hiperespacio y más allá, Darth Vader estaba seguro de una cosa:

Su maestro no estaría contento.

Acerca de los autores

Michael Reaves es el autor de las novelas bestseller del New York Times *Star Wars: Noches de Coruscant*. Reaves recibió un premio Emmy por su trabajo en *Batman: The Animated Series*. Ha trabajado para DreamWorks, entre otros estudios, y ha escrito novelas de fantasía y thrillers sobrenaturales. Reaves vive en el área de Los Ángeles.

Steve Perry escribió para *Batman: The Animated Series* durante su primera temporada ganadora del Premio Emmy, es autor del bestseller del *New York Times Star Wars: Sombras del Imperio* y escribió la novela bestseller de la exitosa película *Hombres de negro*. Actualmente es el revisor de libros de ciencia ficción, fantasía y horror de *The Oregonian*.